2 ENE. 1947

CRIMEN Y CASTIGO

BIBLIOTECA PÚBLICA
"RICARDO DE ORUETA"
MÁLAGA

PRINTED IN SPAIN

Registro 3926
Dep. 6239

FEDOR DOSTOYEWSKI

CRIMEN Y CASTIGO

TRADUCCIÓN

DE

EUSEBIO HERAS

LIBRERÍA IBÉRICA Nueva Ch-65
CASA DE LA CULTURA-BIBLIOTECA PÚBLICA-MALAGA

TOMO SEGUNDO

BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI
Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907, Londres 1913, París 1913, y gran premio en la de Buenos Aires 1910
Calle de Mallorca, núm. 166

TERCERA PARTE

(CONTINUACIÓN)

V

Rascolnikof entró en casa del juez de instrucción con la fisonomía de un hombre que ha hecho todo lo posible por parecer serio, pero que no lo consigue sino con gran trabajo. Detrás de él avanzaba torpemente Razumikin, rojo como una amapola, y las facciones alteradas por la cólera y la vergüenza. Su rostro, su figura toda, justificaba suficientemente la hilaridad de su compañero. Porfirio Petrovitch, en pie, en medio del aposento, interrogaba con la mirada a los visitantes.

Rascolnikof se inclinó ante el amo de la casa, cambió un apretón de manos con él y pareció hacer un violento esfuerzo para ahogar sus ganas de reir mientras decía su nombre y cualidades. Mas apenas había recobrado su presencia de ánimo y balbuceado algunas palabras, cuando, en mitad de la presentación, tropezando sus ojos con el rostro de Razumikin, estalló en recia carcajada.

Razumikin prestó, a su pesar, un gran servicio a su amigo, porque aquella «loca risa» le encolerizó de una manera que concluyó por dar

a toda aquella escena cierta apariencia de alegría franca y natural.

—¡Oh! ¡el taimado!—aulló, con violento movimiento del brazo, brusco ademán que hizo que un mueble rodara por el suelo.

—Pero, ¿por qué deterioráis de ese modo el mobiliario, caballeros? ¡Estáis perjudicando al Estado!—exclamó alegremente Porfirio Petrovitch.

Rascolnikof reía de tal modo que, durante algunos momentos, olvidó su mano en la del juez de instrucción; mas, como hubiera sido poco natural dejarla permanecer allí más tiempo, la retiró cuando creyó llegado el instante de hacerlo, para que resultara verosímil el papel que representaba. En cuanto a Razumikin, estaba más confuso que nunca, y, después de contemplar con aire sombrío las consecuencias de su acaloramiento, se dirigió hacia la ventana, y allí, volviendo la espalda a los demás personajes, púsose a mirar sin, por otra parte, ver nada.

Porfirio Petrovitch reía por conveniencia, pero era evidente que esperaba explicaciones. En un rincón, sentado en una silla, estaba Zametof. Al ver a los visitantes se había levantado a medias y esbozado una sonrisa; luego, la escena parecía no distraerle, y observaba a Rascolnikof con curiosidad particular. Este último no esperaba encontrar allí al agente de policía, cuya presencia le causó una sorpresa desagradable.

—He ahí una cosa más que considerar—pensó.

—Ruégoos que me dispenséis—dijo en alta voz y con fingido embarazo.

—¡Nada de eso! ¡Si por el contrario, me habéis causado el mayor placer! ¡Habéis entrado de un modo tan agradable...! Pero ¿qué significa eso? ¿Ni aun quiere decir buenos días?—añadió Porfirio Petrovitch, mostrando con un gesto a Razumikin.

—A decir verdad, no sé por qué se ha enfadado conmigo. Por el camino le he dicho que se asemejaba a Romeo, y... se lo he probado. No ha habido más.

—¡Cochino!—gritó Razumikin sin volver la cara.

—Ha debido haber motivos muy serios para él tomar tan por la tremenda una ligera broma—hizo observar, riendo, Porfirio Petrovitch.

—¡A un lado las tontunas! ¡Y al asunto!—exclamó de pronto Razumikin—. Te presento a mi amigo Rodion Romanovitch Rascolnikof, que ha oído hablar de ti y desea conocerte. Además, tiene un pequeño asunto que tratar contigo. ¡Cómo! ¡Zametof! ¿Por qué casualidad estáis aquí? ¿Os conocéis? ¿Desde cuándo?

—¿Qué quiere decir esto ahora?—se preguntó con inquietud Rascolnikof.

La pregunta de Razumikin pareció disgustar algo a Zametof; sin embargo, supo disimular.

—Ayer, en tu propia casa, nos conocimos—dijo con aire indiferente.

—Entonces, la mano de Dios lo ha hecho todo. Figúrate, Porfirio, que la semana pasada tenía el mayor deseo de serte presentado.

En cuanto supo que Rascolnikof tenía «un pequeño asunto» que tratar con él, Porfirio Petrovitch le invitó a sentarse en el sofá, sentóse a su vez en el otro extremo y se puso a su disposición inmediatamente.

Ordinariamente, sentímonos algo incómodos cuando un hombre a quien apenas conocemos manifiesta deseos de oirnos; nuestro embarazo es mayor aún cuando el objeto de que hemos de hablar es, a nuestros ojos, poco digno de atención tan extremada.

Sin embargo, Rascolnikof, en algunas palabras cortas y precisas, expuso claramente su asunto;

hasta pudo, mientras lo hacía, observar cómodamente a Porfirio Petrovitch, quien, por su parte, no apartaba la vista del joven.

Razumikin, sentado frente a ellos, escuchaba con impaciencia, mirando alternativamente a su amigo y al juez, lo que colmaba la medida.

—¡El imbécil!—apostrofábale interiormente Rascolnikof.

—Es necesario hacer una declaración a la policía —respondió con el aire más indiferente Porfirio Petrovitch—. Expondréis cómo, informado de tal suceso, es decir, del asesinato, deseáis hacer saber al juez de instrucción encargado de este asunto, que dichos objetos os pertenecen y que deseáis desempeñarlos... o... pero, por otra parte, se os escribirá.

—Por desgracia —agregó Rascolnikof fingiendo confusión— estoy muy lejos de ser rico actualmente... mis medios no permiten ni aun desempeñar esas pequeñeces... Quisiera limitarme a declarar que los objetos son míos y que cuando tenga dinero...

—Eso no importa —interrumpióle Porfirio Petrovitch, que acogió fríamente esta explicación—. Por otra parte, si queréis podéis escribirme directamente, declarando que, enterado de tal cosa, deseáis hacerme saber que tales objetos os pertenecen y que...

—¿Puedo escribir eso en papel sencillo?—interrumpió Rascolnikof, afectando siempre no ver sino la parte pecuniaria de la cuestión.

—¡Oh! ¡en cualquier papel!

Porfirio pronunció estas palabras con aire francamente burlón, guiñando un ojo a Rascolnikof. Por lo menos el joven hubiera jurado que aquel guiño de ojos se dirigía a él, y dejaba adivinar, el demonio sabe qué oculto pensamiento. Proba-

ble era, después de todo, que se engañase, porque aquello duró apenas un segundo.

—¡Sabe!—pensó instantáneamente.

—Perdonadme que os haya molestado por tan poca cosa —agregó bastante desconcertado—. Esos objetos valen en junto cinco rublos, pero su procedencia me los hace particularmente queridos, y confieso que sentí cierta inquietud al saber...

—¡Por eso te conmoviste tanto ayer cuando me oíste decir que Porfirio interrogaba a los propietarios de los objetos empeñados!—hizo notar, con intención evidente, Razumikin.

Aquello era demasiado. Rascolnikof no pudo contenerse y clavó en el charlatán una mirada llena de cólera. En seguida comprendió que había cometido una imprudencia y apresuróse a remediarla, explicando que, hallándose allí su madre, temía que ésta o su hermana le preguntaran, por ejemplo, por el reloj, que había pertenecido a su padre, y...

—¡Ah! ¿Vuestra madre ha venido a veros?—preguntó Porfirio Petrovitch interrumpiendo a Razumikin, el cual se esforzaba para probar que su amigo no le había comprendido.

—Sí—respondió Rascolnikof.

—¿Cuándo ha llegado?

—Ayer tarde.

El juez de instrucción guardó silencio; parecía meditar.

—Vuestros objetos no podían perderse de ningún modo —agregó en tono frío y tranquilo—. Hace mucho tiempo que esperaba vuestra visita.

Rascolnikof se estremeció; el juez de instrucción pareció no haberlo notado.

—¡Cómo! ¿Esperabas su visita? ¿Sabías que había empeñado algo en casa de la vieja?—preguntó Razumikin.

Sin responderle, Porfirio Petrovitch se dirigió a Rascolnikof.

—Vuestros objetos, una sortija y un reloj, estaban envueltos en un trozo de papel, en el que se leía vuestro nombre escrito con lápiz, y junto a él la indicación del día en que habían sido empeñados los objetos.

—¡Qué memoria tenéis!—dijo Rascolnikof con aire de contrariedad.

Se esforzaba especialmente por mirar tranquilamente al juez de instrucción; sin embargo, no pudo menos de agregar bruscamente:

—He hecho esta observación, porque, siendo muchos los propietarios de objetos empeñados, debe costar un gran esfuerzo de memoria acordarse de todos y cada uno... y...

—¡Débil idiota! ¿Qué necesidad tenías de agregar eso?—concluyó para sí.

—Es que casi todos se han dado ya a conocer; vos erais el único que aun no habíais venido—respondió Porfirio con expresión casi imperceptible de burla.

—No me encontraba muy bien.

—Lo he oído decir. Hasta se me ha dicho que habéis sufrido mucho. Aun ahora estáis pálido...

—Nada de eso; por el contrario... encuéntrome muy bien—replicó Rascolnikof en tono brutal y violento.

Sentía arder en su interior una cólera que no podía dominar.

—En mi acaloro, voy a cometer una necedad —pensaba—. Mas ¿por qué me exasperan ellos?

—¡No se encontraba muy bien! ¡Vaya un eufonismo! —exclamó Razumikin—. La verdad es que hasta ayer ha estado casi siempre sin conocimiento... ¿Creerías, Porfirio, que ayer, pudiendo apenas tenerse sobre sus piernas, aprovechó

el momento en que Zosimof y yo acabábamos de separarnos de él para vestirse, salir a escondidas de casa y marcharse, Dios sabe dónde, hasta las doce de la noche.... todo en completo estado de delirio? ¿Puedes figurarte cosa semejante?

—*¿En completo estado de delirio?*—dijo Porfirio, con el movimiento de cabeza propio de los aldeanos rusos.

—¡Eso es absurdo! ¡No le creáis! Por otra parte, no tengo necesidad de deciros esto. Vuestra opinión está ya formada—dejó escapar Rascolnikof, impulsado por la cólera.

Pero Porfirio Petrovitch pareció no oir tan extrañas palabras.

—¿Cómo hubieras salido, a no ser en estado de delirio? —agregó, acalorándose, Razumikin—. ¿Por qué saliste? ¿Con qué objeto? Y sobre todo ¿a qué atribuir esa idea de salir de casa a escondidas? Convén, pues, en que no estabas en tu cabal juicio. Ahora que el peligro ya pasó puedo decírtelo sin rodeos.

—Me habían fastidiado extremadamente —dijo Rascolnikof, dirigiéndose al juez de instrucción con una sonrisa que se asemejaba a un desafío—, y queriendo desembarazarme de ellos, salí para alquilar una habitación en la que no pudieran descubrirme; había tomado, con tal objeto, cierta cantidad. El señor Zametof, quien me vió con el dinero en la mano, puede decir si ayer ya estaba bueno o deliraba. Sed, pues, juez en nuestra disputa.

Con mucho gusto hubiera estrangulado en aquel momento al agente, el cual le irritaba con su mutismo y la expresión equívoca de su mirada.

—En mi entender, hablabais con sensatez y hasta con gran agudeza; sólo que estabais en exceso irritado—declaró secamente Zametof.

—Y hoy —añadió Porfirio Petrovitch—, Nikodim Fomitch me ha dicho que ayer, a hora muy avanzada de la noche, os encontró en casa de un funcionario que había sido aplastado por un coche...

—¡Lo cual viene en apoyo de lo que digo! —agregó Razumikin—. ¿No te condujiste como un loco en casa de ese funcionario? ¡Te despojaste de todos tus tesoros para pagar el entierro! Admito que, deseoso de ayudar a la viuda, le dieras quince rublos, hasta veinte; pero guardando algo para ti. Y, en lugar de eso, largaste todo tu caudal, los veinticinco rublos que poseías.

—También puede ser que haya encontrado un tesoro sin que tú lo sepas. Ayer me dió todo el día por ser generoso... El señor Zametof, que me está oyendo, sabe que he encontrado un tesoro...¡ Dispensadme que os haya fastidiado por espacio de media hora con una charla tan ociosa —prosiguió, temblorosos los labios, dirigiéndose a Porfirio—. Estáis cansado, ¿verdad?

—¿Qué decís? ¡Al contrario! ¡Si supierais hasta qué punto me interesáis...! ¡Os encuentro tan curioso para visto y escuchado...! Confieso que celebro en el alma haber al fin recibido vuestra visita...

—Pero, ¡hombre, danos té! ¡Sentimos seco el gaznate!—gritó Razumikin.

—Excelente idea; pero, antes del té, ¿no tomaríais algo más sólido?

—¡Anda por ello!

Porfirio Petrovitch salió para pedir té.

Toda clase de ideas confundíanse en el cerebro de Rascolnikof, el cual estaba muy excitado.

—Ni aun se dan el trabajo de fingir: van derechos a su objeto. Si Porfirio Petrovitch no me conocía, ¿por qué habló de mí a Nikodim Fo-

mitch? ¡No quieren ni ocultar que me siguen como los perros a la res! ¡Me escupen descaradamente al rostro! —se decía, temblando de rabia—. Pues bien; obrad francamente: no juguéis conmigo como el gato con el ratón. Eso es descortesía, Porfirio Petrovitch, y puede no convenirme permitir eso... Me levantaré, os arrojaré la verdad al rostro, y veréis cómo os desprecio.

Respiró haciendo un esfuerzo.

—Pero ¿y si todo eso no fuera sino una ilusión? Tratemos de desempeñar nuestro feo papel, y no vayamos a perdernos, como un estornino, con nuestra ciega cólera. ¿Es que les atribuyo intenciones que no tienen? Sus palabras no tienen en sí nada de extraordinario; son cosas que se ocurren al pronto; pero pueden tener un doble sentido. ¿Por qué Porfirio Petrovitch dijo sencillamente «en su casa», hablando de la vieja? ¿Por qué Zametof hizo observar que yo hablé con mucha agudeza? ¡O todo es ilusión mía, o saben...! Hasta insolente me parece el tal Zametof. Habrá reflexionado desde ayer. ¡Con razón sospechaba yo que cambiaría de opinión! ¡Se encuentra aquí como en su casa, y es la primera vez que pisa estos umbrales! Porfirio no le trata como a extraño; se sienta de espaldas a él. Estos sujetos se han hecho amigos, ¡y con seguridad que yo soy el motivo de sus relaciones! ¡Seguro estoy de que hablaban de mí cuando llegamos...! ¿Están enterados de mi visita a la casa de la vieja? ¡Mucha prisa tengo por saberlo...! Porfirio ha parecido no oirme cuando dije que iba en busca de una habitación que alquilar... Pero hice bien hablando como hablara; ¡quizá sirva esto más adelante...! En cuanto al delirio, el juez de instrucción no ha hecho ningún

cálculo... ¡Está perfectamente enterado respecto a la manera como yo empleé la velada! ¡Ignoraba la llegada de mi madre! ¡Y la hechicera que había apuntado con lápiz la fecha del empeño...! ¡No, no, la seguridad que afectáis no me engaña; hasta ahora, no tenéis hechos, os fundáis en vagas conjeturas! La visita que yo hiciera a la casa de la vieja no prueba nada: se explica perfectamente, teniendo en cuenta el delirio... Pero ¿saben que yo he ido allá? ¡Es necesario que yo me entere de esto! ¿A qué he venido yo aquí? Bueno, ahora me enfado; y he aquí lo que es preciso temer. ¡Ah, qué fácilmente me irrito! Después de todo, quizás sea preferible que así sea; estoy dentro de mi papel de enfermo... Me va a hacer perder el juicio. ¿A qué vine yo aquí?

Todas estas ideas atravesaron su cerebro con la rapidez del relámpago.

Al cabo de un instante volvió Porfirio Petrovitch. Parecía de buen humor.

—Ayer, al salir de tu casa, amigo mío —continuó, dirigiéndose a Razumikin con una jovialidad que hasta entonces, no había mostrado—, estaba verdaderamente pesado; mas todo pasó ya. Pero fué el caso que os abandoné a lo mejor. ¿De quién fué la victoria?

—De ninguno de ellos, naturalmente. Cada cual defendió su vieja tesis. Figúrate, Rodia, que la discusión versaba sobre esta cuestión social nada nueva—manifestó distraídamente Rascolnikof.

—Pero el caso es que no estaba formulada de ese modo, hizo observar Porfirio.

—En efecto... —reconoció Razumikin, que se había aturrullado según costumbre—. Escucha, Rodia, y di cuál es tu opinión, si quieres. Los socialistas comenzaron por exponer su teoría. Sabido es en qué consiste; el crimen no es otra

cosa que una protesta contra un orden social mal organizado; no admiten que los actos criminales obedezcan a otra causa; para ellos, el hombre es empujado al crimen por la influencia irresistible del medio. He ahí precisamente su frase favorita.

—A propósito de crimen y de medio —dijo Porfirio dirigiéndose a Rascolnikof—, recuerdo un trabajo vuestro que me interesó vivamente; hablo de vuestro artículo: *Acerca del crimen...* No puedo precisar cuál era el verdadero título de este artículo, que tuve el placer de leer, hace dos meses en la *Palabra periódica.*

—¿Mi artículo en la *Palabra periódica?* —preguntó con sorpresa Rascolnikof—. En efecto, hace seis meses, al abandonar la Universidad, escribí un artículo acerca de un libro; pero lo llevé a la *Palabra hebdomadaria*, y no a la *Palabra periódica.*

—Y en ésta se publicó también.

—Por aquel entonces, la *Palabra hebdomadária* cesó de publicarse. He ahí por qué mi trabajo no salió en ella.

—Efectivamente, pero, al cesar de publicarse, la *Palabra hebdomadária*, convirtióse en la *Palabra periódica.* He ahí explicado por qué vuestro artículo salió hace dos meses en este último periódico. ¿No lo sabíais?

Rascolnikof lo ignoraba.

—Pues podéis ir a cobrarlo.

—¿Y cómo supisteis que el artículo era mío? Lo firmé con una inicial.

—Lo supe, no hace mucho, casualmente. El redactor jefe, que es amigo mío, me lo dijo... El artículo me había interesado vivamente.

—Examinaba, si mal no recuerdo, el estado psicológico del culpable en el momento de cometer el crimen.

—Sí, y os proponíais demostrar que el crimi-

nal, en el instante de ejecutar su acto punible, es siempre un enfermo. Punto de vista originalísimo... que no es, sin embargo, la parte que más me interesó de vuestro trabajo; lo que me llamó la atención fué un pensamiento que se hallaba al final del artículo y que, por desgracia, os limitasteis a indicar someramente... En una palabra: si os acordáis, dabais a entender que hay en el mundo hombres que pueden, o, por mejor decir, que tienen derecho absoluto a cometer toda clase de acciones culpables y criminales; hombres para los cuales, hasta cierto punto, no existe la ley.

Rascolnikof sonrió al oir esta pérfida interpretación de su pensamiento.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿El derecho al crimen? ¿No quiso más bien, decir que el criminal es empujado al crimen por la influencia irresistible del medio?—preguntó Razumikin con cierta inquietud.

—No, no, no se trata de eso —respondió Porfirio—. En el artículo en cuestión, los hombres están divididos en «ordinarios» y «extraordinarios» Los primeros deben vivir en la obediencia y no tienen derecho a violar la ley, por ser hombres ordinarios; los segundos tienen derecho a cometer todos los crímenes y a prescindir de todas las leyes, por aquello de ser hombres extraordinarios. ¿Es eso lo que decíais, o me engaño?

—¡Cómo! ¡Eso no puede ser!—exclamó Razumikin, estupefacto.

Rascolnikof sonrió de nuevo. Había comprendido que se trataba de arrancarle una declaración de principios; y, recordando su artículo, no vaciló en explicarlo.

—No es precisamente eso —comenzó sencilla y modestamente—. Aunque confieso, por otra parte que habéis reproducido casi exactamente

mi pensamiento; si lo deseáis, diré que lo habéis interpretado con exactitud...

Pronunció estas últimas palabras con cierto placer.

—Pero no he dicho, como vos me lo hacéis decir, que las personas extraordinarias estén absolutamente obligadas a cometer toda clase de acciones criminales. Hasta me parece que la censura no hubiera dejado pasar un artículo en tal sentido concebido. He aquí todo lo que buenamente manifesté: el hombre extraordinario tiene el derecho, no oficialmente, sino por sí mismo, de autorizar a su conciencia a franquear ciertos obstáculos, en el caso de exigirlo así la realización de su idea (que en ocasiones puede ser útil a todo el género humano). Pretendéis que mi artículo no estaba claro; voy a tratar de explicároslo: quizás me engañe al pensar que tal es vuestro deseo. En mi entender, si, por ciertas circunstancias, los inventos de Kepler y de Newton no hubieran podido darse a conocer sino mediante el sacrificio de una, de diez, de ciento o de un número mayor de vidas que hubiesen sido obstáculo a dichos inventos, Newton habría tenido derecho, más aún, hubiérase visto obligado a *suprimir* esos diez, esos cien hombres, a fin de que sus descubrimientos fuesen conocidos del mundo entero. Esto, por otra parte, no quiere decir que Newton tuviera derecho a asesinar a su gusto a no importa quién o a cometer robos a diario.

En los siguientes párrafos de mi artículo, insisto, bien lo recuerdo, sobre la idea de que todos los legisladores y los guías de la humanidad, empezando por los más antiguos, para continuar por Licurgo, Solón, Mahoma, Napo-

león, etc., que todos, sin excepción, fueron criminales, porque al dictar nuevas leyes, violaron las antiguas, fielmente observadas por la sociedad y transmitidas por los antecesores; seguramente que tampoco retrocedían ante la efusión de sangre, en cuanto comprendían que ésta podría serles útil. Es de notar asimismo que casi todos estos bienhechores y guías de la especie humana fueron terriblemente sanguinarios. Por consiguiente, no sólo todos los grandes hombres, sino todos los que se elevan, por poco que sea, sobre el nivel común, que son capaces de decir algo nuevo, deben, en virtud de su propia naturaleza, deben ser necesariamente criminales, más o menos, se entiende. De otro modo, difícil les sería salir del montón; en cuanto a quedar en él confundidos, no pueden consentir en ello y, a mi entender, su deber se lo prohibe.

En una palabra, ya veis que hasta aquí no hay nada de nuevo en mi artículo. Esto ha sido dicho e impreso mil veces. En cuanto a mi división de las personas en ordinarias y extraordinarias, reconozco que encierra alguna arbitrariedad, pero dejo a un lado la cuestión de las cifras de que hago uso. Sólo creo que, en el fondo, mi pensamiento es justo. Viene a decir que la Naturaleza divide a los hombres en dos categorías: una inferior, la de los hombres ordinarios, especie de materiales cuya misión única es reproducir seres a ellos semejantes; otra superior, en la que se hallan comprendidos los hombres que poseen el don o el talento de hacer oir en su medio una palabra nueva. Las subdivisiones son, naturalmente, innumerables, pero ambas categorías ofrecen rasgos distintivos bastante marcados. A la primera pertenecen en general los conservadores: los hombres ordenados, que viven en la obe-

diencia y que la aman. En mi concepto, hasta están obligados a obedecer, porque tal es su destino y porque la cosa nada tiene de humillante para ellos. El segundo grupo se compone exclusivamente de hombres que violan la ley y tienden, según sus medios, a violarla. Sus crímenes son, naturalmente, relativos y de una gravedad variable. La mayoría reclaman la destrucción de lo que existe, en nombre de lo que debe existir. Pero si, por su idea, deben verter sangre, avanzar por entre cadáveres, pueden en conciencia hacer lo uno y lo otro —«en interés de su idea»; fijaos bien en esto—. He aquí en qué sentido mi artículo les reconoce el derecho al crimen. (Recordaréis que nuestro punto de partida fué una cuestión jurídica.) Por otra parte, no hay en esto motivo para inquietarse mucho... Casi nunca la masa les concede ese derecho; los decapita o los ahorca (más o menos), y de ese modo cumple justísimamente su misión conservadora hasta el día, ciertamente, en que esa masa exija estatuas a los ajusticiados y las venere (más o menos). El primer grupo es siempre el dueño del presente, el segundo lo es del porvenir. Uno conserva el mundo y multiplica los habitantes, el otro hace el mundo moverse y le conduce hacia el objetivo. Estos y aquéllos tienen absolutamente el mismo derecho a la existencia; y «¡viva la guerra eterna!», hasta la Nueva Jerusalén, se entiende.

—Según eso, ¿creéis en la Jerusalén Nueva?

—Creo en ella.

—Y... ¿creéis en Dios?

—Creo en El.

—¿Y... y en la resurrección de Lázaro?

—También. Pero ¿por qué me preguntáis todo eso?

—¿Creéis en ello literalmente?

—Literalmente.

—Dispensad que os haga estas preguntas, que para mí no carecen de interés. Pero permitid —volviendo a nuestro anterior motivo de conversación—, permitid que os diga que no siempre se los ejecuta; que hay algunos que, por el contrario...

—¿Triunfan y viven? ¡Oh, sí! ocurre con algunos; y en tal caso...

—¿Ellos son los que entregan a los otros al suplicio?

—Si necesario se hace; y, a decir verdad, éste es el caso más frecuente. En general, vuestra observación es justísima.

—Mil gracias. Pero, decidme: ¿cómo se pueden distinguir los hombres extraordinarios de los ordinarios? ¿Tienen, desde que nacieran, ciertas señales? Creo que aquí hace falta más precisión, una limitación más aparente. Dispensad esta inquietud, natural en un hombre práctico y bienintencionado. ¿No podrían, por ejemplo, vestir un traje especial, usar un emblema cualquiera? Porque, convenid en que si se produce una confusión, si un individuo de una categoría se figura que pertenece a otra y se pone, según vuestra feliz expresión, a «suprimir todos los obstáculos...»

—¡Oh, eso ocurre con frecuencia! Y esa observación es aun más fina que la primera.

—Gracias nuevamente.

—No hay de qué; pero pensad que el error sólo es posible en la primera categoría, es decir, en los que yo he llamado, inoportunamente quizás hombres «ordinarios». No obstante su tendencia innata a obedecer, muchos de ellos, a causa de un capricho de la Naturaleza, gustan de tomarse por hombres avanzados, por «destructores», se creen los llamados a hacer oir una

«palabra nueva», y la ilusión es en ellos sincera. Al propio tiempo, no saben convencer a los verdaderos innovadores; hasta los desprecian como a gentes atrasadas y sin alteza de miras. Pero, en mi concepto, no puede haber en eso un serio peligro, y no tenéis por qué inquietaros, porque nunca van lejos. Sin duda que en ocasiones debiera castigárselos por su extravío y volverlos a su puesto, mas esto es todo; y aun para ello no es necesario molestar al verdugo: ellos mismos se aplican el correctivo, porque son gentes muy morales que tan pronto se prestan un servicio como se zurran con sus propias manos...

—Me habéis devuelto la tranquilidad, por esa parte al menos; pero otra cosa me inquieta, decidme: ¿hay muchas de esas gentes extraordinarias que tienen derecho a degollar a los demás?

—¡Oh, no os inquiete eso tampoco! En general, nace un número muy reducido de hombres con una idea nueva, o, sencillamente, capaces de decir algo de nuevo. Es evidente que la repartición de nacimientos en las diversas categorías y subdivisiones de la especie humana debe ser estrictamente determinada por una ley de la Naturaleza. Esta ley nos es hoy desconocida, pero creo que existe y que más adelante podremos saber en qué consiste. Una enorme masa de gentes no están sobre la tierra sino para dar a luz, tras de largos y misteriosos cruzamientos de razas, un hombre que, entre mil, posea alguna independencia. Conforme aumenta el grado de ésta, no se habla más que de un hombre por cada diez mil, por cada cien mil. (Son éstas cifras aproximadas.) Se cuenta un genio por muchos millones de individuos, y miles de millones de hombres pasan quizás por la tierra antes de que surja una de esas inteligencias elevadas que renuevan

la faz del mundo. Para concluir, diré que no he mirado dentro de la retorta en que todo esto se opera. Mas hay y debe haber una ley fija; el azar no puede aquí existir.

—Pero, veamos: ¿bromeáis los dos?—exclamó Razumikin—. Os zarandeáis recíprocamente, ¿no es así?

Sin responderle, Rascolnikof volvió hacia él su rostro pálido y como apenado. Al mirar la triste fisonomía de su amigo, Razumikin encontró extraño el tono cáustico, provocativo y descortés, de Porfirio.

—Pues bien, querido, sí, en efecto, eso es serio... Sin duda que tienes razón al decir que eso no es nuevo y que se asemeja a lo que hemos leído y oído mil veces; pero lo que hay de realmente original en todo eso, lo que en realidad no pertenece a nadie, sino a ti, mucho siento decirlo, es ese derecho moral de verter sangre que concedes y que niegas, perdóname, con tanto fanatismo... He ahí, por consiguiente, el pensamiento principal de tu artículo. Esta autorización moral de matar es, en mi concepto, algo muy espantoso—observó Porfirio.

—¡No, la expresión ha excedido en tu pensamiento; no es eso lo que has querido decir! Leeré tu artículo... Al hablar, cualquiera se deja arrastrar... ¡No puedes pensar eso...! Leeré.

—Nada de eso encierra mi artículo; apenas he tocado a la cuestión—dijo Rascolnikof.

—Sí, sí —añadió Porfirio—. Ahora comprendo aproximadamente vuestro modo de mirar el crimen. Pero... excusad si insisto aún: Cuando un joven se imagine ser un Licurgo o un Mahoma... futuro, inútil decirlo, debe empezar por suprimir todos los obstáculos que le impidan cumplir su

misión... Y después procurará medios... ¿adivináis de qué manera?

Al oir estas palabras, Zametof resopló en su rincón. Rascolnikof no le miró siquiera.

—Obligado me veo a reconocer —respondió tranquilamente— que tales casos pueden producirse. Son un lazo que el amor propio tiende a los vanidosos y a los necios, lazo en que los jóvenes, especialmente, se dejarán coger.

—Entonces...

—¿Qué? —añadió riendo Rascolnikof—. Culpa mía no es. Eso se ve y se verá siempre. No ha mucho me acusaba de autorizar el asesinato —prosiguió mostrando a Razumikin—. ¿Qué importa? ¿Es que la sociedad no está bastante protegida por las cárceles, los jueces de instrucción y las cadenas perpetuas? ¿A qué inquietarse, pues? ¡Búsquese al ladrón!

—¿Y si no se le encuentra?

—Peor para él.

—Sois lógico, al menos. Pero ¿qué le dirá su conciencia?

—¿Qué os importa a vos?

—Cuestión es que interesa al sentimiento humano.

—El que tiene conciencia, sufre al reconocer su yerro. Y ése es su castigo, independientemente del presidio.

—Según eso —preguntó frunciendo el ceño Razumikin—, los hombres de genio, los que tienen derecho a matar, ¿no deben de sentir ningún sufrimiento, ni aun al verter sangre?

—¿Qué oficio hace aquí la palabra «deben»? El sufrimiento no les está permitido ni prohibido. Dueños son de sufrir si su víctima les inspira piedad... El sufrimiento delata una inteligencia amplia y un corazón noble. Los hombres verda-

deramente grandes deben en mi concepto experimentar una inmensa tristeza en la tierra—añadió Rascolnikof, presa de súbita melancolía que contrastaba con el tono de la anterior conversación.

Alzó los ojos; miró a los asistentes, con aire soñador; sonrió, y tomó su casquete.

Estaba demasiado tranquilo, comparada su actitud con la que tomara al entrar, y bien se hizo cargo de ello. Todos se levantaron.

Porfirio Petrovitch volvió de nuevo a la carga.

—Vaya, me insultéis o no, os enfadéis o no, como ello es más fuerte que yo, he de dirigiros una pregunta más. Me confunde verdaderamente obrar como lo hago... Mas quiero comunicaros una pequeña idea que...

—Exponedla—atajó Rascolnikof.

—Oíd, pues... En verdad, no sé cómo explicarme... Trátase de una idea extraña, psicológica... Al componer vuestro artículo, es muy probable ¡jé, jé! que os consideréis uno de esos hombres «extraordinarios» de que hablabais... Vamos, ¿no es cierto?

—Muy posible es — respondió desdeñosamente Rascolnikof.

Razumikin hizo un movimiento.

—Si así fuese—bien para salir de apuros materiales, bien para hacer progresar a la humanidad, ¿no seríais capaz de franquear el obstáculo... de matar y robar, por ejemplo?

A la vez guiñaba el ojo izquierdo y reía en silencio, completamente igual que antes.

—Si estuviera decidido a eso, indudable es que no os lo diría—replicó Rascolnikof con acento de altanero desafío.

—Mi pregunta no tenía sino un objetivo de curiosidad literaria: os la había hecho a fin de mejor penetrar el sentido de vuestro artículo...

—¡Oh, qué lazo más grosero! ¡Qué hilvanada malicia!—pensó Rascolnikof apesadumbrado.

—Permitidme que os haga observar —respondió secamente— que no me creo ni un Mahoma, ni un Napoleón, ni otro personaje semejante: por lo tanto, no puedo informaros respecto a lo que haría si estuviera en su lugar.

—¡Vaya! ¿Quién es el que aquí, en Rusia, no se cree un Napoleón?—dijo con brusca familiaridad el juez de instrucción.

Esta vez, hasta en la entonación de su voz, veíase un oculto pensamiento.

—¿No sería un futuro Napoleón quien asesinó la semana pasada a Alena Ivanovna?—dijo de repente, desde el rincón del aposento, Zametof.

Sin contestar, Rascolnikof clavó en Porfirio una mirada fija y penetrante. Contrajéronse las facciones de Razumikin. Desde hacía mucho tiempo parecía sospechar algo. Paseó en derredor una mirada llena de irritación. Hubo un momento de silencio sombrío. Rascolnikof se dispuso a salir.

—¡Os marcháis ya! —dijo Porfirio tendiendo la mano al joven con extremada amabilidad—. Celebro haberos conocido. Y estad tranquilo en lo que a vuestro asunto respecta. Escribid en el sentido que os he indicado. O si no, venid vos mismo a verme... uno de estos días... mañana, por ejemplo. Estaré aquí, sin falta, a las once. Lo arreglaremos todo... Hablaremos un poco... Como sois uno de los últimos que fueron *allí*, tal vez os fuera posible decirnos alguna cosa...—añadió con sencillez.

—¿Queréis interrogarme en toda regla?—preguntó con rudo tono Rascolnikof.

—¿Por qué no? Aun cuando no se trata de eso por el momento. No me habéis comprendido.

Mirad, yo aprovecho todas las ocasiones... ya he hablado con cuantos allí tenían objetos... habiendo recogido útiles datos de alguno de ellos. Y como vos sois el último... ¡A propósito! —exclamó con súbita alegría—. ¡Celebro acordarme de ello! ¡Y ya iba a olvidarlo otra vez! (Diciendo esto, volvíase hacia Razumikin.) Me aturdiste el otro día con hablarme de aquel Nikolachka... Pues bien, estoy seguro, estoy convencido de su inocencia —prosiguió dirigiéndose de nuevo a Rascolnikof—. Pero ¿qué hacer? También ha sido preciso inquietar a Mitka... Pero, he aquí lo que he de preguntaros: Al subir la escalera, Permitid: ¿fué entre siete y ocho cuando entrásteis en la casa?

—Sí—respondió Rascolnikof.

Y al punto lamentó haber contestado de una manera indebida.

—Pues bien, al subir la escalera entre siete y ocho, ¿no visteis en el segundo piso, en un cuarto cuya puerta estaba abierta, ¿os acordáis? no visteis dos obreros, uno al menos? Pintaban la habitación. ¿No reparasteis en ellos? ¡Esto es para ellos importantísimo...!

—¿Pintores? No, no los vi... —respondió lentamente Rascolnikof, que parecía hacer memoria y que durante un segundo tuvo en tensión todos los resortes de su espíritu para descubrir lo antes posible el lazo que ocultaba la pregunta del juez de instrucción—. No, no los vi, ni aun podría decir si había o no un cuarto abierto —continuó, feliz por haber apagado la mecha—. Pero recuerdo que, en el cuarto piso, el empleado que vivía frente a Alena Ivanovna, disponíase a sacar de allí sus muebles... Hasta me acuerdo de que en la escalera me encontré con unos soldados que bajaban un sofá... Pero no vi ningún

pintor... ni puerta alguna abierta. No, no vi nada de esto...

—Pero ¿qué estás diciendo? —gritó de pronto Razumikin, que hasta entonces había escuchado pareciendo reflexionar—. Los pintores trabajaban el día mismo del asesinato, y él no fué a la casa sino dos días antes. ¿Por qué, pues, le preguntas eso?

—¡Toma! es verdad, he confundido las fechas —exclamó Porfirio—. ¡Lléveme el diablo! ¡Este asunto me hará perder el juicio! —añadió a modo de excusa, dirigiéndose a Rascolnikof—. Es tan importante para nosotros el saber si alguien los vió en el cuarto entre siete y ocho, que, sin reflexionar, creí poder obtener de vos este dato aclarador... ¡Había confundido los días!

—Pues necesario fuera fijarse un poquito más— refunfuñó Razumikin.

Estas palabras fueron dichas en la antesala; Porfirio acompañaba amablemente a sus visitantes hasta la puerta. Estos estaban sombríos y lúgubres cuando salieron de la casa, y dieron bastantes pasos sin hablar. Rascolnikof respiraba como un hombre que acaba de pasar por una prueba penosa.

VI

—...¡No lo creo! ¡No puedo creerlo!—repetía Razumikin, que se esforzaba cuanto podía para rechazar las conclusiones de Rascolnikof.

Se hallaban ya cerca de la casa Bakaleief, donde, desde hacía mucho tiempo, los aguardaban Pulqueria Alejandrovna y Dunia. En el calor

de la discusión, Razumikin se detenía a cada momento en medio de la calle; estaba muy agitado, porque era la vez primera que ambos jóvenes hablaban de *aquello* de otro modo que por indirectas.

—¡No lo creas, si no quieres! —respondió Rascolnikof con sonrisa fría e indiferente—. Tú, según tu costumbre, nada notaste; pero yo pesé cada una de mis palabras.

—Eres muy inclinado a la desconfianza. He aquí por qué en todos ves ocultos pensamientos... ¡Hum...! en efecto, reconozco que el tono de Porfirio era bastante extraño, y, sobre todo, que aquel pícaro Zametof... Tienes razón... había en él un no sé qué... Pero, ¿cómo explicarse esto? ¿Cómo?

—Habrá cambiado de opinión.

—¡No, te engañas! Si tuviesen tan estúpida idea hubieran, por el contrario, hecho lo posible para disimularla; habrían ocultado su juego para inspirarte una falaz confianza, esperando el momento de quitarse la careta... En la hipótesis de que partes, su modo de obrar ahora sería tan torpe como insolente.

—Si existieran hechos, hechos serios, o presunciones algo fecundas, sin duda que se esforzarían para disimular sus intentos con la esperanza de obtener algún resultado respecto a mí (por otra parte, mucho hace que habrían registrado mi domicilio). Pero no tienen pruebas, ni una sola; para ellos, todo se reduce a conjeturas gratuitas, a suposiciones que no se apoyan en nada real, por eso recurren a la difamación. Quizá no es preciso ver en esto sino el despecho de Porfirio, que rabia por no tener pruebas. Quizá abriga también sus intenciones... Parece inteligente... Posible es que haya querido asustarte...

Tiene una psicología particular, amigo mío. Por otra parte... ¡dejemos eso!

—¡Es odioso, odioso! ¡Te comprendo! Mas... puesto que francamente abordamos este motivo, (y yo encuentro que obramos bien), no vacilaré en confesarte que hace mucho tiempo había notado en ellos tal idea. Bien entendido, que apenas se atrevían a manifestarla, flotaba en su espíritu en el estado de duda vaga, pero es ya demasiado que la hayan podido acoger hasta bajo esa forma.

¿Y qué es lo que despertó tan abominables sospechas? ¡Si supieras lo furioso que me he puesto...! ¿En qué se funda todo? ¡En un desmayo que, como tú, cualquiera hubiese sufrido! ¡He ahí el punto de partida de la discusión! ¡Que el diablo se los lleve! En tu lugar, Rodia, me reiría en las barbas de todos; más aún: les haría conocer mi desprecio a salivazos. He ahí cómo acabaría con ellos. ¡Valor! ¡Escúpeles! ¡Esto es vergonzoso!

—¡Sin embargo, ha hablado con cierta convicción!—pensó Rascolnikof.

—¿Escupirles? Muy bueno para dicho. ¡Y mañana otro interrogatorio! —respondió tristemente—. ¡Sería necesario que me rebajase hasta dar explicaciones! Ya me arrepiento de la conversación que en el *traktir* tuve ayer con Zametof...

—¡Que el diablo se los lleve! ¡Yo mismo iré a casa de Porfirio! ¡Es pariente mío! Aprovecharé la visita para hacerle hablar: ¡será necesario que se me confiese por completo! En cuanto a Zametof...

—Por fin mordió el anzuelo—pensó Rascolnikof.

—¡Espera! —gritó Razumikin, asiendo de repente por el hombro a su amigo—. ¡Espera! ¡Divagas demasiado! ¡Lo he pensado y estoy convencido de que desvarías! ¿Dónde ver un ardid?

¿Dices que la pregunta relativa a los pintores ocultaba un lazo? Reflexiona un poco. Si tú hubieras hecho *aquello*, ¿habrías sido lo suficientemente necio para decir que habías visto cómo los pintores trabajaban en el piso segundo? Por el contrario: aun cuando los hubieses visto lo habrías negado. ¿Quién hace, pues, confesiones para comprometerte?

—Si yo hubiera hecho *aquello* no hubiese negado que había visto a los pintores—replicó Rascolnikof, que parecía seguir la conversación con marcado disgusto.

—Pero, ¿por qué decir cosas perjudiciales a uno mismo?

—Porque únicamente los *mujiks* y las personas bajas niegan premeditadamente. Un hombre instruído, por poco inteligente que sea, confiesa en lo posible los hechos materiales, cuya realidad en vano intentaría destruir; a lo sumo, los explica de otro modo, modifica su significado, o los presenta bajo un aspecto nuevo. Según toda probabilidad, Porfirio esperaba que respondería como lo hice; creía que, para dar más verosimilitud a mis declaraciones, confesaría haber visto a los pintores, sin perjuicio de explicar en seguida el hecho en un sentido favorable a mi causa.

—Pero en seguida te hubiera respondido que la antevíspera del crimen los pintores no habían podido estar allí; de consiguiente, que habías ido a la casa el mismo día del asesinato, entre siete y ocho. ¡Hubieras caído!

—Contaba con que no tendría tiempo de reflexionar, y que, presuroso para responder del modo más verosímil, olvidaría esta circunstancia: la imposibilidad de la presencia de los pintores en la casa la antevíspera del crimen.

—Pero ¿cómo olvidar eso?

—¡Nada más fácil! Los puntos de detalle son el escollo de los maliciosos. Cuanto más listo es un hombre, menos sospecha el peligro de las preguntas insignificantes. Porfirio sabe esto bien; está lejos de ser tan bruto como crees...

—¡Entonces es un pícaro!

Rascolnikof no pudo menos de reir. Pero en el mismo instante le admiró haber dado la última explicación con verdadero placer, él que, hasta entonces, no había sostenido la conversación sino a su pesar, y porque el fin propuesto se le hacía una necesidad.

—¿Es que llegarán a agradarme tales cuestiones?—pensaba.

Pero, casi al mismo tiempo, fué invadido por una súbita inquietud que pronto se hizo intolerable. Ambos jóvenes estaban a la puerta de la casa Bakaleief.

—Entra tú solo —dijo bruscamente Rascolnikof—. Vuelvo en seguida.

—¿Adónde vas?

—Tengo una cosa que hacer... Estaré aquí dentro de media hora... Les dirás que...

—¡Te acompaño!

—¡Cómo! ¿Tú también te has propuesto perseguirme hasta que muera?

Esta exclamación fué proferida con tal acento de furia y gesto tan desesperado, que Razumikin no se atrevió a insistir. Permaneció algún tiempo a la puerta, siguiendo con mirada sombría a Rascolnikof, que se dirigía hacia su *parenlok*. Por último, rechinando los dientes y prometiéndose estrujar a Porfirio como se estruja un limón, subió a casa de las dos señoras, para tranquilizar a Pulqueria Alejandrovna, ya inquieta a causa de su ausencia.

CUARTA PARTE

I

Cuando Rascolnikof llegó ante su casa, sus sienes estaban bañadas de sudor y respiraba penosamente. Subió de cuatro en cuatro los escalones, entró en su aposento y se encerró por dentro. En seguida, lleno de terror, se dirigió a un escondite, metió en él la mano y registró con detenimiento. No encontrando nada se levantó, y exhaló un suspiro de satisfacción. Cuando subía a la casa Bakaleief, se le había ocurrido la idea de que uno de los objetos robados podía hallarse escondido en cualquier grieta de la pared...

Permanecía como sumido en un vago ensueño, y una sonrisa extraña erraba por sus labios. Por último salió del aposento. Sus ideas se embrollaban. Bajó pensativo la escalera y se detuvo en el dintel de la puerta.

—¡Mirad! ¡aquí está!—gritó una voz fuerte.

El joven levantó la cabeza.

El portero, de pie en el umbral de su garita, mostraba a Rascolnikof a un hombre de corta estatura, aspecto burgués, y que parecía haber pasado de los cincuenta.

—¿Qué hay?—preguntó Rascolnikof aproximándose al portero.

El burgués le miró de soslayo, le examinó prolongadamente, y luego, sin proferir una palabra, volvió la espalda y se alejó.

—Pero ¿qué significa esto?—gritó Rascolnikof.

—Que ese hombre ha venido a preguntar por vos, que habéis bajado, que os he mostrado a él y que se marcha... ¡Nada más!

Rascolnikof echó a andar tras el burgués. Pronto le alcanzó, porque el desconocido iba despacio, pero, durante algún tiempo, se limitó a seguirle; por fin se colocó a su lado y le miró de reojo al rostro. El burgués lo notó al punto, le dirigió una rápida mirada y bajó luego la vista. Por espacio de un minuto caminaron brazo con brazo sin decirse palabra.

—¿Habéis preguntado por mí?—comenzó Rascolnikof, sin levantar la voz.

El burgués no respondió, ni siquiera miró a quien le hablaba.

Siguió un nuevo silencio.

—¿Habéis preguntado por mí... me veis... y calláis? ¿Qué quiere decir esto?—agregó Rascolnikof en voz entrecortada; hubiérase dicho que las palabras salían con trabajo de su boca.

El burgués miró al joven con aire siniestro.

—¡Asesino!—dijo bruscamente y en voz baja, pero clara y distinta.

Rascolnikof iba a su lado. Sintió súbitamente que sus piernas se debilitaban y que un escalofrío corría por su espalda; durante un segundo su corazón tuvo una especie de colapso; luego empezó a latir con violencia extraordinaria. Anduvieron unos cien pasos el uno al lado del otro sin pronunciar una palabra.

El burgués no miraba a su compañero.

—Pero ¿qué es lo que decís...? ¡Cómo! ¿Quién

es un asesino?—balbuceó Rascolnikof con voz casi ininteligible.

—¡Tú eres un asesino!—exclamó el otro acentuando la réplica con más claridad y energía que antes.

A la vez parecía llevar en los labios una sonrisa del odio triunfante, y con fijeza miraba a Rascolnikof, cuyos ojos se habían tornado vidriosos.

El burgués tomó otra calle. Rascolnikof le dejó marchar, pero siguiéndole con la vista por espacio de algún tiempo.

Después de haber andado cincuenta pasos, el burgués se volvió para mirar al joven, que seguía clavado en el mismo sitio. La distancia no permitía verle bien; sin embargo, Rascolnikof creyo notar que aquel individuo seguía mirándole con su sonrisa de odio frío y victorioso.

Transido de terror, y temblándole las piernas, regresó como pudo a su casa. En medio de su aposento permaneció en pie e inmóvil, por espacio de diez minutos. Luego, falto de fuerzas, se echó lánguidamente sobre el diván, exhalando un débil suspiro.

Precipitados pasos dejáronse oir al cabo de media hora, y una voz, la de Razumikin, llegó a oídos del joven. Cerró los ojos y aparentó dormir. Razumikin abrió la puerta y, durante algunos minutos, permaneció en el umbral, como si no supiera qué hacer. Por fin se resolvió, entró andando despacio en el aposento y se acercó al diván.

—No le despiertes, déjale dormir hasta que se harte; luego comerá—dijo en voz baja Nastasia.

—Tienes razón—dijo Razumikin.

Salieron de puntillas y entornaron la puerta.

Transcurrió otra media hora; Rascolnikof abrió los ojos.

—¿Quién es? ¿Quién es ese hombre salido de debajo de la tierra? ¿Dónde estaba y qué ha visto? Todo lo ha visto, es indudable. ¿Dónde estaba, entonces? ¿Desde dónde vió aquella escena? ¿Cómo es que antes no ha dado señal de vida? ¿Y cómo pudo verlo? ¿Acaso es posible...? ¡Hum...! —continuó Rascolnikof, con glacial estremecimiento— ¿Y el estuche que Mikolay encontró tras de la puerta? ¿Podía esperar esto?

Se sentía desfallecer, notaba que sus fuerzas físicas le abandonaban, y experimentó un violento disgusto de sí mismo.

—Debía haber pensado en esto —se dijo con sonrisa amarga—. ¿Cómo me atreví, conociéndome, previendo lo que debía ocurrir; cómo me atreví a matar? Obligado estaba a prevenir esto... ¡Y lo sabía!—murmuraba desesperado.

A cada instante le asaltaba un pensamiento.

—¡No, las personas no están del mismo modo constituídas: el verdadero *dominador*, a quien todo le está permitido, bombardea a Tolón, asuela a París, *olvida* un ejército en Egipto, pierde medio millón de hombres en la campaña de Moscou, escapa por milagro en Vilna, gracias a un *quid pro quo*. Y después de su muerte se le erigen estatuas... Señal de que *todo* le está permitido. ¡No!, tales hombres no están hechos de carne, sino forjados en bronce.

Una idea que se le ocurrió súbitamente casi le hizo reir.

—Napoleón, las Pirámides, Waterloo... y una vieja, viuda de un registrador, una innoble usurera... ¡Cómo se le atravesaría semejante comparación al tal Porfirio...! ¡La estética la rechaza...! ¿Acaso Napoleón se hubiera deslizado bajo

la cama de una vieja? —diría él—. ¡Qué simpleza!

De vez en cuando comprendía que casi deliraba, que se hallaba en un estado de febril exaltación.

—La usurera ¡qué importa! —se decía en ocasiones—. Supongamos que aquello fué un error, ¡no se trata de esto! La vieja no fué otra cosa que un obstáculo... Quería saltarlo lo antes posible... ¡No fué un sér humano, sino un principio, lo que maté! ¡Maté el principio, mas no supe pasar por encima de él, quedé al otro lado...! ¡Sólo supe matar! ¿Un principio? ¿Por qué el imbécil de Razumikin atacaba no hace mucho a los socialistas? Son hombres laboriosos, de negocios; «se ocupan de la dicha común»... ¡No, sólo tengo una dicha; no quiero esperar «la dicha universal». Quiero vivir para mí mismo; de otro modo, preferible es no existir. No quiero pasar la vida junto a una madre hambrienta guardando mi dinero en mi bolsillo, bajo pretexto de que llegará día en que todo el mundo será feliz. «Traigo —se dice— mi piedra al edificio universal, y esto basta para que mi corazón esté tranquilo.» ¡Ja, ja! ¿Por qué, pues, me habéis olvidado? Puesto que yo sólo he de vivir cierto tiempo, quiero en seguida la parte de dicha que me toca... ¡Eh! soy un gusano estético, nada más—añadió riendo como un loco.

Y se aferró a aquella idea, experimentó un verdadero placer dándole vueltas en todos sentidos, considerándola bajo todos los aspectos.

—Sí, soy un gusano; por eso medito en primer lugar sobre la cuestión de saber si, en efecto, soy mío; durante todo un mes he molestado a la divina Providencia, tomándola por testigo de que me decidía a aquella empresa, no para pro-

curarme satisfacciones materiales, sino persiguiendo un fin grandioso. ¡Ja, ja! Además, en la ejecución procedí con tanta justicia como era posible: entre todos los gusanos escogí el más nocivo y, al matarle, pensaba tomar lo que necesitaba para mis comienzos en la vida, ni más ni menos (el resto hubiera ido al monasterio a que la vieja lega su fortuna. ¡Ja, ja...!) ¡Decididamente soy un gusano —agregó rechinando los dientes—, porque quizá sea más vil y más innoble que el gusano que maté, y porque *presentía* que después de matarle me diría esto mismo! ¿Y hay nada comparable a un terror semejante? ¡Oh, bajeza, bajeza...! ¡Cómo comprendo a Mahoma a caballo, blandiendo la cimitarra! ¡Allah lo quiere! ¡Obedece, «temblorosa» criatura! ¡Tiene razón, tiene razón el Profeta cuando forma un buen escuadrón en la calle y zurra indistintamente a justos y a culpables, sin dignarse dar explicaciones! ¡Obedece, temblorosa criatura, y *guárdate de tener voluntad*, porque eso no te incumbe...! ¡Oh, nunca, nunca perdonaré a la vieja!

Sus cabellos estaban empapados en sudor, sus labios se agitaban, su inmóvil mirada no se apartaba del techo.

—¡Madre mía, hermana mía! ¡Cuánto las amaba! ¿En qué consiste que ahora las detesto? Sí, las detesto, las odio físicamente, no puedo sufrirlas cerca de mí... En cuanto me acerco a mi madre y la abrazo, recuerdo... ¡Abrazarla y pensar que si ella supiera...! ¡Oh, cuánto odio a la vieja! ¡Creo que la mataría nuevamente si resucitara! ¡Pobre Isabel! ¿Por qué la llevó allí la casualidad? Extraño es, sin embargo, que apenas piense en ella, como si no hubiera sido víctima... ¡Isabel! ¡Sonia! ¡Pobres, gratas criaturas de dulces ojos...! ¡Queridas...! ¿Por qué no lloran?

¿Por qué no gimen...? Víctimas resignadas, lo sufren todo en silencio... ¡Sonia, Sonia, dulce Sonia...!

Perdió la conciencia de sí mismo, y, con gran sorpresa, vió que estaba en la calle, caminando, en una noche de luna, triste y preocupado. Recordaba que había salido de casa con un objeto, que tenía que hacer algo urgente, pero ¿qué? Lo había olvidado. Bruscamente se detiene y advierte que un hombre que va por la otra acera le hace señas con la mano. Atraviesa la calle para unirse a él, pero de repente el otro vuelve la cabeza, y, como si a nadie hubiera mirado, sigue caminando con la vista clavada en el suelo.

—¿Me habré engañado?—piensa Rascolnikof.

Le sigue, sin embargo, y antes de dar diez pasos le reconoce y quédase aterrado: era el burgués de antes. Rascolnikof, cuyo corazón latía con fuerza, marchaba a alguna distancia de él: entran en un *perenlok*. El hombre no volvía atrás la vista.

—¿Sabe que le sigo?—pensaba Rascolnikof.

El burgués franquea el umbral de la puerta de una gran casa. Rascolnikof se adelanta de prisa hacia la puerta y mira hacia adentro, pensando que sería probable que el misterioso personaje le llamase. Efectivamente, cuando el burgués se halló en el patio volvióse bruscamente y pareció que llamaba al joven con un gesto. Este se apresuró a entrar en la casa, pero, al llegar al patio, no encontró ya al burgués. Presumiendo que aquel hombre tomara la primera escalera, Rascolnikof sube por ella. En efecto, dos pisos más arriba resuenan pasos lentos y regulares ¡Cosa extraña, cree reconocer aquella escalera! Este es el segundo piso... ¡El cuarto en que trabajaban los pintores! ¿Cómo no reconoció al mo-

mento la casa? Los pasos del personaje que le precedía dejaron de resonar.

—De consiguiente, se ha detenido o ha entrado en alguna parte. Este es el tercer piso. ¿Subiré más arriba? ¡Qué silencio más horrible!

Sin embargo, sigue subiendo. El ruido de sus mismos pasos le da miedo.

—¡Dios mío, qué obscuridad! El burgués ha debido ocultarse en algún rincón. ¡Ah!

La habitación estaba abierta. Rascolnikof reflexionó un instante, luego entró. La antesala se hallaba completamente vacía y muy lóbrega. El joven pasa a la sala andando de puntillas. La luz de la luna daba de lleno sobre aquella pieza y la alumbraba por completo; los muebles no habían cambiado. Rascolnikof esperó mucho tiempo, en medio de un silencio profundo. De pronto oye un ruido seco, parecido al de una copa que se rompe; vuelve a reinar el silencio. Una mosca zumba en los vidrios de la ventana. En aquel instante mismo, en el rincón, entre el pequeño armario y la ventana, cree ver una capa de señora, pendiente de la pared.

—¿Por qué está ahí esa capa? —piensa—. Antes no estaba...

Se acerca silenciosamente, sospechando que tras ella se ocultara alguien. Separando con precaución la capa vió una silla, y sobre la silla sentada a la vieja; estaba como doblada por la cintura y con la cabeza tan baja que no pudo ver su rostro, pero era, efectivamente, Alena Ivanovna.

—¡Tiene miedo!—se dijo Rascolnikof.

Y, desatando el hacha del nudo corredizo, dió dos hachazos a la vieja. Pero, cosa extraña, los golpes no la hicieron moverse; hubiérase dicho que era de madera. Estupefacto, el joven se in-

clinó para examinarla, pero ella bajó más la cabeza. Encorvóse hasta dar contra el suelo, la miró de arriba abajo y, viendo su rostro, quedóse aterrado: la vieja reía, sí, reía con risa silenciosa, haciendo grandes esfuerzos para no ser oída. De repente le pareció a Rascolnikof que la puerta del aposento estaba abierta, que allí también reían y cuchicheaban. La rabia apoderóse de él y con todas sus fuerzas empezó a dar hachazos en la cabeza de la vieja; pero a cada golpe, las risas y los cuchicheos de la alcoba eran más distintos; la vieja, por su parte, se retorcía de tanto reir. Quiso escapar, pero la antesala estaba llena de gente, la puerta principal se hallaba abierta. En el rellano, en la escalera, de arriba abajo, había infinidad de personas. Todos miraban, pero todos estaban ocultos y escuchaban en silencio... Su corazón se oprimió, sus pies se clavaron en el suelo... Quiso gritar y despertó.

Respiró con esfuerzo, pero creía no haber dejado de soñar, cuando de repente, en pie en el umbral de la puerta, abierta de par en par, vió que había un hombre a quien él conocía y que le miraba atentamente.

Rascolnikof no había tenido tiempo de abrir los ojos cuando volvió a cerrarlos de pronto, sin moverse del diván.

—¿Es la continuación de mi ensueño?—pensó.

Y entreabrió los párpados para dirigir una mirada tímida al desconocido.

Este, siempre en el mismo sitio, no dejaba de observarle. De pronto franqueó el umbral, cerró tras sí la puerta, se acercó a la mesa, y, después de esperar un minuto tomó asiento en una silla, cerca del diván, sin hacer ruido. Mientras hacía todo esto no había apartado la mirada de

Rascolnikof. Luego dejó el sombrero en el suelo, a su lado, apoyó ambas manos en el puño del bastón, y dejó caer la barba sobre las manos, como aquél que se dispone a esperar mucho tiempo.

Según lo que Rascolnikof había podido juzgar por una furtiva mirada, aquel hombre no era joven; parecía robusto y usaba espesa barba, de un rubio casi albino.

Transcurrieron dos minutos. Aún se veía, pero íbase haciendo tarde. En la habitación reinaba el más profundo silencio. Ningún ruido partía de la escalera. Sólo se oía el zumbido de una mosca que, revoloteando, había tropezado con las vidrieras de la ventana. Aquello se hacía insoportable. Rascolnikof no pudo contenerse; de pronto quedó sentado en el diván.

—Vamos, hablad: ¿qué deseáis?

—Perfectamente sabía que vuestro sueño era un fingimiento —respondió el desconocido con tranquila sonrisa—. Permitid que me presente: Arcadio Ivanovitch Svidrigaylof...

II

—¿Estoy bien despierto?—pensó nuevamente Rascolnikof, que miraba con semblante de desconfianza al visitante inesperado.

—¿Svidrigaylof? ¡Vamos, no es posible!—dijo por fin en voz alta, no atreviéndose a dar crédito a sus oídos.

Tal exclamación pareció no causar sorpresa ninguna al extraño.

—He venido a veros por dos razones: en pri-

mer lugar, deseaba conoceros personalmente, por haber oído hablar de vos hace mucho tiempo y en términos muy halagüeños; en segundo lugar, porque confío en que quizá no me negaréis vuestra ayuda para una empresa que toca directamente a los intereses de vuestra hermana Advotia Romanovna. Solo, sin recomendación de nadie, trabajo me hubiera costado ser recibido por ella, ahora que está prevenida contra mí; mas, gracias a vos, presumo que la cosa cambiará.

—Hacéis mal en contar conmigo—replicó Rascolnikof.

—¿Llegaron ayer mismo vuestra madre y vuestra hermana? Permitid que os haga esta pregunta.

Rascolnikof no respondió.

—Vinieron ayer, lo sé. Yo estoy aquí desde anteayer. Bueno, he aquí lo que respecto a esto tengo que deciros, Rodion Romanovitch. Creo superfluo justificarme, pero, permitid que os lo pregunte: ¿Qué hay de tan particularmente criminal—por mi parte, se entiende—en todo aquello, si las cosas se aprecian imparcialmente y sin prejuicios?

Rascolnikof seguía contemplándole en silencio.

—Me diréis, ¿verdad?, que perseguí en mi casa a una joven indefensa y que «la insulté con proposiciones deshonrosas». (¡Me adelanto a vuestra acusación!) Pero considerad solamente que soy hombre, y *nihil humanum*... En una palabra, soy susceptible de sufrir un impulso de enamorarme (cosa, sin duda alguna, independiente de nuestra voluntad), y todo se explica del modo más natural. La cuestión es ésta: ¿Soy un monstruo? ¿Soy una víctima? ¡Con seguridad que soy víctima! Cuando al objeto de mi amor le proponía que huyera conmigo a América o a Suiza, abrigaba respecto a ella los sentimientos más respe-

tuosos y pensaba en asegurar nuestra dicha común... La razón es esclava de la pasión; yo fuí el perjudicado por mí mismo.

—No se trata de eso —replicó disgustado Rascolnikof—. Tengáis o no razón, ello me es igualmente odioso. No quiero conoceros y os debéis dar por despedido. ¡Salid de aquí!

Svidrigaylof estalló en una carcajada.

—¡No hay medio de engañaros! —dijo con franca alegría—. Quise hacerme el malicioso. ¡Pero con vos no es posible serlo!

—Aún estáis intentando hacerlo.

—Bueno ¿y qué? —agregó Svidrigaylof riendo de todas ganas—. Guerra galana, como suele decirse, ¡la malicia está permitida...! Pero no me habéis dejado acabar: volviendo a lo que decía hace poco, nada desagradable hubiera ocurrido sin el incidente del jardín. Marfa Petrovna...

—Se dice que vos la habéis matado—interrumpió brutalmente Rascolnikof.

—¡Ah! ¿se os habló ya de eso? Verdaderamente no tiene nada de extraño... Nada tengo que contestar a la pregunta que me hacéis, aun cuando mi conciencia esté perfectamente tranquila sobre este particular. Y no vayáis a creer que temo las consecuencias de este asunto; las formalidades de ritual han sido practicadas del modo más minucioso, el dictamen facultativo ha probado que la difunta murió de un ataque de apoplejía provocado por un baño que tomó después de comer... No, no es eso lo que me inquieta. Pero muchas veces, sobre todo cuando el tren marchaba, me pregunté si no había contribuído moralmente a aquella... desgracia, sea dando un disgusto a mi mujer, sea de cualquier otro modo semejante. He concluído por decirme que no era posible esto.

Rascolnikof se echó a reir.

—¿Qué es lo que os preocupa?

—¿Por qué os reís? Le di dos latigazos que no le dejaron señal... No me tengáis por un cínico, os lo ruego; sé perfectamente lo que es innoble por mi parte; pero también sé que mis accesos de furia no desagradaban a Marfa Petrovna. Cuando ocurrió aquello con vuestra hermana, mi mujer pregonó el suceso por toda la ciudad. ¡Entonces fué cuando los latigazos cayeron como del cielo!

Hubo un instante en que Rascolnikof pensó en levantarse y salir a fin de poner término a la conversación. Pero cierta curiosidad y hasta algo de cálculo le persuadieron a tener un poco de paciencia.

—¿Os gusta manejar el látigo—preguntó distraído.

—No, no mucho —respondió tranquilamente Svidrigaylof—. Casi nunca tenía disputas con Marfa Petrovna. Vivíamos bien, ella estaba contenta de mí. En nuestros siete años de vida común no me serví del látigo más que dos veces (dejo aparte un tercer caso, muy dudoso, por cierto). Fué la primera dos meses después de nuestro matrimonio, cuando acabábamos de instalarnos en el campo; la segunda y última vez, con el motivo que ha poco recordé. ¿Me habíais ya tomado por un monstruo, por un retrógrado, por un partidario de la esclavitud? ¡Je, je!

Para Rascolnikof, aquel hombre tenía un proyecto firmemente decidido, y era un gatazo de fino olfato.

—Debéis haber pasado muchos días consecutivos sin hablar con nadie—dijo Rascolnikof.

—Algo de verdad hay en vuestra conjetura.

Pero ¿verdad que os admira que tenga tan buen carácter?

—Hasta me parece que lo tenéis demasiado bueno.

—¿Porque no me he formalizado en vista de la grosería de vuestras preguntas? Bueno ¿y qué? ¿Por qué me he de ofender? Como me preguntasteis respondí —agregó Svidrigaylof, con singular expresión de bondad—. Hablando con verdad, nada me afecta —continuó con aire pensativo—. Ahora, especialmente, nada me preocupa... Por otra parte, libre sois de pensar que trato de conquistaros, tanto más cuanto que tengo algo que resolver con vuestra hermana, como ya os he dicho. Pero os confieso francamente que me fastidio mucho, sobre todo desde hace tres días, razón por la cual celebro infinito haberos encontrado... No os enfadéis, Rodion Romanovitch, si os confieso que vos me parecéis muy raro. Hay en vos algo extraordinario; especialmente ahora, es decir, no en este instante, sino hace algún tiempo... ¡Vaya, vaya, me callo, no frunzáis las cejas! ¡No soy tan oso como creéis!

—Quizá no lo seáis —dijo Rascolnikof—. Diré más: me parece que sois un hombre de muy buena sociedad, o, al menos, que sabéis ser *comme il faut*, en ocasiones.

—No me preocupa la opinión de nadie —replicó Svidrigaylof en tono seco y ligeramente desdeñoso—. De consiguiente ¿por qué no tomar los modales de un hombre mal educado, en un país donde son tan cómodos y... y sobre todo cuando hacia ellos se tiene una propensión natural?—agregó riendo.

Rascolnikof le miraba de un modo sombrío.

—He oído decir que conocéis aquí a muchas

personas. No sois lo que se llama un «hombre sin relaciones». Y en este supuesto ¿qué venís a hacer a mi casa, si ningún objeto tenéis?

—Verdad es, como decís, que tengo aquí conocidos —respondió el visitante, sin contestar a la principal pregunta que se le dirigía—. Tres días hace que me paseo por las calles; he encontrado a algunos de ellos, los he reconocido y creo que me han reconocido también. Me gusta vestir convenientemente, se me tiene por rico: la abolición de la esclavitud no nos ha arruinado; sin embargo..., no es mi objeto reanudar antiguas relaciones: ya me era insoportable hace tiempo. Estoy aquí desde anteayer, y aun no me he acordado de nadie. ¡No, preciso será que se pasen sin mi presencia! Por otra parte, ¿qué placer hay en jugar?

—¡Ah! ¿jugáis?

—¡Qué duda cabe! Hace ocho años éramos toda una sociedad: nos pelábamos de lo lindo. ¿Habéis notado que en Rusia las personas del mejor tono son tramposos? En aquella época, un griego de Mejin, a quien debía 70.000 rublos, me hizo prender por deudas. En esto intervino Marfa Petrovna. Entró en arreglos con mi acreedor, y, mediante 30.000 rublos, que ella le dió, obtuve mi libertad. Nos unimos en legítimo matrimonio, después del cual me llevó al campo, para esconderme como se esconde un tesoro. Tenía cinco años más que yo y me amaba mucho. Durante siete años no me moví del pueblo. Os advierto que mientras vivió conservó el pagaré rescatado, y me hubiera hecho atrapar en cuanto hubiese yo tratado de romper el yugo. ¡Oh, a pesar de su afecto, no hubiera vacilado! Las mujeres incurren en estas contradicciones.

—¿Si no os hubiera tenido de tal modo sujeto la hubierais abandonado?

—No sé qué responderos. El documento no me preocupaba mucho. No tenía deseos de ir a ninguna parte. Viendo que me fastidiaba, trató dos veces de hacerme viajar por el extranjero. Pero yo había recorrido Europa, que siempre me desagradó espantosamente. Allí, indudablemente los grandes espectáculos de la Naturaleza despiertan vuestra admiración; pero, mientras contempláis una salida de sol, el mar, la bahía de Nápoles, os sentís triste, y lo peor es que no sabéis por qué. Se está mejor aquí, donde uno acusa a los demás para justificarse a sí mismo. Quizá vaya al polo Norte, porque el vino, que era mi solo recurso, ha concluído por cansarme. Pero se dice que mañana hay una ascensión aerostática en el jardín Iusupof. Al parecer, Berg se propone llevar a cabo un gran viaje aéreo, y admite compañeros, mediante cierta cantidad. ¿No es cierto?

—¿Tenéis gana de ir en globo?

—No. No... sí...—murmuró Svidrigaylof, que parecía otra vez pensativo.

—¿Qué clase de hombre es éste?—pensó Rascolnikof.

—No, la letra de cambio no me preocupaba —continuó Svidrigaylof—. Con motivo de mi santo, Marfa Petrovna me la devolvió, agregando algún dinero, a guisa de regalo. Yo cumplía muy bien mis deberes de propietario rural; soy muy conocido en el país. Además, para no estar desocupado, encargaba libros a la ciudad. Al principio, Marfa Petrovna aprobaba mi gusto por la lectura; más adelante, llegó a temer que me fatigase la excesiva aplicación.

—Al parecer, la muerte de vuestra esposa ha dejado en vos un vacío.

—¿En mí? Quizá. Es posible. A propósito: ¿Creéis en las apariciones?

—¿En qué apariciones?

—En las apariciones, en el sentido ordinario de la palabra.

—¿Y vos?

—Sí y no; no creo, pero, sin embargo...

Svidrigaylof miró a su interlocutor con aire extraño.

—Marfa Petrovna me visita—dijo.

Y su boca se torció con una sonrisa indefinible.

—¿Cómo que os visita?

—Sí, tres veces la he visto ya. La primera, el día mismo del entierro, una hora después de volver del cementerio. Era la víspera de mi viaje. La vi, luego, durante mi excursión: se me apareció anteayer, en la estación de Malaia Vichera. La tercera vez, hace dos horas, en la habitación donde estoy alojado; estaba solo.

—¿Despierto?

—Completamente. Despierto la he visto las tres veces. Llega, me habla un momento y se va, siempre por la puerta. Me parece oirla andar.

—¡Ya me decía yo que debían ocurrir cosas de éstas!—dijo bruscamente Rascolnikof.

Y en el instante mismo quedóse admirado de haber proferido aquellas palabras. Estaba muy agitado.

—¿De veras? ¿Pensabais eso? —preguntó sorprendido Svidrigaylof—. ¿Es posible? Luego ¿no tenía yo razón al decir que entre nosotros había puntos de contacto?

—¡No habéis dicho semejante cosa!—replicó indignado Rascolnikof.

—¿No lo he dicho?

—No.

—Creí que sí. No hace mucho, cuando entré aquí y os vi echado, con los ojos cerrados y fingiendo dormir, me dije: «¡Lo mismo que yo!»

—«¡Lo mismo!» ¿Y qué significa eso? ¿A qué aludís?

—¿A qué? A nada... no sé...—balbuceó Svidrigaylof algo turbado.

Ambos se miraron por espacio de un minuto.

—¡Nada significa todo eso! —agregó encolerizado Rascolnikof—. ¿Qué es lo que os dice ella cuando os visita?

—¿Ella? Me habla de futilidades, de cosas insignificantes; y veis lo que es el hombre: esto me enfada. Ayer, en su última aparición, le dije: «Marfa Petrovna, quiero casarme de nuevo.» «Libre sois, Arcadio Ivanovitch, mas nada os honraréis casándoos nuevamente, haciendo tan poco tiempo que enviudasteis: aun cuando acertarais en la elección, sólo os conquistaríais el desprecio de las personas honradas». Dicho esto, salió; creí oir el roce de su ropa. ¿No es verdad que resulta esto gracioso?

—Dudo que digáis verdad—observó Rascolnikof.

—Yo, rara vez miento—replicó Svidrigaylof con aire pensativo y sin parecer notar lo grosero de la observación.

—Y, antes de esto, ¿no habéis tenido nunca apariciones?

—Una sola vez, hace seis años. Murió un criado mío, llamado Filka; le acababan de enterrar. «¡Mi pipa, Filka!», grité, distraído. Entró y fué derecho al armario donde guardaba mis utensilios de fumador. «Está resentido conmigo», pensé,

porque poco antes de su muerte habíamos tenido un altercado. «¿Cómo te atreves —le dije— a presentarte ante mí con un traje roto por los codos? ¡Vete, granuja!» Dió media vuelta, salió y no volvió. No dije nada a Marfa Petrovna. Mi primera intención fué mandarle decir una misa, pero al momento reflexioné que aquello habría sido una puerilidad.

—Id a ver a un médico.

—Vuestra observación es superflua; ya comprendo bien que estoy enfermo, aunque, hablando con verdad, no sepa de qué; pero me figuro que estoy cinco veces mejor que vos. No os pregunté: ¿Creéis que se pueden ver fantasmas?

—No, no creo—replicó vivamente y hasta con ira nuestro héroe.

—¿Y cómo explicáis esto? —murmuró a modo de soliloquio Svidrigaylof, que, con la cabeza algo inclinada, miraba a un lado—. Se os dice: «Estáis enfermo; de consiguiente, lo que os ocurre es que soñáis, que deliráis». Lo cual no es razonar con buena lógica. Admito que los fantasmas no se manifiesten sino a los enfermos; y esto precisamente prueba que es necesario estar enfermo para verlos, no que ellos existan realmente.

—¡Cierto que no existen!—agregó violentamente Rascolnikof.

Svidrigaylof le contempló prolongadamente.

—¿No existen? ¿Esa es vuestra opinión? Pero acaso podría decirse: «Las apariciones son, en alguna manera, fragmentos, trozos de otros mundos. El hombre sano, naturalmente, no hay razón para que las vea, puesto que el hombre sano es sobre todo un sér material, y, de consiguiente, para que su vida sea normal, debe vivir únicamente la vida de aquí abajo; mas, en cuanto en-

ferma; en cuanto se quebranta el orden moral, terrestre, de su organización, comienza a manifestarse la posibilidad de otro mundo: a medida que se agrava su enfermedad, su contacto con el otro mundo se multiplica, hasta que la muerte le hace entrar en él por completo». Mucho tiempo ha que me hice este razonamiento, y, si creéis en la vida futura, nada os impide admitirlo.

—No creo en la vida futura—dijo Rascolnikof.

Svidrigaylof pensaba.

—¿Si no habrá allí arañas y otras cosas por el estilo...?—dijo de pronto.

—Está loco—pensó Rascolnikof.

—Siempre nos representamos la eternidad como una idea incomprensible, inmensa, ¡inmensa! ¿Por qué ha de ser inmensa necesariamente? En lugar de todo esto figuraos un pequeño aposento, algo así como un gabinetito de baño, ennegrecido por el humo, con telarañas en los rincones, y he ahí toda la eternidad. Yo, al menos, de este modo la imagino muchas veces.

—¡Cómo! ¿Es posible que no tengáis una idea más consoladora y más justa de esas cosas?—exclamó Rascolnikof con sentimiento de malestar.

—¿Más justa? ¡Quién sabe! Quizá ese punto de vista sea el verdadero; y lo sería si de mí dependiese—respondió Svidrigaylof con vaga sonrisa.

Tan siniestra respuesta hizo correr un vago estremecimiento por todos los miembros de Rascolnikof.

Svidrigaylof alzó la cabeza, miró fijamente al joven y prorrumpió en una carcajada.

—¡Es esto curioso! —exclamó—. Nos conocemos hace una hora, no nos habíamos visto, nos considerábamos enemigos, ¡y de repente nos ponemos a filosofar! ¡Cuando yo os decía que somos dos plantas del mismo sembrado...!

—Perdón —dijo el joven en tono agrio—. Hacedme el favor de explicarme sin tardanza a qué debo el honor de vuestra visita... Tengo prisa, debo salir.

—Sea. ¿Vuestra hermana va a casarse con Lugin, Pedro Petrovitch?

—Os ruego que prescindáis de mi hermana en esta conversación. No comprendo ni aun cómo os atrevéis a nombrarla en mi presencia, si, en efecto, sois Svidrigaylof.

—¡Pero si vine a hablaros de ella! ¿Cómo no nombrarla?

—Está bien, hablad, pero pronto.

—Ese señor Lugin es pariente mío político. Seguro estoy de que tenéis formada vuestra opinión respecto de él, si es que le habéis visto o alguna persona digna de crédito os habló de él. No es partido que convenga a Advotia Romanovna. A mi entender, vuestra hermana se sacrifica de un modo tan magnánimo como extremado: se inmola por... su familia. Sabiendo lo que de vos se me había dicho, presumía yo que la ruptura de este matrimonio os agradaría, si ella pudiera conseguirse sin perjuicio para los intereses de vuestra hermana. Ahora, que os conozco, ninguna duda me queda sobre esto.

—Viniendo de vuestra parte, todo eso es muy sencillo... Perdonad; quise decir: muy atrevido— replicó Rascolnikof.

—¿Es decir, que me suponéis con miras interesadas? Estad tranquilo, Rodion Romanovitch. Si para mí trabajase, ocultaría mejor mi juego: no soy imbécil del todo. Voy a explicaros, con este motivo, una singularidad psicológica. No ha mucho me justificaba de haber amado a vuestra hermana, diciendo que yo había sido víctima. Pues bien, sabed que en la actualidad no

me inspira amor ninguno. Esto es lo que me admira, porque estaba de tal modo enamorado...

—¡Caprichos de hombre desocupado y vicioso!—interrumpió Raskolnikof.

—En efecto, soy un hombre vicioso y desocupado, pero vuestra hermana posee méritos suficientes para hacer impresión hasta en un libertino como yo. En fin, aquello era humo sin fuego; ahora lo veo.

—¿Cuánto tiempo hace que lo notásteis?

—Lo sospechaba hacía tiempo, y me convencí definitivamente ayer, casi en el momento de mi llegada a San Petersburgo. Pero, en Moscou, hallábame decidido a obtener la mano de Advotia Romanovna y a convertirme en rival de Lugin.

—Perdonad que os interrumpa; pero ¿podíais abreviar y pasar inmediatamente al objeto de vuestra visita? Os repito que tengo prisa, que tengo que hacer.

—Con mucho gusto. Decidido a emprender cierto... viaje, quisiera ultimar algunos asuntos. Mis hijos viven en casa de su tía; son ricos y no me necesitan. Por otra parte ¿me consideráis capaz de ser padre? No llevo conmigo sino la suma que Marfa Petrovna me regaló el año pasado. Me basta. Perdonadme, voy a terminar. Antes de ponerme en camino quiero concluir con el prometido de vuestra hermana. No es que le deteste precisamente, pero él fué la causa de mi última disputa con mi esposa: me enfadé cuando supe que a ella se debía la preparación de este matrimonio. Hoy me dirijo a vos para que me procuréis una entrevista con Advotia Romanovna; podéis hallaros presente. En primer lugar, quisiera explicarle los inconvenientes que para ella resultarían de un matrimonio con Lu-

gin; y luego le rogaría me perdonara cuanto en su perjuicio hice, y le pediría permiso para ofrecerle diez mil rublos, con lo que se vería indemnizada de una ruptura con Pedro Petrovitch, ruptura a la que, estoy cierto, ella accedería si entreviera su posibilidad.

—Pero, ¡vos estáis loco, positivamente loco! —exclamó Rascolnikof, más bien sorprendido que furioso—. ¿Cómo os atrevéis a hablar de tal modo?

—Sabía que os asombraríais; pero os haré observar que, sin ser rico, me hallo en estado de disponer de diez mil rublos... Quiero decir, que para nada me son necesarios. Si Advotia Romanovna no los acepta ¡sabe Dios el uso que haré de ellos! En segundo lugar, mi conciencia está completamente tranquila; mi ofrecimiento está exento de cálculo. Lo creeréis o no, pero el porvenir os lo demostrará tanto a vos como a Advotia Romanovna. En resumen, fuí bastante culpable para con vuestra honradísima hermana, estoy sinceramente arrepentido y deseo vivamente, no ya reparar por medio de una compensación pecuniaria los disgustos que le ocasionara, sino prestarle un pequeño servicio, a fin de que no diga que siempre le hice daño. Si mi proposición ocultara cualquier otro pensamiento, no lo haría tan francamente y no me limitaría a ofrecer diez mil rublos, después de haber ofrecido más hace cinco semanas. Por otra parte, quizá pronto me case con una joven, y en estas condiciones no puede sospecharse que trate de seducir a Advotia Romanovna. Para concluir, os diré que, aun cuando Advotia Romanovna se case con Lugin, recibirá esta suma, pero de otro modo... Pero nos os enfadéis, Rodion Romanovitch. Juzgad con calma y tranquilidad.

Svidrigaylof había pronunciado estas palabras con flema extraordinaria.

—Os ruego que no prosigáis —dijo Rascolnikof—. Tal proposición envuelve una insolencia imperdonable.

—Nada de eso. Según vos, el hombre, en este mundo, no puede sino hacer daño a sus semejantes; en cambio, no tiene derecho a hacer el menor bien; las conveniencias sociales se oponen a ello. Esto es absurdo. Si muriese, por ejemplo, y dejara esta suma a vuestra hermana ¿también la rehusaría?

—Es muy posible.

—No hablemos más. Sea como quiera, os ruego comuniquéis mi petición a Advotia Romanovna.

—No haré tal.

—En tal caso, Rodion Romanovitch, preciso será que procure una entrevista con ella, lo que no producirá otro efecto que inquietarla.

—Y si le comunico vuestra petición, ¿no trataréis de verla en persona?

—Hablando con verdad, no sé qué deciros. Mucho desearía entrevistarme una vez con ella.

—No lo esperéis.

—Tanto peor. Por otra parte, no me conocéis. Quizá lleguemos a ser amigos.

—¿Lo creéis?

—¿Por qué no? —dijo sonriendo Svidrigaylof, que se levantó y tomó el sombrero—. No es que quiera imponerme a vos; al venir aquí... no pensaba...

—Permitidme una pregunta: ¿pensáis poneros pronto en camino?

—¿Para qué viaje?

—Para aquél de que hablabais no hace mucho.

—¿Os he hablado de un viaje? ¡Ah, sí, es verdad...! ¡Si supierais, sin embargo, qué cuestión

acabáis de suscitar! —agregó sonriendo secamente—. Quizá me case en vez de hacer tal viaje. Tratan de prepararme un matrimonio.

—¿Aquí?

—Sí.

—No habéis perdido el tiempo, desde que llegasteis a San Petersburgo.

—Vaya, hasta la vista... ¡Ah, sí! ¡Ya no me acordaba! Decid a vuestra hermana que Marfa Petrovna le ha legado tres mil rublos, y que de aquí a dos o tres semanas podrá posesionarse de la herencia.

—¿Es cierto lo que decís?

—Sí. Decídselo. Vaya, servidor. Vivo no muy lejos de aquí.

Cuando salía, Svidrigaylof se cruzó en el umbral de la puerta con Razumikin.

III

Eran cerca de las ocho; los dos jóvenes partieron en seguida, deseando llegar a la casa Bakaleief antes que Lugin.

—¿Quién era aquél que salía de tu casa cuando yo entraba? — preguntó Razumikin, una vez en la calle.

—Era Svidrigaylof, el propietario en cuya casa mi hermana había sido institutriz, y que tuvo que abandonar porque él le hacía la corte; Marfa Petrovna, la mujer de este caballero, la puso en la calle. Más adelante, dicha Marfa Petrovna pidió perdón a Dunia, y días pasados murió súbitamente. De ella es de quien mi madre hablaba hace poco. No sé por qué, me asusta mu-

cho este hombre. Es muy extraño y tiene un propósito firmemente decidido... Se diría que sabe algo... Llegó aquí después de haber enterrado a su esposa... Hay que defender a Dunia de este hombre... Esto es lo que quería decirte. ¿Comprendes?

—¡Defenderla! ¿Qué es lo que él puede contra Advotia Romanovna? Vaya, te doy las gracias, Rodia, por haberme dicho eso... ¡La protegeremos, está tranquilo...! ¿Dónde vive él?

—Lo ignoro.

—¿Por qué no se lo preguntaste? ¡Ha sido lástima! Pero yo le encontraré.

—¿Le viste?—preguntó Rascolnikof tras breve silencio.

—Sí, le vi divinamente.

—¿Estás seguro?—insistió Rascolnikof.

—Sin duda; recuerdo su cara y entre mil le reconocería; soy buen fisonomista.

De nuevo callaron.

—¡Hum...! ya sabes... pensaba... siempre me parece que quizá sea víctima de una ilusión—balbuceó Rascolnikof.

—¿A propósito de qué? No te comprendo bien.

—Te lo diré —prosiguió nuestro héroe, con un gesto que quería ser una sonrisa—. Creéis todos que estoy loco... Pues bien, no hace mucho se me ocurrió la idea de que acaso tengáis razón, y sólo habré visto un espectro.

—¡Qué idea!

—¿Quién sabe? Acaso esté loco, y es posible que todos los sucesos de estos días no hayan tenido lugar sino en mi imaginación.

—¡Otra vez te han trastornado el juicio...! ¿Qué habéis hablado? ¿A qué vino aquí?

Rascolnikof no contestó. Razumikin reflexionó un instante.

—Vamos, óyeme un momento —dijo—. Antes pasé por aquí y dormías. He comido, y al momento he ido a visitar a Porfirio. Zametof estaba en su casa. He querido empezar, y en mi *début* no he sido feliz. Nunca podía entrar en materia. Ellos aparentaban no comprenderme, y no mostraban, por otra parte, mucha inquietud. Apretando fuertemente los puños amenacé a Porfirio con hacerle añicos, le escupí y me marché. Con Zametof no cambié ni una palabra. Criticábame mucho por mi estúpida conducta, cuando, de repente, me consoló una idea. Conforme bajaba la escalera me dije: ¿Vale la pena de que tú y yo nos preocupemos de esta suerte? Otra cosa sería, si algún peligro te amenazase. Pero, en resumen, ¿qué tienes tú que temer? No eres culpable, luego no te pueden molestar. Hasta nos podremos burlar de ellos más tarde.

—Justo —respondió Rascolnikof—. Pero ¿qué dirás mañana?—pensó.

¡Cosa extraña! hasta entonces, ni una sola vez se había preguntado: ¿Qué pensará Razumikin al saber que soy culpable?

Miró fijamente a su amigo al asaltarle aquella idea. El relato de la visita a Porfirio le había interesado poco; otros asuntos le preocupaban en aquel momento.

En el corredor encontraron a Lugin: había llegado a las ocho en punto; pero había perdido tiempo buscando el número, de manera que los tres entraron a un tiempo, sin mirarse ni saludarse. Los dos jóvenes entraron los primeros; Pedro Petrovitch, siempre fiel guardador de las conveniencias, se detuvo un momento en la antesala para quitarse el abrigo. Pulqueria Alejandrovna se adelantó en seguida hacia él; Dunia y Rascolnikof se dieron los buenos días.

Todos tomaron asiento en silencio, que se prolongó hasta algunos momentos después de estar ante la mesa, sobre la cual se veía el samovar.

—¿Vuestro viaje ha sido feliz?—preguntó Lugin, por pura conveniencia, a Pulqueria Alejandrovna.

—Sí, gracias a Dios, Pedro Petrovitch.

—Lo celebro mucho. ¿Y Advotia Romanovna, tampoco se ha fatigado?

—Yo soy fuerte y joven y no me fatigo; pero a mamá, este viaje le ha sido muy penoso—respondió Dunia.

—¿Qué queréis? Nuestros caminos nacionales son muy largos; Rusia es grande... Aunque muy otro fué mi deseo, ayer no pude ir a recibiros. Supongo, sin embargo, que no hallaríais ningún obstáculo.

—¡Oh, perdonadme, Pedro Petrovitch! Nos vimos muy apuradas —se apresuró a responder Pulqueria Alejandrovna—. Y si Dios no nos hubiese enviado a Demetrio Prokofitch, hablando con verdad, no sabemos qué hubiera sido de nosotras. Permitid que os presente a nuestro salvador: Demetrio Prokofitch Razumikin—agregó.

—Ya tuve el gusto... ayer...—balbuceó Lugin, dirigiendo al aludido una ojeada oblicua y malévola.

Luego frunció el ceño y calló.

Pedro Petrovitch era una de aquellas personas que se esfuerzan por mostrarse amables, pero que, bajo la influencia de la menor contrariedad, pierden súbitamente la posesión de sí mismos, hasta el punto de parecerse más bien a sacas de harina, que a despejados caballeros.

Volvió a reinar el silencio. Rascolnikof se encerraba en un mutismo obstinado; Advotia Romanovna juzgaba que todavía no debía hablar;

Razumikin nada tenía que decir; Pulqueria Alejandrovna se vió, pues, en la dolorosa necesidad de reanudar la conversación.

—¿Sabéis que ha muerto Marfa Petrovna?—dijo apelando a su supremo recurso en tales casos.

—¿Cómo no? En seguida lo supe, y hasta puedo daros la noticia de que después del entierro de su mujer, Arcadio Ivanovitch Svidrigaylof vino a San Petersburgo.

—¿Está aquí?—preguntó alarmada Dunia, cambiando una mirada con su madre.

—Y debe suponerse que no ha venido sin intención; lo precipitado de su partida y el conjunto de anteriores circunstancias lo hacen al menos suponer.

—¡Señor! ¿Será posible que venga tras de Dunetchka?—exclamó Pulqueria Alejandrovna.

—Creo que no debéis tener miedo, desde el momento en que os propongáis evitar toda relación con él. Estoy, por mi parte, ojo avizor, y pronto sabré dónde para...

—¡Ah, Pedro Petrovitch! ¡No podéis figuraros hasta qué punto me asustasteis! —agregó Pulqueria Alejandrovna—. Sólo le vi dos veces, y siempre me pareció terrible, ¡terrible! Segura estoy de que es el causante de la muerte de Marfa Petrovna.

—Los datos que llegaron a mis oídos, no me autorizan para abrigar esa sospecha. Sin embargo, no niego que sus malos procedimientos quizá apresuraran, hasta cierto punto, el curso natural de las cosas. En cuanto a la conducta, y, en general, a la característica moral del personaje, estoy de acuerdo con vos. Hace ocho años era un jugador, un perdido... Además, al enamorarse de él, Marfa Petrovna, después de pagar sus deudas, cortó de raíz un asunto criminal que pudo

dar en Siberia con el tal Svidrigaylof. Se trataba de un asesinato cometido en condiciones espantosas y, por decirlo así, fantásticas. He aquí lo que es el tal hombre, si deseabais saberlo.

—¡Dios mío!—exclamó Pulqueria Alejandrovna.

Rascolnikof escuchaba atentamente.

—¿Habláis, como decís, según verídicos informes?—preguntó en severo tono Pulqueria Alejandrovna.

—Me limito a repetir lo que sé de boca de la misma esposa de ese sujeto. Es preciso notar que, desde el punto de vista jurídico, el asunto está muy obscuro. Por entonces vivía aquí —y creo que aun vive— cierta Resslich, una extranjera que era prestamista y ejercía, además, otros varios oficios. Relaciones tan íntimas como misteriosas existían entre aquella mujer y el señor Svidrigaylof. Con la extranjera habitaba una parienta lejana, una sobrina, creo, joven de quince años o catorce, que era sordomudo. La Resslich no podía sufrir a aquella muchacha, y le regateaba el pan, pegándola inhumanamente. Cierto día, la infeliz criatura fué encontrada muerta, estrangulada en el granero. La información de rigor llegó a hacer constar el suicidio, y todo parecía terminado, cuando la policía recibió aviso de que la joven había sido... violada por el señor Svidrigaylof. Hablando con verdad, el hecho aparecía obscuro. La denuncia procedía de otra alemana, mujer de mala conducta, cuyo testimonio no podía ser de gran peso. En resumen, no hubo procesamiento. Marfa Petrovna intervino en el asunto, derramó el dinero y consiguió que terminaran las indagaciones. Mas no por eso cesaron de correr los más insistentes rumores respecto al señor Svidrigaylof. Mientras estabais en su casa, Advotia Romanovna, sin duda

se os contaría la historia de su criado Felipe, muerto a consecuencia de sus malos tratos. Ocurrió esto hace seis años; aun existía la esclavitud.

—Yo oí decir, por el contrario, que el tal Felipe, se había ahorcado.

—Sí, pero fué impulsado, o, hablando propiamente, obligado a suicidarse para huir de las brutalidades continuas y de las vejaciones sistemáticas de su amo.

—Ignoraba eso —agregó secamente Dunia—; pero he oído referir con tal motivo una historia muy extraña: Aquel Felipe era, a lo que parece, un hipocondríaco, una especie de criado filósofo. Sus compañeros aseguraban que las lecturas le habían trastornado el juicio; según ellos, se había ahorcado, no para huir de los golpes, sino de las burlas del señor Svidrigaylof. Siempre observé que éste trataba humanamente a sus criados, que le querían, aun cuando le imputasen la muerte de Felipe.

—Veo, Advotia Romanovna, que tendéis a justificarle —agregó Lugin, con sonrisa agridulce—. El hecho es que es hombre hábil para insinuarse en el corazón de las mujeres; la pobre María Petrovna es una prueba. He querido advertiros, previendo las tentativas que no dejará de renovar. En cuanto a mí, firmemente convencido estoy de que tal hombre acabará en la prisión y en la insolvencia.

—Os ruego, Pedro Petrovitch, que no se hable más del señor Svidrigaylof —dijo Dunia—. Me desagrada.

—Fué a verme no hace mucho—exclamó bruscamente Rascolnikof, que hasta entonces no había pronunciado una palabra.

Todos se volvieron hacia él con sorpresa. El mismo señor Lugin pareció curioso.

—Hace media hora, cuando dormía, entró, me despertó y me dió su nombre —prosiguió Rascolnikof—. Estaba alegre y satisfecho; espera que trabaremos amistad. Entre otras cosas solicita vivamente una entrevista contigo, Dunia, y me ha rogado interceda por él a este fin. Tiene una proposición que hacerte; yo sé en qué consiste. Por otra parte, me ha asegurado formalmente que Marfa Petrovna te deja tres mil rublos, y que podrás disponer de esta suma dentro de poco.

—¡Dios sea loado! —exclamó persignándose Pulqueria Alejandrovna—. ¡Ruega por ella, Dunia!

—El hecho es cierto—no pudo menos de afirmar Pedro Petrovitch.

—Bueno, ¿qué más?—preguntó Dunetchka.

—Me ha dicho también, que él no era rico, que toda la fortuna pasa a sus hijos. Me ha dado a entender que vive cerca de mi casa. ¿Dónde? Lo ignoro, no se lo he preguntado...

—¿Qué quiere proponer a Dunia? —preguntó inquietamente Pulqueira Alejandrovna—. ¿Te lo dijo?

—Sí.

—¿Y qué?

—Lo diré más tarde.

Rascolnikof se puso a tomar su té.

Pedro Petrovitch miró la hora.

—Un asunto urgente me obliga a despedirme de vosotros. Así no seré un estorbo a vuestra conversación—añadió en tono de enojo y poniéndose en pie al pronunciar tales palabras.

—Quedaos, Pedro Petrovitch —dijo Dunia—. Teníais intención de consagrarnos la noche. Además, vos mismo nos habéis escrito que deseabais tener una explicación con mamá.

—Cierto, Advotia Romanovna —agregó en el

mismo tono Pedro Petrovitch, el cual volvió a sentarse, conservando el sombrero en la mano—. Deseaba, en efecto, tener una explicación con vuestra madre y con vos respecto a algunos puntos de extremada gravedad. Pero, como vuestro hermano no puede explicar en mi presencia ciertas proposiciones del señor Svidrigaylof, yo tampoco quiero, ni puedo explicarme... ante terceros... respecto a asuntos de extremada importancia. Por otra parte, en términos lo más formales había expresado un deseo que no se ha tomado en consideración...

La fisonomía de Lugin habíase tornado dura y altanera.

—Nos rogasteis, en efecto, que mi hermano estuviera ausente; y si no se ha accedido a vuestra petición, culpa mía fué —respondió Dunia—. Nos escribisteis que habíais sido insultado por mi hermano; a mi entender, entre vosotros no ha de existir el menor desacuerdo, y es necesario que en seguida os reconciliéis. Si Rodia os ha ofendido realmente, es necesario que se excuse: y se excusará.

Oyendo aquellas palabras, Pedro Petrovitch sintióse menos dispuesto que nunca a hacer concesiones.

—No obstante mi mejor voluntad, Advotia Romanovna, resulta imposible olvidar ciertos insultos. En todo hay un límite que es peligroso traspasar, porque, una vez franqueado, es imposible el retroceso.

—¡Dominad esa vana susceptibilidad, Pedro Petrovitch! —interrumpió Dunia con voz conmovida—. Sed el hombre inteligente y noble que siempre conocí, que siempre quiero ver en vos. Os hice una promesa: soy vuestra futura mujer; fiaos en mí en este asunto, y creed que puedo

juzgar con imparcialidad. El papel de árbitro que me atribuyo en este momento, no es menos imprevisto para mi hermano que para vos. Cuando hoy, después de darle a leer vuestra carta, le rogué presenciara nuestra entrevista, no le hice conocer mis intenciones. Comprended que si rehusáis la reconciliación, me veré precisada a optar por uno de vosotros con exclusión del contrario. Y no quiero ni debo engañarme en la elección. Quiero saber: de una parte, si en Rodia tengo un hermano; de la otra, si vos sois un marido que me ama y me aprecia.

—Advotia Romanovna —replicó incomodado Lugin—, vuesstro lenguaje se presta a muchas interpretaciones. Diré más: lo encuentro ofensivo, teniendo en cuenta la situación que ocupo respecto a vos. Sin hablar de lo que para mí hay de molesto en ser comparado con un... joven orgulloso, parecéis admitir como posible la ruptura del matrimonio entre nosotros convenido. Decís que debéis elegir entre vuestro hermano y yo; en esto sólo, mostráis lo poco que yo valgo para vos. No puedo admitir eso, dadas nuestras relaciones y nuestros recíprocos compromisos.

—¡Cómo! —exclamó Dunia, cuya frente se cubrió de rubor—. Pongo vuestro interés en contrapeso con cuanto hasta la fecha más he querido en la vida, ¡y os quejáis de que os tenga en poco!

Rascolnikof sonrió. Razumikin hizo un gesto; pero la contestación de la joven no calmó a Lugin que a cada instante tornábase más arrogante e intratable.

—¡El amor al esposo, al futuro compañero de la vida, debe ser superior al fraternal!—declaró sentenciosamente—. Y, en todo caso, no puede ser comparado a él. Aun cuando haya dicho

hace poco que no quería ni podía explicarme en su presencia sobre el principal objeto de mi visita, hay un punto, para mí muy importante, que desearía poner en claro ahora mismo con vuestra honorable madre. Vuestro hijo —continuó dirigiéndose a Pulqueria Alejandrovna—, ayer, en presencia del señor Razumikin, me ofendió por la manera de alterar una frase por mí pronunciada cuando tomé café en vuestra casa. Había dicho que, a mi entender, una joven pobre y ya probada por la desgracia, ofrecía al marido más garantías de moralidad y de dicha que otra, criada en la abundancia. Vuestro hijo, con deliberado propósito, dió un sentido absurdo a mis palabras, atribuyéndome intenciones odiosas, y presumo que para hacerlo se basó en una carta vuestra. Gran satisfacción sería para mí que me probarais que me equivoco. Decidme exactamente en qué terminos reprodujisteis mi pensamiento al escribir a Rodion Romanovitch.

—No lo recuerdo —contestó con embarazo Pulqueria Alejandrovna—. Lo expresé como lo comprendiera. Ignoro cómo Rodia ha repetido tal frase. Posible es que haya alterado los términos.

—No pudo hacerlo sino inspirándose en lo que vos le escribierais.

—Pedro Petrovitch —replicó Pulqueria Alejandrovna con dignidad—: la prueba de que Dunia y yo interpretamos vuestras palabras del mejor modo, está en que aquí nos hallamos.

—¡Muy bien, mamá!—aprobó la joven.

—¡Luego yo soy el culpable!—dijo ofendido Lugin.

—Siempre acusáis a Rodion. Y vos mismo, en vuestra última carta, le habíais atribuído un hecho falso—prosiguió Pulqueria Alejandrovna, no-

tablemente confortada por la aprobación de su hija.

—No creo haber escrito nada falso.

—Según vuestra carta —declaró Rascolnikof, sin volverse hacia Lugin—, el dinero que ayer di a la viuda de un hombre aplastado por un coche, se lo entregué a su hija (que entonces me veía por vez primera). Habéis escrito esto con la intención de indisponerme con mi familia, y, para mejor conseguirlo, calificasteis del modo más innoble la conducta de una joven a quien no conocéis. Eso es una vil difamación.

—Perdonadme, caballero —replicó Lugin, temblboroso de cólera—. Si en mi carta me extendí respecto a lo que os concierne, fué únicamente porque vuestra madre y vuestra hermana me habían rogado que les dijera cómo os encontraba y qué impresión recibía de vos. Por otra parte, os desafío a que señaléis una falsedad en el párrafo a que aludís. ¿Negaréis que malgastasteis vuestro dinero? Y, en cuanto a la infeliz familia de que se trata, ¿osaríais garantizar la honradez de todos sus individuos?

—Mi opinión es que, con toda vuestra moralidad, no valéis lo que el dedo meñique de la pobre joven contra quien lanzáis la piedra.

—De consiguiente, ¿no vacilaríais en relacionarla con vuestra madre y con vuestra hermana?

—Lo hice ya, si deseáis saberlo. La he invitado para que hoy venga a sentarse junto a ellas.

—¡Rodia!—exclamó Pulqueria Alejandrovna.

Dunetchka se ruborizó; Razumikin frunció el ceño, Lugin sonrió de modo despectivo.

—Juzgad vos misma, Advotia Romanovna, si el arreglo es posible. Espero que sea asunto concluído y que de él no se volverá nunca a tratar. Me retiro para no ser más tiempo un estorbo en

vuestra reunión de familia; por otra parte, creo que tenéis algunos secretos que comunicaros (se levantó y tomó el sombrero). Pero permitidme deciros, antes de marcharme, que deseo no verme expuesto en lo sucesivo a altercados semejantes. A vos, Pulqueria Alejandrovna, os hago especialmente esta petición, tanto más cuanto que mi carta iba a vos dirigida.

Pulqueria Alejandrovna sintióse algo picada.

—¡Luego os creéis nuestro amo, Pedro Petrovitch! Dunia os dice el motivo por el cual vuestro deseo no ha sido satisfecho: sólo tenía buenas intenciones. Pero, en verdad, me escribís con un estilo demasiado imperioso. ¿Hemos de considerar cualquier deseo vuestro como una orden? Os diré, por el contrario, que ahora sobre todo debéis tratarnos con miramiento y con respeto, porque nuestra confianza en vos nos trajo aquí, y, de consiguiente, nos tenéis a vuestra disposición.

—Eso no es cierto, Pulqueria Alejandrovna, sobre todo desde el instante en que habéis tenido noticia de la herencia de Marfa Petrovna. Esos tres mil rublos llegan muy oportunamente, a juzgar por el nuevo tono que conmigo usáis— agregó Lugin.

—¡Tal observación haría suponer que especulasteis con nuestra miseria!—exclamó irritada Dunia.

—Pero ya no puedo especular con ella, y sobre todo, no quiero impedir que escuchéis las proposiciones secretas de Arcadio Ivanovitch. Por lo que veo, estas proposiciones tienen para vos un significado importante, hasta muy agradable quizá.

—¡Dios mío!—exclamó Pulqueria Alejandrovna.

Razumikin se agitó impaciente en la silla.

—¿No te da vergüenza, hermana mía?—preguntó Rascolnikof.

—Sí, Rodia—contestó la joven.

—¡Pedro Petrovitch, marchaos!—dijo, pálida de cólera, a Lugin.

Este último no esperaba semejante desenlace. Había contado mucho con su fuerza y con la impotencia de sus víctimas. Y no podía dar crédito a sus oídos.

—Advotia Romanovna —díjole con los labios temblorosos—: —me marcho; pero tened por seguro que nunca volveré. ¡Reflexionad! ¡Sólo tengo una palabra!

—¡Qué impertinencia! —exclamó Dunia, saltando de la silla—. ¡Pero si no quiero que volváis!

—¡Cómo! —gritó Lugin, tanto más desconcertado cuanto que hasta el último instante había creído imposible la ruptura—. ¡Bien, sea! ¡Pero sabed, Advotia Romanovna, que podía protestar...!

—¿Con qué derecho habláis de esa manera? —dijo con vehemencia Pulqueria Alejandrovna—. ¿De qué podéis protestar? ¿Cuáles son vuestros derechos? ¡Sí! ¡Iba a entregarle mi Dunia a un hombre como vos! ¡Idos! ¡dejadnos en paz! La culpa ha sido nuestra, por consentir en lo que es deshonroso, y sobre todo yo...

—Sin embargo, Pulqueria Alejandrovna —replicó exasperado Pedro Petrovitch—, me comprometísteis dándome una palabra que ahora retiráis... y, en fin... esto me ha ocasionado gastos...

Esta última recriminación era tan propia del carácter de Lugin, que Rascolnikof, no obstante la furia que sentía, rompió a reir a carcajadas. Mas no ocurrió lo propio a Pulqueria Alejandrovna.

—¿Gastos? —replicó vivamente—. ¿Aludís, acaso, a la maleta que nos enviasteis? ¡Porque los

billetes para el viaje los obtuvisteis gratuitamente! ¡Dios mío! ¡pretendéis que os estamos obligadas! ¡Qué modo de alterar las cosas! Nosotras somos las que merecemos gracias, Pedro Petrovitch, no vos.

—¡Basta, mamá! ¡Basta, os lo ruego!—dijo Dunetchka—. ¡Pedro Petrovitch, hacedme el favor de marcharos!

—Me marcho. Pero, una última palabra —respondió casi fuera de sí—: Vuestra mamá parece haber olvidado completamente que pedí vuestra mano en ocasión en que corrían ciertos rumores respecto a vos. Al desafiar a la opinión pública, al restaurar vuestra reputación, tenía motivos para esperar vuestro agradecimiento; hasta era de razón que contara con él... Veo, por el contrario, que mi conducta no ha sido tomada en consideración, y que quizá obré mal despreciando la opinión pública...

—Pero ¿es que queréis que os rompa la cabeza?—exclamó Razumikin, que se había puesto en pie para castigar al insolente.

—¡Sois un hombre ruin y malo!—djo Advotia Romanovna.

—¡Ni una palabra! ¡ni un gesto!—dijo vivamente Rascolnikof, deteniendo a Razumikin.

Luego se acercó al otro, y hablándole casi al oído:

—¡Hacedme el favor de marcharos! —le dijo en voz baja, pero perfectamente distinta—. ¡Y no hablemos más! De lo contrario...

Pedro Petrovitch, con el rostro contraído por la cólera, le miró durante algunos segundos; en seguida giró sobre sus talones y desapareció, llevando en el corazón un odio mortal hacia Rascolnikof, a quien imputaba su desgracia.

¡Cosa notable! Iba bajando la escalera, y aun

se imaginaba que no estaba perdido todo irremediablemente, y que un acuerdo con las señoras no sería del todo imposible.

III

Durante cinco minutos estuvieron todos alegres, su satisfacción se traducía en risas. Sólo Dunetchka palidecía de vez en cuando y fruncía el entrecejo al recordar la anterior escena. Pero el más regocijado de todos era Razumikin. Su alegría, que aún no se atrevía a manifestar abiertamente, se revelaba a pesar suyo en el temblor febril de todo su cuerpo. Desde ahora debía dar su vida por las señoras, consagrarse a su servicio... Repasaba, sin embargo, sus pensamientos, temiendo dar curso a su imaginación. En cuanto a Rascolnikof, inmóvil y serio, no tomaba parte en la alegría general; hubiérase dicho que su espíritu estaba en otra parte. Después de insistir para que se rompiera con Lugin, parecía ser la persona a quien aquella ruptura, ya consumada, interesara menos. Dunia no pudo menos de pensar si seguiría enfadado con ella, y Pulqueria Alejandrovna le miraba con inquietud.

—¿Qué es lo que te dijo Svidrigaylof?—preguntó la joven acercándose a su hermano.

—¡Ah, sí!—apoyó vivamente Pulqueria Alejandrovna.

Rascolnikof alzó la cabeza.

—Quiere regalarte diez mil rublos, y desea verte una sola vez en mi presencia.

—¡Verla! ¡Jamás! —exclamó Pulqueria Ale-

jandrovna—. ¿Y cómo se atreve a ofrecerle dinero?

Rascolnikof refirió (muy secamente) su entrevista con Svidrigaylof.

Dunia quedó en extremo sorprendida cuando supo en qué consistían las proposiciones de Svidrigaylof. Quedó pensativa.

—¡Sin duda tiene algún horrible proyecto!— se dijo estremeciéndose.

Rascolnikof notó aquella agitación.

—Creo que tendré ocasión de verle alguna vez más—dijo a su hermana.

—¡Buscaremos su pista! ¡Le encontraré! —gritó enérgicamente Razumikin—. ¡No le perderé de vista! Rodia me ha autorizado para ello. El mismo me dijo no hace mucho: «Vela por mi hermana.» ¿Consentís en ello, Advotia Romanovna?

Dunia sonrió y tendió la mano al joven; pero su rostro seguía expresando temor.

Pulqueria Alejandrovna la miró tímidamente; por otra parte, los tres mil rublos la habían tranquilizado en gran manera.

Un cuarto de hora después, se hablaba con animación. Rascolnikof, aunque silencioso, prestaba atento oído a lo que se decía. Usaba de la palabra Razumikin.

—¿Por qué os habéis de marchar? —decía—. Aquí estáis todos juntos, y os necesitáis unos a otros. Aceptadme también como amigo, como consocio, y os aseguro que emprenderemos algo provechoso. Escuchad, voy a explicaros mi proyecto con todos sus detalles: Yo tengo un tío (ya os le presentaré), que es un anciano gentil y respetable. Este tío posee 1,000 rublos, de los que no sabe qué hacer, pues cobra una pensión. Dos años hace que no cesa de ofrecerme esta

suma al 6 por 100 de interés. Le adivino la intención: es una astucia suya para ayudarme. El año pasado no necesitaba dinero, pero, este año, esperaba la llegada del viejo, para aceptar su reiterado ofrecimiento. A los 1,000 rublos de mi tío agregaréis mil de los vuestros, y ya tenemos formada la sociedad. ¿Qué negocio emprenderemos?

Y desarrolló su proyecto. Según él, la mayoría de nuestros libreros y editores hacían malos negocios por no conocer su oficio; pero, con buenas obras, se podía ganar dinero. Rascolnikof y él tenían en el cerebro algunas.

—Claro que habrá que trabajar mucho; pero trabajaremos, todos pondremos manos a la obra. Empezaremos modestamente, y, poco a poco, iremos arriba.

Brillaban los ojos de Dunia.

—Me gusta lo que proponéis, Demetrio Prokofitch—dijo.

—Yo, naturalmente, nada comprendo —agregó Pulqueria Alejandrovna—. Esa puede ser buena idea, Dios sabe. Lo que no admite duda, es que tenemos necesidad de permanecer aquí... por algún tiempo— concluyó, mirando a su hijo.

—¿Qué te parece, hermano?—preguntó Dunia.

—El proyecto es excelente —respondió Rascolnikof—. Podéis tener confianza en la capacidad de Razumikin. Sabe lo que se hace... Por otra parte, aun hay tiempo de volver a hablar de eso.

—¡Hurrah! —gritó Razumikin —. Ahora, escuchad. Hay aquí, en esta misma casa, un cuarto separado e independiente del local en que se encuentran estas habitaciones; no cuesta caro y está amueblado: tres piececitas. Os aconsejo que lo alquiléis. Estaréis allí muy bien, tanto más cuanto que podréis vivir juntos, conservando a Rodia a vuestro lado... Pero, ¿adónde vas, Rodia?

—¡Cómo! ¿te marchas ya?—preguntó inquietamente Pulqueria Alejandrovna.

—¡Ahora!—gritó Razumikin.

Dunia miró a su hermano con sorpresa y desconfianza. Se disponía a salir.

—¡Diríase que teméis una separación eterna! ¡Vaya, no me enterréis en vida!—dijo con aire extraño.

Sonreía, ¡pero con qué sonrisa!

—Después de todo, ¿quién sabe?, quizá sea la última vez que nos veamos—agregó bruscamente.

Semejantes palabras salieron espontáneamente de sus labios.

—Pero ¿qué tienes? — dijo ansiosamente la madre.

—¿Adónde vas, Rodia?—preguntó Dunia, que en la pregunta puso una entonación particular.

—Necesito salir—respondió él.

Su voz era vacilante, pero su pálido rostro expresaba una decisión enérgica.

—Quería deciros... cuando vine... mamá, y a ti, Dunia, que lo mejor es separarnos por algún tiempo. No me siento bien, necesito descanso... Volveré más adelante, volveré cuando... sea posible. Conservaré vuestro recuerdo y siempre os amaré... ¡Dejadme! ¡Dejadme solo! Era ya mi intención... Y mi propósito es irrevocable... Ocúrrame lo que me ocurra, perdido o no, quiero estar solo. ¡Olvidadme completamente! Es lo mejor... ¡No pidáis noticias mías! Cuando sea preciso vendré a veros... u os llamaré. ¡Quizá se arregle todo! Pero, mientras tanto, si me amáis, renunciad a verme... ¡Os aborreceré, de lo contrario! Lo conozco... ¡Adiós!

—¡Dios mío!—gimió Pulqueria Alejandrovna.

Un espanto terrible se había apoderado de las señoras y de Razumikin.

—¡Rodia, Rodia! ¡Reconcíliate con nosotros, seámos amigos como antes!—exclamó la pobre madre.

Rascolnikof se dirigió lentamente hacia la puerta. Antes de llegar a ella se acercó a él Dunetchka.

—¡Hermano mío! ¿por qué obras de esa manera con nuestra madre?—murmuró la joven, con los ojos llenos de indiganación.

Su hermano hizo un esfuerzo para mirarla.

—Esto no es nada; volveré—balbuceó a media voz, como hombre que no tiene conciencia de lo que dice.

Y salió del aposento.

—¡Egoísta, corazón de piedra, hombre sin piedad!—vociferó Dunia.

—¡No es un egoísta, es un a-lie-na-do! ¡Os digo que está loco! ¿Es posible que no lo veáis? Vosotras sois las despiadadas—murmuró vivamente Razumikin, inclinándose hacia el oído de la joven, cuya mano estrechó con fuerza.

—¡Vuelvo en seguida—gritó a Pulqueria Alejandrovna que estaba casi desfallecida.

Y se lanzó fuera del aposento.

Rascolnikof le esperaba en el corredor.

—Sabía que me seguirías —le dijo—. Permanece al lado de ellas y no las abandones... Hazles compañía hasta mañana... y siempre... Yo... quizá vuelva... si hay medio... ¡Adiós!

Iba a alejarse sin dar la mano a Razumikin.

—Pero ¿adónde vas?—balbuceó este último, estupefacto—. ¿Qué tienes? ¿Por qué obras de ese modo...?

Rascolnikof volvió a detenerse.

—De una vez para siempre, te ruego que no me preguntes, ¡nada tengo que contestarte...! ¡No vayas a verme! Quizá vuelva por aquí... Déjame; pero a ellas... *no las abandones*. ¿Me comprendes?

El corredor estaba obscuro; se hallaban cerca de una lámpara. Ambos se miraron en silencio por espacio de un minuto. Razumikin recordó toda su vida en aquel solo minuto. La mirada fija y ardiente de Rascolnikof parecía querer penetrar hasta el fondo de su alma. De repente, Razumikin se estremeció y tornóse pálido como un cadáver. La horrible verdad concluía de aparecérsele.

—¿Comprendes, ahora?—dijo súbitamente Rascolnikof, cuyas facciones se habían alterado horriblemente—. Vuelve a su lado—agregó.

Y, andando rápidamente, salió de aquella casa.

Imposible describir la escena que siguió al regreso de Razumikin a la habitación de Pulqueria Alejandrovna. Como puede presumirse, el joven puso en juego todos sus recursos para tranquilizar a las dos señoras. Les aseguró que, hallándose enfermo, Rodia necesitaba descanso; les juró que Rascolnikof no dejaría de ir a visitarlas, que le verían todos los días; que estaba muy afectado moralmente, razón por la cual era preciso no irritarle; prometió velar por su amigo, confiarle a los cuidados de un buen médico, del mejor, y si era necesario, llamaría en consulta a las eminencias de la facultad... En resumen, a partir de aquella noche, Razumikin fué para las dos señoras un hijo y un hermano.

IV

Rascolnikof marchó directamente al canal, donde habitaba Sonia.

La casa, de tres pisos, era un viejo edificio pintado de verde.

No sin trabajo el joven encontró al portero, y obtuvo vagas indicaciones respecto a los aposentos del sastre Kapernaunof.

Después de descubrir, en un rincón del patio, la entrada de una escalera estrecha y sombría, subió al segundo piso, y siguió por la galería que daba al patio. Mientras andaba en la obscuridad, preguntándose por dónde entraría en casa de los Kapernaunof, una puerta se abrió a tres pasos de él: asió una de las hojas con un gesto maquinal.

—¿Quién va?—preguntó una perezosa voz de mujer.

—Soy yo... vengo a veros—respondió Rascolnikof. Y entró en una pequeña antesala.

Sobre una mala mesa ardía un cabo de vela en un estropeado candelero de cobre.

—¡Vos, señor!—dijo Sonia con voz débil y sin fuerza, al parecer, para moverse.

—¿Cuál es vuestro cuarto? ¿Este?

Y Rascolnikof pasó vivamente a la sala, haciendo un esfuerzo para no mirar a la joven.

Sonia le siguió con la vela en la mano, y paróse frente a él, presa de agitación indecible.

Aquella inesperada visita la turbaba; hasta le infundía miedo. De repente, su rostro pálido se coloreó, y de sus ojos brotaron las lágrimas... Experimentaba extremada turbación, a la que se mezclaba cierta dulzura... Rascolnikof se volvió en un rápido movimiento y se sentó sobre una silla, cerca de la mesa. En un abrir y cerrar de ojos hizo el inventario de cuanto había en el aposento.

La habitación, grande, pero excesivamente baja, contenía pocos muebles: una cama, cuatro sillas, una mesa y una cómoda; todo denotaba pobreza.

Sonia contemplaba silenciosa al visitante que examinaba su aposento con tanta atención y tranquilidad. Por último se echó a temblar de miedo como si se hallara ante el árbitro de su suerte.

—Vengo a vuestra casa por última vez—dijo tristemente Rascolnikof, aparentando olvidar que era la primera vez que iba—. Quizá no os vuelva a ver...

—¡Vos...! ¿Os marcháis?

—No sé... mañana..., todo...

—En tal caso, ¿no iréis mañana a casa de Catalina Ivanovna?—dijo Sonia con voz temblorosa.

Levantó hacia ella su mirada abstraída y notó que estaba sentado, mientras que ella permanecía en pie ante él.

—¿Por qué estáis de pie? Sentaos—dijo en voz que pronto se volvió dulce y afable.

Sonia obedeció. Durante un minuto él la contempló benévolo, casi enternecido.

—¡Qué demacrada estáis! Se trasluce vuestra mano y vuestros dedos parecen los de una muerta.

—Siempre fuí así—dijo.

—¿Hasta cuando vivíais con vuestra familia?

—Sí.

—¡Sí, es verdad!—repitió él.

Un cambio súbito se había operado nuevamente en la expresión de su rostro y en el tono de su voz. Volvió a pasar la mirada en derredor.

—¿Habitáis en casa de Kapernaunof?

—Sí...

—¿Viven allí, detrás de la puerta aquélla?

—Sí... su habitación es parecida a ésta.

—¿Sólo tiene un aposento para los dos?

—Sí.

—En una habitación como la vuestra, tendría

yo miedo por la noche—observó con gesto sombrío.

—Mis patrones son gente muy buena, muy afables —respondió Sonia, que parecía no haber recobrado su presencia de espíritu—, y todo el mobiliario, todo... es suyo. Son muy buenos, sus hijos vienen aquí con frecuencia.

—¿Son tartamudos?

—Sí... El padre es tartamudo y cojo; también la madre... Pero no es más que tartamudez: tiene en la lengua un defecto. Es una excelente mujer. Kapernaunof es un antiguo siervo. Tienen siete hijos... Sólo tartamudea el mayor; los otros son enfermizos, pero no tartamudos... Pero, ¿cómo sabéis esto?—agregó con cierta admiración.

—Vuestro padre me lo contó en otro tiempo. Sé por él toda vuestra historia... Me dijo que salisteis a las seis, que a las ocho estabais de vuelta, y que Catalina Ivanovna se arrodilló junto a vuestra cama.

Sonia se turbó.

—Creo haberle visto hoy—dijo ella con vacilación.

—¿A quién?

—A mi padre. Estaba en la calle, en la esquina de aquí al lado, entre nueve y diez; iba delante de mí. Hubiera jurado que era él. Hasta quería ir a decírselo a Catalina Ivanovna.

—¿Os paseabais?

—Sí—murmuró Sonia, que bajó los ojos confusa.

—¿Os pegaba Catalina Ivanovna cuando estabais en casa de vuestro padre?

—¡Oh, no! ¿Cómo podéis decir eso? ¡No!—exclamó la joven mirando a Rascolnikof con cierta especie de admiración.

—¿La amáis, pues?

—¿A ella? ¿Cómo no?—agregó Sonia con voz apagada y doliente, y juntó las manos con expresión de piedad—. ¡Oh, si la hubieseis conocido! Es como un niño... Algo turbado el juicio... por la desgracia. ¡Pero qué inteligente...! ¡Qué buena y generosa! ¡No sabéis nada...! ¡Ah!

Sonia dió a las últimas palabras una entonación casi desesperada. Era presa de extraordinaria agitación, y, desolada, se retorcía las manos. Sus pálidas mejillas habíanse coloreado nuevamente, y el sufrimiento se leía en sus ojos. Era evidente que habían herido una de sus cuerdas sensibles y que deseaba disculpar a Catalina Ivanovna. De repente, una compasión insaciable, si puede así decirse, manifestóse en todos los rasgos de su rostro.

—¡Ella maltratarme! ¡Qué decís, señor! ¡Ella pegarme! ¡Y aun cuando me hubiera pegado! ¿Qué? ¡No sabéis nada, nada...! ¡Es tan desgraciada...! ¡Oh, qué desgraciada es! Y enferma... Busca la justicia... Es pura... Cree que la justicia debe reinar en todo, y clama por ella... Podéis maltratarla cuanto queráis, que nada injusto hará ella. No ve que es imposible que la justicia reine en el mundo, y se irrita... como un niño pequeño. ¡Es justa, justa!

—¿Y vos? ¿Qué va a ser de vos?

Sonia le interrogó a su vez con los ojos, sin contestar a su pregunta.

—Están a vuestro cargo. Verdad que los teníais antes: el difunto iba a pediros dinero para beber. Pero ¿qué ocurrirá ahora?

—No sé—respondió Sonia tristemente.

—¿Continuarán allí?

—No sé. Deben a su patrona, y me parece que hoy les ha dicho que iba a echarlos a la

calle. Catalina Ivanovna, por su parte, asegura que no seguirá allí ni un minuto más.

—¿Y en qué se funda tal seguridad? ¿Cuenta con vos?

—¡Oh! ¡Tenemos bolsa común, nuestros intereses son los mismos! —agregó vivamente Sonia, cuyo enojo en aquel momento se asemejaba a la inofensiva cólera de un pajarillo—. Por otra parte, ¿cómo podría pensarlo? —preguntó, animándose más y más—. ¡Y cuánto, cuánto lloró hoy! Tiene turbado el juicio. ¿No lo notasteis? Hace cosas extrañas, sueña imposibles; habla de sacar dinero no sé de dónde y de volver a su pueblo conmigo: allí fundará una casa-pensión para las hijas de nobles, y me confiará las funciones de administradora de la casa. «Una vida nueva, una vida feliz empezará para nosotros», me dice, abrazándome. Y estos pensamientos la consuelan. ¡Cree tan firmemente a su imaginación! ¿Acaso puede contradecírsela? El día de hoy lo ha pasado lavando y arreglándolo todo; al concluir ha caído rendida sobre la cama. Por la mañana habíamos ido a algunas tiendas; queríamos comprar calzado a Lena y a Poletchka, porque el que tienen no vale nada. Desgraciadamente, no había dinero. Se necesitaba mucho, pues había elegido unas lindas botinas, porque tiene gusto... y allí, en la tienda, se ha echado a llorar delante de los comerciantes... porque no tenía para comprarlas... ¡Ah, qué triste era aquello!

—Se comprende, sabido eso, que viváis... así— observó Rascolnikof con una amarga sonrisa.

—¿Y vos? ¿Acaso no sentís piedad hacia ella? —exclamó Sonia—. Os privasteis por ella de todos vuestros recursos, y eso que no la conocíais.

—¡Si todo lo hubieseis visto! ¡Señor! ¡Y cuántas, cuántas veces le hice llorar! La semana pasada, ocho días antes de morir mi padre, obré con mucha dureza. ¡Y cuántas veces me porté del mismo modo! ¡Ah, qué pena he sentido esta mañana recordando estas cosas!

Sonia se retorcía las manos. Tan doloroso le era el recuerdo.

—¿Vos obrar con dureza?

—¡Sí, yo, yo! Fuí a verlos —continuó, llorando— y mi padre me dijo: «Me duele la cabeza, Sonia; léeme algo... Ahí tienes un libro». Era un volumen del señor Lebeziatnikof, el cual nos prestaba libros muy chistosos. «Tengo que marcharme», respondí. No tenía ganas de leer; había ido a su casa para enseñar a Catalina Ivanovna algunas cosas que acababa de comprar. Isabel, la vendedora, me había traído puños y cuellos, muy bonitos, con ramos y casi nuevos; los había comprado baratos. A Catalina Ivanovna le gustaron. «¡Regálamelos, Sonia, te lo ruego!» me dijo. No los necesitaba, pero ella es así: se acuerda de los tiempos felices de su juventud. Se mira al espejo y no tiene ropa ni nada, hace mucho tiempo. Es orgullosa: antes de pedir, daría cuanto posee; y sin embargo, me pidió aquello. ¡Tanto la agradaba! A mí me costaba trabajo dárselos. «¿Qué falta os hacen, Catalina Ivanovna?», le dije. Sí, eso le dije. ¡No debí hablarle así! Ella me miró con tal aire de aflicción que me dió pena. Y no sentía ella que no le diese los cuellos, sino mi contestación; bien claro lo vi. ¡Ah, si hoy me fuera posible borrar todo esto, hacer que ésta y otras palabras no hubieran sido pronunciadas...! ¡Oh, sí...! Pero ¿qué digo? ¡Todo esto no es importante!

—¿Conocíais a Isabel?

—Sí... ¿Y vos? ¿Acaso la conocíais también? —preguntó Sonia, algo admirada.

—Catalina Ivanovna está en el último grado de tisis; vivirá poco—dijo Rascolnikof después de unos instantes de silencio y sin responder a la pregunta.

—¡Oh, no, no!

Y Sonia, sin conciencia de lo que hacía, se apoderó de las manos del joven, como si la suerte de Catalina Ivanovna dependiera de él.

—Pero... ¡tanto mejor si se muere!

—¡No, no será mejor!—dijo la pobre joven, con espanto.

—¿Y los niños? ¿Qué haréis entonces, puesto que no los podéis tener a vuestro lado?

—¡Oh, no sé!—exclamó ella con acento desesperado y oprimiéndose la cabeza.

Claro se veía que este pensamiento la preocupaba con frecuencia.

—Supongamos que Catalina Ivanovna viva algún tiempo más. Vos podéis caer enferma... ¿Y qué sucederá cuando se os lleve al hospital?—prosiguió despiadadamente nuestro héroe.

—¡Ah! ¿Qué decís? ¿Qué decís? ¡Eso es imposible!

El espanto había demudado el rostro de la joven.

—¿Cómo imposible? —siguió él con sarcástica sonrisa—. Supongo que no tendréis comprada la salud... ¿Qué será entonces de ellos? Se verán en el arroyo, la madre pedirá limosna tosiendo, golpeándose la cabeza contra las paredes, como hoy; los niños llorarán... Catalina Ivanovna caerá en medio de la calle, será transportada a la Casa de Socorro, luego al hospital... y los niños...

—¡Oh, no...! ¡Dios no permitirá eso!—profirió Sonia con voz entrecortada.

Hasta entonces le había escuchado en silencio, los ojos fijos en Rascolnikof, las manos juntas en actitud de súplica muda, como si la afligiese la idea imposible de conjurar las numerosas desgracias que él predecía.

El joven se levantó y empezó a pasear por el aposento.

Transcurrió un minuto. Sonia seguía de pie, abandonados los brazos, inclinada la cabeza, presa de otro sufrimiento.

—¿Y no podéis hacer economías?—preguntó Rascolnikof, deteniéndose de pronto ante ella.

—No—murmuró Sonia.

—¡Es natural que no! Pero ¿lo habéis intentado?—agregó con cierta ironía.

—Lo he intentado.

—¡Y no lo conseguisteis! ¡Sí, se comprende! Inútil preguntarlo.

Y reanudó su paseo; luego, tras otro minuto de mutismo, dijo:

—¿No ganáis dinero todos los días?

Sonia se turbó más oyendo aquella pregunta y sus mejillas se enrojecieron.

—No—respondió en voz baja y con esfuerzo doloroso.

—Sin duda que le ocurrirá lo propio a Poletchka—dijo bruscamente.

—¡No, no! ¡No es posible! ¡No! —exclamó Sonia, a quien aquellas palabras hicieron el efecto de una puñalada—. ¡Dios no permitirá tal abominación!

—Permite muchas otras.

—¡No! ¡Dios la protegerá! ¡Dios...!—repitió fuera de sí.

—¡Pero si quizá no haya Dios!—agregó en tono rencoroso Rascolnikof, que se echó a reir mirando a la joven.

Un súbito cambio se operó en la fisonomía de Sonia; todos los músculos de su rostro se contrajeron. Fijó en su interlocutor una mirada llena de reconvención y quiso hablar; pero ninguna palabra salió de sus labios, y empezó a sollozar cubriéndose la cara con las manos.

—Decís que Catalina Ivanovna tiene trastornado el juicio. También lo está el vuestro—dijo después de un breve silencio.

Transcurrieron cinco minutos.

El seguía paseando sin hablar y sin mirar a la joven. Por fin, se acercó a ella. Tenía los ojos relucientes, los labios temblorosos. Poniéndole ambas manos en los hombros, clavó una mirada ardiente en aquel rostro lleno de lágrimas... De repente se inclinó, púsose de rodillas y besó el pie de la joven. Esta retrocedió asustada, como si ante sí hubiera visto a un loco. En verdad, la fisonomía de Rascolnikof parecía en aquel momento la de un enajenado.

—¡Qué hacéis! ¡Arrodillarse ante mí!—balbuceó Sonia palideciendo y con el corazón oprimido.

Rascolnikof se levantó al punto.

—No me he prosternado ante ti, sino ante todo el sufrimiento humano —dijo con aire extraño, yendo a ponerse de codos en el apoyo de la ventana—. Oye —prosiguió, volviendo a su lado al cabo de un instante—. Poco tiempo hace le dije a un insolente, que no valía lo que un dedo tuyo, y que hoy había honrado a mi hermana invitándola a sentarse a tu lado.

—¡Ah! ¿Cómo habéis podido decir eso? ¡Y delante de ella! —exclamó Sonia estupefacta—. ¿Sentarse a mi lado es un honor? ¡Si soy una criatura deshonrada...! ¡Ah! ¿Por qué habéis dicho eso?

—Al hablar de tal modo, no pensaba ni en

tu deshonra ni en tus faltas, sino en tu gran sufrimiento. Sin duda que eres culpable—continuó con emoción creciente—; pero lo eres, sobre todo, por haberte inmolado como lo hiciste. ¡Creo ciertamente que eres desgraciada! ¡Vivir en lo que detestas, y saber (porque no puedes forjarte ilusiones) que tu sacrificio no es útil a nadie... ¡Pero dime —concluyó, exaltándose más a cada instante—: ¿cómo, con tus delicadezas de alma, te resignas a sufrir un oprobio semejante? ¡Mil veces preferible era matarse y concluir de una vez!

—¿Y ellos? ¿Qué sería de ellos?—preguntó débilmente Sonia levantando hacia él la mirada de una mártir, pero sin parecer admirada del consejo.

Rascolnikof la contempló con singular curiosidad.

Aquella sola mirada se lo dijo todo. Ella también había tenido esta idea. Muchas veces quizá, en el exceso de su desesperación, había pensado en concluir súbitamente: y debía de haber pensado de un modo serio, toda vez que, en aquel instante, no manifestaba sorpresa al oir que le proponían tal solución.

Ni aun notó lo que de cruel había en las palabras de nuestro héroe; como puede suponerse, tampoco penetró el sentido de sus reproches; ni comprendió el punto de vista particular desde el cual miraba Rascolnikof su deshonra, como pudo observar el joven. Pero comprendía perfectamente hasta qué punto la torturaba aquella fija idea de su infamante situación, y preguntaba lo que hasta entonces la había impedido suicidarse. La sola respuesta a esta pregunta estaba en la fidelidad de la joven a aquellas criaturas y a Catalina Ivanovna, la infeliz mujer tísica y casi loca que golpeaba con su cabeza las paredes.

No por esto dejaba de ser claro para él que

Sonia, con su carácter y su educación, no podía seguir de aquel modo indefinidamente. Hasta le costaba trabajo explicarse que, ya que no suicidado, la joven no se hubiera vuelto loca. Sin duda veía bien que la situación de Sonia constituía un fenómeno social rarísimo, pero ¿no era esto una razón más, para que la vergüenza la matara al entrar en una senda de la que todo debía alejarla? ¿Qué era, pues, lo que la sostenía? ¿Sería el placer propio de la depravación? No, sólo su cuerpo era el entregado a la prostitución; el vicio no había entrado en su alma. Rascolnikof lo veía; leía como en un libro en el corazón de la infeliz joven.

—Su suerte está decidida —pensaba—. Ante sí tiene el canal, el manicomio, o... el embrutecimiento.

Le repugnaba admitir esta última eventualidad; pero, escéptico, no podía eximirse de creerla más probable.

—¿Es posible, sin embargo, que así sea?—se decía—. ¿Es posible que esa criatura, que todavía conserva su pureza de alma, concluya por sumirse deliberadamente en el vicio? ¿No ha dado el primer paso? Y, si ha podido soportar semejante vida, ¿no es porque el vicio ha perdido ya para ella su horror? ¡No! Lo que hasta este momento la impidió suicidarse es el temor de cometer un pecado y el interés que *ellos* le inspiran... Y si no se ha vuelto loca... Pero ¿quién dice que no lo esté? ¿Goza, acaso, de todas sus facultades? ¿Acaso se puede discurrir como lo hace ella? ¿Razonaría como ella una persona de sano juicio? ¿Se puede ir a la perdición con esa tranquilidad y cerrando el oído a los consejos? ¿Luego espera un milagro? Indudablemente. ¿No son éstos claros síntomas de enajenación mental?

Se detuvo obstinadamente en aquella idea. Sonia está loca. Tal perspectiva le desagradaba menos que las demás. Examinó atentamente a la joven.

—¿Rezas mucho, Sonia?—le preguntó.

La joven guardaba silencio; de pie junto a ella, esperaba él la respuesta.

—¿Qué sería de mí sin Dios?—dijo Sonia en voz baja, pero enérgica.

Y, dirigiendo a Rascolnikof una rápida mirada de sus brillantes ojos, le estrechó con fuerza la mano.

—Vaya, me engañaba—díjose él.

—Pero ¿qué es lo que Dios hace por ti?—le preguntó, deseoso de aclarar completamente sus dudas.

Sonia guardó silencio, como si no se hallase en estado de responder. La emoción henchía su débil pecho.

—¡Callaos! ¡No me preguntéis! ¡No tenéis derecho...!—exclamó de repente, mirándole con ira.

—En efecto, es verdad—pensó Rascolnikof.

—¡Dios lo puede todo!—murmuró ella rápidamente, volviendo a mirar al suelo.

—He ahí encontrada la explicación—concluyó él, mentalmente.

Y contempló a Sonia con ávida curiosidad.

Experimentaba una sensación nueva, extraña, casi insana, contemplando aquella carita pálida, demacrada, angulosa, aquellos ojos azules y dulces que podían despedir tanto fuego y expresar una pasión tan vehemente, y aquel cuerpecito, todo tembloroso de indignación y de cólera. Aquello le parecía más extraño, más fantástico cada vez.

—¡Está loca!—repetía.

Sobre la mesa había un libro. Rascolnikof lo

había visto muchas veces en sus paseos por el aposento. Lo cogió y lo examinó. Era una traducción rusa del Nuevo Testamento.

—¿De dónde te viene esto?—gritó a Sonia, desde el otro extremo de la habitación

—Me lo han prestado—respondió ella como a su pesar, sin mirar a Rascolnikof.

—¿Quién te lo ha prestado?

—Isabel: se lo había pedido.

—¡Isabel! ¡Es extraño!—pensó.

Todo cuanto había en la habitación de la joven tomaba para él un aspecto cada vez más extraordinario. Se acercó a la luz con el libro y se puso a hojearlo.

—¿Dónde está aquello de la resurrección de Lázaro?—preguntó bruscamente.

Sonia, con los ojos obstinadamente clavados en el suelo, guardó silencio.

—¿Dónde está la resurrección de Lázaro? Sonia, búscame ese pasaje.

La joven miró de soslayo a su interlocutor.

—En el cuarto Evangelio...—dijo sin moverse.

—Búscalo y léemelo—murmuró él.

Luego tomó asiento, púsose de codos sobre la mesa, apoyó la cabeza en la mano, y con aire sombrío, dispúsose a escuchar.

Sonia vaciló un poco antes de acercarse a la mesa. El extraño deseo de Rascolnikof le parecía poco sincero. Tomó el libro, sin embargo.

—¿Acaso no lo leísteis?—preguntó, mirándole de reojo.

Su tono se hacía cada vez más duro.

—Hace tiempo... Cuando era niño. ¡Lee!

—¿No lo oísteis en la iglesia?

—No... no voy. ¿Vas tú con frecuencia?

—No—respondió Sonia, con vacilación.

Rascolnikof sonrió.

—Comprendo... En tal caso, ¿no asistirás mañana a las exequias de tu padre?

—Sí. La semana pasada también fuí a la iglesia... Asistí a una misa de *requiem*.

—¿Por quién?

—Por Isabel. La mataron a hachazos.

Los nervios de Rascolnikof estaban más irritados cada vez. La cabeza empezaba a darle vueltas.

—¿Tenías amistad con Isabel?

—Sí... Era justa... venía a verme... raras veces... no era libre de hacerlo. Leíamos y... hablábamos. Ella ve a Dios.

Rascolnikof tornóse pensativo. ¿Sobre qué versarían las misteriosas conversaciones entre dos idiotas como Sonia e Isabel?

—¡Acabaría también por volverme loco! ¡Se respira la locura en este aposento! —pensó—. ¡Lee!—gritó súbitamente y con tono agrio.

Sonia seguía vacilando. Su corazón latía con fuerza. Parecía que temía leer. Rascolnikof miró con expresión casi dolorosa a la «pobre enajenada».

—¿Qué os importa eso, si no lo creéis...?—murmuró con voz sofocada.

—¡Lee, lo deseo! —insistió—. ¿No leías a Isabel?

Sonia abrió el libro y buscó el pasaje. Sus manos temblaban, la voz se detenía en su garganta. Dos veces trató de leer, y no pudo articular ni una sílaba.

«Cierto Lázaro, de Bethania, estaba enfermo»... —comenzó, al fin, haciendo un esfuerzo.

Pero de repente, a la tercera palabra, su voz se tornó sibilante, anhelosa y quebróse como una cuerda demasiado tirante. Su oprimido pecho carecía de aliento.

Rascolnikof se explicaba en parte las vacilaciones de Sonia, y, conforme la iba comprendiendo, reclamaba más imperiosamente la lectura. Conocía cuánto costaba a la joven el abrirle en cualquier forma su mundo interior. Se veía que sin trabajo no podía resolverse a hacer confidente a un extraño, de los sentimientos que, quizá desde la adolescencia, la habían animado, que habían sido su viático moral, cuando, entre un padre borracho, una madrastra rendida por la desgracia, y tres niños hambrientos, no oía sino injurias y clamores injuriosos. El veía todo aquello, y también veía que, no obstante su repugnancia, ella tenía grandes deseos de leer, de leer *para él*, sobre todo *entonces*... Los ojos de la joven, la agitación de que era presa, se lo revelaban.

Por un violento esfuerzo sobre sí misma, Sonia venció la angustia que oprimía su garganta, y continuó leyendo el onceno capítulo del evangelio según San Juan.

Al concluir el versículo 19, hizo una pausa, a fin de dominar por completo la emoción, que nuevamente hacía temblar su voz... Y prosiguió:

«Creo, Señor, que Tú eres el Cristo, Hijo de Dios, venido a este mundo».

Interrumpió después la lectura y levantó los ojos hacia el joven; pero los bajó al punto para proseguir.

Rascolnikof escuchaba inmóvil y mirando siempre de reojo.

Sonia siguió leyendo hasta el versículo 32.

Y, concluído éste, Rascolnikof se volvió hacia ella y la miró agitado.

¡Sí, era aquello! Estaba temblorosa, verdaderamente febril. Lo que él había pensado.

Llegaba al milagroso relato, y un sentimiento

de triunfo se apoderaba de ella. Las líneas del libro se confundían ante sus ojos ya turbios; pero se sabía el pasaje de memoria. Al leer: «No podía El, El, que volvió la vista a un ciego, impedir que este hombre muriese...», bajó la voz, dando un acento apasionado a la duda, a la censura, a la reprobación de aquellos judíos incrédulos y ciegos, que, al cabo de un instante, como heridos por el rayo, iban a caer de rodillas, a sollozar, a creer...

—¡Y él, él, que es igualmente ciego, incrédulo, él también oirá y creerá! ¡Sí, sí! ¡Inmediatamente, ahora mismo!—pensaba toda conmovida por aquella alegre esperanza.

«El sepulcro era una gruta cubierta con una piedra. Marta, hermana del muerto, le dijo: Señor, huele ya mal, porque hace *cuatro* días que está enterrado».

Sonia subrayó la palabra *cuatro*.

«Jesús le respondió: ¿No te dije que si crees verás la gloria de Dios? Quitaron la piedra; levantando los ojos, Jesús dijo: Padre mío, gracias te doy por lo que me concediste. Sé, por lo que a mí hace, que Tú siempre me escuchas; pero te digo esto por el pueblo que me rodea, a fin de que crea que Tú fuiste quien me enviaste. Dichas estas palabras gritó con voz potente: ¡Lázaro, sal fuera! Y *el muerto salió* (Sonia se estremecía cual si fuera testigo del milagro) con las manos vendadas y el rostro envuelto en un paño. Y Jesús les dijo: Desatadle y dejadle andar».

«*Entonces, muchos de los judíos que habían ido a casa de María y que vieron lo que Jesús había hecho, creyeron en El*».

No leyó más; le hubiera sido imposible. Cerró el libro y se puso en pie vivamente.

—Es todo lo que hay respecto a la resurrec-

ción de Lázaro—dijo en voz baja y temblorosa, sin volverse hacia aquél a quien hablaba.

Parecía temer alzar la vista hacia Rascolnikof. Continuaba su temblor febril. El cabo de vela, que acababa de consumirse, alumbraba vagamente aquella habitación en que una prostituta y un asesino concluían de leer el Evangelio. Transcurrieron cinco minutos.

De repente, Rascolnikof se levantó y se acercó a Sonia.

—Vine para hablarte de un asunto—dijo con voz muy alta.

Y al decir esto fruncía el entrecejo.

La joven levantó la vista, y vió que su mirada, de dureza particular, expresaba alguna feroz resolución.

—Hoy —prosiguió— he renunciado a cuantos lazos me unían a mi madre y a mi hermana. No volveré a visitarlas. Mi ruptura con los míos está consumada.

—¿Por qué?—preguntó Sonia con asombro.

Su encuentro de poco antes con Pulqueria Alejandrovna y Dunetchka, le había dejado una impresión extraordinaria, si bien para ella obscura. Una especie de espanto apoderóse de Sonia al saber que el joven había roto con su familia.

—Ahora no tengo a nadie sino a ti —prosiguió él.— Marchémonos... Vine a proponerte esto. ¡Sobre los dos pesa una maldición! ¡Partamos juntos!

Sus ojos relucían.

—Diríase que está loco —pensó la joven—. ¿Y adónde ir?—preguntó, espantada y retrocediendo involuntariamente.

—¡Qué sé yo! Sólo sé que el camino y el fin son iguales para ambos. ¡Estoy seguro de ello!

Ella le miró sin comprenderle. Una conclusión clara se desprendía, a su juicio, de las pa-

labras del joven: que Rascolnikof era en extremo desgraciado.

—Nadie te comprenderá, por mucho que hables —continuó—. Pero yo sí te comprendo. Me eres necesaria: aquí tienes por qué he venido a buscarte.

—No comprendo...—balbuceó Sonia.

—Lo comprenderás más adelante. ¿Acaso no obraste tú... como obré yo? Tú también has infringido la ley... Tuviste ese valor. Tú has atentado contra ti misma: destruíste una vida..., la tuya (¡viene a ser lo mismo!). Ni tú ni yo podemos vivir *solos*: perderíamos la razón. ¡Es necesario que partamos juntos, que sigamos el mismo camino! ¡Vámonos!

—¿Por qué? ¿Por qué decís eso?—exclamó Sonia, extrañamente turbada al escuchar aquel lenguaje.

—¿Por qué? Porque no puedes seguir de ese modo; ¡he aquí por qué! Es necesario razonar seriamente y ver las cosas bajo su aspecto verdadero, en lugar de llorar como un niño y ponerlo todo en manos de Dios. ¿Qué ocurrirá, te pregunto, si mañana te ves conducida al hospital? Catalina, loca casi y tísica, morirá pronto. ¿Qué será de sus hijos? ¿No es segura la desdicha de Poletchka?

—¿Qué hacer, pues? ¿Qué hacer?—agregó, llorando, Sonia, y retorciéndose las manos.

—¿Qué hacer? Es preciso cortar el cable de un solo tajo, y seguir adelanrte, ocurra lo que ocurra. ¿No comprendes? Más adelante lo comprenderás... La libertad y el poder; ¡el poder sobre todo! ¡Reinar sobre todas las criaturas, sobre todo el hormiguero...! ¡He aquí el fin! ¡Acuérdate de esto! Es mi testamento. Quizá te hable ahora por última vez. Si mañana no vengo, ya

lo sabrás todo; acuérdate entonces de mis palabras. Más tarde, de aquí a algunos años, con la experiencia de la vida, quizá comprendas lo que significan. Si vengo mañana, mañana te diré quién mató a Isabel. ¡Adiós!

Sonia se estremeció y le contempló con extravío.

—Pero... ¿acaso sabéis quién la ha matado?— preguntó, helada de terror.

—Lo sé... ya te lo diré... a ti, a ti sola. Te he preferido. No vendré a pedirte perdón, sino sencillamente a decírtelo. Hace mucho tiempo que te elegí. Desde el momento en que tu padre me habló de ti, en vida de Isabel, se me ocurrió la idea. ¡Adiós...! ¡No me des la mano! ¡Hasta mañana!

Salió, dejando a Sonia la impresión que produce el ver a un loco; pero ella también estaba como loca: lo conocía. La cabeza le daba vueltas.

—¡Señor...! ¿Cómo es que sabe quién mató a Isabel? ¿Qué querrán decir esas palabras? ¡Es extraño!

No tuvo, sin embargo, la sospecha más mínima de la verdad...

—¡Oh, debe ser terriblemente desgraciado...! Abandona a su madre y a su hermana... ¿Por qué? ¿Qué le ha ocurrido? ¿Y cuáles son sus propósitos? ¿Qué fué lo que me dijo? Me besó el pie y me dijo... me dijo... (sí, estas fueron sus palabras), que no podía vivir sin mí... ¡Oh, Señor!

En la habitación que ocupaba Sonia, había una puerta condenada, y tras de la puerta una habitación que Sonia creía estaba por alquilar. Pero en aquel aposento habitaba el señor Svidrigaylof, quien desde el principio al fin había escuchado la conversación de los dos jóvenes, la cual

parecía interesante en alto grado. Se prometió ser testigo invisible de la futura entrevista.

V

Cuando, a las once del día siguiente, Rascolnikof se presentó ante el juez de instrucción, mucho le admiró tener que esperar largo rato.

Paseó en derredor una mirada llena de desconfianza. ¿No había allí alguien encargado de vigilarle, por si llegaba el caso de impedir su huída? Nada vió que le hiciera sospechar: los escribientes seguían trabajando; las personas de fuera de la casa entraban, salían o estaban sentados, sin fijarse para nada en nuestro joven.

Este comenzó a tranquilizarse.

—Si, en efecto —pensó—, aquel misterioso personaje de ayer, aquel espectro surgido de la tierra, lo hubiese visto todo, ¿se me dejaría tan tranquilo como estoy? De consiguiente, o aquel hombre nada dijo todavía, o bien, no vió nada ni sabe nada (¿cómo iba a verlo, por otra parte?), y yo fuí víctima de una ilusión de mi fantasía eterna.

Cada vez encontraba más verosímil esta explicación, que la víspera se ofrecía a su mente cuando más inquieto estaba.

Reflexionando de este modo y preparándose para una nueva lucha, Rascolnikof notó de pronto que temblaba, y hasta se indignó al pensar que era de miedo ante la idea de tener una entrevista con Porfirio Petrovitch. Lo más terrible para él era volver a verse en presencia

de aquel hombre: le odiaba lo increíble, y temía que su odio le hiciera traición.

Su indignación fué tan grande que, de pronto, cesó su temblor. Se dispuso a entrar con aire frío y seguro, prometiéndose hablar lo menos posible, mantenerse siempre alerta y dominar a toda costa su natural irascible.

Porfirio Petrovitch hallábase solo en su gabinete. Cuando reparó en Rascolnikof se levantó de la mesa y fué a cerrar la puerta de entrada, parándose luego ante el joven.

Le acogió de la manera, al parecer, más jovial y afable; hasta pasados unos minutos, Rascolnikof no pudo notar la turbación del magistrado, que pareció sorprendido en un manejo clandestino.

—¡Ah, muy respetable señor...! ¡Os tenemos... en nuestros parajes...! —prorrumpió Porfirio, ofreciéndole ambas manos—. Sentaos, *batuchka*. Pero... quizá no os guste que se os llame respetable, tan «secamente»... *batuchka*. No toméis esto, os lo suplico, por una familiaridad... Aquí, sentaos aquí, en el diván.

—¿Cómo interpretar la frase «en nuestros parajes» y la palabra «secamente»? ¿Qué querrían decir estas excusas por su familiaridad? Me ha ofrecido ambas manos, sin darme ninguna: las retiró en seguida—pensó Rascolnikof, desconfiando ya.

Se observaban el uno al otro; pero en cuanto sus miradas se encontraban, las volvían a otro lado rápidamente.

—He venido a traeros este documento... relativo al asunto del reloj. Aquí lo tenéis... ¿Basta éste, o es preciso hacer otro?

—¿Cómo? ¿Qué papel? Sí, sí... No os moles-

téis... está bien...—respondió con cierta precipitación el magistrado, que pronunció aquellas palabras antes de haber visto el papel.

Luego, cuando por él hubo pasado una ojeada rápida:

—Sí, está bien, es lo que se necesita—continuó, siempre hablando de prisa, y depositando el papel sobre la mesa.

Un minuto después, lo encerraba en un cajón, y empezaba a hablar de otra cosa.

—Me parece —dijo Rascolnikof—, que ayer significasteis deseos de interrogarme... por pura fórmula... respecto a mis relaciones con la... asesinada.

—¿Por qué he dicho *me parece?* —pensó de pronto el joven—. ¡Bah! ¿qué importa esa palabra? ¿Por qué he de inquietarme?—agregó mentalmente y casi a renglón seguido.

Por el solo hecho de hallarse ante Porfirio, con quien apenas había cambiado un par de palabras, su desconfianza había tomado insensatas proporciones.

Lo notó súbitamente, comprendiendo que aquella disposición de espíritu era en extremo peligrosa: su agitación y lo irritado de sus nervios aumentaban.

—¡Malo, malo...! ¡Soltaré alguna necedad!

—Sí, sí, no os apresuréis, tenemos tiempo, tenemos tiempo... — murmuró Porfirio Petrovitch, que, sin aparente objeto, iba y venía por la estancia, evitando la mirada de Rascolnikof, parándose muchas veces frente éste, para mirarle con fijeza.

Era un espectáculo extraordinariamente chocante el que ofrecía en tal momento aquel hombrecillo rechoncho, cuyas evoluciones recordaban las de la pelota rebotando de una a otra pared.

—No hay prisa, no hay prisa... Pero ¿fumáis? ¿Tenéis tabaco? Tomad un cigarrillo—dijo ofreciendo uno al visitante—. Yo recibo aquí, pero mis habitaciones están allá, tras de ese tabique... Paga el Estado... A propósito. ¡Qué gran cosa es vivir en una casa pagada por el Estado! ¿No os parece?

—Sí, es una gran cosa—respondió Rascolnikof, mirándole con burla.

—Una gran cosa... —repitió Porfirio Petrovitch, que parecía preocupado por otra causa—. ¡Sí, una gran cosa!—volvió a repetir bruscamente y con voz casi tonante, deteniéndose a dos pasos del joven, a quien miró con fijeza.

La incesante y terca repetición de aquella frase contrastaba, por su insulsez, con la mirada seria, profunda, enigmática que entonces dirigía a su visitante.

La cólera de Rascolnikof aumentó, y no pudo eximirse de dirigir al juez de instrucción un desafío burlón y demasiado imprudente.

—Como sabéis —empezó, mirándole de modo casi insolente, y satisfecho de su propio atrevimiento—, es, a lo que parece, una regla de procedimiento jurídico el comenzar hablando de cosas tontas, a fin de infundir ánimos al interrogado, mejor dicho, a fin de distraerle, para adormecer su prudencia, y bruscamente, de improviso, asestarle en plena coronilla la pregunta más peligrosa. ¿Verdad que es costumbre obrar así en vuestra profesión?

—Según eso, pensáis que al hablaros de la habitación pagada por el Estado...

Y el juez se echó a reir con risa nerviosa, prolongada, que conmovió toda su persona.

Rascolnikof le imitó, forzándose un poco. La hilaridad de Porfirio fué en aumento; su rostro

se tornó casi carmesí; nuestro joven sintió una impresión de disgusto que le impelió a olvidar toda su prudencia: dejando de reir, frunció las cejas, y, mientras Porfirio Petrovitch se abandonaba a aquella alegría, que parecía algo fingida, le asestaba miradas de odio. Porfirio, entregado a su risa, parecía cuidarse poco del descontento de Rascolnikof. Esta última circunstancia dió qué pensar al joven: creyó comprender que su llegada no había impresionado al juez de instrucción; él, por el contrario, era el caído en la trampa; sospechaba que allí había un lazo que no acertaba a descubrir.

Yendo derecho al asunto, se levantó y tomó su gorra.

—Porfirio Petrovitch —exclamó en tono resuelto, pero en el que se traslucía una viva indignación—: ayer significasteis el deseo de interrogarme. (Subrayó particularmente la palabra *interrogarme*). He venido a ponerme a vuestras órdenes. Si tenéis algo que preguntarme, hacedlo; o permitid que me retire, en caso contrario. No puedo perder tiempo; tengo que hacer... He de ir al entierro de aquél que murió aplastado por un coche, y del cual... habréis oído hablar...— agregó, arrepintiéndose, al punto, de haber pronunciado las últimas palabras.

Después repitió lo dicho, con cólera creciente.

—¡Señor...! Pero ¿qué estáis diciendo? ¿Sobre qué os tengo que interrogar?—dijo el juez de instrucción, que al momento guardó silencio—. No os inquietéis, os lo ruego. Vinisteis aquí como visitante... En cuanto a esta risa maldita, dispensadme, *batuchka*, Rodion Romanovitch. Soy nervioso; me hizo mucha gracia vuestra observación; hay ocasiones en que, en efecto, me pongo a saltar como una pelota de goma... Soy risueño. Mi

temperamento me hace temer la apoplejía... Pero ¿por qué no os sentáis? Os lo ruego, *batuchka*... De lo contrario creeré que estáis enfadado...

Con las cejas fruncidas, Rascolnikof guardaba silencio y observaba. Sentóse, sin embargo.

—En lo que me concierne, Rodion Romanovitch, os diré una cosa que servirá para explicaros mi carácter —agregó Porfirio Petrovitch, sin interrumpir sus paseos, evitando, como siempre, las miradas de Rascolnikof—. Vivo solo en el mundo, como sabéis; no trato a nadie; soy un hombre agotado. Y... ¿habéis notado, Rodion Romanovitch, que en Rusia, y sobre todo en nuestros círculos petersburgueses, cuando se encuentran dos hombres inteligentes que aun no se conocen bien, pero que se aprecian recíprocamente, como vos y yo, por ejemplo, en este instante, no encuentran qué decirse por espacio de una hora, y se quedan como petrificados el uno ante el otro? ¿A qué obedece esto, *batuchka?* ¿Por qué hemos de ser tan tímidos y taciturnos? ¿Obedece esto a que somos personas honradas y procuramos no engañarnos mutuamente? ¡No lo sé! ¿Cuál es vuestra opinión? Pero dejad la gorra. Se diría que deseáis marcharos, y esto me digusta... ¡Me place tanto vuestra compañía...!

Rascolnikof dejó su gorra, pero no rompía su mutismo, y, con las cejas fruncidas, seguía escuchando al juez.

—Indudablemente dice tantas necedades para distraerme.

—No os ofrezco café, porque éste no es sitio apropiado para ello, pero ¿queréis pasar cinco minutos con un amigo y le procuraréis distracción? —prosiguió el inagotable Porfirio—. Dispensad, *batuchka*, que me pasee. ¡Me es tan necesario el movimiento...! En cuanto a los debe-

res de mi cargo, a esos interrogatorios y a toda formalidad... vos mismo hablasteis de ello no hace mucho... Sabéis, *batuchka*, Rodion Romanovitch, que dichos interrogatorios rinden al magistrado antes que al reo en algunas ocasiones... Lo hicisteis notar no ha mucho, con tanto acierto como justicia. (Rascolnikof no había hecho tal observación). ¡Se embrolla uno, verdad; pierde la hilación! En lo que atañe a nuestros asuntos jurídicos, de acuerdo estoy con vos. Pero vos... ¿pensasteis que al hablaros de lo que el Estado nos paga...? ¡Ja, ja! Sois un hombre cáustico. Hablasteis también de la forma en lo concerniente al magistrado instructor... ¿Qué es la forma? Sabéis que hay muchos casos en que nada significa. En ocasiones, una sencilla conversación, una conversación amistosa, conduce al más seguro resultado. Nunca desaparecerá la forma; permitid que os tranquilice a este respecto. Pero ¿qué es, en el fondo, lo que se llama forma? No se puede obligar al juez instructor a que sin cesar se sujete a ella. Su tarea es, en este ponto, un arte, liberal, o cosa así... ¡Ja, ja!

Calló un instante para respirar. Hablaba sin interrupción, tan pronto pronunciando verdaderas simplezas como deslizando breves frases enigmáticas. Y todo sin dejar de pasearse. Rascolnikof creyó notar que, dando vueltas en torno del aposento, se había detenido dos veces junto a la puerta como para escuchar un instante...

—¿Esperará algo?

—Tenéis razón —prosiguió alegremente Porfirio, mirando al joven con una benevolencia que le inspiró recelo—. Nuestras prácticas jurídicas merecen, en efecto, vuestras ingeniosas chanzas. ¡Ja, ja! Estos procedimientos, pretenciosamente

inspirados en una profunda psicología, son altamente ridículos, y hasta estériles...

Volviendo a la forma, supongamos que estoy encargado de la instrucción de un proceso. Sé o creo saber que el culpable es un señor, un caballero... ¿No os disponéis a seguir la carrera de Derecho, Rodion Romanovitch?

—Sí, la estudiaba...

—Pues oíd un ejemplo que os servirá en adelante. Supongo que he descubierto al culpable. ¿Por qué he de molestarle prematuramente, aun cuando tenga pruebas contra él? Sin duda que a otro que no fuese de su condición le habría hecho detener; pero ¿por qué no dejar que éste se pasee? ¡Ja, ja! Veo que no me habéis comprendido. Me explicaré más claramente:

Si, por ejemplo, me apresuro a dictar un auto de prisión contra él, le doy, por decirlo así, un punto de apoyo moral. ¿Os reís? (Rascolnikof estaba muy lejos de reir: tenía los labios apretados y su ardiente mirada no se apartaba de Porfirio Petrovitch). Sin embargo, la cosa es así, porque las personas son distintas, aunque, por desgracia, el procedimiento sea igual para todas. «Pero, desde el momento en que tenéis pruebas...» me diríais. Ya sabéis lo que son las pruebas, *batuchka*: en las tres cuartas partes de los asuntos, las pruebas tienen dos fines, y yo, juez de instrucción, soy hombre, y puedo equivocarme.

Quisiera dar a mis diligencias el absoluto rigor de una demostración matemática; quisiera que mis conclusiones fueran tan claras, tan indiscutibles, tan exactas como *dos y dos son cuatro*. Luego, si hago detener a un caballero antes de tiempo, me privo de los medios ulteriores de fundar y comprobar su culpabilidad, aun cuando me halle seguro de ella. ¿Por qué es esto? Porque le

doy en cierto modo una situación definida; si le detengo, le tranquilizo, le hago volver de nuevo a su normalidad psicológica; en lo sucesivo, se me escapará, se replegará sobre sí mismo: comprende, en fin, que es un detenido.

Si, por el contrario, le dejo tranquilo, pero obsesionado por el pensamiento de que lo sé todo, de que no le pierdo de vista, ¿qué será de él en tales circunstancias? Se verá presa del vértigo; vendrá a mi casa; me dará infinidad de armas contra sí mismo; me pondrá en condiciones de dar a mi información un carácter evidentemente matemático, lo cual no carece de importancia.

No temo que se me escape. Aparte otros motivos de menor cuantía, que son lo accesorio, la parte exterior de la cuestión, el presunto culpable no huirá, no sólo porque no sabe dónde ir, sino... además, y sobre todo, porque me pertenece, es mío *psicológicamente*. ¡Ja, ja! ¿Qué os parece esta frase? En virtud de una ley natural, no se marchará, aun cuando pueda hacerlo. ¿Visteis la mariposa ante la luz? Pues imitándola, él se agitará en torno mío. La libertad no tendrá dulzuras para él: cada vez estará más inquieto, más asustado. Si le dejara tiempo, se entregaría a acciones tales que demostrarían claramente su culpabilidad... ¡Y siempre, siempre se agitará a mi alrededor, describiendo círculos cada vez más estrechos, hasta que al fin..., ¡paf!: caerá en mi boca, y me le tragaré! Esto es muy agradable. ¡Ja, ja! ¿No opináis como yo?

Rascolnikof guardaba silencio. Pálido e inmóvil, continuaba observando a Porfirio con penoso esfuerzo de atención.

—¡La lección es buena! —pensó, todo aterrado—. No es ya el juego del ratón y el gato, como

ocurría ayer. Sin duda que no me habla de tal modo por el placer de mostrarme su fuerza; es demasiado inteligente para eso... Debe suponerse otro fin... ¡Bah, amigo mío, todo lo que dices es para asustarme! No tienes pruebas, y el hombre de ayer ya es otro. Quieres aturdirme, quieres encolerizarme y dar el gran golpe; pero te engañas, tu trabajo es inútil. Pero ¿por qué se vale de indirectas...? ¡Cuentas con mis nervios...! ¡Pero no, amigo mío, no caeré... Veremos a ver lo que preparas!

Y se dispuso a luchar bravamente contra la terrible catástrofe que preveía. De vez en cuando sentía deseos de lanzarse contra Porfirio y estrangularle. Desde que entrara en el gabinete del juez, lo que más temía era no poder dominar su cólera. Sentía que su corazón latía con violencia, sus labios se secaban y se llenaban de espuma.

Sin embargo, decidió callar, comprendiendo que, en su posición, era la mejor táctica. De este modo, en efecto, no sólo no se comprometería, sino que hasta lograría irritar a su enemigo y arrancarle cualquier palabra imprudente. Por lo menos, tal era la esperanza de Rascolnikof.

—Veo que no lo creéis; pensáis que bromeo —agregó Porfirio, cada vez más alegre y sin dejar de pasearse—. Tenéis razón. Dios me dió un rostro que no despierta en los demás sino ideas cómicas; soy un bufón; pero excusad a un viejo. Vos, Rodion Romanovitch, estáis en la flor de vuestra edad, y como todos los jóvenes, apreciáis por encima de todo la humana inteligencia. Os seducen los atractivos del ingenio y las deducciones abstractas de la razón.

Pero, volviendo al *caso particular* de que hablábamos, os diré, caballero, que es preciso con-

tar con la realidad, con la Naturaleza. Es una cosa importante, y ¡cómo triunfa a veces de la habilidad más consumada! Escuchad a un viejo, os lo digo seriamente, Rodion Romanovitch (al pronunciar estas palabras, Porfirio Petrovitch, que apenas contaba treinta y cinco años, parecía envejecer de pronto: una metamorfosis súbita se había obrado en su persona y un cambio completo en su voz). Además, soy un hombre franco... ¿No es verdad? Me parece que más franco no cabe serlo. Os confío estas cosas sin pediros recompensa. ¡Ja, ja!

Pues bien: la agudeza del ingenio es, a mi entender, una gran cosa: es, por decirlo así, el ornamento de la Naturaleza, el consuelo de la vida, y con ella se puede confundir a un juez de instrucción, que, de otra parte, en ocasiones se ve engañado por su propia imaginación, porque al fin y al cabo es hombre. Pero la Naturaleza sale en ayuda del pobre juez de instrucción. He aquí la desgracia, «he aquí en lo que no piensa la juventud, confiada en su inteligencia, la juventud que atropella todos los obstáculos» (como dijisteis, de un modo tan discreto como ingenioso).

En el *caso particular* que nos ocupa, admito que el culpable mentirá magistralmente; pero cuando crea no tener que hacer otra cosa que recoger el fruto de su habilidad, ¡crac!: se desmayará en el lugar mismo en que el accidente debe suscitar comentarios... Supongamos que pueda explicarse un síncope por medio de un estado anormal, por lo asfixiante de la atmósfera de la sala. No por eso dejará de dar lugar a sospechas. Ha mentido de un modo incomparable, pero no ha sabido precaverse contra la Naturaleza. ¡He aquí dónde está el lazo!

Otras veces, animado de cierto humor burlón, se divertirá con quien sospeche de él, y, para divertirse, fingirá ser el criminal buscado por la policía; pero hará demasiado bien el papel de buen hombre, representará la comedia con *demasiada naturalidad*, y esto será un nuevo indicio. ¡Y nuestro hombre se comprometerá a cada momento! ¿Qué digo? Irá adonde no le llaman, pronunciará palabras imprudentes, alusiones cuyo sentido no se escapará a nadie... ¡Ja, ja! Vendrá aquí a preguntar por qué no le han detenido... ¡Ja, ja! Y esto puede ocurrirle a una persona de agudo entendimiento. Pregúntese, si no, a un psicólogo, a un literato. La Naturaleza es el espejo más transparente. ¡Basta contemplarle! Pero ¿por qué palidecéis de tal modo, Rodion Romavitch? Sin duda tenéis demasiado calor. ¿Queréis que abra la ventana?

—¡Oh, no os molestéis!—contestó Rascolnikof.

Y de repente rompió a reir.

—No hagáis caso de esto, os lo suplico.

Porfirio se detuvo frente a él, esperó un momento, y a su vez prorrumpió en una carcajada.

Rascolnikof, cuya hilaridad se había calmado súbitamente, se levantó.

—¡Porfirio Petrovitch! —dijo en voz clara y fuerte, aunque apenas pudiera tenerse sobre las piernas que le temblaban—. No me cabe duda alguna de que sospecháis que yo asesiné a la vieja y a su hermana. Por mi parte os declaro que hace ya tiempo que lo suponía. Si creéis tener derecho a perseguirme, a detenerme, hacedlo. Mas no permito que nadie se burle de mí ni me atormente.

Sus labios empezaron a temblar, sus ojos despidieron llamaradas, y su voz, contenida hasta entonces, se elevó al más alto diapasón.

—¡No lo permito! —gritó con brusquedad,

asestando un vigoroso puñetazo sobre la mesa—. ¿Oís, Porfirio Petrovitch? ¡No lo permito!

—¡Señor...! Pero ¿qué os pasa? —gritó el juez de instrucción muy inquieto al parecer—. ¡*Batuchka!* ¡Rodion Romanovitch! ¡Amigo mío! ¿Qué os pasa?

—¡No lo consiento!—repitió Rascolnikof.

—¡Un poco más bajo, *batuchka!* Se os oirá; puede venir alguien... ¿y qué le diríamos? Pensad en esto—murmuró Porfirio, aproximando su rostro al del visitante.

—¡No lo consiento! ¡no lo consiento!—prosiguió maquinalmente Rascolnikof.

Pero había bajado la voz, de manera que sólo le oía Porfirio.

Este abrió la ventana.

—Es preciso ventilar la sala. ¿Queréis agua, querido amigo? ¡Un pequeño ataque, sin duda...!

Iba a llamar, cuando vió una botella con agua en un rincón.

—Bebed, *batuchka* —murmuró, acercándose al joven con el cacharro—. Quizá os siente bien...

El asombro y la solicitud del juez parecían tan sinceros, que Rascolnikof le examinó con sombría curiosidad, rechazando el agua que le ofrecía.

—¡Rodion Romanovitch! ¡Querido amigo! Si seguís así os volveréis loco, os lo aseguro. Bebed, bebed, aunque no sea más que un sorbo.

Casi a la fuerza le puso el vaso en la mano.

Rascolnikof lo llevaba a los labios maquinalmente, cuando de pronto cambió de parecer y lo dejó con cierto disgusto.

—Sí, habéis sufrido un pequeño ataque. Tendréis tantos, querido amigo, que recaeréis en vuestra enfermedad —observó con el tono más afectuoso el juez, que parecía muy turbado—.

¡Señor! ¿Cómo os cuidáis tan poco? Lo mismo que Demetrio Prokofitch, que ayer vino a verme. Reconozco que tengo un humor cáustico, que mi carácter es insufrible; pero ¡Señor!, ¡qué significado se da a veces a las más inofensivas ocurrencias! Sentaos, pues, *batuchka*; ¡sentaos, por amor de Cristo! A propósito. ¿Razumikin vino enviado por vos?

—No sólo sabía que os había ido a ver, sino que conocía el motivo de la visita—respondió secamente Rascolnikof.

—¿Lo sabíais?

—Sí. ¿Qué? ¿Qué sacáis de eso?

—Deduzco, *batuchka*, Rodion Romanovitch, que conozco otros muchos hechos y movimientos vuestros: estoy informado de todo. Sé que al anochecer fuisteis a alquilar una habitación, y vuestras preguntas... Comprendo la situación moral en que os hallábais... Pero no es menos cierto que esa inquietud que os embarga concluirá por trastornaros el juicio. Noble es la indignación que sentís, pero habéis de quejaros, en primer lugar, al destino, y en segundo lugar, a la policía. Vais de acá para allá, obligando en cierto modo a las gentes a lanzar acusaciones. Estas charlas estúpidas os son insoportables, y queréis concluir con todo en seguida. ¿Verdad? ¿He adivinado los sentimientos a que obedecéis...? Sólo que no os contentáis con perder la cabeza: hacéis que la pierda mi pobre Razumikin, y es lástima atentar contra tan buen muchacho. Su bondad le expone más que a otro cualquiera al contagio de vuestra enfermedad... Cuando estéis tranquilo, *batuchka*, os referiré... Pero sentaos ¡por amor de Dios! Volved en vos, amigo, os lo suplico; estáis rendido, sentaos, pues.

Rascolnikof obedeció; un temblor nervioso agi-

taba todo su cuerpo. Escuchaba con profunda sorpresa a Porfirio, que le prodigaba demostraciones de interés. Mas no dió fe ninguna a las palabras del juez, aun cuando experimentara cierta extraña inclinación a creerle, y hasta le impresionó sobremanera el oir que Porfirio le hablara de su visita a casa de la anciana.

—¿Cómo sabe esto, y por qué me lo cuenta él mismo?—pensaba el joven.

—Sí, se nos ha ofrecido en nuestra práctica judicial un caso psicológico casi análogo, un caso morboso —continuó Porfirio—. Un hombre se acusó de un asesinato que no había cometido. Y no sólo se declaró culpable: contó una historia, una alucinación de que había sido víctima, y era un relato tan verisímil, parecía de tal modo conforme con los hechos, que se impugnaba toda contradicción. ¿Cómo explicarles esto? Sin que fuera culpable, el individuo aquél había sido, en parte, la causa de un asesinato. Cuando se enteró de que, a su pesar, había facilitado la ejecución del crimen, sintióse tan desolado, que su razón se turbó y llegó a creerse el asesino. El tribunal competente juzgó el hecho, y del proceso resultó que el infeliz en cuestión era inocente. ¿Qué hubiera sido de este pobre diablo sin la prudencia del Tribunal? He aquí a lo que estáis expuesto, *batuchka*. ¿No es un monomaníaco el que por las noches va a las casas a tirar del cordón de las campanillas y a hacer preguntas sobre sangre...? En el ejercicio de mi carrera estudié toda esta psicología. Un atractivo de idéntico género es lo que conduce a los hombres a arrojarse por la ventana o desde lo alto de una torre... ¡Estáis enfermo, Rodion Romanovitch! No tuvisteis cuidado cuando se inició vuestra enfermedad. Debisteis consultar a un

médico experimentado, en lugar de haceros visitar por el obeso Zosimof... Todo es, en vos, efecto del delirio...

Durante breves instantes, Rascolnikof creyó ver que todos los objetos daban vueltas a su alrededor.

—¿Es posible que mienta en este momento?— se preguntaba.

Y hacía esfuerzos para rechazar aquella idea, representándose el exceso de loca rabia a que podría conducirle.

—¡No deliraba, estaba en todo mi juicio! —exclamó, mientras torturaba su cerebro, a fin de penetrar en el de Porfirio—. Estaba en mi juicio. ¿Comprendéis?

—Comprendo. Ya dijisteis ayer que no delirabais; hasta insististeis sobre este punto. Comprendo cuanto podáis decir. ¡Ja, ja...! Mas permitidme que os someta a una nueva observación. Si, en efecto, fuerais culpable o hubierais tomado parte en tan malhadado asunto, ¿sostendríais que no hicisteis esto delirando, sino con pleno conocimiento? A mi entender sería lo contrario. ¿Verdad?

El tono de la pregunta permitía sospechar que ocultaba un lazo. Al pronunciar las últimas palabras, Porfirio Petrovitch se había inclinado hacia Rascolnikof. Este se recostó en el respaldo del diván y, silenciosamente, contempló a su interlocutor.

—Lo mismo que en lo referente a la visita de Razumikin. Si fuerais culpable, ¿a qué vino a mi casa asegurando que ignorabais su visita? Y, lejos de ocultar esto, vos afirmáis, por el contrario, que le enviasteis.

Rascolnikof no había afirmado. Por la espina dorsal le corría un frío intenso.

—¡No hacéis más que mentir! —dijo en voz reposada y débil, esbozando una penosa sonrisa—. Queréis demostrarme que leéis, que adiviná is mis respuestas —continuó, conociendo que ya no pesaba sus frases como debía—. Queréis asustarme... o hacer burla de mí...

Al hablar de aquel modo, Rascolnikof no dejaba de mirar atentamente al juez de instrucción. De repente, una violenta cólera se retrató en sus miradas.

—¡Mentís! —exclamó—. ¡Sabéis perfectamente que la mejor táctica para un culpable es confesar aquello mismo que le es imposible tener oculto! ¡No os creo!

—¡Cómo sabéis retractaros! —bromeó Porfirio—. Pero sois demasiado testarudo, *batuchka*; y esto es efecto de vuestra monomanía. ¿No me creéis? Pues yo pienso que me creéis ya algo, y me intereso mucho por vos.

Empezaron a agitarse los labios de Rascolnikof.

—Sí, quiero vuestro bien —prosiguió Porfirio, cogiendo del brazo al joven—. Os lo digo por última vez: cuidaos esa enfermedad. Además, ya que vuestra familia está en San Petersburgo, pensad en ella. Debíais hacer la dicha de vuestros parientes, y, por el contrario, sólo inquietudes les causáis...

—¿Y qué os importa? ¿Cómo lo sabéis? ¿Por qué os mezcláis en esto? ¿Es que me vigiláis y queréis dármelo a entender?

—¡*Batuchka!* ¡Pero... vamos... si es por vos, por vos mismo por quien lo he sabido! No veis que, en vuestra agitación, habláis espontáneamente de vuestros asuntos, tanto a mí como a los demás. Me interrumpisteis cuando iba a deciros que, no obstante vuestro talento, dejasteis

de mirar de un modo sano las cosas a causa de vuestro humor receloso. Si yo os creyera culpable, mi línea de conducta habría sido desvanecer vuestra desconfianza, atraer vuestra atención sobre otro punto, y de pronto asestaros el golpe de gracia preguntándoos: ¿Qué fuisteis a hacer en casa de la víctima? ¿Por qué preguntasteis esto y lo otro? He aquí cómo hubiera procedido creyéndoos culpable: Os hubiese sometido a un interrogatorio en regla, hubiese ordenado un registro domiciliario y me hubiera apoderado de vuestra persona... ¡Puesto que obré de otro modo, señal de que no sospecho! Pero perdisteis el sentido justo de las cosas y no veis nada, os lo repito.

Rascolnikof tembló, y de ello Porfirio se dió cuenta.

—¡Seguís mintiendo!—vociferó el joven—. No sé cuáles son vuestras intenciones, pero seguís mintiendo... No ha mucho me hablasteis en este sentido, y no puedo forjarme ilusiones. ¡Mentís!

—¿Miento? —replicó Porfirio con aparente vivacidad, pero conservando el aire más jovial y sin parecer dar importancia al juicio de Rascolnikof—. ¿Miento? Pero ¿cómo procedí con vos hace poco? Yo, juez de instrucción, os sugerí los argumentos de orden psicológico que podíais hacer valer: la enfermedad, el delirio, los sentimientos de amor propio, la hipocondría, etcétera, etc. ¿No es verdad? ¡Ja, ja! Cierto, dicho sea de paso, que tales medios de defensa no se tienen en pie; encierran dos fines: se pueden volver contra vos. Si decís: «Estaba enfermo, deliraba, no sabía lo que hacía, de nada me acuerdo», se os responderá: «Todo eso está bien, *batuchka;* mas ¿por qué el delirio siempre afecta

en vos el mismo carácter? ¡Podía manifestarse en otras formas!» ¡Ja, ja!

Rascolnikof se levantó, y, mirándole con desprecio:

—En conclusión —dijo—, quiero saber si soy o no sospechoso para vos. ¡Hablad, explicaos sin ambages, y pronto!

—¡Dios mío! ¡Sois como un niño que pide la luna! —prosiguió el otro en su tono acostumbrado—. ¿Para qué deseáis saber tanto, si ya os dejé tranquilo? ¿Por qué venís aquí cuando no se os llama? ¿Cuáles son vuestras razones? ¡Ja, ja!

—¡Os repito —gritó furiosamente Rascolnikof—, que no puedo tolerar...!

—¡Qué! ¿La incertidumbre? —interrumpió el juez de instrucción.

—¡No me sigáis empujando...! ¡No quiero...! ¡Os digo que no quiero! ¿Me oís?—agregó con voz de trueno Rascolnikof, descargando otro puñetazo sobre la mesa.

El juez de instrucción no ofrecía ya aquel falso aire de aldeano que finge bondad: fruncía las cejas, hablaba como amo, y parecía dispuesto a arrojar la careta. Pero aquella nueva actitud duró un instante.

Al principio, intrigado, Rascolnikof entró en un súbito acceso de cólera; sin embargo, ¡cosa extraña!, aun entonces, no obstante hallarse en el colmo de la exasperación, obedeció a la orden de hablar en voz baja. Por otra parte pensaba que no podía obrar sino de aquel modo, y este pensamiento contribuyó a irritarle.

—¡No me dejaré martirizar! —murmuró—. Detenedme, registradme, haced pesquisas, pero proceded en forma y no hagáis de mí un juguete. No tengáis la audacia...

—No os inquiete la forma —interrumpió Porfirio en tono burlón, mirando al otro con cara de júbilo—. ¡Familiarmente, *batuchka*, como amigo, os invité a que vinierais a verme!

—¡No quiero vuestra amistad! ¡La desprecio! ¿Oís? Y ahora me retiro. ¿Qué diréis ahora si tenéis intención de detenerme?

En el momento en que se acercaba a la puerta, Porfirio volvió a asirle del brazo.

—¿No queréis que os dé una pequeña sorpresa?—bromeó el juez de instrucción.

Parecía más alegre cada vez, cada vez más chocarrero, lo que acabó por poner a Rascolnikof fuera de sí.

—¿Qué pequeña sorpresa? ¿Qué queréis decir?—preguntó el joven deteniéndose de pronto y mirando a Porfirio con inquietud.

—Una pequeña sorpresa que tengo tras de la puerta. ¡Ja, ja, ja...! Hasta la he encerrado bajo llave para que no se vaya.

—¿Qué es eso? ¿Dónde? ¿Qué?

Rascolnikof se acercó a la puerta y quiso abrirla, pero no pudo.

—Está cerrada. Aquí está la llave.

Diciendo esto la sacó del bolsillo y se la enseñó a Rascolnikof.

—¡Continuáis mintiendo! —rugió éste, ya fuera de sí—. ¡Mientes, polichinela maldito!

Y trató de arrojarse sobre Porfirio, que retrocedió hacia la puerta, sin mostrar, por lo demás, miedo alguno.

—¡Todo, todo lo comprendo! —vociferó Rascolnikof—. Mientes y me irritas para que me haga traición...

—¡Pero si no tenéis por qué hacérosla, *batuchka*, Rodia Romanovitch! ¡Ya véis en qué estado estáis! No gritéis, o llamo.

—¡Mientes! ¡Llama a los tuyos! Sabías que estaba enfermo y has querido exasperarme, empujarme, para arrancarme confesiones. ¡He aquí tu objeto! ¡No, muestra tus pruebas! ¡Lo he comprendido todo! ¡No tienes pruebas: no cuentas sino con miserables suposiciones, con las conjeturas de Zametof... ¡Conocías mi carácter; quisiste hacerme salir fuera de mí, llamar de pronto a los *popes* y delegados... ¿Los aguardas? ¿Eh? ¿A qué esperar? ¿Dónde están? ¡Que se presenten!

—¿Qué decís de delegados, *batuchka?* ¡Vaya unas ideas! La forma, para emplear vuestro lenguaje, no permite hablar de ese modo. No conocéis el procedimiento, querido amigo... Pero será observada la forma: pronto lo veréis, con vuestros propios ojos...—murmuró Porfirio, que escuchaba con el oído pegado a la puerta.

Notábase cierto ruido efectivamente, en la habitación inmediata.

—¡Ah, vienen! —exclamó Rascolnikof—. ¡Los mandaste llamar...! ¡Los esperabas! ¡Habías contado...! ¡Bueno, que pasen todos: delegados, testigos! ¡Haz entrar a quien quieras! ¡Estoy pronto!

Pero en aquel momento ocurrió un incidente extraño y tan fuera del ordinario curso de las cosas, que ni Rascolnikof ni Porfirio hubieran podido preverlo.

VII

He aquí el recuerdo que la escena dejó en el cerebro de Rascolnikof.

El ruido que se producía en la habitación ve-

cina aumentó súbitamente, y la puerta se entreabrió.

—¿Qué hay?—gritó encolerizado el juez instructor—. Ya he advertido que...

No hubo respuesta; pero la causa del alboroto se adivinaba en parte: alguien quería entrar en el gabinete de Porfirio, y otra persona trataba de impedirlo.

—¿Qué pasa ahí? — preguntó inquietamente Porfirio.

—Es el acusado Nicolás—dijo una voz.

—¡No le necesito! ¡No deseo verle! ¡Lleváosle! ¡Esperad...! ¿Por qué le habéis traído aquí? ¡Qué desorden! —gruñó Porfirio lanzándose hacia la puerta.

—El fué quien...—agregó la misma voz, que calló de improviso.

Durante unos segundos oyóse un rumor de lucha entre dos hombres; luego, uno de ellos fué rechazado furiosamente por el otro, que, bruscamente, penetró en el gabinete del juez de instrucción.

El recién llegado tenía extrañísimo aspecto. Miraba de frente, pero parecía no ver a nadie. La resolución se leía en sus ojos resplandecientes, y, al mismo tiempo, su rostro estaba lívido como el de un reo conducido al cadalso. Sus labios, blanquísimos, temblaban ligeramente.

Era un hombre todavía muy joven, flaco, de mediana estatura y vestido como un obrero.

Aquél a quien acababa de rechazar penetró tras de él en la sala y le puso ambas manos en los hombros. Era un guardia...

Nicolás volvió a desasirse de él.

En el dintel de la puerta se agolparon muchos curiosos, algunos mostrando deseos de entrar.

Todo había pasado en menos tiempo del necesario para contarlo.

—¡Vete! ¡Aun es demasiado pronto! ¡Espera a que se te llame...! ¿Por qué le trajisteis tan pronto?—gritó el juez de instrucción, cada vez más sorprendido.

—¡Perdón! ¡Soy culpable! ¡Soy el asesino!—dijo bruscamente Nicolás, en voz bastante fuerte, no obstante la emoción que le ahogaba.

Durante diez segundos reinó el más profundo silencio, durante el cual todos permanecieron estupefactos; el gendarme no trató de volver a sujetar al preso y se dirigió maquinalmente hacia la puerta, donde esperó inmóvil.

—¿Qué dices?—gritó Porfirio, cuando su sorpresa le permitió hablar.

—Soy... el asesino...—repitió Nicolás arrodillándose.

—¿Cómo, cómo...? ¿A quién has asesinado?

El juez de instrucción estaba visiblemente confuso.

Nicolás aguardó un momento antes de responder.

—He... asesinado... a hachazos a Alena Ivanovna y a su hermana Isabel. No estaba en mi juicio...—agregó bruscamente.

Luego guardó silencio, pero continuó arrodillado.

Rascolnikof, de pie en un rincón, le contemplaba con aire de extrañeza.

Durante algunos momentos, las miradas del juez pasaron del visitante al detenido, y viceversa. Por último, dirigiéndose a Nicolás con una especie de arrebato:

—¡Espera a que se te interrogue y entonces veremos si tenías o no turbado el juicio!—dijo

con voz algo alterada—. ¡No te pregunté eso...! Contéstame ahora. ¿Tú las has matado?

—Yo soy el asesino... Lo confieso...—respondió Nicolás.

—¿Con qué las mataste?

—Con un hacha. La llevaba ex profeso.

—¡Oh, qué paladinamente...! ¿Solo?

Nicolás no comprendió la pregunta.

—¿No tuviste cómplices?

—No Mitka es inocente: no tomó parte alguna en el crimen.

—No te adelantes a declarar la inocencia de Mitka. ¿Te he preguntado nada respecto a él...? ¿Por qué, pues, los dos bajabais la escalera corriendo?

—Yo empecé a correr tras de Mitka... ¡Era un recurso para no infundir sospechas!

—¡Está bien! ¡Basta! —gritó Porfirio con ira—. ¡No dice la verdad!—agregó en seguida como para sí.

Sus ojos tropezaron con Rascolnikof, cuya presencia parecía haber olvidado. El juez se turbó al verle. Avanzó hacia él.

—Rodion Romanovitch, *batuchka*. Os ruego que me dispenséis... Aquí no tenéis ya que hacer... yo mismo... ¡Ya veis qué sorpresa...! ¡Os suplico...!

Y cogiendo luego por el brazo a nuestro joven le mostraba la puerta.

—Parece ser que no esperabais esto—observó Rascolnikof.

Naturalmente, lo que acaba de ocurrir era un enigma para él; sin embargo, en parte, había recobrado su seguridad.

—Tampoco vos lo esperábais, *batuchka*. ¡Mirad cómo os tiembla la mano! ¡Ja, ja!

—Vos también tembláis, Porfirio Petrovitch.

—Verdad; no esperaba esto...

Estaban a la puerta. El juez de instrucción tenía prisa por desembarazarse de su visitante.

—¿No me dais ya aquella pequeña sorpresa...? —preguntó éste de improviso.

—¿Apenas ha recobrado fuerzas para hablar, y ya le tenemos irónico? ¡Ja, ja! ¡Sois muy cáustico! Vaya, hasta la vista.

—Creo que sería mejor decir *adiós*.

—¡Será lo que Dios quiera!—balbuceó Porfirio con forzada sonrisa

Al cruzar la cancillería, Rascolnikof notó que muchos empleados le miraban fijamente. En la antesala reconoció entre la multitud a los dos porteros de *aquella casa*. Parecían esperar algo. Aun no había llegado a la escalera cuando oyó la voz de Porfirio Petrovitch. Se volvió y vió al juez de instrucción que corría para alcanzarle.

—¡Una palabrita, *batuchka*! Concluirá este asunto como Dios quiera, pero, por razones de forma, iré a pediros algunos detalles... Luego nos veremos otra vez.

Dijo esto de un modo que podía suponerse que iba a seguir hablando; pero nada agregó.

—Perdonadme por la manera de expresarme hace poco, Porfirio Petrovitch... Fuí algo vivo—dijo Rascolnikof, que había recobrado todo su aplomo y hasta sentía ganas irresistibles de bromear con el magistrado.

—¡Bah...! Eso no tiene importancia —murmuró Porfirio en tono casi alegre—. Yo también... tengo un carácter muy desagradable, lo confieso. Pero ya nos volveremos a ver. Si Dios quiere, nos veremos con frecuencia...

—¿Y nos conoceremos del todo?—dijo Rascolnikof.

—Y nos conoceremos del todo—repitió como un eco Porfirio, que, guiñando el ojo, miró se-

riamente a su interlocutor—. ¿Ahora vais a una comida de convite?

—A un entierro.

—¡Ah, sí, justamente! Cuidad vuestra salud.

—No sé qué desearos, por mi parte—agregó Rascolnikof.

Empezaba a bajar la escalera, cuando de pronto volvióse hacia Porfirio.

—De veras os deseo en adelante más éxito que el de hoy. ¡Son muy cómicas vuestras funciones!

A estas palabras, el juez, que se disponía a volver a su gabinete, prestó especial atención.

—¿Qué tienen de cómicas?—preguntó.

—Nicolás lo dice. ¡Cuánto le debisteis atormentar para arrancarle esas confesiones! Día y noche, le habréis repetido en todos los tonos: «Eres el asesino, eres el asesino». Y cuando él se declara culpable, exclamáis: «¡Mientes! ¡No eres el asesino!» Visto esto, ¿no tengo derecho a decir que vuestras funciones resultan cómicas?

—¡Ja, ja! ¿Notasteis que hice observar a Nicolás que no decía la verdad?

—¿Cómo no notarlo?

—¡Ja, ja! Tenéis un ingenio muy sutil; nada se os escapa. Y, además, sois humorístico. ¡Ja, ja! Era, según dicen, el rasgo característico de nuestro escritor Gogol.

—Sí, de Gogol.

—En efecto, de Gogol... Hasta que tenga el gusto de volver a veros.

—Hasta que tengamos ese placer.

El joven encaminóse hacia su casa. Cuando entró en el pequeño aposento se tendió sobre el diván, y por espacio de un cuarto de hora trató de poner en orden sus ideas. Ni aun se preocupó de la conducta de Nicolás, compren-

diendo que había en ella un misterio del que, por el momento, en vano buscaría la clave. Por otra parte, no se hacía ilusiones sobre las probables consecuencias del incidente; las declaraciones del pintor no tardarían en ser reconocidas como falsas, y las sospechas volverían a recaer sobre él. Pero, mientras tanto, era libre y debería tomar sus medidas, en previsión de un peligro que consideraba inminente.

¿Pero hasta qué punto estaba amenazado? La situación empezaba a aclararse. El joven se estremecía al recordar su conversación con el juez. Sin duda no podía penetrar todas las intenciones de Porfirio; pero lo que adivinaba era más que suficiente para comprender de qué riesgo terrible acababa de escapar. Cierto que no se había comprometido demasiado; pero, sin embargo, las imprudencias de que se inculpaba constituían una prueba contra él; pero esto no tenía sino un valor relativo. ¿No se engañaba al pensar de aquel modo? ¿Cuál era el objeto de Porfirio? Algo había maquinado para aquel día. ¿Cuál sería su idea? Sin la inesperada aparición de Nicolás ¿cómo hubiera acabado la entrevista?

Raskolnikof estaba sentado en el diván, con los codos en las rodillas y la cara entre las manos. Un temblor nervioso continuaba agitando todo su cuerpo. Por fin se levantó, tomó su gorra, y, después de un momento de reflexión, dirigióse hacia la puerta.

Pensaba que, por entonces al menos, no tenía nada que temer.

De repente experimentó una especie de alegría: ocurriósele la idea de ir lo antes posible a casa de Catalina Ivanovna. Ya era tarde para asistir al entierro, pero llegaría a tiempo de tomar parte en la comida, y allí vería a Sonia.

Se detuvo, reflexionó, y una dolorosa sonrisa apareció en sus labios.

—¡Hoy, hoy! —repitió—. ¡Sí, hoy mismo! ¡Es necesario...!

En el momento en que iba a abrir la puerta, ésta se abrió por sí misma.

Retrocedió espantado al ver aparecer al enigmático personaje de la víspera, al hombre *salido del centro de la tierra.*

El visitante se detuvo en el umbral y, después de mirar en silencio a Rascolnikof, dió un paso hacia él.

Iba vestido como la víspera, pero su rostro no era el mismo. Parecía muy afligido y exhalaba hondos suspiros.

—¿Qué deseáis?—preguntó Rascolnikof, pálido como un muerto.

El hombre no respondió, pero se inclinó hasta el suelo.

—¿Quién sois?—exclamó Rascolnikof.

—Perdón—dijo el hombre en voz baja.

—¿Por qué?

—Por mis malos pensamientos.

Miráronse el uno al otro.

—Estaba enfadado. Cuando el otro día, quizá con el juicio trastornado por la bebida, hablasteis de sangre y rogasteis a los porteros que os condujeran a la oficina de policía, vi con sentimiento que no hacían caso de vuestras señas y ayer vine aquí...

—¿Vos fuisteis quien vino?—interrumpió Rascolnikof.

En su cerebro empezaba a penetrar la luz.

—Sí. Os insulté.

—¿Luego estabais en aquella casa?

—Sí, estaba en la puerta entonces. ¿Acaso lo

habéis olvidado? Vivo allí ha mucho tiempo; soy peletero...

Rascolnikof recordó que, en efecto, alguien había dicho, en aquella ocasión, que debía ser conducido ante el juez.

Así se explicó del modo más sencillo el misterio de la víspera. ¡Y bajo la inquietud que le causó una circunstancia tan insignificante, había estado a punto de perderse! Aquel hombre no había podido contar sino lo que sabemos. Luego, salvo aquel paso de un *enfermo delirante*, salvo aquella *psicología de dos fines*, Porfirio Petrovitch no sabía nada. No poseía hechos, no sabía nada positivo.

—De consiguiente —pensaba el joven—, si no resultan nuevos cargos (que estoy seguro que no surgirán), ¿qué se me puede hacer? Aun cuando se me arrestara ¿cómo fundar en definitiva mi culpabilidad?

Otra conclusión, según Rascolnikof, se desprendía de las palabras de aquel hombre. No hacía mucho tiempo que Porfirio tenía noticias de su visita a la habitación de la víctima.

—¿Dijisteis hoy a Porfirio que ayer estuve allí?—preguntó, asaltado por una súbita idea.

—¿A qué Porfirio?

—Al juez de instrucción.

—Sí.

—¿Hoy?

—Un minuto antes de llegar vos. Todo lo he oído. Sé que os ha hecho pasar un mal rato.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—¡Si yo estaba allí, en el gabinete contiguo!

—¡Cómo! Luego ¿vos erais la sorpresa? Pero ¿qué es lo que ha sucedido...? Hablad, os lo suplico.

—Viendo —empezó el burgués— que los por-

teros se negaban a ir a dar parte de lo ocurrido, so pretexto de que era tarde, experimenté un vivo disgusto y resolví pedir informes de vos; al siguiente día, ayer, como sabéis, me informé como deseaba y fuí a ver al juez. Pero no pude encontrarle y tuve que volver hoy. Y hablando con él estaba cuando se os anunció. «—Retírate a ese gabinete —me dijo entonces, llevándome una silla—. Y estate ahí sin moverte, oigas lo que oigas; es probable que tenga que seguir interrogándote». Luego cerró la puerta. Cuando Nicolás entró en el gabinete os despidió, y a mí me hizo salir. «—Te preguntaré más aún», me dijo al marcharme.

—¿Han interrogado a Nicolás delante de ti?

—Salí detrás de vos, y antes de empezar el interrogatorio.

Terminado su relato, el burgués volvió a exclamar, inclinándose humildemente:

—Perdonadme por mi denuncia y por el mal que os he hecho.

—¡Que Dios te perdone!—dijo Rascolnikof.

El burgués volvió a inclinarse y se retiró.

—Ninguna prueba consistente; solamente cargos que no pueden serlo—pensó Rascolnikof, renaciendo a la esperanza.

Y salió del aposento.

—¡Aun podemos luchar!—se dijo con sonrisa de ira mientras bajaba la escalera.

Censurábase a sí mismo y se sentía humillado por su pasada cobardía.

QUINTA PARTE

I

Veinticuatro horas después del día fatal en que Pedro Petrovitch tuviera su explicación con las señoras Rascolnikof, sus ideas se aclararon y, con extremada pena, obligado se vió a reconocer que la ruptura, en la que la víspera no quería creer, era cosa consumada. La negra serpiente del amor propio lastimado, le había mordido el corazón. Al abandonar la cama, el primer paso de Pedro Petrovitch fué mirarse al espejo: temía que la bilis le hubiera cambiado por la noche.

Su temor no era fundado, por dicha suya. Al contemplar su rostro pálido y distinguido, se consoló por un instante pensando que no sería difícil reemplazar a Dunia, y... ¿quién sabe? quizá ventajosamente. Pero poco tardó en rechazar aquella esperanza quimérica y escupió a un lado con fuerza, lo que hizo que en los labios de su compañero de aposento, Andrés Semenovitch Lebeziatnikof, apareciera una sonrisa burlona.

Su cólera aumentó al reflexionar que no debía haber contado lo ocurrido, a Andrés Semenovitch. Aquélla era la segunda necedad que en

su acaloramiento cometiera la noche antes: había cedido a la necesidad de comunicar lo excesivo de su emoción.

Durante toda aquella mañana, la desgracia persiguió a Lugin. En el Senado, el asunto en que se ocupaba le reservaba un desencanto. Lo que sobre todo le molestaba era no poder hacer entrar en razón al propietario de la casa que alquilara pensando en su próximo matrimonio. Aquel individuo, un obrero alemán enriquecido, no aceptaba ninguna transacción, y reclamaba entero el pago de lo estipulado en el contrato.

El tapicero no se mostraba menos rígido.

El desgraciado hombre de negocios rechinaba los dientes. Una última esperanza penetraba en su alma, sin embargo.

—¿Es posible que el mal no tenga remedio? ¿No hay nada que intentar?

El recuerdo de los encantos de Dunetchka se había clavado en su corazón como una espina. Si hubiera podido matar a Rascolnikof, le habría matado sin vacilar.

—Otra necedad de mi parte, fué no darles dinero —pensaba—. Mi conducta hubiera sido más noble y... más hábil. ¡No me hubieran despedido tan fácilmente como lo han hecho! Dados sus principios, con seguridad que se hubieran creído obligadas a devolverme, en caso de ruptura, dinero y regalos, y la restitución les habría sido penosa. Además, ¿cómo —se hubieran dicho— cómo poner en la puerta a un hombre que se ha mostrado tan delicado y generoso...? ¡Hum...! ¡qué mal discurrí!

Regresó a su casa con humor más malo que el que llevara. Sin embargo, ocupó hasta cierto punto su curiosidad el teje maneje que se no-

taba en la habitación de Catalina Ivanovna, atareada en los preparativos de la comida.

Catalina Ivanovna, olvidando antiguas rencillas, había invitado a todo el mundo, a casi todos los inquilinos de la casa en particular.

Ignórase por qué causa, Andrés Semenovitch había pasado aquella mañana en su aposento. Entre este caballero y Pedro Petrovitch existían relaciones extrañas, pero bastante explicables, por otra parte. Pedro Petrovitch le odiaba y le despreciaba, y casi desde el día en que llegara a pedirle hospitalidad le manifestó cierto temor.

Al llegar a San Petersburgo, Lugin se presentó en casa de Andrés: primero, y sobre todo, por razones de economía; después, por otro motivo. Había oído hablar de Lebeziatnikof como de uno de los jóvenes progresistas más avanzados de la capital y hasta como de un hombre que ocupaba puesto distinguido en ciertos círculos, cuya fama se había hecho legendaria.

Esta circunstancia impresionó a Lugin. Hacía mucho tiempo que experimentaba cierto vago temor respecto a aquellos círculos poderosos que lo sabían todo, no respetaban nada y hacían la guerra a todo el mundo.

Inútil sería agregar que el alejamiento no le permitía conocer claramente las cosas. Como los demás, había oído decir que en San Petersburgo abundaban los progresistas, los nihilistas, etcétera, etc.; pero, en su espíritu, como en el espíritu de la mayoría, tales palabras habían tomado una significación que se aproximaba al absurdo. De lo que tenía gran miedo, especialmente, era de las *informaciones* dirigidas contra tal o cual individualidad por el partido revolucionario.

He aquí por qué Pedro Petrovitch trataba de averiguar de dónde soplaba el viento, y, en

caso de necesidad, de conquistar el aprecio de «nuestras jóvenes generaciones», para todo lo cual contaba con el apoyo de Andrés Semenovitch.

La conversación con Rascolnikof nos ha mostrado que ya había conseguido apropiarse, en parte, el lenguaje de los reformadores.

Lebeziatnikof estaba empleado en un ministerio. Pequeño, de complexión débil, escrofuloso, sus cabellos eran de un rubio casi albino y estaba orgulloso de sus patillas. Aunque bastante bueno en el fondo, mostraba en su lenguaje una presunción, casi siempre llevada hasta el extremo: lo que contrastaba ridículamente con su enfermizo exterior.

Pasaba por ser uno de los inquilinos más distinguidos de la casa, porque no se embriagaba y pagaba regularmente su alquiler. Prescindiendo de sus méritos, Andrés Semenovitch era, en realidad, bastante bruto. Un ardor irreflexivo le había impelido a confundirse entre los progresistas. Era uno de aquellos que, sin comprenderla, se apropian la idea a la moda, y desacreditan, con su necedad, una causa a la que en ocasiones están sinceramente adheridos.

Por otra parte, no obstante su buen carácter, Lebeziatnikof había llegado a encotrar insoportable a Lugin. La antipatía era, pues, recíproca. A despecho de su sencillez, Andrés Semenovitch empezaba a notar que Pedro Petrovitch le despreciaba y que «no tenía nada que hacer con aquel hombre». El otro, por su parte, había concluído por ver en Lebeziatnikof, no sólo un imbécil, sino además un hablador sin importancia alguna en su propio partido.

Hagamos notar de paso que, desde que se ins-

talara en casa de Andrés, Pedro Petrovitch aceptaba con placer todos los cumplidos de su huésped: tan agradables le eran la deferencias.

Por la mañana había negociado algunos títulos, y sentado ante la mesa, contaba la cantidad recibida. Andrés Semenovitch, que casi nunca tenía dinero, se paseaba por la habitación, afectando mirar los billetes con indiferencia y desprecio. Naturalmente, Lugin no creía que aquel desdén fuera sincero. Por su parte, Lebeziatnikof adivinaba, no sin trabajo, el pensamiento de Pedro Petrovitch, y se decía que quizá le agradara mucho la acción de contar ante él su dinero, para humillarle y recordarle la distancia que la fortuna había puesto entre los dos.

Hablaron de la comida que Catalina Ivanovna ofrecía y a la que invitara a amigos y enemigos; hablaron de Sonia... y al tratar de la hija del difunto, dijo Andrés Semenovitch:

—A mi entender, es decir, según mi convicción personal, su situación es la situación normal de la mujer. ¿Por qué no? Es decir, distingamos. En la sociedad actual, sin duda que tal género de vida no tiene nada de normal, porque es forzado; pero en la sociedad futura, lo será absolutamente, porque será libre. Aun ahora mismo tenía derecho a abrazarlo: era desgraciada; ¿por qué no había de disponer de lo que era su capital? Entiéndase bien que en la sociedad futura el capital no tendrá razón de ser; pero el papel de la mujer galante tendrá otro sentido y se regulará de un modo racional. En cuanto a Sofía Semenovna, sus acciones en la época presente son una protesta contra la organización social, y por eso la aprecio profundamente; diría más: ¡la contemplo con placer!

—Sin embargo, no sé quién me contó que la arrojasteis de esta casa.

Lebeziatnikof se enfadó.

—¡Mentira! —replicó furioso—. Catalina Ivanovna ha contado esa historia del modo más inexacto, porque de ella nada comprendió. ¡Yo nunca busqué los favores de Sonia! Me limitaba sencillamente a educarla, sin ninguna mira personal, esforzándome para despertar en ella el espíritu de protesta... ¡No me proponía otra cosa! ¡Ella misma conoció que no podía vivir aquí!

Lugin debió tener una idea súbita, porque, interrumpiendo a Lebeziatnikof, que continuaba hablando de Sonia, le preguntó si podría traerla a su presencia.

—¿Para qué?—le preguntó con admiración Andrés Semenovitch.

—Necesito hablarle. Debo marchar de aquí hoy o mañana, y tengo algo que decirle... Por otra parte, podéis asistir a nuestra conversación; hasta será preferible que asistáis. De otra manera, ¡sabe Dios lo que pensaríais!

—No pensaría nada... Os hice la pregunta sin darle importancia de ningún género. Si tenéis que hablarle, nada más fácil que hacerla venir. En seguida voy a buscarla, y estad seguro de que no os molestaré.

En efecto, pocos minutos después, Lebeziatnikof volvió con Sonia, que parecía extremadamente turbada y sorprendida. En circunstancias semejantes siempre se hallaba intimidada, porque los nuevos rostros la asustaban grandemente. Era ésta una impresión infantil, que con la edad se había acentuado.

Pedro Petrovitch se mostró cortés y benévolo. Al recibir, como hombre serio y respetable, a una criatura tan joven y, en cierto sentido,

tan interesante, creyó deber acogerla con jovial familiaridad. Se apresuró, pues, a «tranquilizarla», y la invitó a tomar asiento frente a él.

Sonia le obedeció, mirando sucesivamente a Lebeziatnikof y al dinero colocado sobre la mesa; luego, de repente, sus ojos se fijaron en Lugin, del que no pudo ya apartarlos: hubiérase dicho que sufría una fascinación.

Lebeziatnikof se dirigió hacia la puerta. Lugin se levantó, hizo señal a la joven para que de nuevo tomara asiento, y se apresuró a detener a Andrés, en el momento en que éste iba a salir.

—¿Está ahí Rascolnikof? ¿Ha venido ya?—le preguntó en voz baja.

—¿Rascolnikof? Sí, ¿y qué? Sí, ahí está... Acaba de llegar, le he visto... ¿Qué deseabais?

—En tal caso, encarecidamente os ruego que no me dejéis solo con esta... señorita. El asunto de que se trata es insignificante; pero, ¡sabe Dios las conjeturas que se harían si nos dejaseis solos! No quiero que Rascolnikof vaya a contar *allá*... ¿Comprendéis por qué os digo esto?

—¡Comprendo, comprendo! —respondió Lebeziatnikof—. Sí, estáis en vuestro derecho. Sólo que, a mi entender, vuestros temores son demasiado exagerados; pero... no importa: estáis en vuestro derecho. Sea, respetaré... Voy a ponerme cerca de la ventana, y, descuidad, no os interrumpiré. Os lo repito, a mi entender estáis en vuestro derecho.

Pedro Petrovitch volvió a sentarse frente a Sonia y la contempló con atención. Con rostro grave, casi severo, empezó a poner en práctica su idea.

Dijo a Sonia en el curso de su conversación, que hablando de Catalina Ivanovna había tenido noticia de la situación de su madrastra.

—Viendo la situación en que se halla, quisiera, como os he dicho, serle útil en la medida de mis medios; comprendedme bien: en la medida de mis medios, nada más. Se podría, por ejemplo, organizar en provecho suyo una subscripción, una tómbola... o algo semejante...

Sonia le escuchaba entre sollozos.

—Mientras esto se hace —concluyó él— aceptad para vuestra madrastra esta suma, que representa mi cuota personal. Deseo vivamente que mi nombre no se pronuncie en esta ocasión. Tomad... Teniendo, hasta cierto punto, mis apuros pecuniarios, lamento no poder hacer más...

Y Pedro Petrovitch entregó a Sonia un billete de diez rublos.

La joven lo recibió sonrojada, balbuceó algunas palabras ininteligibles y apresuróse a despedirse.

Lugin la acompañó hasta la puerta.

Durante toda aquella escena, Lebeziatnikof, no queriendo interrumpir la conversación, había permanecido a conveniente distancia de los interlocutores. En cuanto Sonia se hubo marchado se acercó a Pedro Petrovitch, y, ofreciéndole su mano con un gesto solemne:

—Todo lo he oído, y todo lo vi —dijo, subrayando con intención la última palabra—; eso es noble; es humanitario, mejor dicho, porque no puedo admitir la palabra «noble». Quisisteis huir de las manifestaciones de agradecimiento: ¡lo he visto! Y aunque, a decir verdad, sea, por principios, enemigo de la caridad privada, que, lejos de extirpar radicalmente la miseria, favorece su progreso, no puedo menos de reconocer que he visto vuestro acto con placer. ¡Sí, eso me agrada!

—¡Bah! Es una cosa insignificante!—murmuró

Lugin algo embarazado, mirando a Lebeziatnikof con particular atención.

—No, no es la cosa tan insignificante! Un hombre que, herido como vos por una reciente afrenta, es capaz de interesarse por la desgracia ajena, aun cuando no obre de acuerdo con la sana economía social, tiene que ser digno de aprecio. No esperaba eso de vos, Pedro Petrovitch, de vos, cuya manera de ser conozco... ¡Porque estáis bien adherido a vuestras ideas! ¿Qué necesidad, por ejemplo, tenías de casaros *legalmente*, muy noble, muy querido Pedro Petrovitch? ¿Qué os importa la unión *legal?* Pegadme si queréis; pero me alegro de vuestro chasco, porque me gusta veros libre, y considerar que aun no estáis del todo perdido para la humanidad... ¡Ya veis que soy franco!

—Tiendo al matrimonio legal, porque no quiero ser marido burlado, ni educar hijos de los que no sea padre, como ocurre en vuestros matrimonios libres—respondió, por decir algo, Pedro Petrovitch.

Estaba pensativo, y apenas escuchaba las palabras de su compañero.

—¿Los hijos? ¿Habéis aludido a los hijos? —agregó Andrés Semenovitch, animándose de pronto, como caballo de combate que oye el sonido del clarín—. Lo referente a los hijos es una cuestión social que se zanjará ulteriormente. Muchos, hasta los niegan sin restricción, como se niega cuanto concierne a la familia. Hablaremos de los hijos más adelante, ocupémonos ahora de las infidelidades. Os confieso que es mi placer. La palabra *cuernos*, baja y grosera, puesta en circulación por Puchkin, no figurará en el diccionario del porvenir. ¿Qué es, en resumen, eso de cuernos? ¡Oh, un vano espan-

tajo! ¡Qué insignificancia! Por el contrario, en el matrimonio libre, precisamente, ese peligro, no existirá. Los cuernos no son otra cosa que la consecuencia natural, y, por decirlo así, el correctivo del matrimonio legal: una protesta contra un lazo indisoluble; mirados desde cierto punto de vista, nada tienen de humillante... Si en alguna ocasión... —cosa absurda hasta en hipótesis— me casara yo legalmente, me gustaría mucho que me pusieran esos cuernos que tanto os espantan; diría a mi mujer: «—Hasta la fecha, querida, sólo te había amado. Actualmente te admiro, porque has sabido protestar.» ¿Os reís? ¡Porque no tenéis valor para romper con los prejuicios! ¡El diablo me lleve! Comprendo que, en una unión legítima, sea desagradable ser engañado; pero tal es el efecto lamentable de una situación que degrada igualmente a ambos cónyuges. Cuando los cuernos aparecen abiertamente en vuestra frente, como en el matrimonio libre, es precisamente cuando no existen: dejan de tener sentido y hasta de merecer el nombre de cuernos. Muy al contrario, vuestra mujer os prueba al ponéroslos que os aprecia, puesto que os cree capaz de ser un obstáculo a su dicha, y lo suficientemente esforzado para querer vengaros de un rival. Hablando con verdad, en ocasiones pienso que si estuviera casado (libre o legítimamente) y mi mujer tardara mucho en tomar amante, yo se le procuraría. Querida —le diría—: te amo, pero quiero que me distingas.» ¿No tengo razón?

Estas palabras apenas hicieron reir a Pedro Petrovitch. Su pensamiento estaba en otra parte, y se frotaba las manos con aire inquieto. Lebeziatnikof recordó más adelante la preocupación de su interlocutor.

II

Difícil sería decir cómo la idea de aquella comida inoportuna había nacido en el cerebro enfermizo de Catalina Ivanovna. Gastó, para la comida en cuestión, más de la mitad del dinero que recibiera de Rascolnikof. Quizá se creía obligada a honrar «convenientemente» el recuerdo de su esposo para probar a todos los inquilinos, y en particular a Amalia Ivanovna, que el difunto «valía tanto como ellas, si no más». Probable es que obedeciera a aquel *orgullo de padre* que, en ciertas circunstancias de la vida—bautismo, matrimonio, entierro, etc.—, impele a los infelices a agotar sus últimos recursos, con el único fin de «hacer las cosas tan bien como los demás». Aun es permitido suponer que, en el momento mismo en que se veía reducida a la más extremada miseria, Catalina Ivanovna quería demostrar a aquella «gentecilla», no sólo que «sabía vivir y recibir», sino que, hija de un coronel, educada «en una casa noble, hasta aristocrática», no había nacido para fregar suelos y lavar ropa.

Las botellas de vino no abundaban mucho ni eran de marcas muy variadas: el madera brillaba por su ausencia. Pero había vino, aguardiente, ron y oporto, todo de clase inferior, pero en suficiente cantidad. El *menu*, preparado en la cocina de Amalia Ivanovna, correspondía a las bebidas. Además se prepararon dos *samovars*, destinados a las personas que quisieran tomar té o ponche después de la comida. Catalina Ivanovna habíase encargado de

las compras, ayudada por un inquilino de la casa: un polaco famélico, que vivía, Dios sabe en qué condiciones, de la señora Lippervechzel.

Esta mujer había tomado súbita importancia a los ojos de Catalina Ivanovna y ganado mucho en su aprecio, quizá por la sola razón de que la patrona se había cuidado de la organización del banquete. Ella fué, en efecto, quien se encargó de poner la mesa, de procurar la vajilla, la mantelería, etc., etc., y de guisar.

Al marcharse aquel día al cementerio, Catalina Ivanovna le había conferido sus poderes; y la señora Lippervechzel se mostró digna de su confianza. Es verdad que la vajilla, los vasos, las tazas, los cubiertos, prestados por distintos inquilinos, revelaban, por sus extrañas disparidades, sus orígenes diversos, pero, a la hora prefijada, todo se encontraba dispuesto.

El orgullo que la patrona mostrara molestó a Catalina Ivanovna cuando regresó del cementerio.

Otra circunstancia contribuyó a molestar a la viuda: excepto el polaco, que fué hasta la misma fosa del difunto, casi ninguno de los invitados asistió al entierro.

Además de Lugin y de Lebeziatnikof, también faltó a la invitación de la viuda un señor gordo, teniente coronel (en realidad, capitán de estado mayor, retirado del servicio), que, al parecer, cuando estuvo todo a punto, dió una excusa razonable: la gota le tenía clavado en una butaca.

En cambio, además del polaco, llegó de los primeros, vestido con un frac todo grasiento, un clérigo de cancillería, feo, lleno de granos, maloliente y mudo como un pez; luego un antiguo empleado de Correos, viejecillo, sordo y casi ciego, a quien persona ignorada pagaba, desde tiem-

po inmemorial, el aposento que ocupaba en casa de Amalia Ivanovna. A estos individuos siguió un teniente retirado, o, por mejor decir, un antiguo patatero que entró ebrio, riendo a carcajadas del modo más indecente, y —figuraos— ¡sin chaleco! Un invitado fué a sentarse a la mesa, sin saludar a Catalina Ivanovna. Otro, a falta de traje, se presentó en ropas menores. Esto era demasiado, y el caballero sin vergüenza fué expulsado por Catalina Ivanovna, con ayuda del polaco, el cual había llevado consigo a dos paisanos que jamás habían vivido en casa de la señora Lippervechzel, y a los que nadie conocía.

Todo esto produjo vivo disgusto al ama de la casa.

¡No valía la pena de hacer los preparativos que se hicieron, para recibir a tales personajes!

Temiendo que la mesa, que ocupaba toda la longitud del aposento, resultara pequeña, los cubiertos de los niños se habían colocado sobre un baúl, situado en un rincón. Poletchka, en su calidad de mayor, sería la encargada de darles de comer y limpiar los mocos a los más pequeños.

En tales condiciones, Catalina Ivanovna no pudo menos de acoger a sus invitados con altanería casi insolente. Haciendo responsable de la ausencia de sus principales invitados a la patrona, no sabemos por qué causa, empezó a tratarla con descortesía, cosa que aquélla notó y por la cual se consideró ofendida.

La comida se presentaba bajo malos auspicios.

Rascolnikof entró cuando acababan de llegar del cementerio.

Catalina Ivanovna sintióse satisfecha al verle: primero, porque de todas las personas presentes, era el único hombre ilustrado (le presentó

como futuro catedrático de la Universidad de San Petersburgo); y, en segundo lugar, porque se excusó respetuosamente de no haber podido, no obstante su deseo, asistir a las exequias.

Se apresuró a invitarle a sentarse a su izquierda; Amalia Ivanovna ocupó su derecha; luego trabó con el joven una conversación tan seguida como se lo permitían sus deberes de ama de casa.

Por otra parte, la enfermedad que la aquejaba había tomado un carácter alarmante desde hacía dos días, y la tos que le desgarraba el pecho le impedía terminar muchas frases. Sin embargo, era feliz teniendo a quién confiar la indignación que experimentaba ante aquella reunión de tipos tan heterogéneos. Al principio, su enojo se traducía en burlas a sus invitados, sobre todo a la patrona.

Rato hacía que había comenzado la comida, cuando entró Sonia, la cual se apresuró a transmitir a su madrastra las excusas de Pedro Petrovitch, esforzándose para hablar alto, a fin de que la oyeran todos los presentes. Añadió que Pedro Petrovitch la había encargado de decirle que en cuanto pudiese iría a verla para hablarle de *negocios*.

Sonia sabía que aquello tranquilizaría a Catalina Ivanovna y que su amor propio se sentiría satisfecho.

La joven tomó asiento junto a Rascolnikof, a quien saludó presurosamente, dirigiéndole una mirada rápida y curiosa. Pero, durante el resto de la comida, pareció evitar el mirarle y el dirigirle la palabra. Hasta parecía distraída, contemplando fijamente a Catalina Ivanovna, como para adivinar los deseos de su madrastra.

Las excusas de Pedro Petrovitch fueron bien acogidas.

Después de escuchar con agrado el relato de Sonetchka, el ama de la casa tomó un importante tono para preguntar por la salud de Pedro Petrovitch. En seguida, sin inquietarla el temor de que pudieran oirla los demás invitados, hizo notar a Rascolnikof que un hombre tan fino y tan respetable como Pedro Petrovitch se hubiera hallado muy fuera de lugar en una reunión tan «extraordinaria»; comprendía, pues, su ausencia, no obstante los lazos de amistad que le unían a su familia.

—He aquí por qué, Rodion Romanovitch, agradezco particularmente que no hayáis desdeñado mi hospitalidad, aun en estas condiciones —agregó en alta voz—. Por otra parte, convencida estoy de que la amistad que os unía a mi difunto esposo es lo único que os ha obligado a cumplir vuestra palabra.

Luego, Catalina Ivanovna volvió a bromear a costa de sus convidados.

Rascolnikof escuchaba en silencio. La sensación que experimentaba era de disgusto. Por cortesía y por no rebajar a Catalina Ivanovna probaba apenas los manjares de que a cada instante llenaba ella su plato.

El joven tenía la mirada fija en Sonia. Esta, cada vez más inquieta, notaba la creciente indignación de Catalina Ivanovna, presintiendo que la comida acabaría mal.

Y no concluyó bien. A continuación de una de sus bromas, el ama de la casa anunció su propósito de retirarse, en cuanto recibiera la pensión con que contaba, a la ciudad de T..., su pueblo natal, donde abriría un colegio para hijas de nobles.

Luego, se puso a hablar de los encantos de la vida apacible y tranquila que se prometía pasar

en T..., anunciando su propósito de conferir a su hijastra Sonia las funciones de ama de gobierno de su casa.

Al oir estas palabras, alguien prorrumpió en una carcajada.

Catalina Ivanovna fingió no haber oído; pero levantando en seguida la voz, declaró que Sonia poseía todas las cualidades requeridas para desempeñar aquel cargo.

Sonia se ruborizó, y, de repente, Catalina Ivanovna se echó a llorar.

—Tengo los nervios muy alterados —dijo, como para excusarse—, y no puedo soportar la fatiga; en cuanto la comida haya terminado tomaremos el té.

La patrona, humilladísima por no haber podido colocar una sola palabra durante la anterior conversación, eligió aquel momento para arriesgar una última tentativa, y muy juiciosamente hizo observar al ama de la casa que debía conceder la mayor atención a la ropa blanca de sus discípulos e impedir a éstos que leyeran novelas por la noche.

La fatiga y el disgusto hacían poco tolerante a Catalina Ivanovna; así es que tomó muy a mal aquellos sabios consejos: a su juicio, la patrona no sabía lo que se decía; en un colegio de nobles, el cuidado de la ropa no era incumbencia de la directora del establecimento; en cuanto a la observación relativa a la lectura de novelas, era una pura inconveniencia. En conclusión, rogó a la patrona que callara.

Pero, en lugar de escuchar la súplica, Amalia Ivanovna respondió agriamente que había hablado en buen sentido, que lo hizo con la mejor intención, y que hacía mucho tiempo que Catalina Ivanovna no le pagaba un céntimo.

—Mentís, al hablar de vuestras buenas intenciones —respondió la viuda—. Ayer, sin ir más lejos, ante el cadáver de mi esposo, me vinisteis a insultar por el atraso en el pago del alquiler.

Seguidamente la patrona hizo observar con mucha lógica «que había invitado a ciertas personas», pero que aquellas «ciertas personas» no habían acudido a su invitación porque eran nobles y no podían ir a casa de una señora que no era de su clase.

A lo que su interlocutora objetó que una cocinera no tenía motivos para juzgar de la verdadera nobleza.

Amalia Ivanovna, muy picada, replicó que su *Vater* (1) era un hombre importantísimo en Berlín, que se paseaba con las manos en los bolsillos y haciendo continuamente: «¡Puf, puf!»

Entre las risas de la concurrencia se entabló una discusión lo más reñida: cada mujer hablaba de su padre. Respondiendo a una observación de Catalina Ivanonva, quien decía que quizá la patrona no había tenido padre, pues que no se sabía de fijo cuál era su nombre patronímico, si Ludwigovna o Ivanovna; la aludida, fuera de sí, exclamó, golpeando la mesa con el puño, que no era Ludwigona, sino Ivanovna, que su *Vater* se llamaba Johann y que había sido juez, lo que no fué nunca el de Catalina Ivanovna.

Esta se levantó, y con voz tranquila, que desmentía la palidez de su rostro y la agitación de su pecho:

—Si volvéis a atreveros —dijo— a comprar a mi padre con vuestro miserable *Vater*, os arrancaré vuestro gorro y lo pisotearé.

---

(1) Padre, en alemán. Pronúnciese: *Fáter*.

Al oir aquellas palabras, Amalia Ivanovna empezó a correr por la estancia, gritando con todas sus fuerzas que era la propietaria y que Catalina Ivanovna saldría en aquel momento de su casa; y se apresuró a recoger sus cubiertos de plata, que estaban sobre la mesa.

Siguió una confusión, un escándalo indescriptible; los niños rompieron a llorar, Sonia avanzó hacia su madrastra, para impedir que cometiera alguna violencia; pero Amalia Ivanovna súbitamente lanzó una alusión al billete amarillo (1), oyendo lo cual Catalina Ivanovna rechazó con furia a la joven y se dirigió a la patrona, decidida a arrancarle el gorro.

En aquel mismo instante se abrió la puerta, y en el umbral apareció Pedro Petrovitch Lugin. Este paseó una mirada severa sobre toda aquella reunión.

Catalina Ivanovna corrió hacia él.

III

—¡Pedro Petrovitch! —gritó—, ¡protegedme! Haced comprender a esta necia que no tuvo derecho para hablar como lo ha hecho a una señora noble y desgraciada; que esto no está permitido... ¡Me quejaré al gobernador...! ¡En recuerdo de la hospitalidad que recibierais en casa de mis padres, servid de apoyo a mis huérfanos!

—Permitid, señora... Permitid, permitid, señora —dijo Lugin con cierto ademán, intentando

(1) La cartilla de prostituta.

desasirse de la viuda—. No tuve el honor, como sabéis, de conocer a vuestro papá... (alguien se echó a reir ruidosamente), y no creo oportuno tomar parte en vuestros continuos altercados con Amalia Ivanovna... Vengo aquí para un asunto personal... Deseo tener una inmediata explicación con vuestra hijastra Sofía... Ivanovna... ¿No se llama así? Permitidme pasar...

Dejando a la puerta al ama de la casa, Pedro Petrovitch se dirigió hacia el extremo de la habitación en que se hallaba Sonia.

Catalina Ivanovna quedóse como clavada en el suelo. No podía comprender que Pedro Petrovitch negara haber sido huésped de su padre. Aquella hospitalidad, que sólo existía en su imaginación, para ella se había convertido en artículo de fe. Y lo que más la sorprendía era el tono seco, altanero y hasta amenazador de Lugin.

El silencio reinó en cuanto apareció éste. Todo el mundo comprendió que sólo un motivo de excepcional gravedad podía explicar la presencia de aquel personaje en semejante sitio; de consiguiente, todos esperaban un acontecimiento.

Rascolnikof, que estaba junto a Sonia, se apartó para dejar paso a Pedro Petrovitch, quien fingió no ver al joven.

Un instante después, apareció Lebeziatnikof; pero, en lugar de entrar en el aposento quedóse a la puerta, escuchando curiosamente, sin lograr comprender de qué se trataba.

—Perdonad que turbe vuestra reunión; pero me veo obligado a ello por un asunto importante —comenzó Pedro Petrovitch, sin dirigirse a nadie en particular—. Mucho celebro explicarme ante tan numerosa concurrencia. Amalia Ivanovna: en vuestra calidad de propietaria, hu-

mildemente os ruego que escuchéis lo que voy a hablar con Sofía Ivanovna.

Luego, dirigiéndose a la joven, extremadamente sorprendida y asustada, añadió:

—Sofía Ivanovna: en cuanto salisteis de vuestra visita, no hace mucho, noté que me faltaba un billete de Banco de cien rublos, que se hallaba sobre una mesa del aposento de mi amigo Andrés Semenovitch Lebeziatnikof. Si sabéis lo que ha sido de dicho billete y me lo decís, ante las personas aquí reunidas, os doy mi palabra de honor de que el asunto no tendrá consecuencias. En el caso contrario, forzado me veré a recurrir a más enérgicas medidas, y entonces... sólo a vos misma os podréis quejar.

Un profundo silencio siguió a estas palabras. Hasta los niños cesaron de llorar. Sonia, pálida como una muerta, miraba a su acusador sin decir nada. Parecía no haberle comprendido. Transcurrieron algunos instantes.

—Bueno, ¿qué respondéis? —preguntó Pedro Petrovitch, agregando al instante—: Pensad, señorita, reflexionad, os doy tiempo. Si yo no me hallara seguro de lo que digo, me guardaría mucho de hacer acusación semejante: mi experiencia es mucha para exponerme a un proceso por calumnia... No vacilo en acusaros, por vuestra negra ingratitud. ¡Cómo! ¿Os llamo porque me intereso por vuestra madrastra infortunada, os hago un donativo de diez rublos, y me pagáis así? ¡Eso no es honrado! Necesitáis un correctivo. Reflexionad; os suplico como buen amigo, decidme la verdad, es lo mejor que podéis hacer. ¡De lo contrario, seré inflexible! ¡Qué! ¿confesáis?

—No os he quitado nada —murmuró aterrada

Sonia—. Me disteis diez rublos; aquí están: tomadlos.

La joven sacó el pañuelo del bolsillo, deshizo un nudo hecho en una de las puntas, tomó el billete de diez rublos y lo ofreció a Lugin.

—¿Conque persistís en negar el robo de los cien rublos?—dijo él en tono de reconvención y sin tomar el billete.

Sonia paseó la mirada en derredor y vió que todos los rostros ofrecían una expresión severa, indignada o burlona.

Miró a Rascolnikof...

En pie, apoyado contra la pared, cruzado de brazos, miraba con ojos ardientes.

—¡Dios mío!—gimió ella.

—Amalia Ivanovna, será necesario avisar a la policía; en consecuencia, humildemente os ruego que hagáis subir al portero—dijo Lugin en voz dulce y afectuosa.

—*Gott der Carmherzig!* (1) ¡Ya sabía yo que era una ladrona!—exclamó Amalia Ivanovna palmoteando.

—¿Lo sabíais? —preguntó Pedro Petrovitch—. Luego anteriores hechos os obligaron a deducir esa conclusión. Os ruego, muy honorable Amalia Ivanovna, que recordéis las palabras que acabáis de pronunciar. Por otra parte, hay testigos.

Se cuchicheaba vivamente aquí y allá.

—¡Cómo!—exclamó Catalina Ivanovna saliendo súbitamente de su estupor.

Y, en un rápido movimiento, lanzóse hacia Lugin.

—¡Cómo! ¡La acusáis de robo! ¿Ella? ¿Sonia? ¡Oh, vil, vil!

---

(1) ¡Dios de clemencia!

Luego se dirigió a la joven y la estrechó fuertemente entre sus brazos descarnados.

—¡Sonia! ¿Cómo pudiste aceptar diez rublos de ese bestia? ¡Dáselos! ¡Devuélvele inmediatamente ese dinero! ¡Toma!

Catalina Ivanovna tomó el billete de manos de su hijastra, lo estrujó entre los dedos y lo arrojó al rostro de Lugin.

El papel, hecho una bola, rebotó y cayó al suelo.

Amalia Ivanovna apresuróse a recogerlo. El hombre de negocios montó en cólera.

—¡Detened a esa loca!—gritó.

—¿Loca? ¿A mí me tratas de loca, imbécil! —vociferó Catalina Ivanovna—. ¡Tú sí que eres un idiota, un vil, un hombre ruin! ¡Sonia, robarte! ¡Sonia, ladrona! Pero ¡si más bien te daría dinero, imbécil!

Y Catalina Ivanovna rió nerviosamente.

—¿Visteis qué estúpido?—agregó, yendo de uno en otro individuo y mostrándoles a Lugin.

De repente tropezó su mirada con la persona de la propietaria.

—¡Cómo! ¡Tú también, tocinera, tú también, infame prusiana, pretendes que es una ladrona! ¿Es posible? ¡Pero si no ha salido de aquí! ¡Si al salir de tu habitación, ¡granujas!, ha venido a sentarse a la mesa! ¡Todos lo han visto! Puesto que a ninguna parte ha ido, encima tendrá el dinero. ¡Busca, pues, busca! Pero si no encuentras nada, responderás de tu conducta, querido mío.

Sin esperar a que lo hiciera nadie y sin dejar de hablar, Catalina empezó a vaciar los bolsillos de Sonia, y, no contenta con esto, volvía y mostraba los forros.

Al volver el derecho, cayó de él un papelito

que, describiendo un círculo en el aire, fué a parar a los pies de Pedro Petrovitch.

Todos lo vieron; muchos gritaron.

Lugin se inclinó al suelo, cogió el papel y lo desdobló.

¡Era un billete de cien rublos!

Pedro Petrovitch lo enseñó a todos para que ninguna duda quedara respecto a la culpabilidad de Sonia.

—¡Ladrona! ¡Fuera de aquí! ¡A la policía! ¡A la policía! —rugió Amalia Ivanovna—. ¡Debe ir a Siberia! ¡A la calle!

De todas partes salían exclamaciones.

Rascolnikof, silencioso, no dejaba de mirar a Sonia sino para lanzar, de vez en cuando, una ojeada rápida sobre Pedro Petrovitch.

Inmóvil en su sitio, la joven parecía atontada, más que sorprendida.

De pronto sonrojóse y cubrióse el rostro con las manos.

—¡No, no soy yo! ¡Yo nada he cogido! ¡No sé nada!—exclamó en voz desgarradora.

Y se precipitó hacia Catalina Ivanovna, que abrió sus brazos como un asilo inviolable a la desgraciada criatura.

—¡Te creo, Sonia, te creo! ¡A él no! —gritaba Catalina Ivanovna, rebelde a la evidencia, sin cesar de acariciar a su hijastra—. ¡Tú robar! Pero ¡qué necia es esta gente! ¡Burros, bestias! —agregaba dirigiéndose a todos los circunstantes—. ¡No sabéis todavía lo que es un buen corazón, lo que vale esta joven! ¡Ella robar! ¡Vendería su última prenda, iría descalza para socorreros! ¡Así es ella! ¡Le dieron el billete amarillo porque mis hijos se morían de hambre y quiso evitarlo! ¡Se vendió por nosotros! ¡Dios mío...! ¡Pero defendedla, en vez de permanecer impasibles! Rodion

Romanovitch, ¿por qué no la defendéis? ¡Con ser tantos como sois no valéis lo que su dedo meñique! ¡Señor...! ¡Defendedla!

Las lágrimas, las súplicas, la desesperación de aquella pobre mujer parecieron causar profunda impresión a todos. Aquel rostro de tísica, sus labios secos y su voz angustiosa expresaban un sufrimiento tan doloroso, que hubiera sido difícil no conmoverse. Pedro Petrovitch tuvo mejores sentimientos.

—Señora —dijo solemnemente—, en nada os concierne este asunto. Tampoco se os acusa de complicidad: vos hallasteis el billete en su bolsillo, circunstancia que prueba vuestra inocencia. Más aún. Estoy dispuesto a mostrarme indulgente por una acción cometida a impulsos de la miseria; pero, señorita, ¿por qué no confesáis? ¿Teméis la deshonra? ¿Era vuestro paso primero? ¿Es que habíais perdido la razón? La cosa se comprende, se comprende muy bien... ¡No obstante, debéis pensar a lo que os exponíais...! ¡Señores! —dijo a los asistentes—. Movido de compasión, dispuesto estoy a conceder mi perdón, olvidando los insultos que se me han dirigido.

Luego añadió, volviéndose otra vez hacia Sonia:

—Señorita, que la humillación de hoy os sirva de lección para el porvenir. No tendrá consecuencias este hecho. Las cosas quedarán en tal estado. Hemos concluído.

Pedro Petrovitch dirigió una ojeada a Rascolnikof. Los ojos se encontraron: llamas ardientes lanzaban los del joven. En cuanto a Catalina Ivanovna, parecía no haber oído y continuaba abrazando a Sonia con una especie de frenesí.

Imitando a su madre, los niños estrechaban a la joven con sus bracitos. Sin comprender de

qué se trataba, Poletchka sollozaba de un modo que partía el corazón.

De repente, en el umbral del aposento resonó una voz sonora:

—¡Qué bajeza!

Pedro Petrovitch volvióse vivamente.

—¡Qué bajeza!—repitió Lebeziatnikof, mirando fijamente a Lugin.

Este experimentó como un estremecimiento, del que todos se dieron cuenta. (Luego lo recordaron.)

Lebeziatnikof penetró en la habitación.

—¿Qué significa esto, Andrés Semenovitch? ¿De qué habláis?—balbuceó Lugin.

—¡Significa que sois un... calumniador!—replicó con ira Lebeziatnikof.

Estaba encolerizado, y, al mirar a Lugin, sus ojuelos enfermos ofrecían una expresión de dureza inusitada.

Rascolnikof escuchaba con avidez, fija la mirada en el rostro del joven socialista.

Reinó silencio. En el primer momento Pedro Petrovitch se sintió casi desconcertado.

—¿Es a mí a quien...? —tartamudeó—. ¿Qué os pasa? ¿Estáis en vuestro juicio?

—Sí; soy un hombre cuerdo... ¡Y vos un... canalla! ¡Ah, cuán bajo sois! Todo lo oí; si no hablé antes, fué porque quise oirlo todo. Confieso que aún hay algo que no acierto a comprender. Y me pregunto por qué habéis hecho esto.

—Pero ¿qué es lo que hice? ¿Concluiréis pronto con vuestros enigmas? ¿O estáis borracho?

—¡Miserable! ¡Si alguien ha bebido, con seguridad que fuisteis vos! La embriaguez es contraria a mis principios. Figuraos que él mismo, con sus propias manos, dió el billete a Sonia. ¡Lo he

visto, soy testigo, lo declararé bajo juramento! ¡El, él!—repitió Lebeziatnikof, dirigiéndose a todos y a cada uno.

—¿Estáis loco? —exclamó vivamente Lugin—. Ella misma ha afirmado que no recibió de mi mano sino diez rublos. ¿Cómo había de darle más?

—¡Lo he visto, lo he visto! —repitió con energía Lebeziatnikof—. Y aun cuando ello sea opuesto a mis ideas, estoy pronto a jurar ante el tribunal. ¡Os he visto ponerle el billete en el bolsillo! Sólo que me figuré que obrabais generosamente. En el momento en que de ella os despedíais, deslizasteis el billete en su bolsillo. ¡Lo vi, lo vi con mis ojos!

Lugin palideció.

—¿Qué fábula es ésa? —replicó de un modo insolente—. Hallándoos cerca de la ventana ¿cómo pudisteis ver el billete? Vuestros ojos os engañaron y fuisteis juguete de una ilusión.

—¡No! Lo vi bien, no obstante la distancia. Desde la ventana, en efecto, era difícil distinguir el papel. Pero había notado que en la mano teníais un billete de cien rublos. Os lo vi doblar y guardar en el puño cerrado cuando disteis a Sonia el de diez rublos. ¡Lo he visto!

Lebeziatnikof se sofocaba de indignación. De todas partes surgían diversas exclamaciones: en su mayoría de admiración; pero algunas sonaban a amenaza. Los asistentes se agolpaban en torno de Pedro Petrovitch.

Catalina Ivanovna se lanzó hacia Lebeziatnikof.

—¡Andrés Semenovitch! ¡Ahora os conozco! ¡La defendéis! ¡Sois el único que la apoya! ¡Dios os mandó en auxilio de la pobre huérfana! ¡Andrés Semenovitch, querido amigo mío, *batuchka!*

Y Catalina Ivanovna, casi sin conciencia de lo que hacía, se arrodilló ante el joven.

—¡Eso son necedades! —vociferó Lugin lleno de cólera—. ¡Sólo estáis diciendo estupideces, caballero! ¿Conque aseguráis que yo puse en su bolsillo el billete de cien rublos? ¿Para qué? ¿Con qué objeto? ¿Qué tengo de común con esta...?

—¿Para qué? Eso es lo que no comprendo. Me limito a contar lo ocurrido, sin pretender explicar nada, ¡pero garantizo la completa exactitud de lo que afirmo! Tan cierto es que no me engaño, ¡hombre vil y criminal!, que recuerdo haberme hecho una pregunta en el momento en que os felicitaba estrechándoos la mano. Me pregunté por qué habíais hecho tal regalo de un modo clandestino. «Probablemente —me dije—, habrá tratado de ocultarme su buena acción, sabiendo que por convicción soy enemigo de la caridad privada.» Luego, pensé que quizá trataríais de dar una sorpresa a Sofía Semenovna, y temiendo que perdiera el billete vine aquí. ¡Y aquí he presenciado lo ocurrido!

Las palabras de Andrés Semenovitch produjeron un efecto extraordinario. El acento de sinceridad con que las pronunciara convenció a todos de que decía la verdad.

Pedro Petrovitch comprendió que el incidente se ponía mal para él.

—¡Qué me importan a mí esas sandeces! —exclamó—. ¡No prueban nada! ¡Pudisteis soñar todo eso...! ¡Os digo que mentís, caballero! ¡Mentís, me calumniáis por odio! ¡Me tenéis rencor porque no apruebo el radicalismo impío de vuestras doctrinas antisociales!

Pero lejos de redundar en su provecho, semejante ataque no hizo otra cosa que provocar murmullos en torno suyo.

—¿Es eso lo que respondes? ¡No es mucho! —replicó Lebeziatnikof—. ¡Llama a la policía! ¡Juraré! Sólo una cosa hay obscura para mí: el motivo que le ha impulsado a cometer tan baja acción. ¡Oh, miserable infame!

Rascolnikof salió de entre la multitud.

—Yo puedo explicar su conducta, y, a ser preciso, también prestaré juramento—dijo con voz firme.

A primera vista, la tranquila seguridad del joven probó a los circunstantes que conocía el porqué del asunto, y que aquel embrollo tocaba al desenlace.

—He podido comprenderlo todo —siguió Rascolnikof, quien se dirigió directamente a Lebeziatnikof—. Desde el principio del incidente había adivinado una innoble intriga; mis sospechas se fundaban en ciertas circunstancias conocidas sólo por mí, circunstancias que voy a revelar, porque presentan este asunto bajo su aspecto verdadero. Vos, Andrés Semenovitch, vos hicisteis luz en mi cerebro con vuestras palabras. Ruego a todos que me escuchen. Este caballero —continuó señalando a Lugin— pidió hace unos días la mano de mi hermana. Ha poco llegado a San Petersburgo, anteayer fué a mi casa a visitarme... Pero, en nuestra primera entrevista disputamos, y yo le arrojé a la puerta, como pueden afirmarlo dos testigos... Este hombre es malo... Anteayer di algún dinero a Catalina Ivanovna, para que ésta pagara los funerales de su esposo. Y el señor, que había presenciado mi acción, escribió a mi madre y a mi hermana que yo había dado dinero, no a Catalina Ivanovna, sino a Soffa Semenovna; a la vez calificaba a esta joven en los términos más injuriosos, y daba a entender que yo tenía con ella íntimas relaciones. Su objeto, como compren-

deréis, era hacerme reñir con mi familia, insinuándoles que gasto en vicios el dinero de que se privan para subvenir a mis necesidades. Anoche, en una entrevista que tuve con mi madre y con mi hermana, entrevista a la que él asistía, restablecí la verdad de los hechos por él desnaturalizados. Y él, furioso al ver que con sus calumnias no obtenía el resultado que deseaba, insultó groseramente a mi madre y a mi hermana. Siguió a esto una ruptura definitiva, y le arrojé de mi casa. Reflexionad ahora, y comprenderéis qué interés tenía en establecer la culpabilidad de Sonia. Si hubiera conseguido hacerla aparecer como ladrona, yo hubiera sido culpable a los ojos de mi madre y de mi hermana, puesto que había pretendido ponerlas en contacto con una mujer criminal, y él, por el contrario, habría reconquistado la consideración de mi madre y de su prometida. En resumen: para él era éste un medio de enemistarme con mi familia y de volver al favor de los míos. A la vez se vengaba de mí, pensando que me interesan vivamente el honor y la tranquilidad de Sofía Semenovna. ¡He aquí el cálculo que se hacía! ¡He aquí cómo se explica todo! ¡Tal es la razón de su conducta!

—¡Sí, sí, es verdad! —se apresuró a reconocer Lebeziatnikof—. Debéis tener razón, porque en el momento en que Sofía Semenovna entró en nuestro aposento, me preguntó si estabais aquí, si os había visto entre los huéspedes de Catalina Ivanovna. Y me lo preguntó en voz baja, para que Sonia no lo oyera. ¡Luego tenía necesidad de que estuviérais presente! ¡Sí, eso es!

Lugin, muy pálido, permanecía silencioso y sonreía con desdén. Parecía buscar un medio para salir del apuro. Se hubiera marchado inmediatamente; pero la retirada era casi imposible:

marcharse equivalía a reconocerse culpable del delito de calumnia.

Por otra parte, la actitud de los presentes, excitados a causa de sus copiosas libaciones, no era tranquilizadora. Alguien proponía ciertas medidas muy desagradables respecto a Lugin. Los tres polacos, acaloradísimos, no dejaban de proferir amenazas.

Sonia lo escuchaba todo con atención; parecía no haber recobrado su presencia de ánimo; hubiérase creído que salía de un desvanecimiento. No apartaba sus ojos de Rascolnikof, comprendiendo que en aquel joven estaba todo su apoyo.

Catalina Ivanovna parecía sufrir mucho: cada vez que respiraba, un ronco sonido se escapaba de su pecho.

La patrona parecía no comprender nada de aquello, y, con la boca abierta, miraba como atontada.

Lo único que veía era que Pedro Petrovitch había dado un mal paso.

Rascolnikof quiso hablar de nuevo, pero no pudo hacerse oir.

De todas partes salían insultos y amenazas contra el hombre de negocios, a cuyo alrededor se había formado un grupo tan hostil como compacto.

Lugin, comprendiendo que estaba definitivamente perdido, recurrió a la desvergüenza.

—Permitid, señores, permitid.., No os ofusquéis de ese modo.. Dejadme pasar —dijo, tratando de escapar por entre la multitud—. Os aseguro que es inútil que tratéis de intimidarme con vuestras amenazas: no me asustan. Vosotros, por el contrario, responderéis a la justicia, de la protección que dispensáis a un acto criminal. El robo está perfectamente probado, y lo denunciaré.

Los jueces son personas despiertas... y no están borrachos: rechazarán el testimonio de dos impíos, de dos revolucionarios desprestigiados, que me acusan con ánimo de venganza, como ellos mismos reconocen neciamente... ¡Sí, permitid...!

—No quiero ni respirar el mismo aire que vos, y os ruego abandonéis inmediatamente esta habitación. ¡Todo ha concluído entre nosotros! ¡Cuando pienso que hace quince días sudé sangre para exponerle mis teorías...!

—No hace mucho, Andrés Semenovitch, os anuncié yo mismo mi partida; recordad que insistíais en que viviera a vuestro lado. Me limitaré a deciros, para responder a lo que ahora me decís, que sois un imbécil. ¡Os deseo la curación de vuestro juicio y de vuestros ojos! ¡Señores, permitidme!

Logró abrirse paso; pero alguien, encontrando que los insultos no eran castigo suficiente, cogió un vaso y lo lanzó con todas sus fuerzas a la cabeza de Pedro Petrovitch. Por desgracia, el proyectil disparado contra Lugin alcanzó a Amalia Ivanovna, que empezó a exhalar gritos penetrantes.

Naturalmente tímida, Sonia sabía que su situación la exponía a todos los ataques y que cualquiera podía vejarla casi impunemente. Hasta entonces había pensado desarmar a la malevolencia a fuerza de circunspección, de dulzura, de humildad. Pero su ilusión se desvanecía en aquel instante. Sin duda que tenía paciencia suficiente para soportar aquello con resignación y sin murmurar; mas, por el momento, la decepción era demasiado cruel. Aun cuando su inocencia hubiera triunfado de la calumnia; aun cuando su espanto primero hubiese pasado; aun cuando se hallara en situación de comprender las cosas, su

corazón se oprimió dolorosamente al pensar en su abandono, en su aislamiento en la vida, y experimentó una crisis nerviosa. Por fin, no siendo dueña de sí, huyó de aquella casa y se dirigió a su domicilio a toda prisa. Su partida tuvo lugar instantes después que la de Lugin.

Lo ocurrido a Amalia Ivanovna había producido risa general; la patrona tomó el lance muy a mal y se volvió encolerizada contra Catalina Ivanovna, que, vencida por el dolor, se había echado en la cama.

—¡Idos de aquí! ¡En seguida! ¡Al momento! ¡Fuera!

Pronunciando estas palabras con voz irritada, la señora Lippervechzel cogía todos los objetos pertenecientes a su inquilina y los arrojaba contra el suelo.

Aniquilada y desfallecida, la pobre Catalina Ivanovna, se echó fuera de la cama y se lanzó sobre Amalia Ivanovna. Pero la lucha era demasiado desigual: la patrona no hubo de trabajar mucho para rechazar aquel asalto.

—¡Cómo! ¡No basta haber calumniado a Sonia! ¡Esta criatura la toma ahora conmigo! ¡El mismo día del entierro de mi esposo se me arroja de casa, después de recibir mis atenciones! ¡Me lanzan a la calle con mis hijos! ¿Y a dónde iré? —sollozaba la infeliz—. ¡Dios mío!—exclamó de pronto, levantando al cielo sus ojos resplandecientes—. ¿Es posible que no haya justicia? ¿A quién defenderás si no nos defiendes, si no eres el amaparo de los pobres huérfanos? Pero, nos veremos! ¡Jueces y tribunales hay en la tierra! ¡Me dirigiré a ellos! ¡Espera un poco, criatura despiadada! Poletchka, quédate aquí con los niños, que al instante vuelvo. ¡Esperadme a la

puerta, si os arrojan a la calle! ¡Veremos si hay justicia en el mundo!

Catalina Ivanovna se puso aquel pañuelo «de señora» que en su relato mencionara Marmeladof, y, cruzando por entre la multitud, con el rostro inundado de lágrimas bajó la escalera, resuelta a encontrar, costara lo que costara, la justicia que deseaba.

Horrorizada, Poletchka estrechó en sus brazos a sus hermanitos; los tres niños en montón cerca del cofre, esperaron temblorosos, el regreso de su madre.

La patrona parecía una furia: iba y venía por el aposento, aullando de rabia y tirando al suelo cuanto hallaba a mano. Por lo que hace a los invitados, comentaban el suceso, disputaban unos, cantaban los demás...

—Tengo que marcharme ya —pensó Rascolnikof—. Veamos, Sonia, cómo ahora os explicáis.

Y se dirigió a casa de la joven.

IV

Rascolnikof había defendido valientemente a Sonia, aun cuando una gran parte de inquietudes y cuidados tuviese para él el lance ocurrido. Independientemente del interés que la joven le inspiraba, con alegría había aprovechado la ocasión, después de la tortura de la mañana, de ahuyentar insoportables impresiones. Por otra parte, su próxima entrevista con Sonia le preocupaba, le asustaba por momentos: *debía* revelarle que había asesinado a Isabel, y, presintiendo cuánto de

penoso había en su propósito, se esforzaba en apartarlo de su pensamiento.

Cuando al salir de casa Catalina Ivanovna, se dijo: «Veamos, Sonia, cómo ahora os explicáis», era el combatiente excitado por la lucha, pensando todavía en su victoria sobre Lugin, que había pronunciado la palabra de desafío. Mas, cosa singular, cuando llegó a la habitación de los Kapernaunof, su energía le abandonó súbitamente, dejando sitio al temor.

Detúvose ante la puerta y preguntó:

—¿Es necesario decir que maté a Isabel?

La pregunta era extraña, porque en el momento en que se la hacía sentía la imposibilidad, no sólo de confesar su delito, sino la necesidad de no diferir la confesión un solo minuto.

Aun no sabía por qué era esto imposible; lo sentía solamente, y se encontraba como aplastado por aquella dolorosa conciencia de su flaqueza ante la necesidad.

Para librarse de mayores tormentos, se apresuró a abrir la puerta, y, antes de franquear el umbral, miró a su joven amiga.

Sonia estaba sentada, con los codos apoyados sobre una mesita, y la cabeza oculta entre las manos.

Al ver a Rascolnikof se levantó y se dirigió hacia él, como si le esperara.

—¿Qué hubiera sido de mí sin vos?—dijo vivamente, mientras le introducía en el aposento.

Al parecer no pensaba sino en el servicio que el joven le prestara, y deseaba darle las gracias lo antes posible.

Después de hacerlo, esperó.

Rascolnikof se acercó a la mesa y se sentó. Sonia permaneció en pie a dos pasos de él, como la víspera.

—¿Qué hay, Sonia? —dijo, notando súbitamente que su voz temblaba—. Toda la acusación se basaba en «vuestra posición social y en las costumbres que implica». ¿Comprendisteis esto hace poco?

El rostro de la joven tomó una expresión de tristeza.

—¡No me habléis como ayer! —le respondió—. ¡No volváis a empezar, os lo suplico! ¡Bastante sufrí ya...!

Y se apresuró a sonreir, temiendo que aquel reproche hiriera a su amigo.

—Salí de allí como loca. ¿Qué pasa ahora? Quería volver, pero... pensé que vendríais, y...

Rascolnikof le dijo que Amalia Ivanovna había ido «a pedir justicia» a cualquier parte.

—¡Dios mío! —exclamó Sonia—. ¡Vamos allá pronto...!

—¡Siempre lo mismo! —replicó el joven humillado—. ¡Sólo pensáis en ellos! ¡Quedaos conmigo un instante!

—Pero... ¿Catalina Ivanovna...?

—Catalina Ivanovna vendrá aquí, estoy seguro de ello —respondió él en tono enojado—. Culpa vuestra será, si no os encuentra...

Sonia tomó asiento, presa de una extraña perplejidad.

Rascolnikof reflexionaba, con la vista fija en el suelo.

—Lo que Lugin se proponía era manchar vuestra reputación —comenzó sin mirarla—. Y si le hubiese convenido haceros detener, y. ni Andrés Semenovitch ni yo hubiésemos estado presentes, en la actualidad os hallaríais presa. ¿Verdad?

—Sí —dijo ella con voz débil—. Sí—repitió

maquinalmente, distraída por la inquietud que experimentaba.

—Yo pude muy bien no estar allí, de igual modo que el otro se halló presente por casualidad.

Sonia guardaba silencio.

—Bueno. ¿Y qué hubiera sucedido si os hubiesen encarcelado? ¿Recordáis lo que os dije ayer?

La joven continuó callada; el joven esperó un momento su respuesta.

—Pensé que ibais a exclamar: «¡No me habléis de eso!» —prosiguió Rascolnikof, con risa algo forzada—. ¿Seguís guardando silencio?—preguntó al cabo de un momento—. Será necesario entonces, que yo sostenga la conversación. Pues bien, mucho me agradaría saber cómo resolveríais la siguiente «cuestión» como diría Lebeziatnikof. (Su emoción empezaba a ser visible.) Hablo seriamente. Suponed, Sonia, que de antemano sabéis todos los proyectos de Lugin; que sabéis que tales proyectos van encaminados a la perdición de Catalina Ivanovna y a la de sus hijos, sin contar la vuestra (porque vos no sois nada); supongamos que, a consecuencia de esto, Poletchka se ve condenada a arrastrar una existencia como la que vos arrastráis. Sentado esto, si de vos dependiera salvar a Catalina Ivanovna y a su familia, o dejar que Lugin viviera y realizara sus infames designios, ¿de qué modo obraríais?

Sonia le miró con inquietud; bajo aquellas palabras pronunciadas en voz vacilante, adivinaba un pensamiento lejano.

—No esperaba pregunta semejante—dijo, interrogándole con la vista.

—Es posible, pero no importa. ¿Qué haríais?

—¿Qué interés tenéis en saber lo que yo haría en unas circunstancias que no se pueden presentar?—respondió ella con repugnancia.

—¿Dejaríais, pues, que viviera el tal Lugin y que llevara a cabo sus proyectos? ¿No tenéis valor para declararme vuestra opinión?

—Pero... veamos... yo no puedo penetrar los designios de la divina Providencia... ¿A qué preguntarme ahora lo que haría en un caso imposible? ¿Cómo puede la existencia de un hombre depender de mi voluntad? ¿Y quién me erigió en árbitro de la vida y de la muerte de nadie?

—Desde el momento en que admitís la intervención de la divina Providencia, esto ha concluído—replicó en tono agrio Rascolnikof.

—¡Decidme francamente lo que me tengáis que decir! —exclamó angustiada Sonia—. ¡Siempre con incidentes! ¿Vinisteis a atormentarme?

No pudo contenerse y se echó a llorar. Durante cinco minutos el joven la contempló silenciosamente y con aire sombrío.

—Tienes razón, Sonia—dijo al fin en voz baja.

Un brusco cambio se operó en él. Su aplomo ficticio, el tono cariñoso que afectaba, desapareció súbitamente. Con trabajo se le oía.

—Te dije ayer que vendría a pedirte perdón, y casi con excusas empiezo a hablarte hoy... Al hablarte de Lugin, me excusaba, Sonia...

Quiso sonreir, pero su fisonomía continuó lúgubre; bajó la cabeza y se cubrió el rostro con las manos.

De repente creyó sentir que detestaba a Sonia. Sorprendido, hasta asustado por tan extraño sentimiento, levantó súbitamente la cabeza y miró con atención a la pobre joven: ésta fijaba en él una mirada llena de ansiedad y no exenta de amor.

El odio desapareció del corazón de Rascolnikof. No era aquello: se había engañado en cuanto a la naturaleza del sentimiento que acababa de experimentar. Aquello significaba solamente que el momento fatal había llegado.

De nuevo bajó la cabeza y ocultó el rostro entre las manos.

Súbitamente palideció; levantóse y, después de mirar a Sonia, fué maquinalmente a sentarse sobre la cama, sin proferir palabra.

—¿Qué tenéis?—preguntó Sonia con extrañeza.

Nada pudo contestar. Había pensado *explicarse* en otras circunstancias, y ni él mismo comprendía lo que pasaba entonces en su alma.

Sonia se aproximó, andando lentamente, a Rascolnikof, tomó asiento a su lado, y esperó sin dejar de mirarle. Su corazón latía hasta rompérsele.

La situación se hacía insoportable: el joven volvió hacia Sonia su pálido rostro; sus labios se plegaron en un esfuerzo para hablar.

El terror hizo presa en Sonia.

—¿Qué tenéis?—repitió retrocediendo un poco.

—Nada, Sonia; no te asustes... Esto no vale la pena, es una tontería... —murmuró como un hombre falto de juicio—. Pero ¿por qué viene a atormentarme? —agregó de pronto, mirando a la joven—. Sí, ¿por qué? No dejo de hacerme esta pregunta, Sonia, y...

Acaso se la hubiese hecho un cuarto de hora antes; pero su debilidad era tal en aquel momento que apenas tenía conciencia de sí mismo. Un continuo temblor agitaba todo su cuerpo.

—¡Oh, cuánto sufrís!—exclamó conmovida la joven, clavando sus ojos en él.

—¡No es nada...! Te diré de qué se trata, Sonia. —Por espacio de dos segundos vióse en sus la-

bios una leve sonrisa—. ¿Recuerdas lo que quería decirte ayer?

Sonia esperaba inquieta.

—Te dije al separarnos que me despedía de ti para siempre, pero que vendría hoy a decirte... quién mató a Isabel.

Todos los miembros de Sonia comenzaron a temblar.

—Pues bien, a eso he venido.

—En efecto, ayer me dijisteis... —dijo ella con voz insegura—. Pero ¿cómo sabéis eso?—añadió vivamente.

Respiraba con fatiga y su rostro se tornaba cada vez más cadavérico.

—Lo sé—continuó Rascolnikof.

—¿Se *le* ha descubierto?—preguntó ella tímidamente, después de un minuto de silencio.

—No, no se *le* ha descubierto.

Sonia guardó silencio otra vez.

—Entonces, ¿cómo sabéis eso?—preguntó de repente y con voz casi ininteligible.

Rascolnikof se volvió hacia la joven y la miró con fijeza singular, mientras que una débil sonrisa vagaba por sus labios.

—Adivina—dijo.

Sonia se sintió atacada de una convulsión.

—Pero vos me... ¿por qué me asustáis?—preguntó con sonrisa infantil.

—Sí... sí, sé quién es, señal de que le trato íntimamente —agregó Rascolnikof, cuya mirada seguía clavada en la joven, como si no tuviese fuerza para dirigirla a otra parte—. A Isabel... él nunca había querido asesinarla... No premeditó su muerte... Quería matar a la vieja... cuando estuviera sola... y fué a su casa... Entonces entró Isabel... y también tuvo que matarla...

Un lúgubre silencio sucedió a estas palabras. Durante breves instantes continuaron mirándose el uno al otro.

—¿Conque no adivinas...?—preguntó Rascolnikof súbitamente, experimentando la sensación de un hombre que se arroja de lo alto de un campanario.

—No—balbuceó Sonia, con voz apenas perceptible.

—Busca bien.

En el momento de pronunciar aquellas palabras, Rascolnikof sintió una vez más, en lo profundo de su alma, aquella impresión de frío glacial que le era tan conocida. Miraba a Sonia, y de repente creyó ver en ella la expresión que ofreciera el rostro de Isabel cuando la infeliz retrocedía ante el asesino, que levantaba el hacha sobre su cabeza... En aquel instante supremo, Isabel tendió los brazos, como los niños cuando empiezan a sentir miedo, y cuando, prontos a llorar, fijan una mirada inmóvil y asustada en el objeto que es causa de su espanto. De idéntica manera, la fisonomía de Sonia expresaba terror indecible: también extendía los brazos, rechazando débilmente a Rascolnikof, poniéndole una mano en el pecho y apartándose poco a poco de él, sin dejar de mirarle fijamente. Su terror se comunicó al joven, que, a su vez, la miraba con espanto.

—¿Adivinaste?—murmuró al fin Rascolnikof.

—¡Dios mío...!—exclamó Sonia.

Y cayó sin fuerzas sobre la cama; su rostro quedó oculto en la almohada. Pero un instante después se levantó con un movimiento rápido, se acercó a él, y, asiéndole por ambas manos, que sus pequeños dedos apretaron como tenazas,

clavó en él una mirada prolongadísima. ¿No se había engañado? Todavía lo esperaba; pero apenas hubo puesto en el joven aquella mirada, cuando la sospecha que cruzaba por su alma se trocó en certidumbre.

—¡Basta, Sonia, basta! ¡Déjame solo!—suplicó Rascolnikof con voz quejumbrosa.

El resultado de su confesión contrariaba sus previsiones, porque no era *de aquel modo* como pensaba revelarle su crimen.

Sonia parecía en aquel momento fuera de sí; saltó de la cama y fué al centro de la estancia, retorciéndose las manos; luego retrocedió de pronto y volvió a sentarse junto al joven, rozando casi con su espalda. De repente se estremeció, exhaló un grito y, sin saber por qué, cayó de rodillas ante Rascolnikof.

—¡Estáis perdido!—dijo con acento desesperado.

Y, levantándose súbitamente, se arrojó a su cuello, le abrazó y le prodigó las mayores pruebas de ternura.

Rascolnikof apartóse de ella, y, con una triste sonrisa, contempló a la joven.

—No te comprendo, Sonia. ¡Me abrazas después de haberte dicho *eso...!* Con seguridad no tienes conciencia de lo que haces.

Ella no oyó la observación.

—¡No, en la tierra no hay hombre tan desgraciado como tú!—exclamó en un arranque de compasión.

Y de repente rompió en sollozos.

Rascolnikof sentía que su alma se ablandaba bajo la influencia de un sentimiento que hacía ya mucho tiempo no experimentaba. Y no trató de luchar contra esta impresión: dos lágrimas

brotaron de sus ojos, y quedaron suspendidas de sus pestañas.

—¿No me abandonarás, Sonia?—dijo con mirada casi suplicante.

—¡No, no! ¡Nunca! ¡De ningún modo!— exclamó—. ¡Te seguiré a todas partes! ¡Oh, Señor...! ¡Oh, qué desgraciada soy...! ¿Y por qué, por qué no te conocí antes? ¡Oh, Dios mío!

—Y ¿qué hacer ahora...? ¡Juntos, juntos siempre!—agregó Sonia.

Y volvió a abrazar al joven.

—¡A la cárcel iré contigo!

Estas últimas palabras produjeron en nuestro héroe una penosa sensación; una sonrisa amarga, casi altanera, se dibujó en sus labios.

—No creo ir a presidio, Sonia—murmuró.

La joven le miró.

Hasta entonces no había experimentado sino inmensa piedad hacia el desgraciado. Aquellas palabras y el tono en que fueran dichas recordaban bruscamente a la joven que quien las pronunciaba era un asesino.

Le miró con sorpresa. Aún no sabía cómo ni por qué era criminal. En aquel instante, todas aquellas preguntas se agolparon en su cerebro; y de nuevo empezó a dudar. ¡El, él un asesino...! ¿Era posible?

—¡No, no es verdad! ¿Dónde estoy, pues? —dijo, como si se creyera juguete de un sueño—. ¿Cómo, siendo quien sois, os resolvisteis a hacer tal cosa...? ¿Por qué?

—¡Para robar! ¡Y basta, Sonia!—respondió en tono abatido y algo molesto.

Sonia quedó estupefacta. De repente escapósele un grito:

—¿Tenías hambre...? ¿Era para ayudar a tu madre? ¿Sí?

—No, Sonia, no —balbuceó él, bajando la cabeza—. No fué por eso. Quería, ciertamente, ayudar a mi madre; pero... no era ésa la razón verdadera... Mas... ¡no me atormentes, Sonia.

—¿Es posible que todo eso sea cierto? —exclamó la joven—. ¡Dios mío! ¿Es posible? ¿Cómo creerlo? ¡Vos, que os despojáis de todo por cualquiera, habéis matado para robar...! ¡Ah! —gritó súbitamente—. ¡El dinero que disteis a Catalina Ivanovna..., aquel dinero...! ¡Señor! ¿Es posible que tal dinero...?

—¡No, Sonia! —interrumpió vivamente Rascolnikof—. ¡No era aquel dinero el que robé! Tranquilízate, pues. Me lo envió mi madre... Razumikin lo vió..., lo recibió en mi nombre... ¡Aquel dinero me pertenecía!

Sonia le escuchaba perpleja, haciendo esfuerzos para comprenderle.

—En cuanto al dinero de la vieja... no sé, no sé siquiera, si tenía o no dinero —añadió con vacilación—. Arranqué de su cuello una bolsa, al parecer, repleta... Pero no vi su contenido, porque no tuve tiempo... Cogí algunas alhajas: gemelos, cadenas de reloj... Estos objetos, con la bolsa, los enterré al siguiente día bajo una piedra en un patio que da a la perspectiva V... Aun está todo allí...

Sonia le escuchaba ávidamente.

—Pero, si matasteis para robar, ¿por qué no habéis hecho uso de lo robado?—replicó ella, asiéndose a una última y muy vaga esperanza.

—No sé... Todavía no he decidido si tomaré o no aquel dinero—respondió Rascolnikof, con la misma vacilación.

Luego sonrió, y:

—¡Qué necia historia te estoy contando! ¿eh? —dijo.

—¿Estará loco?—se preguntó Sonia.

Pero rechazó en seguida la idea:

—¡No, pero algo le sucede!

En conclusión, nada comprendía.

—¿Sabes lo que te digo, Sonia? —prosiguió Rascolnikof, como inspirado—. Si sólo la necesidad me hubiera conducido al asesinato, en la actualidad sería... *¡feliz!* ¡Puedes creerme! Pero ¿qué te importa el motivo, si hace un momento confesé que obré mal? —exclamó, desesperado, un instante después—. ¿A qué tan necio triunfo sobre mí? ¡Ah, Sonia! ¿para esto vine a tu casa?

Todavía quería hablar, pero guardó silencio.

—Ayer te propuse que siguieras el mismo camino que yo, porque a mí no me queda nadie en el mundo sino tú.

—¿Y para qué me quieres contigo?—preguntó tímidamente la joven.

—No para matar, ni para robar, está tranquila —respondió Rascolnikof con cáustica sonrisa—. No somos personas de la misma índole... ¿Sabes una cosa, Sonia? Hasta hace un momento no comprendía por qué ayer te invité a venir conmigo. Cuando te hice tal petición no sabía su objeto. Lo sé ahora. Sólo tengo un deseo: que no me abandones. ¿Me abandonarás, Sonia?

Ella le estrechó la mano.

—¿Y por qué, por qué le he dicho esto? ¿Por qué le he confesado esto?—exclamó él al cabo de un minuto.

Y miraba a la joven con infinita lástima, y su voz expresaba la más profunda desesperación.

—Lo veo, Sonia, esperas de mí explicaciones; pero, ¿qué te diría? ¡Nada comprenderías, y te afligiría más aún! ¡Vaya, lloras, y vuelves a abrazarme! ¿Por qué me abrazas? ¿Porque, falto

de valor para soportar mi carga, la eché sobre otro? ¿Porque en el ajeno sufrimiento busqué un alivio a mi pena? ¿Y tú puedes amar a un hombre semejante, a un sér tan vil?

—Pero ¿acaso no sufres tú también?—exclamó Sonia, que tuvo por un segundo un nuevo arranque de sensibilidad.

—Sonia, tengo mal corazón. Piensa en esto, que te puede explicar muchas cosas. Porque soy malo vine. Otros no lo hubieran hecho. Pero yo soy vil... e infame. ¿Por qué vine? ¡Jamás me lo perdonaré!

—¡No, no! ¡Hiciste bien! ¡Es preferible que lo sepa todo!

Rascolnikof la miró dolorosamente.

—Quise ser un héroe, un Napoleón: he aquí por qué maté. ¿Te explicas el hecho ahora?

—No —respondió sencillamente la joven—. Pero habla, habla... ¡Comprenderé, comprenderé lo que me digas!

—¿Lo comprenderás? ¡Bueno! ¡Veamos!

Rascolnikof había recogido sus ideas.

—El hecho es que un día me hice esta pregunta: «Si Napoleón se hubiera hallado en mi situación; si, para comenzar su carrera, no hubiera contado con Tolón, ni con el Egipto, ni con el paso de Mont Blanc; si, en lugar de todas estas hazañas, hubiérase hallado en presencia de un crimen, de un asesinato que cometer para asegurar su porvenir, ¿le hubiera repugnado la idea de asesinar a una vieja y robarle tres mil rublos? ¿Se hubiera dicho que acción semejante era deshonrosa y demasiado... criminal?» Mucho atormenté mi cerebro con esta pregunta, y no pude menos de experimentar un sentimiento de vergüenza cuando por fin reconocí que, no sólo Napoleón no habría vacilado, sino que ni aun hubiera com-

prendido la posibilidad de la duda. Viendo que no tenía otro remedio, no hubiera hecho el melindroso y habría ido adelante sin el menor escrúpulo. Desde aquel momento, ninguna razón había para que yo vacilara: ¡me amparaba en la autoridad de Napoleón...! ¿Encuentras risible esto? Tienes razón, Sonia.

La joven no sentía ningún deseo de reir.

—Habladme francamente y sin rodeos...—manifestó en voz aun más tímida y apenas distinta.

El joven se volvió hacia ella, la miró con tristeza y le estrechó las manos.

—¡Tienes razón, Sonia,! Toda esta charla es absurda... Mi madre, como tú sabes, está casi sin recursos. La casualidad permitió que mi hermana recibiera cierta educación; actualmente se halla condenada a servir de institutriz. Todas sus esperanzas se cifraron exclusivamente en mí, y empecé a estudiar en la Universidad; pero, por falta de recursos, tuve que interrumpir mis estudios. Supongamos que los hubiera continuado. Poniéndose en lo mejor, hasta dentro de diez o quince años no hubiera podido ganar nada. (Parecía recitar una lección.) Pero, de aquí a entonces, los cuidados y las penas hubieran minado la salud de mi madre; y, en cuanto a mi hermana..., es probable que le hubiera ido peor. Privarse de todo, dejar a una madre en la miseria, sufrir el deshonor de una hermana... ¿Es esto vida? Y, todo, ¿para qué? Después de enterrar a los míos, hubiera podido fundar una nueva familia, ¡exponiéndome a que mi mujer y mis hijos murieran de hambre! Pues bien...; en tal situación, me dije que con el dinero de la vieja dejaría yo de ser una carga para mi madre, volvería a entrar en la Universidad y aseguraría mi porvenir... ¡Y aquí

lo tienes todo explicado! Fuí culpable al matar a la prestamista... Pero... ¡basta!

Rascolnikof parecía rendido.

—¡No es eso, no! —exclamó Sonia en voz dolorosa—. ¡No es posible, hay otra cosa!

—¡Piensas que pueda haber otra cosa! ¡Pues te he dicho la verdad!

—¡La verdad! ¡Oh, Dios mío!

—Después de todo, Sonia, yo maté a un reptil repugnante, a un sér infame y malvado...

—Pero ese sér malvado era un sér humano.

—Ya sé que no era realmente un reptil —agregó Rascolnikof, mirándola con extrañeza—. Pero lo que digo no tiene sentido común. Tienes razón, Sonia, no es eso. ¡Otros motivos fueron los que me obligaron a matar...! Pero hace mucho tiempo que no hablo con nadie, Sonia..., y esta conversación me ha producido un gran dolor de cabeza.

Sus ojos brillaban con resplandor febril. El delirio se había apoderado de él; una inquieta sonrisa vagaba por sus labios. Bajo su ficticia animación notábase un extremado cansancio.

Sonia comprendió que sufría mucho. Ella también empezaba a perder el juicio.

—¡Qué extraño lenguaje! —se decía—. ¡Dar semejantes explicaciones como plausibles!

No podía comprender aquel misterio, y se retorcía las manos en su desesperación.

—¡No, Sonia, no es eso!—prosiguió, levantando de pronto la cabeza.

Sus ideas habían tomado nuevo giro, y parecíale haber ganado en vivacidad.

—¡No es eso! Figúrate que estoy lleno de amor propio, que soy envidioso, malo, vengativo, y, además, propenso a la locura. Antes te dije que me había visto obligado a dejar de ir a la Uni-

versidad. Pues bien; quizá hubiera podido seguir mis estudios. Mi madre habría pagado mis matrículas; con mi trabajo hubiera yo ganado lo preciso para comer y vestir, ¡y hubiera logrado lo que pensaba! Pero me hallaba exasperado y no quise trabajar. ¡*Exasperado*, sí! Y entonces me encerré en mi habitación como la araña en su tela. Conoces aquel tabuco, has estado en él... ¿Sabes, Sonia, que el alma se ahoga en las habitaciones estrechas y bajas? ¡Oh, qué odio me inspiraba aquel cuchitril! Y sin embargo, no quería salir de él. Permanecía encerrado días enteros, siempre tendido, sin ganas de trabajar, sin cuidarme ni de comer.

Si Nastuchka me trae algo —pensaba— comeré. Si no, pasaré sin comida.

Me hallaba demasiado irritado para pedir nada. Había renunciado al estudio y vendido todos mis libros; hay una pulgada de polvo sobre mis apuntes y mis cuadernos. No tenía luz para alumbrarme por la noche; para comprar bujías era preciso trabajar, ganar dinero, que era lo que yo no quería: prefería soñar en mi diván. Inútil decir cuáles eran mis sueños. Entonces comencé a pensar... ¡Pero no, no es esto! ¡No refiero las cosas como son...! Yo siempre me estaba preguntando: Puesto que sabes que los demás son necios, ¿por qué no tratas de ser más inteligente que ellos? Pronto reconocí, Sonia, que si se hubiera de esperar el momento en que todo el mundo fuese inteligente sería necesario tener muchísima paciencia. Más tarde me convencí de que semejante momento nunca llegará, nunca: los hombres jamás cambiarán, y se pierde el tiempo tratando de modificarlos. ¡Sí, así es! ¡Tal es su ley...! Ahora sé, Sonia, que el amo, entre todos, es el que posee inteligencia superior! El que se atreva mucho es

el que para los demás tiene razón! ¡El que los desafíe y los desprecie les impone respeto! ¡Esto es lo que siempre se ha visto, lo que se verá siempre! Sería necesario estar ciego para no darse cuenta de ello.

Mientras hablaba, Rascolnikof miraba a Sonia; pero sin que le importase saber si le comprendía. Hallábase en camino de experimentar una sombría exaltación. Mucho tiempo hacía, efectivamente, que no había hablado con nadie.

La joven comprendió que aquel feroz catecismo era su fe y su ley.

—Entonces me convencí, Sonia —continuó Rascolnikof, acalorándose cada vez más—, de que el poder sólo es concedido al que se atreve a inclinarse para tomarlo. Todo está ahí: basta atreverse. Desde el día en que esta verdad se me reveló, clara como el sol, quise *atreverme*, y maté. Sólo quise llevar a cabo un acto de audacia, Sonia. No fué otro el móvil de mi acción.

—¡Oh, callaos, callaos! —exclamó la joven fuera de sí—. Os alejasteis de Dios, y Dios os castigó, os entregó al demonio...

—A propósito, Sonia. Cuando todas aquellas ideas me asaltaban en la obscuridad del aposento, ¿era que el diablo iba allí a tentarme, verdad?

—¡Callaos! ¡No os burléis, impío! ¡Vos no comprendéis esto! ¡Oh, Señor! ¡No lo comprenderá!

—Calla, Sonia, yo no me burlo de nada. Sé muy bien que el diablo me arrastró. ¡Calla Sonia, calla! —replicó con insistencia—. ¡Todo lo sé! Cuanto pudieras hoy decirme, ya me lo dije yo mismo mientras estaba echado en el diván, rodeado de tinieblas... ¡Cuántas luchas interiores soporté! ¡Y cuán insufribles eran mis sueños, y cómo deseaba librarme de ellos para siempre!

¿Crees que fuí allá como un aturdido, como un desequilibrado? No: obré después de maduras reflexiones; esto fué lo que me perdió. ¿Piensas que me forjé una ilusión? Cuando me preguntaba si una criatura humana era un despreciable reptil, sabía que no me lo preguntaba por mí, sino por el audaz que no se hace esta pregunta y que obra sin atormentar su cerebro con tal duda... Por último, el solo hecho de plantearme este problema: «¿Napoleón hubiera matado a la vieja?», bastaba a probarme que yo no era un Napoleón... Finalmente, renuncié a buscar explicaciones sutiles: quise matar sin pensarlo, ¡matar por mí, por mí sólo! Hasta en asunto como éste, desdeñé fantasear con mi conciencia. Si maté, no lo hice para aliviar el infortunio de mi madre, ni para consagrar al bien de la humanidad el poder y la riqueza que, a mi entender, me ayudaría a conquistar aquel crimen. ¡No, no! ¡Todo esto estaba lejos de mi espíritu! En el momento, sin duda que no me inquietaba saber si haría bien a alguien o si toda mi vida sería un parásito social... El dinero no fué para mí el principal móvil del asesinato: otra razón más me determinó a cometerlo... Ahora lo veo... Compréndeme: Si de nuevo fuera dueño de hacer o no hacer lo que hice, es probable que no lo hiciera. Pero entonces tenía prisa por saber si el sér humano era un gusano vil o un hombre en la verdadera acepción de la palabra; si tenía o no en mí la fuerza para franquear el obstáculo; si era una criatura cobarde o si tenía *derecho*...

—¿Derecho a matar?—atajó Sonia, estupefacta.

—¡Sonia!—exclamó Rascolnikof, con disgusto.

Una respuesta le vino de pronto a los labios, pero se abstuvo desdeñosamente de formularla.

—¡No me interrumpas! —continuó—. Sólo una

cosa quisiera demostrarte. El diablo me llevó a casa de la vieja, y en seguida me probó que no tenía derecho a ir, desde el momento en que yo soy tan vil gusano como los demás. ¡El diablo se burló de mí! ¿Hubiera venido a verte, si no fuese un mal bicho? Escucha: cuando fuí a casa de la vieja, mi propósito era hacer un *experimento*... ¡Sabe esto!

—¡Y matasteis! ¡matasteis!

—Pero ¿cómo maté? ¿Se mata de tal modo? ¿Se obra como obré, cuando se va a matar? Cualquier día sabrás todos los detalles... ¿Acaso maté yo a la vieja...? ¡No, me maté a mí mismo, me perdí para siempre...! En cuanto a la vieja, no yo, el diablo fué su asesino... ¡Basta, basta, Sonia, basta...! ¡Déjame! —exclamó súbitamente con voz desgarradora—. ¡Déjame!

Rascolnikof apoyó los codos en las rodillas y oprimió su cabeza con las manos.

—¡Qué tormento!—gimió Sonia.

—Bueno, y ¿qué hacer ahora? Dímelo tú—preguntó él, levantando de pronto la cabeza.

Sus facciones estaban horriblemente demudadas.

—¡Qué hacer!—exclamó la joven.

Y avanzó hacia él. Sus ojos, hasta entonces llenos de lágrimas, brillaron de repente.

—¡Levántate!

Diciendo esto asió a Rascolnikof por los hombros. El se incorporó y miró a Sonia con sorpresa.

—Ve en seguida, en este momento mismo, y prostérnate y besa el suelo que manchaste; di luego en voz alta a todo el mundo: «¡Yo he matado!» Y Dios te devolverá la vida. ¿Irás? ¿irás? —le preguntó toda temblorosa, estrechando sus

manos cada vez con más fuerza y fijando en él sus ojos encendidos.

Aquella exaltación súbita de la joven sumió a Rascolnikof en estupor profundo.

—¿Luego quieres que vaya a presidio, Sonia? ¿Crees que debo denunciarme, verdad?—dijo con aire sombrío.

—Es preciso que aceptes la expiación y por ella te redimas.

—No, no me denunciaré, Sonia.

—¿Y vivir? ¿Cómo vivirás? —replicó ella con energía—. ¿Es posible esto ya? ¿Cómo podrás soportar la presencia de tu madre? (¡Oh! ¿Qué será de ellas ahora?) Pero, ¿qué digo? ¡Ya la abandonáste, y también abandonas a tu hermana! Por eso rompiste las relaciones con tu familia. ¡Oh, Dios mío! —exclamó—. ¡El mismo comprende ya su situación! ¿Cómo, pues, vivir fuera de la sociedad? ¿Qué va a ser de ti?

—Sé razonable, Sonia —dijo dulcemente Rascolnikof—. ¿Por qué he de ir a entregarme a la justicia? ¿Qué diría a aquellas gentes? Todo esto nada significa... Ellos degüellan miles de personas, y hacen un mérito. ¡Son malvados y viles, Sonia...! ¡No iré! ¿Qué les diría? ¿Que cometí un asesinato, y que no atreviéndome a aprovecharme del dinero robado, lo oculté debajo de una piedra? Se burlarían de mí, dirían que soy un imbécil y un cobarde. Ellos, Sonia, no me comprenderían: son incapaces de comprenderme. ¿Por qué he de ir a entregarme? No iré. Sé razonable, Sonia...

—¡Llevar en el alma semejante peso! ¡Y toda la vida, toda la vida!

—Me acostumbraré a ello... —respondió Rascolnikof con gesto feroz—. Escucha —prosiguió

un instante después—. Basta de lágrimas. Hora es ya de hablar seriamente. Vine a decirte que en la actualidad se me busca, que se me quiere detener...

—¡Ah!—dijo Sonia espantada.

—Pero, ¿qué te pasa? Puesto que tú misma quieres que vaya a presidio, ¿por qué te horrorizás? Sólo que aun no me tienen en su poder. Y nada conseguirán. No tienen indicios positivos. Todas sus pruebas ofrecen dos interpretaciones opuestas, es decir, que los cargos contra mí pueden explicarse a favor de mi causa, ¿comprendes?; y que no me vería apurado para defenderme, porque en la actualidad he adquirido bastante experiencia... Pero con seguridad que se me detendrá. A no mediar una circunstancia fortuita, es probable que hoy mismo me hubieran encarcelado, y aun estoy expuesto a ser detenido antes de la noche... Mas no importa, Sonia: me detendrán, pero se verán obligados a excarcelarme por lo que te he dicho. Basándose en suposiciones como las suyas, es imposible condenar a nadie. Y basta. Sólo quería prevenirte... En cuanto a mi madre y a mi hermana, me arreglaré de manera que no se inquieten. Parece que mi hermana está ahora al abrigo de la necesidad; puedo, pues, tranquilizarme en lo concerniente a mi familia... Y he aquí cuanto pasa. Sé prudente. ¿Irás a visitarme cuando esté preso?

—¡Oh, sí, sí!

Estaban sentados uno junto a otro, tristes y abatidos como dos náufragos lanzados por la tempestad a una isla desierta. Mirando a aquella joven, Rascolnikof comprendió cuánto ella le amaba. ¡Y cosa extraña! la inmensa ternura de que era objeto le causó súbitamente una impresión dolorosa. Había ido a casa de Sonia, repitiéndose

que su solo refugio, su única esperanza, estaban en ella; había cedido a una irresistible necesidad de confiar su pena; y cuando la joven le daba todo su corazón, reconocía que era infinitamente más desgraciado que antes.

—Sonia —dijo—, mejor es que no vayas a verme cuando esté detenido.

Sonia no respondió; lloraba. Pasaron unos minutos.

—¿Llevas contigo una cruz?—preguntó de pronto, como asaltada por una idea repentina.

Al principio, Rascolnikof no comprendió la pregunta.

—¿No la tienes? Pues bien, toma ésta; es de madera de ciprés. Tengo otra de cobre, regalo de Isabel... Toma, ésta es la mía —insistió—. Juntos iremos a la expiación, juntos llevaremos la cruz.

—¡Dámela! — dijo Rascolnikof, para no apenarla.

Y alargó la mano; pero casi en seguida la retiró.

—No, ahora no, Sonia. Más adelante será mejor—agregó, a modo de concesión.

—Sí, sí: más adelante —respondió ella con calor—. Te la daré cuando llegue el momento de la expiación. Vendrás a mi casa, te la pondré al cuello, rezaremos una oración, y partiremos juntos.

En aquel instante, dos golpes resonaron en la puerta.

—Soffa Semenovna: ¿se puede entrar?—dijo una voz débil y muy conocida.

Llena de inquietud, Sonia corrió a abrir.

El visitante no era otro que el señor Lebeziatnikof.

V

Andrés Semenovitch tenía el rostro alterado.

—Vengo a buscaros, Sonia. Dispensadme... Sabía que os hallaría aquí —dijo bruscamente a Rascolnikof—. No es que me imaginara nada malo..., no creáis...; pero justamente pensaba... Catalina Ivanovna ha regresado a su habitación. Está loca —concluyó, dirigiéndose nuevamente a Sonia.

La joven lanzó un grito.

—Lo parece, al menos. Y no sabemos qué hacer... La han arrojado del lugar adonde había ido... Probablemente habrá sido a palos... Y ahora expone sus proyectos a todo el mundo, sin excluir a Amalia Ivanovna. Dice que, como no le queda ningún recurso, tocará un organillo por la calle, sus hijos cantarán, bailarán e implorarán la caridad de los transeuntes. Todos los días irá a pedir limosna bajo las ventanas de la casa del jefe de Simón Zakharitch, que hoy no quiso escucharla... «—Se verá —dice— cómo los hijos de una familia noble piden limosna por las calles.» Pega a todos sus hijos y los hace llorar. Enseña una canción a su hija mayor, y da lecciones de baile a los pequeños. Desgarra sus ropas para hacer trajes de saltimbanqui, y, a falta de instrumento músico, quiere llevarse una cuba a guisa de tambor... ¡No tolera ninguna observación...! ¡No podéis imaginaros aquello!

Lebeziatnikof hubiera hablado mucho; pero Sonia, que le escuchaba casi sin respirar, tomó de pronto el sombrero y la mantilla y se lanzó fuera

de la habitación. Conforme andaba, se iba vistiendo.

Los jóvenes la siguieron.

—Está completamente loca —dijo Andrés a Rascolnikof—. He dicho que lo parecía, para no asustar a Sonia; pero no cabe duda. Parece que en el cerebro de los tísicos se forman tubérculos. ¡Lástima que yo no sepa medicina! Por otra parte, ya intenté aplacarla; pero Catalina Ivanovna no escucha a nadie.

—¿Le hablasteis de tubérculos?

—No, precisamente de tubérculos, no. No me hubiera entendido. Pero lo que yo pienso es esto. Si, con ayuda de la lógica, se puede persuadir a cualquiera de que no debe llorar, no llorará... Esto es claro. ¿Por qué, pues, a vuestro juicio, ha de seguir llorando?

—Si eso fuera así, la vida sería demasiado fácil —respondió Rascolnikof.

Al llegar ante su casa saludó a Lebeziatnikof y dirigióse hacia su aposento.

Cuando se halló en él, Rascolnikof se preguntó por qué había regresado.

Se acercó a la ventana, se asomó a ella y vió... lo que cien mil veces más había visto.

Abandonó su puesto de observación y se sentó en el diván.

¡Nunca había experimentado tan terrible sensación de aislamiento!

Sí, de nuevo sentía que, en efecto, detestaba a Sonia, y que la detestaba después de haber aumentado su infortunio. ¿Por qué había ido a hacerla derramar lágrimas? ¿Qué necesidad tenía de envenenar su vida? ¡Oh vileza!

—Seguiré solo —se dijo resueltamente—. Y ella no irá a verme cuando esté preso.

Cinco minutos después alzó la cabeza y sonrió a una idea extraña que le asaltó de improviso.

—Quizá sea mejor, efectivamente, ir a trabajos forzados—pensaba.

De repente se abrió la puerta, y apareció Advotia Romanovna.

La joven se detuvo en el umbral, mirando hacia dentro como miraba él antes a Sonia. Luego se acercó y sentóse frente a él.

Rascolnikof la contempló en silencio, sin leer ninguna idea en sus ojos.

—No te enfades, hermano mío; sólo vengo por un minuto—dijo Dunia.

Estaba seria, mas no severa; su mirada tenía una dulce limpidez.

El joven comprendió que el paso que daba su hermana era impuesto por el cariño.

—Hermano mío; ya lo sé todo. Demetrio Prokofitch me lo ha contado. Se te persigue, se te atormenta, eres objeto de sospechas tan insensatas como odiosas... Demetrio Prokofitch supone que no hay nada que temer y que te inquietas en balde. No soy de su opinión. Perfectamente me explico el desbordamiento de indignación que en ti se ha producido, y no me sorprendería que tu vida entera se resintiese a este golpe. Es lo único que temo. Te separaste de nosotras... No juzgo tu resolución, no me atrevo a juzgarla, y te suplico que me perdones las reconvenciones que te dirigí. Creo que en tu lugar haría lo que tú. Procuraré que mamá ignore todo esto, pero constantemente le hablaré de ti, diciéndole de tu parte que no tardarás en ir a verla. No te inquietes por ella.. La tranquilizaré; pero tú, por tu parte, no la apenes. Ve, aunque no sea más que una vez: ¡piensa que es tu madre! Mi solo objeto al hacerte esta visita, era decirte —conclu-

yó Dunia levantándose— que si, por casualidad, me necesitaras, fuese para lo que fuese, tuya soy hasta morir... Llámame, y vendré... ¡Adiós!

Le volvió la espalda, y se dirigió hacia la puerta.

—¡Dunia! —dijo Rascolnikof, levantándose y avanzando hacia ella—. Ese Razumikin, Demetrio Prokofitch, es un excelente hombre.

Dunia se ruborizó ligeramente.

—¿Y qué?—preguntó después de un momento.

—Es un hombre activo, laborioso, honrado y capaz de un cariño verdadero... ¡Adiós, Dunia!

La joven se había puesto encarnadísima; de repente sintió miedo.

—Pero ¿es que nos separamos para siempre, hermano mío? ¡Parece que me lees tu testamento!

—No importa... ¡Adiós!

Y apartándose de ella, se dirigió hacia la ventana.

La joven esperó un momento, le miró con inquietud y se retiró toda turbada.

¡No, no era indiferencia lo que su hermana le inspiraba! Había tenido un instante (el último) en que sintiera violento deseo de abrazarla, de despedirse de ella y de decírselo todo. Sin embargo, no tuvo valor ni amor para tenderle la mano.

—Pero luego se estremecería al recordarlo, diría que le robé un beso.

»Y, además, ¿soportaría semejante confesión?— añadió mentalmente, algunos instantes después.

»No, no la soportaría. *Estas mujeres* no saben soportar nada.

Y su pensamiento volvió a Sonia.

Por la ventana entraba el aire fresco. La noche se acercaba. Rascolnikof tomó bruscamente su gorra y salió a la calle.

Sin duda no podía ni quería ocuparse de su

salud. Pero aquellos terrores, aquellas angustias continuas debían tener sus consecuencias, y si la fiebre aun no le había aniquilado, era, gracias a la fuerza ficticia que momentáneamente le prestaba su agitación moral.

Vagaba sin objeto. El sol se había puesto. Desde hacía algún tiempo, Rascolnikof experimentaba un sufrimiento que, sin ser agudo, se ofrecía con carácter de duración. Entreveía largos años de mortal ansiedad, «la eternidad en el espacio de un pie cuadrado».

Ordinariamente, era por la noche cuando más le obsesionaba aquel pensamiento.

—¡Con este estúpido malestar físico que produce la puesta del sol, no es extraño hacer tonterías! Iré a casa de Sonia, y a la de Dunia—murmuraba con agitación.

Al oirse llamar se volvió. Lebeziatnikof le seguía corriendo.

—He estado en vuestra casa; os busco. Catalina Ivanovna ha puesto su programa en ejecución: ha salido con los niños. Gran trabajo nos ha costado a Sonia y a mí el encontrarlos. Lloran los angelitos. Se paran en mitad de la calle, ante las tiendas, y van seguidos de una multitud de imbéciles. Vamos pronto.

—¿Y Sonia?—preguntó con inquietud Rascolnikof, que se apresuró a seguir a Andrés Semenovitch.

—Ha perdido el juicio... No Sonia, sino Catalina. Por otra parte, quizá pueda opinar lo mismo de la joven. Cuanto a la de Catalina Ivanovna, es verdadera locura... Van a ser todos conducidos a la prevención, y figuraos el efecto que esto le producirá. Ahora están en el canal, cerca del puente ***, no lejos de casa de Sofía Semenovna. Llegamos en seguida.

En el canal, a poca distancia del puente, hallábase estacionada gran multitud, compuesta, en su mayor parte, de niños de ambos sexos.

Cubierta la cabeza con un mal sombrero de paja, vestida con su estropeada ropa, sobre la que se había echado un viejo chal, Catalina Ivanovna justificaba demasiado las palabras de Andrés Semenovitch. Estaba agitadísima y alentaba temblorosamente. Su rostro de tísica expresaba más su sufrimiento que nunca (los tísicos tienen peor aspecto en la calle, a la luz del sol, que dentro de casa), pero, no obstante su debilidad, era presa de una excitación, que aumentaba por momentos.

Se lanzaba sobre los niños, los reprendía vivamente, se entregaba delante de todo el mundo, a la educación coreográfica y musical de sus hijos, recordándoles por qué era necesario bailar y cantar; luego, desolada al ver su falta de aptitud, empezaba a pegarles.

Interrumpía tales ejercicios para dirigirse al público, y, no bien entre los que le rodeaban veía una persona vestida decentemente, se acercaba a ella para explicarle a qué extremo se veían reducidos los hijos «de una familia noble aristocrática». Si oía risas o frases burlonas, disputaba con los insolentes.

El hecho era que muchas personas bromeaban, otras meneaban la cabeza en señal de lástima, y todos, en general, miraban curiosamente a aquella loca rodeada de niños asustados.

Lebeziatnikof se había engañado al hablar de la cuba. Rascolnikof no la vió, por lo menos. Para acompañarse, Catalina Ivanovna palmoteaba cadenciosamente, mientras que Poletchka cantaba y Lena y Kolia bailaban. En ocasiones trataba la madre de cantar; pero, regularmente, la

segunda nota era interrumpida por un golpe de tos. Y entonces se desesperaba, maldecía de su enfermedad y no podía menos de llorar.

Lo que sobre todo la ponía fuera de sí era el llanto y el temor de Kolia y de Lena, sus hijos menores, vestidos como dijo Lebeziatnikof, con harapos, que los hacían aparecer miserables saltimbanquis.

Poletchka llevaba su ropa de todos los días. No se retiraba de su madre, cuyo trastorno intelectual adivinaba, y mirándola tímidamente, trataba de ocultarle sus lágrimas. La infeliz estaba asustada de verse en medio de la calle y entre aquella multitud.

Sonia seguía a Catalina Ivanovna, y sin cesar le suplicaba que volviese a su casa. Pero la loca se mostraba inflexible.

—¡Calla, Sonia! —balbuceaba tosiendo—. No sabes lo que dices. Eres una niña. Ya te he dicho que no volveré a casa de aquella borracha. Que todo el mundo, que todo San Petersburgo vea reducidos a la mendicidad a los hijos de un noble padre que lealmente sirvió toda su vida al país, y que se puede decir murió sirviéndole. (Catalina Ivanovna había logrado albergar aquellá idea en su cabeza, y le hubiera sido completamente imposible abandonarla.) ¡Que el granuja del general (jefe de Simón Zakharitch) sea testigo de nuestra miseria! ¡Pero qué tonta eres, Sonia! ¿Comer? ¡Ya te explotamos bastante! ¡No quiero...! ¡Ah, Rodion Romanovitch! ¿Sois vos? —exclamó al ver a Rascolnikof.

Y se dirigió hacia él.

—¡Haced comprender a la inocente que éste es para nosotros el mejor partido!

Rascolnikof trató de persuadirla de que debía volver a su casa. Creyendo influir sobre su amor

propio, hízola observar que no era conveniente ir de aquella manera por las calles cuando abrigaba el pensamiento de abrir un colegio para jóvenes nobles...

—¡Un colegio! ¡Ja, ja! ¡Qué buena broma!—exclamó Catalina Ivanovna. Después de reir, tuvo un violento acceso de tos—. ¡No, Rodion Romanovitch, el sueño se ha desvanecido! ¡Todo el mundo nos abandonó! Pero de todos me río. ¡Yo mantendré a mis hijos sin necesidad de humillarme ante nadie! ¡Bastante la hemos martirizado! —añadió mirando a Sonia—. Poletchka, ¿qué dinero hemos recogido? ¡Cuenta! ¡Cómo! ¡Dos *copeks* nada más! ¡Los muy ladrones no dan nada! ¡Se contentan con seguirnos, con tirarnos de la lengua! ¿Y por qué ríe aquél? (Mostraba a uno de los que miraban.)

¡Siempre por culpa de Kolia! Por su falta de inteligencia se burlan de nosotros. ¿Qué quieres, Poletchka? Háblame en francés. Te he dado lecciones y sabes algunas frases. Si no, ¿cómo conocerá nadie que pertenecemos a una noble familia, que sois niños bien educados; no vulgares músicos ambulantes? Dejaremos a un lado las canciones triviales; sólo cantaremos delicadas romanzas... ¡Ah, sí! ¿Qué cantaremos ahora? Siempre me interrumpís y... Ya lo veis, Rodion Romanovitch: nos hemos detenido para elegir nuestro repertorio, porque, como supondréis, esto nos cogió de improviso, nada teníamos dispuesto, y por fuerza hemos de tener un ensayo preliminar. En seguida iremos a la perspectiva Neosky, donde hay muchas personas de escogida sociedad y donde se nos conocerá inmediatamente. Cantaremos en francés, *Cinq sous*. Ya os enseñé esa canción. ¿La recordáis? Como se trata de un aire francés, en seguida se notará que pertene-

cemos a la nobleza, lo cual será mucho más conmovedor... Podríamos agregar *Malbrough s'en va-t-en guerre...*; tanto más, cuanto que esta canción es infantil y se usa en todas las casas aristocráticas para dormir a los niños.

«Mambrú se fué a la guerra.
no sé cuándo vendrá...»

—comenzó a cantar—. ¡Pero no! ¡Mejor es «Cinco sueldos»! ¡Ea, Kolia: la mano en la cadera! ¡Lista! ¡Y tú, Lena, ponte de frente a él! Poletchka y yo acompañaremos.

«Cinco sueldos, cinco sueldos,
para alhajar nuestra casa.»

¡J ji! ¡j ji! ¡j ji! Poletchka, súbete esa ropa; se te cae de los hombros—agregó, empezando a toser nuevamente—. Ahora se trata de presentarse convenientemente y de enseñar lo bien formado del pie, para que se vea que sois hijos de un noble... ¡Otro soldado! ¿Qué deseas, imbécil?

—Está prohibido —respondió el aludido, un gendarme que se había acercado—, está prohibido producir escándalo en las calles. Os ruego que seáis más comedida.

—¡Eres un importuno! ¡Estoy en el mismo caso que los organilleros! ¡Dejadme en paz!

—Los organilleros deben obtener licencia, vos no la tenéis y dais lugar a que se formen grupos en las calles. ¿Dónde vivís?

—¿Qué es eso de licencia? —vociferó Catalina

Ivanovna—. Hoy enterré a mi marido. Me parece que esto es una licencia.

—Calmaos, señora —exclamó, interveniendo, un empleado que poco antes había dado limosna a los infelices—. Venid, os acompañaré... No os halláis en vuestro sitio en medio de esta multitud... ¡Estáis enferma...!

—¡Vos no sabéis nada, caballero! —gritó Catalina Ivanovna—. Tenemos que ir a la perspectiva Neosky... ¡Sonia, Sonia! ¿Dónde está? ¡Llora también! Pero ¿qué tenéis todos...? ¡Kolia, Lena! ¿Dónde estáis? —exclamó con repentina inquietud—. ¡Oh, necias criaturas! ¡Kolia! ¡Lena! Pero ¿dónde están...?

Viendo que un soldado iba a detenerlos, Kolia y Lena, ya muy asustados por la presencia de la multitud y las excentricidades de su madre, invadidos por un terror loco, escaparon a todo correr.

La infeliz Catalina Ivanovna, llorando y gimiendo, se lanzó en su persecución. Sonia y Poletchka corrieron tras de ella.

—¡Hazlos volver, Sonia; llámalos! ¡Oh, qué criaturas más tontas y más ingratas...! ¡Cógemelos, Poletchka...! ¡Después que por vosotros...!

En su carrera, uno de sus pies tropezó, y la infeliz cayó de bruces.

—¡Se ha herido! ¡Está llena de sangre! ¡Oh, Dios mío!—exclamó Sonia, inclinándose sobre su madrastra.

Pronto se formó un grupo en derredor de las dos mujeres.

Rascolnikof y Lebeziatnikof fueron los primeros en acudir. Tras de ellos corrieron el empleado y el gendarme.

Catalina Ivanovna fué conducida a casa de Sonia.

La habitación se vió pronto llena de curiosos, entre los cuales, de repente, apareció Svidrigaylof.

Ignorando que habitara en aquella casa, Rascolnikof quedóse admirado al verle.

Se habló de llamar a un médico y a un sacerdote. El empleado consideraba inútiles los auxilios de la ciencia, y así lo dijo a Rascolnikof; sin embargo, hizo lo necesario para procurar socorro a la enferma. Kapernaunof, el patrón de Sonia, fué en busca de un doctor.

Mientras tanto, Catalina Ivanovna estaba algo más tranquila, y la hemorragia había cesado momentáneamente. La infortunada clavó una mirada doliente, pero fija y penetrante, en la pobre Sonia, que, pálida y temblorosa, le limpiaba la frente con un pañuelo. Por último, pidió que la incorporasen. Fué sentada en la cama; dos mujeres la sostuvieron.

—¿Dónde están los niños? —preguntó con voz débil—. ¿Los trajiste, Poletchka...? ¡Oh, los imbéciles! —exclamó al verlos—. ¿Por qué os escapasteis...? ¡Oh!

La sangre aún cubría sus labios secos. Paseó la mirada por la habitación.

—¡En este tabuco vives, Sonia...! ¡Ni una sola vez había venido por tu casa...! ¡Ha sido preciso esto para que la vea...!

Dirigió a la aludida una mirada llena de compasión.

—Te hemos sacrificado, Sonia... Kolia, Lena, Poletchka..., venid... Ahí los tienes, Sonia: tómalos... En tus manos los pongo... Yo... ya tengo bastante. ¡El baile ha concluído! ¡Dejadme, dejadme morir tranquila!

Fué obedecida. Se dejó caer sobre la almohada.

—¿Qué? ¿Un sacerdote? No le necesito. ¿Acaso tenéis un rublo de sobra, por casualidad...? ¡En mi conciencia no hay manchas...! Y aun cuando las hubiera, Dios debe perdonarme... ¡Sabe cuánto he sufrido...! ¡Tanto peor si no me perdona...!

Sus ideas se confundían más cada vez. A menudo se estremecía, miraba en torno suyo, y durante un minuto contemplaba a los que la rodeaban; pero en seguida volvía a ser presa del delirio. Respiraba penosamente. Se oía como un bullicio en su garganta.

—¡Le dije «Excelencia»! —gritaba, deteniéndose después de cada palabra—. ¡Esta Amalia Ludwigovna...! ¡Ah, Lena, Kolia! ¡La mano a la cadera! ¡Pronto! ¡Y desligaos, desligaos...! ¡Golpea tú con los pies...! ¡Sé gracioso!

Du hast Diamanten und Perlen... (1)

¿Qué sigue? No; es esto lo que hay que cantar...

Du hast die schönsten Augen...
Mädchen, was willst du mehr? (2)

¡Verdad! ¿Qué más quiere la imbécil...? ¡Ah! ¿Y esto?

En un valle del Daghestan
que el sol quema con sus rayos...

---

(1) Tienes diamantes y perlas...
(1) Tienes los más lindos ojos... ¿Qué más ambicionas, niña?

¡Ah, cómo me gustaba! ¡Cómo me gustaba esta romanza, Poletchka...! ¡Tu padre la cantaba durante nuestro matrimonio...! ¡Oh, qué días...! ¡He aquí lo que debíamos cantar! ¡Sí! ¿Y por qué no? ¡Cómo! ¿Lo he olvidado...? Pero, ¡recordadme cómo sigue!

Presa de extraordinaria agitación, la infeliz hacía esfuerzos para levantarse. Por fin, con voz ronca, ahogada y siniestra, comenzó, alentando a cada palabra y expresando en su rostro creciente espanto:

En un valle... del Daghestan...
que el sol... quema con sus rayos...
con un balazo en el pecho...

Luego, de repente, Catalina Ivanovna rompió a llorar y con desconsuelo conmovedor:

—¡Excelencia! —exclamó—. ¡Proteged a los huérfanos! ¡En recuerdo de la hospitalidad recibida en casa de Simón Zakharitch...! ¡Una casa que puede decirse hasta aristocrática...! Se estremeció súbitamente, y como tratando de recordar dónde estaba, miró con una especie de angustia a todos los presentes. Reconociendo a Sonia, pareció sorprendida.

—¡Sonia, Sonia! —exclamó en voz dulce y tierna—. ¡Querida Sonia! ¿Estás ahí?

De nuevo la levantaron.

—¡Basta...! ¡Esto ha concluído...! ¡La bestia ha muerto!—gritó la infeliz enferma con acento de amarga desesperación.

Y dejó caer la cabeza sobre la almohada.

Se adormeció una vez más, pero no para mucho tiempo. Su amarillo y flaco rostro se echó

atrás, abrióse su boca, sus piernas se estiraron convulsivamente, dejó escapar un profundo suspiro, y murió.

Sonia, más muerta que viva, se precipitó sobre el cadáver, lo estrechó en sus brazos y apoyó la cabeza en el pecho de la difunta. Poletchka empezó a sollozar, besando los pies de su madre. Kolia y Lena, dándose cuenta igualmente de aquella catástrofe espantosa, pasaron sus brazos el uno por el cuello del otro, y, después de mirarse a los ojos, comenzaron a gritar.

Rascolnikof se dirigió hacia la ventana. Lebeziatnikof se apresuró a acercarse.

—¡Ha muerto!—dijo.

Svidrigaylof se aproximó a éllos.

—Rodion Romanovitch, quisiera dirigiros dos palabras.

Lebeziatnikof los dejó solos. Svidrigaylof llevó aparte a Rodion, que estaba muy intrigado al notar sus modales.

—De todos estos asuntos, es decir, de la inhumación y lo demás, yo me encargaré. Sabéis que todo cuesta dinero; y como os dije, yo lo tengo y no me sirve para nada. En cuanto a los niños los haré ingresar en un colegio de huérfanos, donde estarán bien, y colocaré una suma de mil quinientos rublos por cada uno, para que les sean entregados al cumplir la mayor edad, a fin de que Sofía Semenovna no tenga que ocuparse de ellos. Por lo que a Sofía respecta, la retiraré del lupanar, porque es una buena chica. ¿No lo creéis así? Podéis comunicar a Advotia Romanovna el uso que hago de su dinero.

—¿Con qué fin os mostráis tan generoso?—preguntó Rascolnikof.

—¡Qué escéptico sois! —respondió riendo Svi-

drigaylof—. Ya os dije que este dinero no me era necesario. Pues bien, obro puramente por humanidad. ¿Acaso no admitís esto? Después de todo —agregó, indicando con el dedo el extremo del aposento en que reposaba la difunta—, esta mujer no era un «mal reptil» como cierta usurera. ¿Convenís en que valía más «que ella muriera y que Lugin viviese para cometer infamias»? Sin mi ayuda, Poletchka, por ejemplo, se vería condenada a arrastrar la misma vida que su hermana...

Su tono alegremente malicioso estaba lleno de intención y, mientras hablaba, no apartaba los ojos de Rascolnikof.

Este palideció y sintióse estremecer al oír las expresiones textuales de que se sirviera en su conversación con Sonia. Retrocedió bruscamente, mirando a Svidrigaylof con aire extraño y tartamudeó.

—¿Cómo... sabéis?

—Es que yo habito aquí, al otro lado de esa pared, en casa de la señora Resslich, mi venerable y excelente amiga. Soy vecino de Sonia.

—¿Vos?

—Yo —continuó Svidrigaylof, que reía hasta retorcerse—. Y os doy mi palabra de honor, muy querido Rodion Romanovitch, de que me habéis interesado extraordinariamente. Os dije que volveríamos a encontrarnos; tenía ese presentimiento... ¡Y así ha sido! Ya veréis cómo soy hombre discreto y tratable; ya veréis cómo se puede vivir conmigo...

SEXTA PARTE

I

La situación de Rascolnikof era extraña: hubiérase dicho que una especie de niebla le envolvía y le aislaba de los demás hombres. Cuando, después, recordaba esta época de su vida, adivinaba que en ocasiones había debido perder la conciencia de sí mismo, y que aquel estado duró, con ciertos intervalos lúcidos, hasta la catástrofe definitiva. Estaba convencidísimo de que entonces había cometido muchos errores; por ejemplo: que la sucesión cronológica de los acontecimientos se le había escapado. Al menos, cuando más adelante quiso poner en orden sus recuerdos, se vió obligado a recurrir a testimonios extraños para saber muchas particularidades sobre sí mismo.

Confundía, sobre todo, un hecho con otro; o bien, consideraba tal accidente como la consecuencia de un suceso que sólo existía en su imaginación. En ocasiones veíase dominado por un miedo morboso que degeneraba en terror pánico. Recordó también que había tenido momentos, horas, quizá hasta días, en los que, en cambio, se halló sumido en una apatía lúgubre, sólo

comparable a la indiferencia de ciertos moribundos.

En general, en aquellos últimos tiempos, lejos de tratar de darse cuenta exacta de su situación, hacía esfuerzos para no pensar mucho en ella. Ciertos actos de la vida corriente, que admitían aplazamiento, se imponían a pesar suyo a su atención; y descuidaba, en cambio, los asuntos cuyo olvido, en una situación como la suya, podía serle fatal.

Tenía un miedo particular a Svidrigaylof. Desde que éste le repitiera las palabras por él pronunciadas en el aposento de Sonia, los pensamientos de Rascolnikof habían tomado una dirección nueva. Pero, aun cuando aquella complicación imprevista le inquietara extremadamente, el joven no se daba prisa para poner la cosa en claro. En ocasiones, cuando se internaba en un barrio lejano y solitario de la ciudad, cuando se veía en un mal *traktir*, sin recordar por qué casualidad se hallaba allí, de repente pensaba en Svidrigaylof, y se prometía tener lo antes posible una explicación con aquel hombre cuyo recuerdo le obsesionaba.

En las dos últimas ocasiones en que le viera, se limitaron a cambiar breves palabras, absteniéndose de abordar el punto capital, como si, por un acuerdo tácito, se hubiesen obligado a apartar momentáneamente aquella cuestión.

En la última entrevista Svidrigaylof comunicó a Rascolnikof que sus diligencias en favor de los hijos de Catalina Ivanovna habían sido fructuosas: gracias a ciertos personajes conocidos, pudo —dijo— conseguir la admisión de los tres niños en buenos asilos; los mil quinientos rublos que cada uno poseía no fueron un obstáculo para su ingreso, porque se recibía mejor a los huér-

fanos que poseyeran un pequeño capital que a los que por completo carecían de recursos. Agregó algunas palabras respecto a Sonia, prometió pasar cualquier día por casa de Rascolnikof, y dejó comprender que tenía ciertos asuntos de los cuales deseaba vehementemente tratar con él...

Mientras hablaba, Svidrigaylof no cesaba de observar a su interlocutor. De repente guardó silencio; luego preguntó, bajando la voz:

—Pero ¿qué tenéis, Rodion Romanovitch? Diríase que no estáis en vuestro sano juicio. ¡Escucháis, miráis, y parecéis no comprender! Volved en vos. Es menester que habléis un poco; desgraciadamente estoy muy ocupado, tanto por mis asuntos como por los ajenos... ¡Rodion Romanovitch! —añadió bruscamente—. ¡Todos los hombres necesitamos aire, aire, aire... sobre todo!

Y se apartó vivamente para dejar paso a un sacerdote y a un sacristán, que se disponían a subir la escalera. Iban a celebrar el oficio de difuntos. Svidrigaylof había querido que aquella ceremonia se verificase dos veces al día. Se alejó, y Rascolnikof, después de reflexionar un momento, siguió al *pope* a casa de Sonia.

Quedóse en el umbral. La ceremonia empezó con la tranquila y triste solemnidad acostumbrada.

Desde su infancia, Rascolnikof experimentaba cierto temor místico ante las fúnebres ceremonias; así es que evitaba presenciarlas. Por otra parte, aquélla tenía para él un carácter particularmente conmovedor.

Miró a los niños. Todos estaban arrodillados cerca del ataúd; Poletchka lloraba. Tras de ellos rezaba Sonia, que en vano intentaba ocultar sus lágrimas.

—En todos estos días no me ha mirado una

vez ni me ha dicho una palabra—pensó de pronto.

Termnado el ofiicio, Rascolnikof se acercó a ella.

La joven apoderóse de sus manos e inclinó la cabeza sobre el hombro del joven.

Tal demostración de amistad causó profunda sorpresa a nuestro héroe.

¡Cómo! ¡Sonia no manifestaba la menor aversión ni el menor terror hacia él! ¡No temblaba su mano!

Era aquello el colmo de la abnegación personal. Por lo menos, así lo creyó él. La joven no dijo palabra. Rascolnikof estrechó su mano, y salió.

Experimentaba un insoportable malestar. Si en el momento aquél, hubiera podido encontrar aislamiento, aun cuando su soledad hubiese sido eterna, se habría llamado feliz. ¡Desgraciado! Aunque desde hacía algún tiempo casi siempre estuviera solo, no podía decirse que lo estaba. Cuanto más solitario era el lugar en que se encontraba, más cerca se sentía de un sér invisible, cuya presencia, antes que asustarle, le irritaba.

Se apresuró, pues, a internarse en la ciudad: se mezclaba entre la multitud, penetraba en los cafés, en las tabernas, iba aquí y allá; se encontraba así más tranquilo.

Pasó una hora entera escuchando las canciones que se cantaban en una mala taberna.

Pero, por fin, la inquietud volvió a asaltarle: un recuerdo doloroso como un remordimiento empezó a torturarle.

—¡Estoy escuchando estas canciones...! ¿Es esto lo que debo hacer?—se dijo.

Adivinaba que no era ésta su única inquietud; otra cuestión que debía ser ultimada sin tardan-

za, le preocupaba; pero, por más que trataba de someterla a su atención, le era imposible resolverse a darle forma precisa.

—¡Preferible sería la lucha! ¡Preferiría encontrarme frente a Porfirio... o a Svidrigaylof...! ¡Sí, sí! ¡Un adversario cualquiera! ¡Un ataque cualquiera que rechazar!

Hecha esta reflexión, salió presurosamente de la taberna.

De repente, el recuerdo de su hermana y de su madre le sumió en una especie de terror.

Pasó aquella noche tumbado entre los arbustos de Krestowsky-Ostrof; antes de que amaneciera despertó, y, temblando de fiebre, encaminóse hacia su casa, a la que llegó de madrugada.

Después de dormir algunas horas, desapareció su calentura, pero se levantó tarde: a las dos.

Rascolnikof recordó que aquél era el día fijado para las exequias de Catalina Ivanovna, y se felicitó de no haber asistido.

Nastasia le llevó la comida. Comió con buen apetito, casi con avidez. Su cabeza estaba fresca; gozaba de una calma que no había experimentado hacía tres días.

Hasta hubo un instante en que se admiró al recordar el terror de que había sido presa.

Se abrió la puerta; en el umbral apareció Razumikin.

—¡Ah, come!—dijo el visitante, el cual tomó una silla y se sentó junto a la mesa, frente a Rascolnikof.

Estaba muy agitado y no trataba de ocultarlo. Hablaba con visible cólera, pero sin precipitarse y sin elevar extremadamente la voz. Se podía suponer que un motivo serio le llevaba a aquella casa.

—Escucha —comenzó en tono decidido—. Os

dejo a todos, porque veo de la manera más clara que vuestro proceder es indescifrable para mí. Ruégote que no creas que vengo a interrogarte. No trato de sacarte la cerilla de los oídos. Ahora, aun cuando tú mismo me revelaras todos vuestros secretos, es muy probable que no quisiera oirlos: escupiría y me marcharía. Vine con el sólo fin de innformarme personalmente de tu estado mental. Hay personas que te creen loco, cuando menos próximo a estarlo. Te confieso que yo mismo me hallaba predispuesto a compartir esta opinión, al ver como veo que tu modo de obrar es estúpido, bastante feo y absolutamente inexplicable. Por otra parte: ¿qué pensar de tu reciente conducta con tu madre y con tu hermana? ¿Qué hombre, a menos que sea un canalla o un demente, se hubiera portado con ellas como tú? Luego estás loco o...

—¿Cuándo las has visto?

—No hace mucho. ¿Y tú, no las ves? Dime, te lo ruego; dime dónde pasas todo el día; he venido tres veces a buscarte. Desde ayer, tu madre está muy enferma. Quiso venir a verte. Advotia Romanovna trató de hacerla desistir de su propósito, pero Pulqueria Alejandrovna no quiso obedecer. Y vino, es decir, vinimos; pero en balde: el señor no estaba, no pareció en todo el día. «Bien claro lo veo —dijo tu buena madre—. Todo su tiempo es para ella.» Supone que Sofía Semenovna es tu prometida o algo más. Fuí a casa de esta joven, porque, amigo mío, tenía prisa por saber a qué atenerme. Entro, y ¿qué vi? Un ataúd y niños que lloran mientras Sofía Semenovna se ocupa en vestirlos de luto. Tú no estabas allí. Después de haberte buscado con la vista, me excusé, salí de allí y regresé a referir

a Advotia Romanovna el resultado de mis pesquisas. Decididamente, nada significa todo esto; no se trata ya de una aventurilla amorosa: hay que admitir, pues, como más probable, la hipótesis de la locura. Y he aquí que te encuentro dispuesto a devorar un suculento guisado. Sin duda que el estar loco no es obstáculo para comer; aunque todavía, eso sí, no me hayas dicho una palabra... ¡No, tú no estás loco! ¡Apostaría cualquier cosa! Para mí es éste un punto indiscutible. De consiguiente, os envío a todos al cuerno, convencido de que aquí hay un misterio, pues no quiero romperme la cabeza para penetrar vuestros secretos. Vine para tener contigo una entrevista y desahogar mi corazón. Por lo demás, sé perfectísimamente lo que ahora tengo que hacer.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Te importa?

—¿Vas a entregarte a la bebida?

—¿Cómo lo has adivinado?

—¿Qué difícil era esto de adivinar?

Razumikin guardó silencio un instante.

—Siempre has sido muy listo, ¡y nunca jamás, has estado loco! —observó con vivacidad—. No te equivocaste. ¡Me doy a la bebida! ¡Adiós!

Y dirigióse hacia la puerta.

—Anteayer, si no me engaño, hablé de ti a mi hermana—dijo Rascolnikof.

Razumikin se detuvo.

—¡De mí! Pero... ¿dónde la viste anteayer?—preguntó palideciendo ligeramente.

La turbación que le agitaba no podía ser objeto de duda.

—Vino aquí, sola; se sentó ahí mismo, y estuvo hablando conmigo.

—¿Ella?

—Sí ella.

—¿Qué le dijiste..., de mí, se entiende?

—Le dije que eres un hombre honrado, bueno y trabajador. No le dije que la amabas, porque ella lo sabe ya.

—¿Ella lo sabe?

—¡Hombre! ¡Por Dios...! Vaya yo donde vaya, sea de mí lo que quiera, tú debías quedarles como su amparo y providencia. Las pongo, por decirlo así, en tus manos, Razumikin. Te digo esto, porque sé que tú la amas, y porque estoy convencido de la nobleza de tus sentimientos. Sé también que ella puede amarte, si es que no te ama ya. Decide, pues, si debes, o no, entregarte a la bebida.

—¡Rodia...! Ya ves... Pues bien... ¡Ah, diablo! Tú, ¿a dónde piensas ir? Bueno; desde el momento en que es un secreto, no hablemos de esto más. Pero... yo sabré..., yo sabré lo que hay... Convencido estoy de que no es nada serio, de que todo son tonterías, de que tu imaginación hizo montañas. ¡Por otra parte, eres un hombre excelente! ¡Un hombre excelente!

—Quería añadir, pero me interrumpiste, que tenías razón cuando declarabas que renunciarías a conocer ciertos secretos. No te inquietes. Todo se descubrirá a su tiempo, y de todo te enterarás cuando la hora de ello llegue. Alguien me dijo ayer que el hombre necesita aire, aire, aire. En seguida le voy a preguntar qué entiende por aire...

Razumikin reflexionaba. Se le ocurrió una idea.

—Seguro que se trata de un conspirador político. Está en vísperas de una audaz tentativa, bien se ve. No puede ser otra cosa, y... Dunia lo sabe—se dijo súbitamente.

—Por lo visto, Advotia Romanovna suele ve-

nir aquí —dijo en voz alta y subrayando las palabras—. Y tú deseas ver a quien dice que hace falta aire... Es probable que la carta le haya sido enviada por ese hombre—concluyó, como si hablase aparte.

—¿Qué carta?

—Tu hermana ha recibido hoy una carta que la ha inquietado mucho. Quise hablarle de ti, pero me rogó que callase. En seguida..., en seguida me dijo, que quizá nos separásemos en breve, y me dió calurosamente las gracias... Después de lo cual, fué a encerrarse en su cuarto.

—¿Ha recibido una carta?—preguntó Rascolnikof un poco intranquilo.

—Sí. ¿Acaso no lo sabías? ¡Hum...!

Ambos jóvenes guardaron silencio durante un minuto.

—Adiós, Rodion... Yo, amigo mío..., hubo un tiempo... En fin, ¡adiós! También debo marcharme. En cuanto a entregarme a la bebida, no, no haré nada; sería inútil...—Salió presurosamente, mas apenas había cerrado la puerta, cuando volvió a abrirla y dijo, mirando de reojo:

—¡A propósito! ¿Te acuerdas de aquel crimen, del asesinatto de la vieja aquélla? Pues bien; se sabe que el asesino ha sido descubierto, que él mismo se ha confesado culpable y ha dado las pruebas de ello. ¡Es uno de los pintores a quienes tan calurosamente defendí! Porfirio me lo ha dicho.

—¿Porfirio?

—Sí.

—¿Porfirio mismo?

—Sí, él mismo. Adiós. Más tarde sabrás otra cosa; ahora me veo obligado a marcharme... Hubo un tiempo en que pensé... ¡Pero ya te contaré esto otro día...! ¿Qué necesidad tengo de beber?

Tus palabras han bastado para embriagarme. En este momento, Rodia, estoy ebrio, ebrio sin haber catado una gota de vino... ¡Adiós, hasta muy pronto!

Salió.

—Es un conspirador político —pensaba, andando—. Sí.. La otra noche, en el corredor, al mirar su cara iluminada por la luz de la lámpara, tuve un minuto de extravío... ¡Qué horrible idea la que concebí...! ¡Bien hizo Nikolka al confesar...! Sí; ahora todo lo pasado se explica: la enfermedad de Rodion, lo extravagante de su conducta, aquel humor sombrío y feroz que manifestaba cuando era estudiante... Pero, ¿qué significa esta carta? ¿De dónde viene? Aun queda algo... Sospecho... ¡Hum...! ¡Oh, he de saber todo lo que pasa!

Al pensar en Dunetchka, sintió su corazón helado y como clavado en el pecho. Tuvo que hacer un violento esfuerzo sobre sí mismo para seguir andando.

En cuanto partió Razumikin, Rodion se levantó, se aproximó a la ventana y se paseó de un lado a otro del aposento, como si olvidara las exiguas proporciones de la habitación. Por fin volvió a sentarse en el diván. Una renovación completa parecía haberse operado en su persona. ¡Todavía tendría que luchar: aquello era sólo un recurso!

¡Sí, un recurso! Un medio de escapar de la penosa situación, del medio asfixiante en que vivía desde la aparición de Nikolka en casa de Porfirio.

El mismo día, después de este dramático incidente, había ocurrido en casa de Sonia la escena cuyas peripecias y desenlace no habían correspondido a las previsiones de nuestro héroe.

Rascolnikof se había mostrado débil: había reconocido, de acuerdo con la joven, y reconocido sinceramente, que él solo no podía llevar aquella carga.

¿Y Svidrigaylof...? Svidrigaylof era un enigma que le inquietaba, pero no de igual modo. Probablemente hallaría medio de desembarazarse de Svidrigaylof; mientras que de Porfirio...

—¡Luego Porfirio mismo ha explicado a Razumikin la culpabilidad de Nikolka!—continuó pensando Rascolnikof—. Pero, ¿cómo Porfirio pudo creer culpable a Nikolka, después de lo que acababa de ocurrir entre nosotros, y sólo tenía *una* explicación? ¿Qué se ha propuesto ese hombre al engañar a Razumikin? Es evidente que no lo ha hecho sin motivo. Debe tener intenciones; pero ¿cuáles? ¿No será esto una mala señal?

Rascolnikof tomó su gorra, y, después de interrogarse a sí mismo, decidió salir.

Aquel día, por primera vez desde hacía mucho tiempo, sentíase en plena posesión de todas sus facultades.

—Es preciso acabar con Svidrigaylof —pensaba—. Y, cueste lo que cueste, ultimar este asunto lo antes posible; por otra parte, él parece esperar mi visita.

En aquel instante, tal odio se desbordó de su corazón, que si le hubiera sido posible matar a cualquiera de los dos (a Svidrigaylof o a Porfirio) no hubiera vacilado un minuto.

Mas apenas acababa de abrir la puerta, cuando se encontró frente a Porfirio.

Quedóse al pronto estupefacto, pero se rehizo al punto.

¡Cosa extraña! La visita no le admiró mucho ni le causó excesivo temor.

—Quizá sea el desenlace. ¿Por qué amortiguó

el ruido de sus pasos? No le oí llegar. Quizá había escuchado tras de la puerta.

—¿No esperabais mi visita, Rodion Romanovitch? —dijo alegremente Porfirio—. Mucho tiempo hace que pensaba venir a veros, y al pasar hoy por vuestra casa me ha dado la idea de subir a saludaros. ¿Ibais a salir? No os detendré mucho. Sólo cinco minutos, el tiempo preciso para fumar un cigarro si es que lo permitís...

—¡Cómo no! Sentaos, Porfirio Petrovitch, sentaos—dijo Rascolnikof, ofreciendo una silla al visitante con aire tan afable y satisfecho, que él mismo se hubiera sorprendido si hubiese podido verse.

Toda huella de sus anteriores impresiones había desaparecido. Es lo que ocurre al hombre que, secuestrado por un bandido, después de pasar media hora de mortales angustias, deja de tener miedo cuando siente el puñal en su garganta.

El joven tomó asiento frente a Porfirio, en quien fijó una tranquila y firme mirada. El juez de instrucción guiñó el ojo y empezó por encender un cigarrillo.

—Pues bien, habla, habla—gritóle mentalmente Rascolnikof.

II

—¡Oh, este tabaco! —prorrumpió al fin Porfirio Petrovitch—. Es mi muerte, y no puedo prescindir de él.

—He aquí un prefacio que acusa su astucia profesional—se dijo Rascolnikof.

Recordó su anterior conversación con el juez, y de repente renació la cólera en su corazón.

—Pasé por aquí anteayer. ¿No lo sabíais? —continuó Porfirio, paseando su mirada en derredor—. Entré en este mismo aposento. Por casualidad me encontraba en vuestra calle, como hoy, y como hoy se me ocurrió haceros una visita. La puerta de vuestro cuarto estaba abierta; entré, os esperé un momento, y me marché sin dejar mi nombre a la criada. ¿No cerráis nunca?

La fisonomía de Rascolnikof se nublaba cada vez más. Porfirio Petrovitch debió adivinar en qué pensaba.

—He venido a explicarme, querido Rodion Romanovitch, porque os debo una explicación— continuó, sonriendo y dando golpecitos en la rodilla del joven.

En aquel momento la cara del juez tomó una expresión seria, hasta triste, con gran admiración de Rascolnikof, a quien el juez de instrucción se presentaba bajo un aspecto inesperado.

—La última vez que nos vimos —prosiguió Porfirio—, ocurrió una lamentable escena entre nosotros, Rodion Romanovitch. Quizá yo sea culpable para con vos, y lo siento. ¿Recordáis cómo nos separamos? Teníamos los nervios muy excitados, faltamos a las conveniencias más elementales, y, sin embargo, somos personas correctas.

—¿Adónde irá a parar?—se preguntaba Rascolnikof, que no apartaba sus ojos de Porfirio, mirándole con su inquieta curiosidad.

—Pensé que obraríamos mejor procediendo sinceramente en lo sucesivo —agregó el juez de instrucción, volviendo un poco la cabeza y bajando la vista, como si temiera turbar con sus miradas a su antigua víctima—. Es necesario que semejantes escenas no se repitan. Sin la llegada de Nikolka, no sé adónde las cosas nos hubieran conducido. Sois naturalmente irascible, Rodion Ro-

manovitch; y ya contaba con esto, porque, exaltado, el hombre suele dejar escapar sus secretos. «¡Si pudiera —pensaba—, si pudiera arrancarle una prueba, la más mínima, pero real, positiva, palpable: algo, en fin, que no fuera mis inducciones psicológicas...!» Este era mi plan. En ocasiones resultaba bien, pero no siempre; de ello me he convencido. Confié demasiado en vuestro carácter.

—Pero... ¿por qué decís eso? —balbuceó Rascolnikof, casi sin darse cuenta de la pregunta que hacía—. ¿Me creerá inocente?—pensaba.

—¿Por qué os digo esto? Pues, porque considero un deber sagrado explicaros mi conducta. Porque os sometí, lo reconozco, a un martirio cruel, y no quiero, Rodion Romanovitch, que me creáis un monstruo. Voy, pues, para mi justificación, a exponeros los antecedentes de este asunto. Al principio, circularon rumores de cuya naturaleza y origen creo superfluo tratar, como también considero innecesario deciros el momento en que vuestra personalidad fué en ellos mezclada. Por lo que a mí hace, lo que despertó mis sospechas fué una circunstancia, puramente fortuita, de la que tampoco necesito hablar. De aquellos rumores y de esta circunstancia se desprendía, a mi juicio, la misma conclusión. Lo confieso francamente, porque, a decir verdad, yo fuí el primero que os complicó en el asunto. Tuve ocasión de conocer lo ocurrido en la oficina de policía. Dados estos antecedentes, ¿cómo no inclinarse en cierto sentido? «Cien conejos no son un caballo, cien indicios no son una prueba», dice el proverbio inglés; también habla así la razón; pero ¡evitad la lucha contra las pasiones! El juez es hombre, y, de consiguiente, apasionado. Recordé también el trabajo que habíais publicado

en una revista. Me había gustado mucho —como *amateur*, se entiende— aquel primer ensayo de vuestra pluma novel. Veíase allí una convicción sincera, un entusiasmo ardiente. Aquel artículo debió ser escrito por una mano febril en una noche de insomnio. «El autor no se limitará a esto», pensé yo al leerlo. ¿Cómo —os pregunto— no referir esto a lo que después sucedió? Irresistible era la pendiente. ¡Ah! Pero ¿es, acaso, que yo diga algo, que afirme nada? Me limito a señalaros una reflexión que me hice entonces. ¿Qué pienso ahora? Nada, es decir, casi nada. Si hoy os hablo en este sentido, es, lo repito, para que, juzgando en conciencia, no tengáis por un crimen mi conducta del otro día. ¿Por qué, me preguntaréis, no vinistes a hacer un registro en mi casa? Ya fuí, ¡ja, ja!, ya fuí cuando estabais enfermo: no como magistrado, no con carácter oficial; pero fuí. Vuestro aposento fué registrado a la primera sospecha; pero... *¡musonst!* Me dije: «Este hombre irá a mi casa, irá en mi busca y no tardará mucho; si es culpable, no puede dejar de ir. Otro no iría; éste irá.» Y, ¿recordáis la charla del señor Razumikin? Con intención le comunicamos nuestras conjeturas, en la seguridad de que os hablaría; pues sabíamos que no le sería posible contener su indignación. Al señor Zametof le sorprendía especialmente vuestra audacia; y, en verdad, mucha se necesita para decir en pleno *traktir:* «¡Maté!» Esto fué arriesgarse demasiado. Os esperaba con impaciencia y confianza, ¡y Dios os envió! ¡Lo que latió mi corazón cuando os vi aparecer! Veamos, ¿qué necesidad teníais de ir en aquella ocasión a visitarme? Recordaréis que entrasteis riendo a carcajadas. Vuestra risa me dió mucho que pensar;

bien es cierto que si en aquel momento no hubiera estado prevenido, no me hubiese fijado en esta circunstancia... ¡Y el señor Razumikin, entonces...! ¡Ah, la piedra, la piedra! ¿Os acordáis de la piedra bajo la cual están ocultas las alhajas...? Desde aquí me parece verla... Está en una huerta... ¿No hablasteis de una huerta a Zametof? En seguida, cuando se habló de vuestro artículo, tras de cada palabra vuestra creíamos ver una indirecta. He aquí, Rodion Romanovitch, cómo mi convicción se fué formando poco a poco. Cuando tuve noticia de la historia del cordón de la campanilla, creí tener la prueba tan deseada. Mil rublos hubiese dado por veros caminando al lado de un burgués que os había llamado «asesino», sin que vos le respondierais... Cierto que no se puede dar mucha importancia a los movimientos y gestos de un enfermo que obra bajo la influencia de una especie de delirio. Sin embargo, ¿cómo puede admiraros, después de esto, el tono que yo usara con vos? ¿Y por qué fuisteis a mi casa precisamente en aquel momento? Con seguridad que cualquier diablo os llevó allí. En verdad, si Nikolka no nos hubiera separado... ¿Recordáis la llegada de Nikolka? ¡Aquello fué como un rayo! Pero ¿qué acogida le hice? No di la menor fe a lo que decía; ya lo visteis. Después de marcharos seguí interrogándole, y él me respondió sobre ciertos puntos de un modo tan categórico que yo mismo me admiré; no obstante esto, sus declaraciones me han producido una completa incredulidad, y me he quedado tan inconmovible como una roca.

—Razumikin me dijo no hace mucho que ahora estáis convencido de la culpabilidad de Nikolka. Vos mismo le dijisteis...

No puedo acabar: le faltó aliento.

—¡El señor Razumikin! —exclamó Porfirio Petrovitch, que pareció sorprendido al ver que Rascolnikof había hecho al fin una observación—. ¡Ja, ja, ja! Lo que ansiaba yo era desembarazarme del señor Razumikin, que se presentaba en mi casa con aires descompuestos y a quien nada importa este asunto. En cuanto a Nikolka, ¿os agradaría saber qué clase de hombre es o al menos qué concepto me merece? Ante todo, el tal es como un niño que todavía no ha llegado a la pubertad. Sin ser precisamente una naturaleza perezosa e incomprensible como todo artista (no riáis si le caracterizo de esta suerte), es sencillo, sensible, caprichoso. En un pueblo, canta, baila, refiere cuentos que oyera relatar. Suele beber hasta perder la razón: no porque sea un borracho, sino porque no sabe resistir al impulso del ejemplo cuando se encuentra con amigos. No comprende que ha cometido un robo apropiándose el estuche que encontrara. Según sus paisanos, era extremadamente religioso: pasaba las noches rezando, y continuamente leía los libros santos, «los antiguos, los verdaderos». San Petersburgo ha influído de un modo notable en su espíritu: una vez aquí, se entregó al vino y a las mujeres, lo que le hizo olvidar sus devociones. He sabido que uno de nuestros artistas se había interesado por él y había empezado a darle lecciones, cuando surgió el asunto que hoy nos preocupa. El pobre muchacho se asusta e intenta ahorcarse. ¿Qué queréis? Nuestro pueblo no puede alejar de sí la idea de que todo hombre perseguido por la justicia es un condenado. En la cárcel, Nikolka ha vuelto al misticismo de sus primeros años; en la actualidad tiene sed de expiación: y éste es el sólo motivo que le decidió a confesarse culpable. Mi convic-

ción en tal punto se basa en ciertos hechos que él mismo no conoce. Por otra parte, concluirá declarándome la verdad. ¿Creéis que sostendrá su papel hasta el fin? Esperad, y veréis cómo se retracta de sus confesiones. Además, si consiguió dar carácter de verosimilitud a alguna de sus declaraciones, otras, en cambio, se hallaban en perfecta contradicción con los hechos; y él no se lo piensa. No, *batuchka*, Rodion Romanovitch: el culpable no es Nikolka. Nos hallamos ante un hecho fantástico y sombrío. Este crimen tiene el aspecto contemporáneo: lleva el sello de una época que hace consistir toda la vida en la persecución de la comodidad. El culpable es un teórico, una víctima del libro. Ha desplegado, en su primer golpe de ensayo, mucha audacia, pero audacia de un género particular: la de un hombre que se precipita de la cima de una montaña o de lo alto de una torre. Olvidó cerrar la puerta al salir, y mató a dos personas, obedeciendo a una teoría. Mató, y no supo apoderarse del dinero; lo que pudo llevarse lo ocultó bajo una piedra. No le bastaron las angustias que pasó en la antesala, cuando los otros llamaron a la puerta. No. Cediendo a una irresistible necesidad de experimentar el mismo estremecimiento, más tarde fué a visitar el piso vacío y a tirar del cordón de la campanilla. Achaquemos esto a la enfermedad, al delirio. Todavía queda otra cosa que notar: mató, y, sin embargo, no dejó de considerarse un hombre honrado, y desprecia a las gentes, y se da aires de mártir. ¡No, no se trata aquí de Nikolka, querido Rodion Romanovitch; porque Nikolka no es culpable!

Rascolnikof tembló de pies a cabeza.

—Entonces... ¿quién... la mató...?—balbuceó con voz entrecortada.

—¿Cómo que quién la mató? —agregó el otro como si no pudiera dar crédito a sus oídos—. ¡Vos, Rodion Romanovitch, vos sois quien la mató! Vos —añadió en voz más baja, en el tono más convencido.

Rascolnikof se levantó bruscamente, permaneció en pie algunos segundos, y volvió a sentarse sin proferir una palabra. Ligeras convulsiones agitaron todos los músculos de su rostro.

—Vuestros labios vuelven a temblar como el otro día —hizo notar con aire de interés Porfirio Petrovitch—. Creo que no habéis comprendido, Rodion Romanovitch, el verdadero objeto de mi visita —prosiguió, después de un momento de silencio—. Así se explica vuestra estupefacción. He venido a decirlo todo, a poner en claro toda la verdad.

—¡No soy yo el asesino!—balbuceó el joven, defendiéndose como un niño cogido in fraganti.

—Sí, Rodion Romanovitch, sois vos, vos sólo— replicó severamente el juez de instrucción.

Ambos se callaron, y aquel extraño silencio se prolongó durante diez minutos.

De codos sobre la mesa, Rascolnikof ocultaba los dedos entre sus cabellos. Porfirio Petrovitch esperaba, sin que en su rostro ni en sus ademanes se trasluciera la menor impaciencia. De repente el joven miró con desprecio al magistrado.

—¡Volvéis a vuestras prácticas antiguas, Porfirio Petrovitch! ¡Siempre los mismos procedimientos! ¿Cómo no acaba eso por cansaros?

—¡Dejad mis procedimientos! Otra cosa sería si nos halláramos ante testigos; pero estamos solos. Ya lo veis: no he venido a cazaros y a llevaros en mi morral como a un conejo. En este momento, tanto me importa que confeséis como

que me ocultéis la verdad. Mi convicción no variará de un modo ni de otro.

—Si así es, ¿a qué vinisteis aquí? —preguntó con indignación Rascolnikof—. Os repito la pregunta que os hice: Si me creéis culpable, ¿por qué no ordenáis la prisión?

—En primer lugar, porque vuestro arresto de nada me serviría.

—¡Cómo! ¿De nada os serviría? Desde el momento en que estáis convencido, debéis...

—¿Qué importa mi convicción? Hasta la fecha no se basa sino en nubes. ¿Y a qué procuraros *descanso?* Vos mismo lo sabéis, puesto que vos mismo pedís que os encarcelen. Supongo que, careado con el burgués, le diríais: «¡Has bebido! ¿Quién me vió contigo? Te tomé sencillamente por un borracho, por lo que eras.» ¿Y qué podría yo replicar, si vuestra respuesta era más verosímil que su declaración, caso de verdadera psicología; máxime cuando, al llamarle borracho, decíais la verdad, porque el tal pícaro tiene fama de bebedor? Muchas veces os dije con toda mi franqueza que ninguna prueba tengo contra vos... Os detendré, no obstante; he venido a decíroslo, y sin embargo, no vacilo en confesaros que la medida de nada me servirá. El objeto segundo de mi visita...

—¿Cuál es?—interrumpió ansiosamente Rascolnikof.

—Ya os lo dije. Trataba de explicaros mi conducta, no queriendo que me tomaseis por un verdugo, cuando soy uno de los mejor dispuestos en favor vuestro, aunque vos no lo creáis. Por el interés que me inspiráis, francamente os ruego que vayáis a denunciaros. Vine para daros este consejo. Es el partido más ventajoso que podríais tomar, y el mejor también para mí, pues ambos

nos veríamos libres de este asunto. ¡Qué! ¿No sois bastante franco?

Rascolnikof reflexionó un momento.

—Escuchad, Porfirio Petrovitch. Según vuestras propias palabras, no tenéis contra mí sino pruebas psicológicas, y sin embargo, aspiráis a la evidencia matemática. ¿Quién os dice que no estáis engañado?

—No, Rodion Romanovitch, no me engaño. Tengo una prueba. Y esta prueba me fué enviada por Dios el otro día.

—¿Qué prueba es?

—No os lo diré, Rodion Romanovitch. Pero, de cualquier modo, actualmente no puedo ya detenerme: voy a dictar orden de arresto. Así, pues, poco puede importarme la resolución que toméis; cuanto os digo es solamente en interés vuestro. La mejor solución es la que os indico; estad seguro de ello, Rodion Romanovitch.

Rascolnikof sonrió con rabia.

—Vuestro lenguaje es ridículo e impertinente. Aun suponiendo que fuese culpable (cosa que no reconozco, de ningún modo), ¿por qué he de ir a denunciarme, siendo así que vos mismo afirmáis que de mi prisión depende mi *reposo?*

—Rodion Romanovitch, no toméis esas palabras demasiado al pie de la letra: la prisión constituiría vuestro *descanso*, pero también podéis no hallarlo. Mi opinión es que la cárcel tranquiliza al culpable, pero esto no es otra cosa que una teoría personal. Y... ¿soy yo una autoridad para vos? ¿Quién sabe si, en este mismo instante, os oculto algo? Porque no podéis exigir que os dé a conocer todos mis secretos. ¡Ja, ja! En cuanto al provecho que sacaríais de aquella conducta, cosa es incontestable. Seguro que veréis disminuirse vuestra pena. Pensad en el momento en

que vayáis a denunciaros, en que otro, declarándose culpable, ha venido a perturbar la marcha del proceso.

Por lo que a mí hace, ante Dios contraigo el compromiso de ser tan bueno como pueda para vos. Los jueces ignorarán, yo os lo prometo, mis observaciones psicológicas, todas mis sospechas, y nuestra resolución tendrá para ellos todo el carácter de espontánea. En vuestro crimen no se verá otra cosa que el resultado de un ímpetu fatal, cosa cierta, en el fondo. Yo soy un hombre honrado, Rodion Romanovitch, y cumpliré mi palabra.

Rascolnikof bajó la cabeza y reflexionó durante mucho tiempo; por fin sonrióse de nuevo, pero de un modo dulce y melancólico.

—¡No estoy dispuesto a eso! —dijo sin parecer advertir que sus palabras eran casi una confesión—. ¿Qué me importa a mí la disminución de la pena de que habláis? ¡No la necesito!

—¡Me temía esto! —exclamó como a pesar suyo Porfirio Petrovitch—. Ya había sospechado que desdeñaríais nuestra indulgencia.

Rascolnikof le miró grave y tristemente.

—No despreciéis la vida —continuó el juez de instrucción—. Todavía es larga para vos. ¿Cómo rechazáis una disminución de pena? Muy difícil sois de contentar.

—¿Qué tendré después en perspectiva?

—¡La vida! ¿Sois acaso profeta para saber lo que os está reservado? Buscad y encontraréis. Quizá os espere allí Dios. Por otra parte, no seréis condenado a cadena perpetua...

—Tendré a mi favor circunstancias atenuantes...—dijo sonriendo Rascolnikof.

—Un hidalgo orgullo es lo que, quizá a vuestro pesar, os impide confesaros culpable. Es ne-

cesario que os pongáis por encima de esa preocupación.

—¡Oh, yo me burlo de todo!—murmuró el joven con tono despectivo.

Luego hizo ademán de levantarse, pero volvió a caer sobre la silla, próximo a un visible abatimiento.

—Sois desconfiado, y pensáis que mi objeto es abusar groseramente de vos. ¿Acaso vivisteis demasiado ya? ¿Qué sabéis vos de la vida? Imaginasteis una teoría, y ella os condujo, en realidad, a consecuencias cuya escasa orginalidad os llena hoy de vergüenza. Cometisteis un crimen, es cierto, pero no sois, ni con mucho, un criminal perdido irremediablemente. ¿Cuál es mi opinión respecto a vos? Os considero uno de esos hombres que se dejarían arrancar las entrañas sonriendo a sus verdugos, con tal de haber encontrado una fe o un Dios. Buscadlos, halladlos, y viviréis. En primer término, hace mucho tiempo que necesitáis cambiar de ambiente. Además, el sufrimiento es cosa buena. Sufrid. Probablemente Nikolka obra como debe, al querer sufrir. Sé que sois un escéptico, pero, sin reflexionarlo, debéis abandonaros a la corriente de la vida, que os llevaría a cualquier parte. ¿Adónde? No os importa saber adónde. Siempre llegaréis a una orilla. ¿Cuál? Lo ignoro; creo únicamente que todavía os queda mucho tiempo que vivir. Sin duda diréis ahora que represento mi papel de juez de instrucción; pero quizá recordéis más adelante estas palabras, de las que sacaréis el provecho que encierran. Por eso os hablo de este modo. Suerte ha sido que no hayáis matado sino a una mala vieja. Con otra teoría, hubierais cometido un crimen cien millones de veces peor. Aun podéis dar gracias a

Dios. ¿Quién sabe? Es posible que estéis sujeto a sus designios. Tened, pues, valor, y no retrocedáis, por pusilanimidad, ante lo que exige la justicia. Sé que no me creéis, pero, con el tiempo volveréis a tomar gusto a la vida. En la actualidad, lo único que necesitáis es aire, aire, aire...

Rascolnikof se estremeció.

—Pero ¿quién sois vos —exclamó—, para hacer esas profecías? ¿Qué elevada sabiduría os permite adivinar mi porvenir?

—¿Quién soy? Un hombre acabado, nada más. Un hombre sensible y compasivo a quien la experiencia quizá enseñó algo, pero un hombre completamente agotado. Por lo que a vos hace, la cosa es muy distinta. Estáis en el principio de vuestra vida; y esta aventura... ¡quién sabe!, es probable que no deje la menor huella en vuestra existencia. ¿Por qué temer tanto el cambio que va a operarse en vuestra situación? ¿Es el bienestar perdido, lo que un corazón como el vuestro debe lamentar? ¿Es que os aflige veros confinado por mucho tiempo en la obscuridad? Pero... depende de vos que esta obscuridad no sea eterna. Transformaos en sol, y todo el mundo os verá. ¿Por qué os sonreís? ¿Decís que éstas son las palabras de un juez de instrucción? Es posible. ¡Ja, ja, ja! No os pido que me creáis, Rodion Romanovitch. Ejerzo mi oficio, convengo en ello. Pero..., he aquí lo que añado: ¡El resultado os mostrará si soy un canalla o un hombre honrado!

—¿Cuándo pensáis detenerme?

—Todavía puedo dejaros día y medio o dos días de libertad. Reflexionad, amigo mío; rogad a Dios que me inspire. El consejo que os doy es el mejor que puede seguirse, creedlo.

—¿Y si me escapara?—preguntó Rascolnikof con extraña sonrisa.

—No os escaparéis. Un *mujik* huiría. Un revolucionario de estos tiempos, esclavo de las ideas de otro, también huiría; porque tiene un *credo* ciegamente abrazado para toda la vida. Pero vos no creéis en vuestra teoría. ¿Qué os llevaríais con vos al huir? Y, por otra parte, ¡qué innoble y penosa existencia la de un fugitivo! Si huyerais, vos mismo volveríais. *No podéis pasar sin nosotros.* Cuando os haga detener, al cabo de un mes, de dos, pongamos tres, recordaréis mis palabras y reconoceréis que es cierto lo que hoy os digo. Seréis inducido a ello insensiblemente, casi a vuestro pesar. Hasta persuadido estoy de que, después de reflexionar, aceptaréis la expiación. No lo creéis ahora, pero, más adelante... Es que el sufrimiento, Rodion Romanovitch, es bueno. En boca de un hombre gordo que de nada se priva, este lenguaje puede hacer reir. No importa; en el sufrimiento hay una idea. Nikolka tiene razón. No, no huiréis, Rodion Romanovitch.

Rascolnikof se levantó y tomó su gorra. Porfirio Petrovitch hizo lo propio.

—¿Vais de paseo? La noche estará hermosa, si es que no hay tormenta. Por otra parte, mejor sería que la hubiese: refrescaría el tiempo.

—Porfirio Petrovitch —dijo el joven en tono seco y breve—: no os figuréis, os lo ruego, que os he hecho confesiones. Sois un hombre extraño, y os he escuchado por pura curiosidad. Pero nada he confesado... no olvidéis esto.

—Bien, no lo olvidaré... ¡Cómo tembláis! No os inquietéis, querido. Tomo buena nota de vuestra recomendación. Paseaos un poco, pero sin pasar de ciertos límites. Y aun tengo que pediros otra cosa —prosiguió bajando la voz—. Es algo

delicada, pero tiene su importancia. En el caso, completamente improbable a mi entender, de que se os ocurra el capricho de suicidaros (perdonadme esta absurda suposición), dejadme un par de líneas indicándome el lugar en que se halla la piedra: esto será noble. Vaya, hasta la vista... ¡Que Dios os inspire buenos pensamientos!

Porfirio se retiró evitando mirar a Rascolnikof. Este se acercó a la ventana, esperó con impaciencia el momento en que, según su cálculo, el juez de instrucción estaría lejos de la casa, y luego salió a toda prisa.

III

Tenía impaciencia por ver a Svidrigaylof. Ignoraba lo que podía esperar de aquel hombre que ejercía sobre su espíritu un misterioso poder. Desde que Rascolnikof se había convencido de ello, la inquietud le devoraba, y ya no era hora de retrasar el momento de una explicación.

En el camino, una duda le preocupaba sobre todo: ¿Svidrigaylof había ido a casa de Porfirio?

A su entender, no había ido. Rascolnikof lo hubiera jurado. Recordando todas las circunstancias de su entrevista con Porfirio, llegó siempre a la misma conclusión negativa.

Pero, si no había ido, ¿no iría?

También se respondía negativamente. ¿Por qué? No hubiera podido dar la razón de su modo de ver; y, aun cuando hubiera podido darla, no se habría molestado en intentarlo. Aquello le inquietaba, y a la vez le dejaba indiferente.

Cosa extraña, casi increíble: por crítica que

fuese la situación de Rascolnikof, éste no tenía sino un pequeño temor: lo que le atormentaba era otra cuestión mucho más importante, que le afectaba personalmente; no aquélla. Experimentaba, además, un inmenso cansancio moral, aun cuando entonces se hallaba en estado de razonar con más sosiego que los días anteriores.

Después de tantos combates, ¿era necesario comenzar una nueva lucha para triunfar de aquellas dificultades? ¿Valía la pena, por ejemplo, de ir a sitiar a Svidrigaylof, de cercarle, ante el temor de que fuera a casa de Porfirio?

¡Oh, cómo le enervaba todo esto!

Sin embargo, tenía prisa por ver a Svidrigaylof. ¿Esperaba de él algo *nuevo*, un consejo, un medio de salir de apuros? ¿Era que el destino empujaba al uno hacia el otro? ¿Daba Rascolnikof aquel paso porque no sabía a quién recurrir? ¿Necesitaba ver a otra persona, y tomaba por pretexto a Svidrigaylof...? ¿Sonia? ¿Para qué había de ir entonces a casa de Sonia? Por otra parte, Sonia le asustaba; Sonia era para él el último paso, el decisivo e irrevocable. Y en aquel momento no se sentía con fuerzas para presentarse ante la joven. ¿No era preferible hacer una tentativa respecto a Svidrigaylof? A pesar suyo, interiormente reconocía que hacía mucho tiempo le era necesario tal personaje.

Y ¿qué de común podía haber entre ellos? Aquel hombre le desagradaba. Todo le inducía a creer que era malo. Se interesaba por los hijos de Catalina Ivanovna, pero ¿por qué obraba de aquel modo?

Muchos días hacía que otro pensamiento asediaba a Rascolnikof.

—Ese hombre conoce mi secreto. ¿No lo empleará como arma contra Dunia?

Primero tuvo idea de poner al corriente de todo a su hermana; esto hubiera cambiado su situación. Luego pensó que obraría bien denunciándose para evitar un paso imprudente de parte de Dunetchka.

Se acordó de la carta. ¡Dunia había recibido una carta. ¿Quién podía escribirle en San Petersburgo? Razumikin era, en verdad, un buen guardián, pero Razumikin nada sabía.

—¿No debo decírselo todo a Razumikin? —se preguntó—. En todo caso, es menester hablar con Svidrigaylof. Gracias a Dios, los detalles importan aquí menos que el fondo del asunto. Y si Svidrigaylof tiene la audacia de intentar algo contra Dunia..., le mataré—concluyó por fin.

Un sentimiento penoso le oprimía. Se detuvo en mitad de la calle y paseó sus miradas en derredor.

¿Qué camino había tomado? ¿Dónde estaba? Se veía en la perspectiva ***, a treinta o cuarenta pasos del Mercado del Heno, que había atravesado.

El segundo piso de la casa de la izquierda estaba todo él ocupado por un *traktir*, cuyos balcones se encontraban abiertos de par en par. Allí se tocaba, se cantaba, se bailaba, gritaban las mujeres.

De repente, Rascolnikof vió asomado a uno de los balcones a Svidrigaylof, que también había visto, pero que fingía lo contrario.

Rascolnikof le invitó, poniéndose a observarle de soslayo, cosa que, por su parte, hacía también el otro. Ambos sabían que se miraban. Una sonrisilla maliciosa, cada vez más marcada, notábase en el rostro de Svidrigaylof, que, por fin, prorrumpió en una carcajada.

—¡Ea, entrad, si queréis! ¡Aquí estoy!—gritó desde el balcón.

El joven subió.

Encontró a Svidrigaylof en una pequeña habitación.

Una mujer, una niña de dieciocho años cantaba y bailaba ante la mesa del forastero.

—¡Basta!—dijo éste cuando entró Rascolnikof.

La joven se detuvo, esperando en actitud respetuosa.

—¡Un vaso, Felipe!—gritó Svidrigaylof.

—No quiero vino—dijo Rascolnikof.

—Como gustéis. Bebe, Katia. Y vete, no te necesito ahora.

Llenó un vaso de vino para la joven, y cuando ésta hubo bebido le dió un billete amarillento.

Katia se marchó.

No hacía más que ocho días que Svidrigaylof estaba en San Petersburgo, y ya se le hubiese tomado por un antiguo parroquiano de la casa. La puerta que conducía al principal salón estaba cerrada. Svidrigaylof se hallaba allí como en su casa: en este *traktir* pasaba días enteros. Era un local sucio e innoble; no pertenecía ni aun a la categoría media de los establecimientos de aquel género.

—Iba a vuestra casa —comenzó Rascolnikof—. Pero, no sé cómo, he venido por aquí. ¡Es extraño!

—¿Por qué no decís en seguida: «¡Es un milagro!»?

—Porque quizá sólo sea una casualidad.

—¡Qué doblez tiene aquí todo el mundo! —agregó riendo Svidrigaylof—. Se teme confesar lo que se cree. No lo digo por vos, que tenéis una opi-

nión personal y no teméis afirmarla. Por eso precisamente solicitasteis mi atención.

—¿Sólo por eso?

—Es bastante.

Svidrigaylof se hallaba en un visible estado de agitación, aun cuando sólo había bebido medio vaso de vino.

—Cuando fuisteis a mi casa, ignorabais, si no me engaño, que yo tuviese opiniones personales —observó Rascolnikof.

—Entonces era otra cosa. Cada cual tiene sus asuntos. Pero, en cuanto al milagro, os diré que parece habéis dormido todos estos días. Yo mismo os di la señas de este café. De consiguiente, no es extraño que hayáis venido a él. Os indiqué también la hora a que podríais encontrarme. ¿Os acordáis?

—Lo había olvidado—respondió con sorpresa el joven.

—Lo creo. Dos veces os hice estas indicaciones. La dirección se grabó maquinalmente en vuestra memoria, y la habéis seguido. Ya os vi venir, gesticulando, moviendo los labios y hablando como un loco. También pudieron veros otras personas, lo que no está exento de peligro para vos. Poco no me importa esto, en el fondo; no tengo la pretensión de curaros, como supondréis.

—¿Sabéis que se me persigue?—preguntó Rascolnikof, clavando su mirada en Svidrigaylof.

—No, no sé nada de eso—respondió éste con aire de admiración.

—Bien, no hablemos más de mí—gruñó, frunciendo las cejas, Rascolnikof.

—Sea, no hablaremos de vos.

—Responded a esto: Si es verdad que dos veces me indicasteis las señas de este *traktir* como sitio

en que podría encontraros, ¿por qué cuando miré hacia el balcón disimulasteis y tratasteis de evitar que os viese?

—¡Ja, ja! ¿Por qué el otro día, cuando yo entré en vuestra habitación, vos fingisteis dormir, estando bien despierto?

—Yo, podía tener... razones. Vos mismo sabéis.

—Y yo también pude tener las mías, aun cuando vos no las conozcáis.

—Entre nosotros —agregó el joven— no caben tergiversaciones. Aun cuando podáis hacerme mucho daño, y vuestro propósito sea perjudicarme, yo voy a hablaros franca y claramente. Sabed que si tratáis de hacer uso en perjuicio de mi hermana del secreto que últimamente sorprendisteis, os mataré antes que me hayáis hecho detener. Además, he creído entender estos días que deseabais tener una entrevista conmigo. Si algo tenéis que decirme, ¡que sea pronto!; porque el tiempo es precioso, y podría hacerse tarde.

—¿Qué os obliga a tener tanta prisa?—preguntó Svidrigaylof con curiosidad.

—Cada cual tiene sus asuntos—replicó sombríamente Rascolnikof.

—Acabáis de invitarme a ser franco, y os negáis a responderme a la primera pregunta que os dirijo —observó sonriendo Svidrigaylof—. Siempre creéis que tengo ciertos proyectos y por este motivo desconfiáis de mí. En vuestra posición eso se comprende. Pero aunque sea muy grande el deseo que tengo de vivir en buenas relaciones con vos, no me tomaré el trabajo de engañaros. Eso no vale la pena, y, además, no tengo nada de particular que deciros.

—¿Para qué me queréis entonces? ¿Por qué me buscáis?

—Sencillamente, porque sois una persona digna de ser observada. ¿No es razón suficiente? Por otra parte, confieso que vuestra pregunta es muy compleja para mí, y me es difícil contestarla. Si me habéis buscado hoy, no lo hicisteis tan sólo para hablarme de negocios, sino con la esperanza de que os dijese algo nuevo, ¿verdad? ¿verdad? —repitió con sutil sonrisa Svidrigaylof—. Pues bien, figuraos que yo también, al venir a San Petersburgo, pensaba que me diríais algo *nuevo* y esperaba poderos prestar algún servicio.

—¿Prestarme qué?

—¿Acaso lo sé? Ya veis en qué miserable *traktir* paso todo el día; no quiere esto decir que me divierta, sino que es preciso pasar el tiempo en cualquier parte. ¡Si tuviera la suerte de ser gastrónomo...! Pero no: ved ahí todo lo que puedo comer (y mostraba un plato que contenía los restos de un *beefsteak* con patatas.) No bebo vino; una copa de champagne, que es lo único que me gusta algo, me dura una tarde entera. Si hoy pedí esta botella, fué porque deseaba prepararme para ir a cierto sitio. Me halláis en una disposición de espíritu muy particular. Antes os esquivé porque creí que me molestaríais; pero creo poder pasar una hora con vos. No son más que las cuatro y media —prosiguió, mirando su reloj—. ¿Lo creeríais? Momentos hay en que lamento no ser nada: ni propietario, ni padre de familia, ni fotógrafo, ni periodista... En ocasiones es fastidioso no ser apto para nada. Hablando francamente, pensaba que me diríais algo nuevo.

—¿Quién sois, y por qué vinisteis aquí?

—¿Quién soy? Lo sabéis. Soy noble, serví dos años en caballería, después de lo cual erré por San Petersburgo; luego me casé con Marfa Petrovna, y en seguida me fuí a vivir al campo.

—¿Sois jugador?

—¿Yo jugador? Decid más bien fullero.

—¡Ah! ¿Jugáis con trampa?

—Sí.

—Recibiréis insultos alguna vez.

—En efecto... ¿Por qué?

—Podéis batiros: es cosa que procura emociones.

—Nada tengo que objetaros. Por otra parte, no es mi fuerte la discusión filosófica. Os confieso que, si vine aquí, fué exclusivamente por las mujeres.

—¿Concluído el entierro de Marfa Petrovna?

Svidrigaylof sonrió.

—Pues bien, sí —respondió con franqueza desconcertante—. ¿Os escandaliza lo que os digo?

—¿Os causa admiración que el desorden me escandalice?

—¿Y por qué he de contrariar mis gustos? ¿Por qué he de renunciar a las mujeres, si me placen? Esta es, al menos, una ocupación.

Rascolnikof se levantó. Se sentía incómodo y lamentaba haber ido allí. Svidrigaylof, se le aparecía como el facineroso más depravado del mundo.

—Después de oiros —declaró atrevidamente nuestro héroe—, ninguna duda me queda de que vinisteis aquí por mi hermana.

—¡Bah! ¡Dejad eso! Yo no os he dicho... Por otra parte, vuestra hermana no puede sufrirme —replicó Svidrigaylof, en quien la embriaguez comenzaba a manifestarse, a pesar de que sólo había bebido un par de copas escasas de champagne.

—Persuadido estoy de lo que decís, mas no se trata de ello.

—¿Estáis persuadido de que no puede sufrirme? —agregó Svidrigaylof, guiñando el ojo y son-

riendo con aire burlón—. Tenéis razón: no me ama. Pero nunca respondáis de lo que pasa entre una mujer y su amante. Siempre hay un rinconcillo, sólo conocido por los interesados. ¿Os atreveríais a afirmar que Advotia Romanovna me mira con repugnancia?

—Ciertas palabras vuestras prueban que todavía tenéis infames designios respecto a Dunia, y que pensáis ponerlos pronto en ejecución.

—¡Cómo! ¿Yo he dicho eso?—profirió Svidrigaylof súbitamente inquieto.

Por otra parte, el calificativo dado a sus intenciones no le ofendió.

—Pero, en este momento, vuestras secretas miras os hacen traición. ¿Por qué tenéis tanto miedo? ¿De dónde viene ese repentino temor que se lee en vuestra cara?

—¿Que tengo miedo? ¿Miedo de vos? ¿Qué me decís? Vos, querido amigo, vos sois quien debéis temerme... Por otra parte, estoy borracho, lo veo; un poco no más, y digo tonterías. ¡Vaya al diablo el vino! ¡El agua!

Tomó la botella, y, sin más preámbulos, la arrojó por el balcón.

Felipe le sirvió agua.

—Todo esto es absurdo —dijo Svidrigaylof, pasando por su rostro una toalla humedecida—, y puedo, con una sola palabra, destruir todas vuestras sospechas. Me caso.

—Ya me lo dijisteis.

—¿Os lo he dicho ya? No me acordaba. Pero cuando os anuncié mi matrimonio, no había nada acordado. Hoy es cosa del todo decidida, y, si estuviera libre en este momento, os llevaría a casa de mi futura; me agradaría saber si aprobáis mi elección. Mi prometida es hija de un

antiguo funcionario, tiene dieciséis años y es encantadora.

—La diferencia de edades excita vuestra sensualidad. ¿Es posible que penséis seriamente en contraer matrimonio semejante?

—¡Qué austero moralista! —bromeó Svidrigaylof—. ¿Dónde fijó su nido la virtud? ¡Ja, ja! ¿Sabéis que me divertís sobremanera, con vuestras exclamaciones de indignación?

Luego llamó a Felipe, y, después de pagar el gasto, se puso en pie.

—Siento en el alma —dijo— no poder seguir hablando con vos; pero nos volveremos a ver... Tened paciencia.

Salió del *traktir* y Rascolnikof tras él.

La embriaguez de Svidrigaylof disminuía notablemente. Fruncía el ceño y parecía muy preocupado, como hombre que está en vísperas de emprender un negocio extraordinariamente importante. Desde hacía algunos minutos, cierta impaciencia se traslucía en sus maneras, y su lenguaje tornábase cáustico y agresivo. Todo esto parecía justificar más cada vez las aprensiones de Rascolnikof, que resolvió seguir al misterioso personaje.

Se volvieron a encontrar en la acera.

—Nos separamos aquí: vos hacia la derecha y yo por la izquierda, o viceversa. Adiós, querido amigo. Hasta que tenga el placer de volver a veros.

Y Svidrigaylof continuó su marcha hacia el Mercado del Heno.

IV

Rascolnikof le siguió.

—¿Qué significa esto? —exclamó volviéndose hacia él, Svidrigaylof—. ¿No os he dicho...?

—Esto significa que estoy decidido a acompañaros.

—¿Cómo?

Ambos se detuvieron y durante unos momentos se midieron con la vista.

—En vuestra semiborrachera —agregó Rascolnikof—, dijisteis lo suficiente para convencerme de que, lejos de haber renunciado a vuestros odiosos proyectos contra mi hermana, os preocupan hoy más que nunca. Sé que esta mañana recibió Dunia una carta. No habéis perdido el tiempo desde que llegasteis a San Petersburgo. Acaso en vuestras idas y venidas hayáis encontrado una mujer; pero eso nada significa. Deseo asegurarme personalmente...

—¿De qué? ¿No hubiera podido decirlo?

—¡Ah! Decid cuanto os plazca.

—¿De veras? ¿Queréis, por lo visto, que llame a la policía?

—¡Llamadla!

De pronto se detuvieron el uno frente al otro. El rostro de Svidrigaylof cambió súbitamente de expresión. Viendo que la amenaza no intimidaba a Rascolnikof, tomó de repente el tono más amistoso y más alegre.

—¡Qué chusco sois! Expresamente no hablé de vuestro asunto, no obstante la curiosidad muy natural que en mí despierta. Quería dejar esto para otra ocasión; pero, en verdad, a un muerto

le haríais perder la paciencia... Vaya, venid conmigo. Pero os advierto que no voy a mi casa sino para tomar dinero. En seguida saldré, tomaré un coche y me iré a pasar la noche a las Islas. ¿Qué necesidad tenéis de seguirme?

—No voy a vuestra casa, sino a la de Sofía Semenovna: debo excusarme de no haber asistido a las exequias de su madrastra.

—Como gustéis; pero Sofía Semenovna está ausente. Ha ido a llevar a los tres niños a casa de una anciana a quien conozco hace mucho tiempo y que tiene influencia en varios asilos de huérfanos.

—Pasaré, de todas maneras, por su casa.

—Dueño sois de hacerlo, pero yo no os acompañaré. ¿Con qué objeto? Decid. Estoy seguro de que, si desconfiáis de mí, es porque hasta la fecha tuve la delicadeza de no molestaros con preguntas enojosas. ¿Adiviináis a qué aludo? ¡Apostaría a que mi discreción os ha parecido extraordinaria! ¡Sed delicado para que tengáis esta recompensa!

—¿Llamáis delicado el hecho de escuchar tras de las puertas?

—¡Ja, ja! Ya había echado de menos esa observación —respondió riendo Svidrigaylof—. Si creéis que no está permitido escuchar detrás de una puerta, y os figuráis que se puede asesinar al antojo; como los magistrados acaso no sean de vuestra opinión, lo mejor que podíais hacer es huir pronto a América. ¡Marchaos pronto, joven! ¡Quizá estéis a tiempo todavía! Os hablo con toda sinceridad. ¿Acaso os falta dinero? Yo os daré lo que necesitéis para el viaje.

—No pienso huir—agregó con disgusto Raskolnikof.

—Comprendo: os preguntáis si obrasteis con

arreglo a la moral, como cumple a un hombre y a un ciudadano. Pero debisteis deciros eso mucho antes. En la actualidad la pregunta es algo intempestiva. ¡Ja, ja! Si creéis haber cometido un crimen, daos un tiro; ¿verdad que tenéis deseos de hacerlo?

—Me parece que tratáis de disgustarme, con la esperanza de que os libre de mi presencia.

—¡Qué original sois! Ya hemos llegado. Tomaos la molestia de subir la escalera. Aquí tenéis la puerta del aposento de Sofía Semenovna. Ved cómo no hay nadie. Vamos a mi cuarto. ¿No tenías intención de hacerme una visita? Mirad: tomo de mi bufete un título del cinco por ciento. ¡Ved cuántos me quedan todavía! Este quedará gastado hoy mismo. ¿Habéis visto bien? Nada tengo que hacer aquí ya. Cierro mi escritorio, cierro la puerta de mi cuarto, y henos en la escalera nuevamente. Si queréis, tomaremos un coche; voy a las Islas. ¿No os agrada un pequeño paseo en coche? Ya lo oís, mando al cochero que me lleve al puente de Elaguin. ¿No queréis venir? ¡Vaya, no os hagáis rogar! Amenaza lluvia, pero ¿qué importa? Levantaremos la capota...

Svidrigaylof estaba ya dentro del coche. Por mucha que fuera la desconfianza de Rascolnikof, no le parecía de tal índole aquella celada, que pudiese peligrar un sér humano.

Sin responder palabra dió media vuelta y se encaminó hacia el Mercado del Heno. Si hubiera mirado atrás, habría podido ver cómo Svidrigaylof, después de andar cien pasos en el coche, descendía, y pagaba al cochero. Pero el joven caminaba sin volver la cabeza.

Pronto volvió la esquina. Como siempre que iba solo, no tardó en caer en una profunda me-

ditación. Al llegar al puente paróse ante la balaustrada, y fijó atentamente la vista en el canal. En pie, a poca distancia de Rascolnikof, Advotia Romanovna le observaba.

Al subir al puente había pasado junto a ella, pero no la había visto.

Advotia, por su parte, experimentó un sentimiento de inquietud al reparar en su hermano. Quedó inmóvil un instante, pensando si le llamaría o no. De pronto vió a Svidrigaylof que se dirigía rápidamente hacia ella.

Pero éste parecía avanzar con prudencia y misterio.

No subió al puente; se detuvo en la acera, procurando que no le viese Rascolnikof.

Hacía mucho tiempo que había visto a Dunia y que le hacía señas.

La joven creyó comprender que, al llamarla, le rogaba que no se hiciera ver de su hermano.

Dócil a aquella invitación muda, Dunia se alejó cautelosamente de su hermano y acercóse a Svidrigaylof.

—Vamos pronto —díjole éste en voz baja—. Quiero que Rodion Romanovitch ignore nuestra entrevista. Os prevengo que ha ido a buscarme y ha estado conmigo en un café, no muy lejos de aquí; me ha costado mucho trabajo desembarazarme de él. Sabe que os he escrito una carta y sospecha algo. Seguramente que no le hablasteis vos. ¿Quién, entonces?

—Hemos vuelto la esquina; mi hermano ya no puede vernos —le interrumpió Dunetchka—. Os advierto que no pasaré de aquí. Decidme lo que tengáis que confiarme; se puede hablar mucho en medio de la calle.

—En primer lugar, no es lugar éste muy a propósito para semejantes confidencias; además, de-

béis oir también a Sofía Semenovna; por último, es menester que os muestre ciertos documentos... Para concluir: si no consentís en acompañarme, renuncio a deciros nada y me retiro en este momento. Por otra parte, no olvidéis, os lo ruego, que un secreto interesantísimo y que afecta a vuestro muy querido hermano, se halla en mi poder.

Dunia se detuvo indecisa y clavó una mirada en Svidrigaylof.

—Aun cuando sé que sois un hombre... sin honor, no me inspiráis ningún miedo. Vamos a vuestra casa—dijo en tono tranquilo, que desmentía la palidez de su rostro.

Echaron a andar. Llegaron. Svidrigaylof introdujo a Dunia en su habitación, y ambos se sentaron ante la mesa, a una distancia respetuosa.

—He aquí vuestra carta —comenzó ella—. ¿Es posible lo que escribisteis? Dais a entender que mi hermano ha cometido un crimen. Vuestras insinuaciones son demasiado claras; no tratéis, pues, de recurrir a subterfugios. Sabed que antes de vuestras pretendidas revelaciones, había ya oído hablar de ese cuento absurdo, del que ni una sola palabra merece mi crédito. Lo odioso no cede en este asunto sino a lo ridículo. Estas sospechas me son conocidas, y no ignoro quién las suscita. No podéis tener ninguna prueba, y habéis prometido probar. ¡Hablad, pues! Pero os prevengo que no os creeré.

—Si no me creyerais, ¿hubieseis venido a mi habitación? ¿Para qué vinisteis, entonces? ¿Por pura curiosidad?

—¡No me atormentéis! ¡Hablad!

Svidrigaylof explicó lo que oyera desde su aposento, de las conversaciones entre Sonia y Rascolnikof.

—¡Eso es imposible! —balbucearon al oirle, los temblorosos labios de Dunia—. ¡Robar él! Ya le conocéis, ya le visteis. ¿Os parece un ladrón?

—Esta categoría, Advotia Romanovna, encierra un infinito número de variedades; en general, los rateros tienen conciencia de su infamia... Pero..., ¿adónde vais?

—Quiero ver a Sofía Semenovna. Cuando subimos aquí, no estaba; pero habrá regresado ya, y quiero verla. Es preciso que ella...

No pudo acabar. La pobre se ahogaba.

—Según todas las apariencias, Advotia Romanovna, no estará de vuelta hasta la noche. Su ausencia debía ser corta; mas, puesto que aun no ha regresado, será probablemente muy tarde...

—¡Ah, luego mientes! Me dijiste que sabías que estaba... ¡y no está! ¡No te creo, no!—exclamó Dunia en un acceso de cólera que le quitaba toda posesión de sí misma.

Casi desmayada, la infeliz se desplomó sobre una silla, que Svidrigaylof se apresuró a poner debajo de ella.

—Advotia Romanovna, ¿qué tenéis? Recobrad ánimo. Aquí tenéis agua. Bebed.

Le echó agua en el rostro, y la joven volvió en sí.

—Ha producido efecto —se dijo Svidrigaylof—. Vuestro hermano tiene amigos. Le salvaremos, le sacaremos del conflicto. ¿Queréis?

—¡Malvado! ¡Todavía se burla! ¡Dejadme...!

—¿Adónde queréis ir?

—En su busca. ¿Dónde está? ¿Lo sabéis? ¿Por qué no está abierta la puerta? Por ella entramos y ahora está cerrada con llave. ¿Cuándo la cerrasteis?

—No era necesario que todo el mundo se enterase de lo que aquí hablamos. En el estado

en que os halláis, ¿para qué ir en busca de vuestro hermano? ¿Queréis perderle? Es preferible que nos sentemos y que veamos el modo de salvarle. Para esto no os traje aquí. Sentaos.

—¿Cómo lograréis salvarle? ¿Es posible eso acaso?

Dunia se sentó. Svidrigaylof tomó asiento a su lado.

—Todo depende de vos, sólo de vos—respondió en voz baja.

Sus ojos resplandecían, y su agitación era tal que apenas podía hablar.

—¡Vos...! ¡Una sola palabra vuestra..., y todo está salvado! —continuó, temblando—. Yo... le salvaré. Tengo dinero y amigos. Inmediatamente le haré salir para el extranjero, le procuraré un pasaporte. ¿Queréis...? También tomaré pasaporte para mí, para vos, para vuestra madre. ¿Qué os importa Razumikin? Mi amor vale tanto como el suyo... Os amo infinitamente. ¡Dejadme besar vuestros pies! ¡Os lo ruego! El solo rumor de vuestro falda me pone fuera de mí. Mandad: ejecutaré vuestras órdenes, sean las que fueren. Haré lo imposible. Vuestras creencias serán las mías. ¡No me miréis así! ¿No veis que me matáis...?

Comenzaba a delirar. Hubiérase dicho que empezaba a estar loco. Dunia saltó hacia la puerta, que empezó a sacudir con todas sus fuerzas.

—¡Abrid! ¡Abrid! ¿Acaso no hay nadie aquí?

Svidrigaylof se levantó. Había recobrado en parte su sangre fría. Una sonrisa amargamente burlona vagaba por sus labios, todavía temblorosos.

—No hay nadie aquí —dijo lentamente—. Mi patrona ha salido, y vuestro trabajo es inútil.

—¿Dónde está la llave? ¡Abre la puerta en seguida, hombre vil!

—He perdido la llave.

—¡Ah, ha sido una asechanza!—vociferó Dunia, yendo a colocarse tras de una mesa, que utilizó como una trinchera.

—¡Asechanza, sí! Ya debíais pensar, Advotia Romanovna, que tenía tomadas mis medidas. Y que si os querelláis, vuestro hermano será quien pierda. Por otra parte, nadie os creerá; todas las apariencias condenan a una joven que va sola a casa de un hombre. De consiguiente, aun cuando os resolvierais a sacrificar a vuestro hermano, nada podríais probar; es difícil la prueba de una violación.

—¡Miserable!—dijo Dunia en voz baja, pero llena de indignación.

—Sea; pero notad que hasta aquí razoné simplemente desde el punto de vista de vuestra hipótesis. Personalmente, soy de vuestra opinión, y creo que la violación es un crimen abominable. Cuanto dije fué para tranquilizar vuestra conciencia en el caso en que vos... consintierais en salvar a vuestro hermano. Podéis deciros que sólo cedisteis a las circunstancias, a la fuerza, si es absolutamente preciso emplear esta palabra. Meditad, pues: la suerte de vuestro hermano y la de vuestra madre se hallan en vuestras manos. Yo seré vuestro esclavo..., toda mi vida... Esperaré aquí...

Y sentóse en el diván a ocho pasos de Dunia.

La joven no dudaba que la resolución de Svidrigaylof era inquebrantable. Le conocía.

De pronto sacó un revólver, levantó el gatillo y lo puso sobre la mesa, al alcance de su mano.

Svidrigaylof exhaló un grito de sorpresa e hizo un repentino movimiento de avance.

—¡Ah, vamos! —dijo con siniestra sonrisa—. La situación cambia por completo. ¡Me quitáis un trabajo, Advotia Romanovna! Pero ¿dónde os habéis provisto de ese revólver?

—¡Si das un paso más, juro que te mato!

—Bueno. ¿Y vuestro hermano? Por curiosidad os hago esta pregunta—dijo Svidrigaylof, siempre de pie en el mismo sitio.

—¡Denúnciale, si quieres! ¡No avances, o disparo! ¡Envenenaste a tu mujer, lo sé: tú también eres un asesino!

—¿Estáis segura de que envenené a Marfa Petrovna?

—¡Sí!

—Pues, aun cuando fuera verdad, por ti lo hubiera hecho... Luego tú fuiste la causa.

—¡Mientes! Yo siempre te aborrecí, siempre...

—¿Miento? Sea, miento. Las mujeres no gustan de que se les recuerde ciertas cosillas —agregó sonriendo—. Sé que tirarás, monstruo hechicero. ¡Cuanto antes, pues!

Dunia le apuntó, no esperando sino el instante para disparar.

Mortal palidez cubría el rostro de la joven; sus labios temblaban de cólera, y sus grandes ojos negros llameaban.

Nunca Svidrigaylof la había visto tan bella.

Avanzó un paso y retumbó un disparo.

La bala le rozó los cabellos y fué a penetrar en la pared.

Svidrigaylof se detuvo.

—¡Una picadura de avispa! —dijo riendo un poco—. ¡Apunta a la cabeza...! ¿Qué es esto? ¿Sangre?

Sacó su pañuelo para atajar un hilo de san-

gre que corría a lo largo de su sien derecha. La bala había rozado la piel.

Dunia bajó el arma y miró a Svidrigaylöf con una especie de estupor. Parecía no darse cuenta de lo que acababa de hacer.

—No acertasteis. Probad otra vez; espero —prosiguió Svidrigaylof, cuya alegría tenía algo de satánica—. Si tardáis tendré tiempo de sujetaros antes de que os halléis en estado de poderos defender.

—¡Dejadme! dijo ella desesperada—. ¡Os juro que dispararé nuevamente, que os mataré!

—A tres pasos es imposible, en efecto, que no acertéis. Pero, si no me matáis...

En los relucientes ojos de Svidrigaylof se pudo leer el destello de su pensamiento.

Aún avanzó dos pasos más.

Dunetchka disparó. Se produjo gran llamarada.

—Cargasteis mal. Pero todavía hay remedio, aún os queda una cápsula. Espero.

En pie y a un paso de la joven fijaba en ella su mirada que expresaba la resolución más firme.

Dunia comprendió que se dejaría matar antes que renunciar a su propósito.

¡Y le mataría indudablemente, pues se hallaba a dos pasos de ella!

De repente arrojó el revólver.

—¡No queréis tirar!—dijo asombrado Svidrigaylof.

Y respiró prolongadamente.

El miedo a la muerte no era quizá el gran peso de que su alma se veía libre. Sin embargo, difícil le hubiera sido expresar la naturaleza del alivio que experimentaba.

Se acercó a Dunia y la cogió suavemente por el talle.

Ella no se resistió; toda temblorosa, le miró con ojos suplicantes.

Quiso hablar; pero su boca no pudo articular ningún sonido.

—¡Suéltame!—rogó Dunia.

Oyéndose tutear, con voz que ya no era la de antes, Svidrigaylof se estremeció.

—¿Conque no me amas?—preguntó en voz baja.

Dunia dijo que no con la cabeza.

—Y... ¿no podrás amarme...? ¿Nunca?—continuó, lleno de desesperación.

—¡Nunca!—murmuró la joven.

Durante un momento, una terrible lucha tuvo lugar en el alma de Svidrigaylof. Sus ojos se fijaban en Dunia con expresión inexplicable.

De repente retiró el brazo que rodeaba el talle de la joven, y, alejándose de ella rápidamente, fué a colocarse ante la ventana.

—¡Aquí tenéis la llave! —dijo después de un momento de silencio, sacándola del bolsillo—. ¡Tomadla e idos! ¡Pronto!

Miraba obstinadamente por la ventana.

Dunia se acercó a él para tomar la llave.

—¡Pronto, pronto!—repitió.

No había cambiado de postura, no miraba a la persona con quien hablaba; pero su orden era pronunciada en un tono respecto a cuyo significado no había lugar a duda.

Dunia cogió la llave, precipitóse hasta la puerta, la abrió rápidamente y salió del aposento.

Un instante después corría como una loca a lo largo del canal, dirigiéndose al puente.

Svidrigaylof continuó tres minutos ante la ventana. Por fin se volvió lentamente, paseó su mirada en derredor y se pasó la mano por los cabellos. Sus facciones, desfiguradas por una son-

risa extraña, expresaban la más amarga desesperación.

Notando que tenía sangre en la mano, miróse con rabia; luego mojó la toalla y se lavó la herida.

El revólver arrojado por Dunia había rodado hasta la puerta.

Lo recogió y se puso a examinarlo. Era un pequeño revólver de tres tiros y de sistema antiguo. Todavía le quedaba una cápsula.

Tras un breve momento de reflexión guardó el arma en el bolsillo, tomó el sombrero y salió.

V

Hasta las diez de la noche Svidrigaylof pasó las horas recorriendo tabernas y cafés; y pagando consumiciones a cuantos conocía.

Hacia las diez estalló una gran tempestad. Svidrigaylof llegó a su casa calado hasta los huesos. Se encerró en su habitación, y abriendo el escritorio sacó de él todo su dinero y rompió algunos papeles.

Cuando el dinero estuvo en su bolsillo, pensó en cambiar de ropa; pero como la lluvia no cesaba, juzgó que no valía la pena, y tomando el sombrero, salió, sin cerrar la puerta de su cuarto, yendo rectamente al de Sonia, que ya había regresado.

—Sofía Semenovna —comenzó a decirle, una vez sentado—: Es probable que parta para América; y como, según toda probabilidad, no nos volveremos a ver, he venido a arreglar algu-

nos asuntos. La suerte de vuestros hermanos queda asegurada. Aquí tenéis los recibos de las cantidades que entregué para ellos. Para vos, he aquí tres títulos del cinco por ciento, que representan una suma de tres mil rublos. Deseo que esto quede para entre nosotros, que nadie se entere de ello. Este dinero os es necesario, Sofía Semenovna, porque no podéis seguir viviendo como vivís. Y ahora, hasta la vista—concluyó, sin escuchar las frases de agradecimiento de la joven.

Y se levantó.

—Saludad de mi parte a Rodion Romanovitch. A propósito. Haríais bien en darle a guardar ese dinero al señor Razumikin. ¿Le conocéis? Es un buen muchacho. Llevádselo mañana..., o cuando tengáis ocasión. Pero, de aquí a entonces, tratad de que nadie os lo quite.

Sonia también se había levantado.

Sentía grandes deseos de decir algo, de hacerle alguna pregunta; pero se hallaba intimidada y no sabía por dónde empezar.

—De consiguiente..., ¿vais a poneros en camino, con un tiempo tan malo?

—¿Puede preocupar la lluvia a quien se embarca para América? ¡Adiós, querida Sofía Semenovna! Vivid y vivid mucho tiempo: sois útil a los demás. A propósito... Saludad en mi nombre al señor Razumikin. No dejéis de hacerlo.

Cuando por fin se separó de ella, Sonia sintióse asaltada por un vago temor.

Aquella misma noche, Svidrigaylof hizo una visita singularísima e inesperada. A las once y cinco minutos se presentó en casa de los padres de su futura, so pretexto de despedirse de ellos; pues, según dijo, se ausentaba por algún tiempo de San Petersburgo. Entregó a su joven futura quin-

ce mil rublos, a título de donación que tenía intención de hacerle antes de casarse.

A las doce de la noche se encontraba en la perspectiva, en el interior de un miserable hotel, llamado de Andrinoplo.

—¿Tenéis té?—preguntó al mozo, una vez en su aposento: una pequeña habitación situada bajo la escalera, la única disponible en la casa.

—Se os puede hacer.

—¿Qué más hay?

—Carne de ternera, aguardiente, entremeses...

—Tráeme ternera y té.

—¿Nada más?

—Nada más.

Svidrigaylof tomó el té, pero no pudo probar la carne. La fiebre, que comenzaba a apoderarse de él, le había quitado el apetito.

Se acostó. Tendido sobre la cama, Svidrigaylof soñaba, no pensaba; sus ideas se atropellaban confusamente, y en vano quería entretener su imaginación.

—Sin duda hay un jardín bajo la ventana. Los árboles son agitados por el viento. ¡Cómo detesto ese rumor de los árboles por la noche, en medio de la tempestad y las tinieblas!

Recordó que poco antes, al pasar por delante del parque Petrowsky, había experimentado la misma penosa impresión. En seguida pensó en el pequeño Neva, y nuevamente sintió el estremecimiento que le asaltara cuando, en pie ante la barandilla del puente, contemplaba el río.

—Nunca me gustó el agua, ni aun en pintura—pensó.

Y, de repente, una idea extraña empezó a sonreirle:

—Me parece que en estas circunstancias debía

burlarme de la estética y del *confort*. Sin embargo, me encuentro descontentadizo.

¿Si antes hubiera ido a Petrowsky Ostrof...? Al parecer tuve miedo al frío y a la obscuridad. ¡Ja, ja! Necesito sensaciones agradables... Pero, ¿por qué no apago la bujía?

Y la apagó de un soplo.

—Ahora, María Petrovna, ahora es cuando vuestra visita sería oportuna. Esto está obscuro, el lugar es propicio, la situación excepcional... ¡Y hoy será justamente el día que no vendréis...!

El sueño seguía huyendo de él, y un temblor súbito agitó sus miembros, al recordar la escena que poco antes había tenido lugar entre él y la hermana de Rascolnikof.

—No pensemos en esto —se dijo—. ¡Cosa extraña! —agregó—. Nunca odié a nadie, ni aun experimenté jamás deseos de venganza. ¡Mal signo! Tampoco fuí camorrista, ni amigo de disputar, ni hombre violento... ¡Otra mala señal! Pero ¡cuánto la comprometí! ¡Me hubiera llevado lejos!

Calló y apretó los dientes.

Su imaginación le mostraba de nuevo a Dunetchka, tal como se hallaba cuando, después de tirar el revólver, incapaz de resistir, fijaba en él una mirada llena de espanto.

Recordó la piedad que le había inspirado en aquel instante y cómo había sentido oprimírsele el corazón.

—¡Al diablo! ¡Siempre los mismos pensamientos! ¡No recordemos esto!

Ya empezaba a dormirse, cuando de pronto sintió que algo pequeño y repugnante andaba sobre él.

Se levantó, encendió la vela, y miró las ropas. Era un ratoncillo.

—Prefiero no dormir—decidió, sin hacer cuen-

ta de volver a encender la luz, que apagó de nuevo.

No pensaba en nada, no quería pensar; pero ideas incoherentes cruzaban por su cerebro. Había caído en una especie de letargo. ¿Era aquello efecto del frío, de las tinieblas, de la humedad, o del viento que agitaba los árboles? Sus sueños siempre tomaban apariencias fantásticas; las flores se representaban sin cesar en su imaginación.

Pasó toda aquella noche en una pesadilla.

Cuando apuntaba el día despertó, notando, encolerizado, al sentarse sobre la cama, que estaba rendidísimo, como si sus miembros todos estuviesen magullados.

Llenaba la calle una espesa niebla, a través de la cual nada podía distinguirse.

Eran cerca de las cinco. Svidrigaylof opinaba que había dormido demasiado.

Se levantó, púsose su ropa, todavía húmeda, y, sintiendo el peso del revólver en su bolsillo, lo tomó, para asegurarse de que estaba bien cargado. Después se sentó y en las primeras páginas de su cuaderno escribió algunas palabras. Después de haberlas leído se puso de codos sobre la mesa y se sumió en sus reflexiones.

Las moscas se regalaban con la ternera que le había sobrado.

Las contempló por espacio de algún tiempo y luego se puso a cazarlas.

Por fin, admirándose de su entretenimiento, recobró súbitamente la conciencia de su situación, y salió de prisa del aposento. Un instante después estaba en la calle.

Espesa niebla envolvía la ciudad. Svidrigaylof se encaminó hacia el pequeño Neva. Mientras caminaba sobre el resbaladizo pavimento de madera en su imaginación veía la isla de Petrowsky con

sus pequeños senderos, sus céspedes, sus árboles, sus sotos...

Ni un coche en toda la perspectiva. Las casitas amarillas, con sus ventanas cerradas, tenían aspecto sucio y triste. El frío y la humedad comenzaban a hacer tiritar al transeunte madrugador. De vez en cuando, reparaba en la muestra de una tienda y la leía maquinalmente.

Cuando llegó al final del entarugado, a la altura de la gran casa de piedra, vió un perro muy feo que atravesaba la calzada con el rabo entre las piernas. Un borracho yacía en mitad de la acera con el rostro contra el suelo.

Svidrigaylof miró un instante al borracho y siguió andando. A la izquierda apareció de pronto un campanario de alarma.

—¡Bah! —pensó—. He aquí un buen sitio. ¿Para qué ir a la isla de Petrowsky? De esta manera, el hecho podrá ser confirmado por algún testigo.

Sonriendo a la nueva idea, tomó la calle de***.

Estaba ya cerca del campanario. Contra la puerta se hallaba apoyado un hombre envuelto en una capa militar y con un gorro griego en la cabeza.

Al ver que Svidrigaylof se aproximaba miróle con desagrado. Su cara ofrecía aquella expresión de mohina tristeza que se suele notar en la fisonomía de los israelitas.

Ambos se examinaron en silencio y por espacio de algunos instantes. Al funcionario le pareció muy extraño que un individuo que no estaba ebrio se detuviera a tres pasos de él y le mirase sin decir palabra.

—¿Qué deseáis?—preguntó arrimado a la puerta.

—Pues... nada, amigo mío. Buenos días—respondió Svidrigaylof.

—Seguid vuestro camino.

—Amigo mío, voy al extranjero.

—¿Cómo al extranjero?

—A América.

—¿A América?

Svidrigaylof sacó el revólver y levantó el gatillo. El soldado arqueó las cejas.

—¡No es éste sitio de bromas!

—¿Por qué no?

—Porque no es a propósito.

—No importa, amigo mío: cualquiera es bueno. Si te preguntan, responde que me he marchado a América.

Y apoyó el cañón del revólver sobre su sien derecha.

—¡Aquí no podéis hacer eso! ¡No es lugar a propósito!—agregó el soldado, abriendo desmesuradamente los ojos.

Svidrigaylof oprimió el gatillo.

VI

Aquel mismo día, entre seis y siete de la noche, Rascolnikof se presentó en casa de su madre.

Vivía ésta con Dunia, en la casa de Bakaleief, en aquella habitación de que Razumikin hablara.

Subiendo la escalera, Rascolnikof parecía vacilar aún. Sin embargo, por nada del mundo hubiese retrocedido: estaba resuelto a hacer aquella visita.

—Por otra parte —pensaba—, todavía nada saben, y están habituadas a ver en mí un hombre original.

Su traje estaba roto y lleno de barro; además, la fatiga física y los efectos de la lucha moral que

sostenía desde el día antes, habían cambiado su rostro.

Había pasado la noche, Dios sabe dónde. Pero, al menos, ya había tomado su resolución.

Llamó, le abrió su madre. Dunetchka había salido, y la criada tampoco estaba en casa en aquel momento.

Pulqueria Alejandrovna quedóse al pronto muda de sorpresa y de alegría; luego cogió a su hijo de la mano y le arrastró hacia la antesala.

—¡Ah! ¡Gracias a Dios! —dijo con voz que la emoción hacía temblar—. No te enfades, Rodia, si cometo la tontería de recibirte llorando. La felicidad hace correr mis lágrimas. ¿Crees que estoy triste? Pues no: estoy alegre, río. Sólo que tengo la necia costumbre de llorar. Desde que murió tu padre, lloro por cualquier cosa. Siéntate, querido mío; estás fatigado, lo veo. ¡Ah, cómo estás!

—La lluvia de ayer me cayó encima, mamá... —comenzó Rascolnikof.

—¡Deja...! —le interrumpió Pulqueria Alejandrovna—. ¿Pensabas que iba a preguntarte con mi curiosidad de mujer? Está tranquilo, todo lo comprendo; ahora, ya estoy algo iniciada en las costumbres de San Petersburgo, y, en verdad, veo que se es más inteligente aquí que en nuestro pueblo. Me he dicho, de una vez para siempre, que ninguna necesidad tengo de entrometerme en tus asuntos ni de pedirte cuentas. ¡Ah, señor...! ¿Sabes una cosa, Rodia? Por tercera vez voy a leer el artículo que has publicado en una revista; Demetrio Prokofitch me la trajo. Ha sido para mí una revelación: en cuanto leí aquellas líneas, comprendí que, en efecto, había obrado neciamente. «He aquí lo que le preocupa —me dije—. Tiene la cabeza llena de ideas nue-

vas, y no le gusta que se le arranque de sus reflexiones; todos los sabios son así.» No obstante la atención con que te leo, hay en tu artículo cosas que no puedo comprender; pero, ignorante como soy, no es extraño que no pueda comprenderlo todo.

—Enseñadme el periódico, mamá.

Rascolnikof tomó el número de la revista y paseó una ojeada por su artículo.

Un autor experimenta siempre placer verdadero al verse por primera vez en letras de molde, sobre todo si ese autor no cuenta más de veintitrés años.

Aun cuando presa de las más terribles inquietudes, nuestro héroe no pudo substraerse a aquella impresión; pero ésta sólo duró breves instantes.

Después de leer algunas líneas frunció el entrecejo y un horrible sufrimiento le oprimió el corazón.

Esta lectura le había de improviso recordado todas sus agitaciones morales en los últimos meses. Con sentimiento de violenta repulsión arrojó el periódico sobre la mesa.

—Pero, aunque sea completamente ignorante, no por eso dejo de comprender que de aquí a muy pocos meses ocuparás uno de los primeros puestos, si no el primero, en el mundo de la ciencia. ¡Y osaron pensar que estás loco! ¡Ja, ja, ja! ¿No sabes qué idea tenían? ¡Infelices! Por otra parte, ¿cómo habrían de comprender lo que es la inteligencia? ¡Decir que Dunetchka, no estaba muy lejos de dar crédito a sus palabras! ¿Es posible? Hace una semana me apenaba, Rodia, viendo cómo ibas vestido, cómo vives, cómo te alimentas. Pero, ahora, reconozco que aquélla era otra tontería de mi parte. Efectivamente,

cuando a ti te dé la gana, con tu talento, harás fortuna. Ya sé que, por ahora, no lo intentas y que te ocupas en cosas mucho más importantes.

—¿No está Dunia, mamá?

—No, Rodia. Sale con frecuencia; me deja sola muy a menudo. Demetrio Prokofitch tiene la bondad de vinir a verme, y siempre me habla de ti. Te quiere y te aprecia, hijo mío. En lo que a tu hermana respecta, no me quejo de su poca consideración. Tiene su carácter, como yo el mío. No le gusta contarme sus asuntos. ¡Libre es de hacerlo! Yo nada oculto tengo para mis hijos. Pero estoy persuadida de que Dunia es muy inteligente, de que nos quiere mucho... Pero no sé adónde iremos a parar... Siento que no pueda aprovecharse de tu visita. Cuando regrese le diré: «Mientras has estado fuera, ha venido tu hermano. ¿Dónde has pasado el tiempo?» Tú, Rodia, no me hagas sufrir demasiado; pasa por aquí cuando puedas y no te sea molesto; si no puedes no te apures, tendré paciencia. Me bastará saber que me quieres. Leeré tus obras, oiré hablar de ti a todo el mundo, y, de vez en cuando, recibiré tu visita. ¿Qué más puedo desear? Has venido a consolar a tu madre, lo veo...

Pulqueria Alejandrovna rompió de pronto a llorar.

—¡Siempre lo mismo! No hagas caso de mí, estoy loca. ¡Ah, Dios mío! ¡Qué distraída! ¡Tenemos café, y aun no te lo he ofrecido! ¡Ya ves lo que es el egoísmo de los viejos! ¡En seguida, en seguida!

—No vale la pena, mamá: voy a marcharme. No vine para eso. Os ruego que me escuchéis.

Pulqueria Alejandrovna se acercó tímidamente a su hijo.

—Mamá, ocurra lo que ocurra, oigáis de mí lo que oigáis, ¿me querréis siempre como ahora? —preguntó de improviso.

Sus palabras brotaron espontáneamente del fondo del corazón, antes de que tuviera tiempo de calcular su importancia.

—¡Rodia, Rodia! ¿Qué tienes? ¿Cómo me haces esa pregunta? ¿Quién se atreverá a hablarme mal de ti? Si alguien se permitiera tal cosa, me negaría a oirle y le arrojaría de mi presencia.

—El objeto de mi visita era aseguraros que siempre os amé; y mucho celebro que nos hallemos solos: me alegro mucho de que Dunia no esté aquí. Acaso seáis desgraciada. Sabed, sin embargo, que vuestro hijo os quiere hoy más que a sí mismo, y que hicisteis mal en dudar de mi afecto. Jamás dejaré de amaros... Y basta. He creído que, ante todo, era preciso daros estas seguridades...

Pulqueria Alejandrovna abrazó silenciosamente a su hijo, le estrechó contra su pecho, y lloró calladamente.

—No sé qué tienes, Rodia —dijo por fin—. Hasta hoy había creído buenamente que nuestra presencia te molestaba. Ahora veo que te amenaza una gran desgracia, que vives en continua ansiedad. Lo sospechaba, Rodia —perdona que te hable así—; en ello pienso siempre, y esto me hace perder el sueño. Tu hermana deliró la noche pasada, y en su sueño pronunció muchas veces tu nombre. Oí algunas palabras, pero nada pude comprender. Desde esta mañana hasta el momento de entrar tú, he estado como el condenado a muerte que espera la ejecución. ¡Tenía presentimientos de que algo me ocurriría! ¡Rodia, Rodia! Pero ¿adónde vas? Piensas marcharte de San Petersburgo, ¿verdad?

—Sí.

—¡Lo había adivinado! Pero, si tú te marchas, yo puedo acompañarte. Y Dunia irá con nosotros. Te ama, te ama mucho. Si lo deseas, también nos llevaremos a Sofía Semenovna. Estoy dispuesta a aceptarla por hija. Demetrio Prokofitch nos ayudará en nuestros preparativos de viaje... Pero ¿adónde vas?

—Adiós, mamá.

—¡Cómo! ¡Hoy mismo!—exclamó la pobre madre, como si se tratara de una separación eterna.

—No puedo permanecer... Es preciso que me separe de vosotras...

—¿Y no puedo ir contigo?

—No; pero rogad a Dios por mí. Quizá escuche vuestras plegarias.

—¡Que Dios nos oiga! Recibe mi bendición... ¡Oh, Señor!

Sí, mucho celebraba que su hermana no asistiera a aquella despedida. Para dar rienda suelta a su ternura necesitaba una entrevista a solas, y un testigo cualquiera, Dunetchka misma, le hubiera estorbado.

Cayó a los pies de su madre y los besó.

Pulqueria Alejandrovna y su hijo se abrazaron llorando. La pobre madre no hizo ninguna pregunta. Había comprendido que Rascolnikof pasaba por una terrible crisis; conocía que su suerte iba a decidirse en un momento.

—Rodia, querido mío —dijo sollozando—. ¡Te veo ahora tal como eras en tu infancia! ¡Así venías a ofrecerme tus caricias y tus besos! En otro tiempo, cuando tu padre vivía, él y yo no teníamos, en nuestra desgracia, otro consuelo que tu presencia, y, desde que le enterré, ¡cuántas veces lloramos tú y yo sobre su sepultura, abrazados como ahora! Si hace mucho tiempo que

lloro, ha sido porque mi corazón maternal siempre tuvo horribles presentimientos. La noche de nuestra llegada a San Petersburgo, en nuestra primera entrevista, tu cara me dijo mucho; y hoy, al abrir la puerta, pensé que la hora fatal había llegado. ¡Rodia, Rodia! ¿No te marcharás en seguida?

—No.

—¿Vendrás aún?

—Sí..., vendré.

—No te enfades, Rodia. Responde a dos palabras, que no debes tomar a mal: ¿Vas lejos de aquí?

—Muy lejos.

—¿Tendrás allí un empleo, una posición?

—Tendré lo que Dios me haya destinado. Pedidle por mí.

Rascolnikof quería salir; pero ella se abrazó a él y le miró en pleno rostro, con expresión desesperada.

—Basta, mamá—dijo el joven, que, comprendiendo el dolor de su madre, lamentaba haber ido a verla.

—¿No te irás para siempre? ¿No te irás en seguida? ¿Vendrás mañana?

—Sí, sí. ¡Adiós!

Por fin consiguió escapar. Dirigióse rápidamente hacia su casa. Quería ultimarlo todo antes de la puesta del sol. Cualquier encuentro le hubiera sido en aquel momento desagradable.

Al subir a su cuarto notó que Nastasia, entonces ocupada en preparar el té, había interrumpido su faena y le seguía con mirada curiosa.

—Acaso haya alguien arriba—se dijo.

Y pensó en el odioso Porfirio.

Pero sus ojos tropezaron con los de Dunia al abrir la puerta de la habitación.

La joven, sentada en el diván, estaba pensativa; sin duda esperaba a Rascolnikof hacía mucho tiempo.

Este se detuvo en el umbral. Dunia se estremeció, se incorporó y le miró prolongadamente.

Una desolación infinita se leía en los ojos de Dunia. Aquella sola mirada probó a Rascolnikof que la joven estaba al corriente de todo.

—¿Debo entrar o retirarme?—preguntó con vacilación.

—He pasado el día esperándote en casa de Sofía Semenovna; pensábamos que irías.

Rascolnikof penetró en el aposento y se dejó caer en una silla.

—Me siento débil, Dunia; estoy muy fatigado, y, sobre todo en este momento, necesito de mucha energía.

Clavó en su hermana una mirada de desconfianza.

—¿Dónde pasaste la noche de ayer?

—No lo recuerdo, Dunia. Quería tomar una decisión, y muchas veces me aproximé al Neva; de esto sí me acuerdo. Mi intención era concluir... Pero... no pude resolverme a ello...— concluyó en voz baja, tratando de leer la impresión que sus palabras producían en Dunia.

—¡Dios sea alabado! ¡Era precisamente lo que Sofía y yo temíamos! ¡De consiguiente, aún crees en la vida! ¡Bendito sea Dios!

Rascolnikof sonrió amargamente.

—No creía en El, pero no hace mucho estuve con mamá; ambos hemos llorado al abrazarnos, y, siendo incrédulo, le he suplicado que rece por mí. Dios sólo, sabe cómo ha podido ser esto; por mi parte, ni siquiera comprendo lo que siento.

—¿Has visto a mamá? ¿Hablaste con ella?—exclamó Dunia espantada—. ¿Es posible que hayas tenido valor para contarle todo *aquello?*

—No, yo no se lo he dicho..., pero sospecha algo. Te ha oído soñar en voz alta toda la noche. Estoy seguro de que ha adivinado parte del secreto. Quizá obre mal al ir a verla. Ni sé por qué lo hice. Soy un hombre bajo, Dunia.

—Sí, pero dispuesto a no retroceder ante la expiación. Irás, ¿verdad?

—Y muy pronto. Para escapar de la deshonra quise suicidarme; pero, en el instante de ir a arrojarme al río, pensé que un hombre fuerte no debe tener miedo a la vergüenza. ¿Es esto orgullo, Dunia?

—¡Sí, Rodia!

Una especie de resplandor ardió en sus ojos tristes: parecía feliz al pensar que había conservado su orgullo.

—¿No crees, hermana mía, que quizá tuve miedo al agua?—preguntó con una sonrisa desagradable.

—¡Oh, Rodia! ¡Basta!—respondió la joven, enojada por aquella suposición.

Ambos guardaron silencio por espacio de unos minutos.

Rascolnikof tenía los ojos bajos; Dunia le miraba con expresión de sufrimiento.

De repente el joven se levantó.

—La hora se aproxima, y ha llegado el momento de marchar. Voy a denunciarme, aunque no sé por qué lo hago.

Gruesas lágrimas brotaron de los ojos de Dunetchka.

—¿Lloras, hermana mía? ¿No quieres darme la mano?

—¿Lo has podido dudar?

Y la estrechó fuertemente contra su pecho.

—¿Crees que, ofreciéndote a la expiación, no borras la mitad de tu crimen?—exclamó ella al abrazarle.

—¿Mi crimen? ¿Qué crimen? —replicó él en un súbito acceso de cólera—. ¿El de haber matado a un bicho venenoso, repugnante y malo, a una vieja usurera que engañaba a todo el mundo, que chupaba la sangre al pobre? ¡Su muerte debía ser motivo de absolución para cuarenta pecados! ¡No pienso en mi delito ni trato de borrarlo de ningún modo! ¿Por qué han de gritar de todas partes: «¡Crimen! ¡Crimen!»? Ahora que estoy decidido a afrontar gratuitamente esta deshonra, sólo ahora, lo absurdo de mi cobarde determinación se me representa con toda claridad. ¡Lo hago por bajeza, por impotencia, si no es por interés, como me aconsejaba ese... Porfirio!

—¡Hermano! ¡Hermano! ¿Qué dices? ¡Has derramado sangre!—respondió consternada Dunia.

—Bien ¿y qué? Todo el mundo la vierte —prosiguió con creciente vehemencia—. Siempre corrió sangre abundante sobre la tierra; las personas que la derraman como el champagne, suben al Capitolio y son proclamadas bienhechores de la humanidad. Examina mejor las cosas antes de juzgarlas. Yo también quise ser bienhechor de los hombres. Centenares, miles de buenas acciones hubiesen borrado esa mi única necedad; y, cuando digo necedad, debí decir torpeza, porque la idea no era tan necia como ahora parece. Después del fracaso, los planes mejor concebidos parecen absurdos. Por medio del mío sólo intenté crearme una posición independiente, asegurar mis primeros pasos en la vida, procurarme recursos. En seguida hubiera empezado mi obra... Pero fra-

casé, y ahora soy un miserable. Si hubiera triunfado, se me tejerían coronas; ahora, sólo merezco ser arrojado a los perros.

—¡No, no se trata aquí de eso! ¡Hermano mío!

—Verdad que no procedí según normas estéticas. Pero, no comprendo por qué es más glorioso lanzar bombas contra una ciudad sitiada que asesinar a una usurera a hachazos. La falta de estética es el principal signo de impotencia. Nunca lo comprendí tan bien como ahora, pero menos que nunca comprendo tampoco cuál es mi crimen. ¡Nunca fuí tan fuerte, nunca estuve tan convencido como en este momento de mi vida!

Su rostro pálido, demacrado, se había coloreado súbitamente. Cuando acababa de proferir aquella exclamación, sus ojos tropezaron con los de Dunia, y ésta le miraba con tanta tristeza, que su exaltación disminuyó grandemente. No pudo menos de decirse que, en suma, había sido la desgracia de aquellas dos mujeres.

—Querida Dunia, perdóname si soy culpable (aun cuando ningún perdón merezco, si realmente lo soy). ¡Y adiós! No discutamos más. ¡Es hora de partir! No me sigas, te lo suplico. Aun tengo que hacer una visita... Ve al momento al lado de nuestra madre, es el último ruego que te hago, y no la abandones. La dejé muy intranquila, y temo que la venza el dolor y muera o enloquezca. ¡Vela por ella! Razumikin no os abandonará; le he hablado... No llores por mí. Aunque asesino, trataré de ser toda mi vida honrado y valeroso. Quizá algún día oigas hablar de mí. No os deshonraré, lo verás; aun probaré... Ahora, hasta la vista —se apresuró a agregar, notando una extraña expresión en los ojos de

Dunia—. ¿Por qué lloras? ¡No llores, que no nos separamos para siempre...! ¡Ah, sí! Espera. Olvidaba...

De sobre la mesa tomó un librote cubierto de polvo, lo abrió, y sacó de él una pequeña acuarela pintada sobre marfil.

Era el retrato de la hija de su patrona, la joven a quien amara.

Durante un instante contempló aquel rostro expresivo y melancólico. Luego, besó el retrato, y lo entregó a Dunia.

—Muchas veces hablé de *esto* con ella, sólo con ella —dijo pensativo—. Le confié mi proyecto, que tan lamentable fin había de tener. Está tranquila —continuó, dirigiéndose a Dunia—. Se rebeló tanto como tú, y mucho celebro que hoy esté enterrada.

Luego, volviendo al principal objeto de sus preocupaciones, prosiguió:

—Lo esencial ahora es saber si calculé bien lo que voy a hacer y si me hallo dispuesto a aceptar todas las consecuencias. Se pretende que esta prueba me es necesaria. ¿Es cierto? ¿Qué fuerza moral habré adquirido cuando salga del presidio, quebrantado por veinte años de sufrimientos? ¿Merecerá mi vida la pena? ¡Y consiento en llevar el peso de existencia semejante! ¡Oh, esta mañana, en el momento de ir a arrojarme al Neva, comprendí bien que soy un vil!

Ambos salieron, por fin. Dunia se había mantenido fuerte en aquella entrevista, gracias al amor que profesaba a su hermano.

Despidiéronse en la calle.

Después de haber andado unos cincuenta pasos, la joven volvió la cabeza, para ver por última vez a Rascolnikof.

Este también se volvió cuando llegaba a la esquina de la calle.

Y sus miradas se encontraron; pero, notando que la de su hermana estaba fija en la suya, hizo un gesto de impaciencia, hasta de cólera, para invitarla a continuar su camino.

Y, doblando la esquina, inmediatamente desapareció.

VII

A la caída de la tarde llegó a casa de Sonia. Durante todo el día, la joven le había esperado con ansiedad. Por la mañana recibió la visita de Dunia, quien confirmó todo lo dicho por Svidrigaylof.

De aquella visita, Dunetchka llevóse el consuelo de que su hermano querido no estaba absolutamente solo: Sonia era la primera que había oído su confesión; a ella se dirigió cuando sintiera la necesidad de confiarse a un sér humano; ella le acompañaría allá donde el destino le llevase. Sin haberle preguntado nada sobre esto, Advotia Romanovna estaba segura de que así sucedería; contemplaba a Sonia con una especie de veneración que turbaba a la pobrse joven, porque ésta se creía indigna de poner sus ojos en Dunia. Desde su visita a Rascolnikof, la imagen de la encantadora criatura que tan graciosamente la había saludado aquel día, quedó en su alma como una de las visiones más bellas e indelebles de su vida.

En cuanto se separaron comenzó la inquietud de la pobre niña. Temía que Rascolnikof pusie-

ra fin a sus días. Y no le cabía duda de que nuestro héroe había ya muerto, cuando éste se presentó inesperadamente en el umbral de su habitación.

Un grito de alegría se escapó del pecho de la joven. Pero, cuando hubo examinado el rostro del visitante, palideció.

—¡Bien está! —dijo riendo Rascolnikof—. Vengo a despedirme de ti, Sonia. Me rogaste que me entregase. Ahora voy a hacerlo. ¿Por qué, pues, tienes miedo?

Sonia le miró admirada. El tono en que le hablaba le parecía extrañísimo. Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo; pero, al cabo de un minuto, comprendió que la tranquilidad del joven era fingida.

Al hablarle, Rascolnikof miraba a otro lado, como si temiese encontrarse con sus ojos.

—¿Ves, Sonia? He juzgado que esto sería preferible. Hay aquí una circunstancia... Pero sería largo de contar, y no tengo tiempo... ¿Sabes lo que me irrita? Me pongo furioso al pensar que, en un instante, todos aquellos brutos clavarán sus miradas en mí, me harán preguntas estúpidas a las que será preciso responder, me señalarán con el dedo... No iré a casa de Porfirio; me es insoportable. Prefiero ir al encuentro de mi amigo Pólvora. ¡Lo sorprendido que se quedará! Puedo contar con un gran éxito de admiración. Pero será necesario tener más sangre fría; en estos últimos tiempos me he vuelto muy irritable. ¿Lo creerás? Poco faltó, hace poco, para que le pegase a mi hermana, sólo porque se volvía hacia mí para verme por última vez. He caído bastante hondo. Y bien; ¿dónde están las cruces?

El joven no parecía en su estado normal. No

podía permanecer un minuto en el mismo sitio, ni fijar su pensamiento en ningún objeto; sus ideas se sucedían sin transición, deliraba, en una palabra, y temblaban sus manos ligeramente.

Sonia guardaba silencio. Sacó una caja con dos cruces: una, de ciprés; la otra, de cobre. Luego, se persignó, y, después de repetir igual fórmula en la persona de Rascolnikof, colgó de su cuello la cruz de ciprés.

—Es un simbólico modo de expresar que cargo con mi cruz. ¡Ja, ja! ¡Como si hasta hoy no hubiese empezado a padecer! La cruz de ciprés es la de los niños; la de cobre perteneció a Isabel. La guardas para ti. Enséñamela. ¿La llevaba... en aquel momento? Conozco otros dos objetos también devotos: una cruz de plata y una medalla. Las dejé *entonces* sobre el pecho de la vieja. Es lo que ahora debía colgarme del cuello... Pero estoy hablando desatinos y dejo a un lado el asunto principal. Estoy distraído... ¿Ves, Sonia? Vine a prevenirte, a fin de que sepas... Pues bien, esto es todo... No vine más que a eso... (¡Hum...! creía tener otra cosa que decirte.) Sí; tú misma exigiste de mí este paso. Voy a hacerme prender, y tu deseo quedará cumplido. ¿Por qué lloras, pues? ¡Tú también! ¡Basta, basta! ¡Oh, qué doloroso me es todo esto!

Su corazón se angustiaba viendo llorar a Sonia.

—¿Qué soy yo para ella? —se decía—. ¿Por qué se interesa por mí como pudieran hacerlo mi madre o mi hermana?

—Haz la señal de la cruz, reza alguna oración —suplicó la joven con voz temblorosa.

—Sea, rezaré cuanto quieras. Y de buena voluntad, Sonia; de todo corazón...

No era aquello cuanto tenía deseos de decir.

Se santiguó muchas veces. Reparó de pronto que Sonia se disponía a salir con él.

—¿Qué haces? ¿Adónde vas? ¡Quédate, quédate! ¡Quiero ir solo!—exclamó con voz irritada.

Y encaminóse hacia la puerta.

—¿Qué necesidad hay de ir allá con escolta? —refunfuñaba conforme salía.

Sonia no insistió.

El no se despidió de ella; habíala olvidado. Una sola idea le preocupaba en aquel momento.

—¿Es que esto está resuelto realmente? —se preguntaba conforme bajaba la escalera—. ¿No hay medio de retroceder, de arreglarlo todo, de no ir allí?

Siguió andando, sin embargo. Comprendió súbitamente que ya había pasado la hora de las vacilaciones.

Cuando estuvo en la calle recordó que no se había despedido de Sonia, que ésta se había detenido en mitad del aposento, que una orden suya la había como clavado en el suelo.

Se hizo entonces otra pregunta, que, desde hacía algunos minutos, agitábase en su cerebro, sin formularse claramente:

—¿Para qué le hice esta visita? Le dije que iba a un asunto. ¿Qué asunto era éste? No tengo absolutamente ninguno. ¿Para decirle que «voy allá»? ¡Muy necesario era esto! ¿Para advertirle que la amo? ¡Y hace poco acabo de rechazarla como si hubiera sido un perro! En cuanto a su cruz, ¿qué necesidad tenía de ella? ¡Oh, cuán hondo caí! ¡No, no necesitaba nada de esto! ¡Lo que necesitaba eran sus lágrimas; lo que deseaba era gozar con el sufrimiento de su corazón! ¡Probablemente, buscaría, al propio tiempo, el modo de retardar algunos minutos el instante

fatal! ¡Y me atreví a soñar con altos destinos, me creí llamado a hacer grandes cosas, yo, tan vil, tan miserable, tan infame!

Caminaba a lo largo del pretil, no sabiendo qué hacer. Pero cuando llegó al puente, suspendió un momento su marcha, y, bruscamente, se encaminó hacia el Mercado del Heno.

Sus miradas pasaban ávidas de izquierda a derecha; se esforzaba para examinar cada objeto que encontraba, sin poder fijar su atención en éste ni en aquél.

—Dentro de ocho días, dentro de un mes —pensaba—, volveré a pasar por aquí; un coche celular me llevará no sé adónde. ¿Desde qué parte contemplaré entonces este canal? ¿Veré esa muestra que dice: *Compañía?* ¿Leeré esto entonces como hoy? ¿Cuáles serán mis sensaciones y mis pensamientos...? ¡Dios mío!, ¡qué mezquinas son estas preocupaciones! Sin duda que esto es curioso..., en su género... ¡Ja, ja! ¡De qué voy ahora a preocuparme! Hago el niño; ensayo posturas frente a mí mismo. ¿Por qué han de ruborizarme mis pensamientos...? ¡Oh, qué baraúnda! Ese hombre grueso —un alemán, según todas las apariencias— que acaba de empujarme, ¿sabe que me ha dado un codazo? Esta mujer que tiene un niño de la mano y pide limosna, acaso me crea más feliz que ella. Esto sería divertido. Debía de darle algo, por lo curioso del hecho. Tengo cinco *kopeks* en el bolsillo. ¡Una casualidad! *Batuchka*, toma.

—¡Dios os conserve!—dijo la mendiga, en tono plañidero.

El Mercado del Heno estaba lleno de gente. Tal circunstancia desagradó a Rascolnikof. Sin embargo, se dirigió precisamente hacia el punto en que la multitud era más numerosa.

Hubiera comprado la soledad a cualquier precio, pero sentía interiormente que no podría gozar de ella ni un solo minuto.

Cuando llegaba a la mitad de la plaza recordó las palabras de Sonia:

—Ve a las encrucijadas, saluda al pueblo, besa la tierra que has manchado con tu crimen y di en voz alta, delante de todo el mundo: «¡Soy un asesino!»

Tal recuerdo le hizo temblar. Las angustias de los días anteriores, habían, hasta tal punto, agostado su alma, que se consideró feliz al encontrarla todavía accesible a una sensación de otra especie, a la cual se abandonó por completo. Inmensa ternura se apoderó de él; sus ojos se llenaron de lágrimas.

Púsose de rodillas en medio de la plaza, se encorvó hasta el suelo y besó con alegría aquella tierra enlodada. Luego se levantó y volvió a arrodillarse.

—¡Uno que se trata bien!—dijo alguien cerca de él.

La observación fué acogida con carcajadas.

—Es un peregrino que va a Jerusalén, amigos míos; se despide de sus hijos, de su patria; saluda a todo el mundo; da el beso de despedida a San Petersburgo y al suelo de la capital—agregó un burgués algo beodo.

—Es todavía muy joven—dijo otra voz.

—Es un noble—observó alguien.

—En el día de hoy, los nobles ya no se distinguen de los que no lo son.

Viéndose objeto de la atención general, Raskolnikof perdió la tranquilidad y el uso de la palabra, y la frase «¡Soy un asesino!» que quizá iba a salir de su boca, expiró en sus labios.

Las exclamaciones, las burlas de la multitud,

no le causaron, por otra parte, gran impresión; y serenamente se encaminó hacia la Comisaría.

Por el camino, una sola imagen atrajo sus miradas; había esperado hallarla a su paso; por eso no le admiró verla.

En el momento en que acababa de arrodillarse por segunda vez, no muy lejos, a unos cincuenta pasos, había visto a Sonia.

Esta hizo cuanto pudo para no ser vista, ocultándose tras de uno de los puestos de madera. «¡Luego le acompañaba en la subida a su Calvario!»

Desde aquel instante, Rascolnikof adquirió la convicción de que Sonia era suya, y le seguiría a todas partes, aun cuando su destino le condujese al fin del mundo.

¡Había llegado al sitio fatal!

Entró en el patio con paso bastante seguro. La oficina de policía estaba situada en el tercer piso.

—Antes de subir allá arriba, todavía tengo tiempo de volverme atrás—pensaba.

Le gustaba repetirse que, mientras no hubiera confesado, podía cambiar por completo de resolución.

Como en su primera visita, encontró la escalera sucia y maloliente, por las emanaciones que vomitaban las cocinas abiertas en todos los pisos.

Sus piernas vacilaban mientras subía la escalera. Se detuvo un instante para tomar aliento, para preparar su entrada.

—Mas ¿para qué? —se preguntó de pronto—. Puesto que es necesario vaciar el vaso, muy poco importa la manera de apurar su contenido. Cuanto más amargo sea, mejor.

Luego, se presentó en su imaginación la figura de Ilia Petrovitch, el teniente Pólvora.

—¿A él es a quien voy a hablar? ¿No podía dirigirme a otro, a Nikodim Fomitch, por ejemplo? ¿Si fuese al domicilio personal del comisario de policía y le contara el hecho...? ¡No, no! Hablaré a Pólvora, y antes concluirá todo.

Estremeciéndose, teniendo apenas conciencia de sí mismo, Rascolnikof abrió la puerta de la oficina.

En la antesala sólo había un ordenanza y un hombre del pueblo.

Pasó a la otra habitación, en donde trabajaban los escribientes. No estaba Zametof ni tampoco Nikodim Fomitch.

—¿No hay nadie?—preguntó el visitante, dirigiéndose a uno de los empleados.

—¿Por quién preguntáis?

—¡A... a... ah! Sin oir sus palabras, sin ver su rostro, he adivinado la presencia de un ruso... como se dice, en no sé qué cuento... ¡Se los saluda!—dijo bruscamente una voz conocida.

Rascolnikof se estremeció. Ante él estaba Pólvora; acababa de salir de otra estancia.

—Lo ha querido el destino—pensó el visitante.

—¿Vos aquí? ¿Cómo es eso? —exclamó Ilia Petrovitch, que parecía de muy buen humor—. Si para asuntos vinistes, es demasiado pronto. Por casualidad me encuentro... Mas... ¿en qué puedo...? Confieso que no os... ¿Cómo, cómo es vuestra gracia? Perdonad...

—Rascolnikof.

—¡Ah, sí! ¡Rascolnikof! ¿Creeréis que ya lo había olvidado? Os ruego, no me juzguéis tan... Rodion... Ro... Rodionitch, ¿verdad?

—Rodion Romanovitch.

—¡Sí, sí, sí! ¡Rodion Romanovitch! ¡Rodion Ro-

manovitch! Lo tenía en la punta de la lengua. Os confieso que lamento sinceramente el modo cómo procedimos con vos el otro día... Más adelante me explicaron todo el asunto; supe que erais un joven escritor, un sabio; supe que debutabais en la profesión de las letras... ¡Santo Dios! ¿Cuál es el literato, cuál es el sabio que, en sus comienzos, no hizo más o menos vida bohemia? A mí me gusta mucho la literatura... Salvo el lustre del nacimiento, lo demás puede adquirirse por medio del talento, del saber, de la inteligencia, del genio. Un sombrero, por ejemplo... ¿Qué es un sombrero? Un sombrero se compra; pero lo que está bajo el sombrero, lo que oculta, no se puede comprar. Pero hablando de estas cosas, no os pregunto el objeto de vuestra visita... Me han dicho que vuestra familia se halla actualmente en San Petersburgo...

—Sí, aquí están mi madre y mi hermana.

—He tenido el honor y el placer de encontrar a la última. Es una persona tan encantadora como distinguida. De veras deploro el altercado que en otra ocasión tuvimos. Respecto a las conjeturas basadas en vuestro desvanecimiento, luego se reconoció su falsedad. Comprendo la indignación que sentiríais. Ahora que vuestra familia vive en San Petersburgo, ¿habéis cambiado de domicilio?

—No, no, hasta la fecha. Vine a preguntar... Creí que estaría aquí Zametof.

—¡Ah, es cierto! He oído decir que tenéis amistad con él. Pues bien, Zametof no está aquí ya. Nos abandonó ayer; hubo, antes de que partiera, palabras gruesas entre él y nosotros... Es un galopín sin enjundia y nada más; prometía algo, pero tuvo la desgracia de alternar con nuestra juventud, y se le metió en la cabeza

el dárselas de sabio. Zametof nada tiene de común con vos, ni con el señor Razumikin, ni con otros jóvenes por el estilo. Vosotros abrazasteis la carrera de la ciencia, y los reveses nada significan para vosotros. Para vos, por ejemplo, nada son las alegrías de la vida: lleváis una existencia austera, ascética, monástica, de hombre de estudio. Un libro, una pluma, una investigación que hacer. ¡He ahí vuestra dicha! Yo, hasta cierto punto... ¿Conocéis la correspondencia de Livingstone?

—No.

—Yo sí la he leído. Ahora, hablando de otra cosa, el número de nihilistas parece que ha aumentado, lo cual no es de extrañar en época como la presente. Hablando *inter nos* ¿sois nihilista? Responded francamente.

—No, no...

—Sed franco, habladme como si hablaseis con vos mismo, no tengáis miedo. Una cosa es el servicio y otra cosa... ¿Creíais que iba a decir la «amistad»? Pues os engañasteis. No la amistad, sino el sentimiento del hombre y del ciudadano, el sentimiento humanitario y de amor a Dios. Yo puedo ser un personaje oficial, un funcionario; mas por esto no debo dejar de ser un hombre, un ciudadano. Hablabais de Zametof... Pues bien, Zametof es un muchacho que copia el *chic* francés, que escandaliza en los malos lugares cuando ha bebido una copa. ¡Ahí tenéis lo que es vuestro Zametof! Quizá yo haya sido con él algo violento; pero, si mi indignación me llevó demasiado lejos, esto obedecía a un sentimiento elevado: el celo por los intereses del servicio. Además, ¡poseo un rango, una situación, una importancia social! Cumplo mi deber de hombre y de ciudadano; mientras, él, ¿qué es? Permitid que

os lo pregunte. Hablo con vos como con un hombre educado. ¿Sabéis que las mujeres sabias se han multiplicado de una manera prodigiosa...?

Rascolnikof miró al teniente con aire embobado. Las palabras de Ilia Petrovitch sonaban en sus oídos como frases sin sentido. Sin embargo, bien o mal, comprendía algo de ellas. En aquel momento, preguntaba con la vista a su interlocutor, sin saber cómo acabaría todo.

—Hablo de las jóvenes que llevan el pelo cortado a lo Tito —continuó el inagotable Ilia Petrovitch—. Las llamo sabias, aunque el de marisabidillas sería nombre más apropiado. ¡Ja, ja! Estudian medicina, estudian anatomía. Decid, si yo estuviera enfermo, ¿me haría visitar por una señorita?

Ilia Petrovitch se echó a reir, encantado de sí mismo.

—Admito la sed de instrucción; pero, ¿no pueden instruirse sin entregarse a tales excesos? ¿A qué ser insolentes? ¿A qué insultar a nobles personalidades, como hace Zametof? Porque, ¿qué razón tuvo éste para insultarme...? Otra epidemia que progresa terriblemente es el suicidio. Se come uno todo lo que tiene, y en seguida se mata. ¡Jovencitas, muchachos, ancianos...! ¡Todos se suicidan! No ha mucho hemos recibido la noticia de que un caballero recientemente llegado a esta captial, ha puesto fin a su vida... ¡Nil Parlitch...! ¡Eh! ¡Nil Parlitch! ¿Cómo se llama el *gentleman* que esta mañana se levantó la tapa de los sesos en la Peterburgskaia?

—Svidrigaylof—respondió con voz bronca uno de los que estaban en la vecina habitación.

Rascolnikof se estremeció.

—¡Svidrigaylof! ¿Svidrigaylof se ha pegado un tiro?—exclamó.

—¡Qué! ¿Conocíais a Svidrigaylof?

—Sí... le conocía... No hacía mucho que llegó a San Petersburgo.

—En efecto, llegó hace poco. Había perdido a su esposa. Era un perdido. Se ha suicidado en condiciones particularmente escandalosas. Sobre su cadáver se ha encontrado un cuaderno, en el que había escrito algunas palabras: «Muero en posesión de mis facultades intelectuales. No se culpe a nadie de mi muerte.» Se dice que no era pobre. ¿Cómo es que vos le conocíais?

—Yo... Mi hermana había sido institutriz en su casa.

—¡Bah! ¡bah...! En tal caso, vos podréis dar informes respecto a él. ¿No teníais ninguna sospecha de su intento?

—Le vi ayer... Estaba bebiendo vino... Nada sospeché.

Rascolnikof sentía como el peso de una montaña sobre su pecho.

—Me parece que os ponéis pálido... ¡Es tan asfixiante la atmósfera de esta habitación...!

—Sí, tengo que marcharme—balbuceó el visitante—. Perdonad si os he molestado...

—¡Vaya...! Siempre a vuestra disposición. Me habéis proporcionado un buen rato, y celebro mucho...

Al pronunciar estas palabras, Ilia Petrovitch tendió su mano al joven.

—Sólo deseo... Tenía que ver a Zametof...

—Comprendo, comprendo... Celebro que hayáis venido...

—Yo... también me alegro de haberos hablado... Hasta la vista—dijo Rascolnikof sonriendo.

Salió andando a trompicones. La cabeza le daba vueltas. Apenas podía tenerse, y, al bajar

la escalera, se vió precisado a apoyarse en la pared para no caerse. Le pareció que un ordenanza que subía a la oficina le dió con el codo al pasar; que un perro aullaba en el primer piso y que una mujer gritaba para hacer callar al animal.

Entró en el patio. De pie, no lejos de la puerta, Sonia, pálida como una muerta, le contemplaba con aire extraño.

Se detuvo frente a ella. La joven juntó las manos; su fisonomía expresaba la más horrible desesperación.

Al verla, Rascolnikof sonrió; ¡pero con qué siniestra sonrisa!

Instantes después entraba nuevamente en la oficina.

Ilia Petrovitch se disponía a revisar unos papeles. Ante él estaba el alguacil que, al subir, había tropezado con Rascolnikof.

—¡A... a... ah! ¡Otra vez aquí! ¿Olvidasteis algo? Pero ¿qué os pasa?

Con los labios pálidos y la mirada fija, Rascolnikof avanzó lentamente hacia Ilia Petrovitch.

Apoyándose con la mano en la mesa ante la que el teniente estaba sentado, quiso hablar; pero no pudo articular más que sonidos ininteligibles.

—Estáis enfermo. ¡Una silla! Sentaos. ¡Agua!

Rascolnikof se dejó caer sobre el asiento que se le ofrecía; pero sus ojos no se apartaban de Ilia Petrovitch, cuyo rostro expresaba una desagradable sorpresa.

Durante un minuto, ambos se miraron en silencio.

Alguien apareció con un vaso de agua.

—Yo fuí...—comenzó Rascolnikof.

—Bebed.

El joven rechazó con un ademán el vaso que

le presentaban, y, en voz baja, pero clara, hizo, interrumpiéndose muchas veces, la siguiente declaración:

—*Yo asesiné a hachazos, para robarla, a la vieja prestamista y a su hermana Isabel.*

Ilia Petrovitch llamó y la habitación se llenó de gente.

Rascolnikof repitió su confesión...

EPILOGO

I

Siberia. A orillas de un ancho y desierto río se eleva una ciudad, uno de los centros administrativos de Rusia; en la ciudad hay una fortaleza, en la fortaleza una prisión. En la prisión está, desde hace nueve meses, Rodion Romanovitch Rascolnikof, condenado a trabajos forzados (segunda categoría). Cerca de dieciocho meses han transcurrido desde el día que cometió el crimen.

El proceso no encontró muchas dificultades. El culpable ratificó sus confesiones con tanta resolución como precisión y claridad, sin embrollar las circunstancias, sin atenuar el horror del hecho, sin velar los detalles, sin olvidar los más pequeños pormenores. Hizo un completo relato del crimen; aclaró el misterio de la *prenda* encontrada en las manos de la vieja; refirió cómo había tomado las llaves del bolsillo de la usurera; describió estas llaves, describió también el cofre e indicó su contenido; explicó el asesinato de Isabel, hasta entonces punto obscuro para todos; refirió cómo Koch había ido a llamar a la puerta, etc., etc. Por último, en cuanto a los objetos

robados, declaró el lugar donde se hallaban. En resumen, todo se aclaró. Lo que, entre otras cosas, admiraba más a los jueces, fué que el asesino, en lugar de aprovecharse de los despojos de su víctima, los enterrara bajo una piedra. Y más inverosímil aún parecía que no hubiese abierto la bolsa, que ignorara su contenido. (Guardaba trescientos diecisiete rublos en papel y tres monedas de veinte *kopeks*.) Se quiso saber el motivo por el cual el acusado mentía acerca de este punto, después de haber sido sincero en todos los demás. Algunos (los psicólogos) admitieron, por fin, que, en efecto, no hubiese abierto la bolsa, y que se desembarazara de ella sin ver su contenido; pero en seguida dedujeron la conclusión de que el crimen había sido cometido bajo la influencia de una locura momentánea.

—El culpable —dijeron— cedió a los impulsos de la monomanía morbosa del asesinato y del robo, sin objeto ulterior, sin cálculo interesado.

Era la época en que progresaba la teoría moderna de la alienación temporal, teoría a cuyo beneficio se trata hoy de explicar los actos de ciertos criminales.

Por otra parte, la existencia de la afección hipocondríaca que sufría Rascolnikof, fué comprobada por varios testigos: el doctor Zosimof, los antiguos compañeros del acusado, la patrona, los criados.

Todo esto hizo pensar que Rascolnikof no era un asesino vulgar.

Con gran despecho de los partidarios de esta opinión, el culpable no trató de defenderse; interrogado respecto a los motivos que le indujeron a cometer el crimen, declaró con brutal franqueza que a ello le había llevado la miseria: con la suma que esperaba encontrar en casa de

la vieja pensaba asegurar sus primeros pasos en la vida; su carácter ligero y envilecido, agriado por las privaciones y los reveses, había hecho de él un asesino.

Cuando se le preguntó por qué había ido a delatarse, respondió que había representado la comedia del arrrepentimiento.

Aquello era casi cómico...

No obstante todo esto, la sentencia fué menos severa de lo que hubiera podido presumirse, teniendo en cuenta la magnitud del crimen cometido; quizá fué benigna para el acusado que, en vez de defenderse, él mismo se condenó cuanto pudo.

Todas las extrañas particularidades de la causa fueron tomadas en consideración. El estado de enfermedad en que el culpable se hallaba al cometer el asesinato no daba lugar a la menor duda. Para explicar cómo no había hecho uso de los objetos robados, se supuso, o que el remordimiento se lo había impedido, o que el uso de sus facultades intelectuales no era pleno cuando consumó el crimen. El asesinato, de ningún modo premeditado, de Isabel, fué un argumento a favor de esta última conjetura: ¡un hombre comete dos asesinatos, y olvida que la puerta se halla abierta!

Por último, él se había denunciado; y esto en el momento en que las revelaciones de Mikolka extraviaban a los encargados del proceso, poniéndolos a cien leguas de sospechar del verdadero culpable. (Porfirio Petrovitch cumplió religiosamente su palabra.) Tales circunstancias contribuyeron a atemperar la severidad del veredicto.

Por otra parte, en los debates salieron a relucir muchas acciones que honraban al acusado.

Documentos proporcionados por Razumikin probaron que, seis meses antes, en la Universidad, Rascolnikof había partido sus escasos recursos con un compañero pobre y enfermo; éste murió, dejando en la miseria a su anciano padre, a quien mantenía desde la edad de trece años. Rascolnikof había hecho entrar al anciano en un establecimiento caritativo, y, más adelante, costeó su entierro.

El testimonio de la viuda Zarnitzin fué también favorable al reo.

Dijo que, en la época en que habitaba con su huésped en las Cinco-Esquinas, habiéndose declarado un incendio en una casa, Rascolnikof, con grave peligro de su vida, había sacado de entre las llamas a dos criaturas, hiriéndose al realizar aquel acto de valor.

Se abrió una información respecto a este hecho, y numerosos testigos comprobaron su exactitud.

En resumen, el tribunal, teniendo en cuenta la sinceridad del culpable, así como sus buenos antecedentes, le condenó tan sólo a ocho años de trabajos forzados (segunda categoría.)

Cuando se abrieron los debates, la madre de Rascolnikof cayó enferma.

Dunia y Razumikin hallaron medio de alejarla de San Petersburgo mientras duró la vista de la causa contra su hijo. Razumikin alquiló una pequeña villa, próxima al tren, situada no lejos de la capital, a fin de seguir la marcha del proceso y poder ver a menudo a Advotia Romanovna.

La enfermedad de Pulqueria Alejandrovna era una afección nerviosa bastante extraña, con desarreglo, al menos parcial, de las facultades mentales.

De regreso en su casa, después de la última entrevista con su hermano, Dunia encontró a su madre muy desolada, presa de la fiebre y del delirio. Aquella misma noche convino con Razumikin las respuestas que habían de darle cuando la anciana preguntara por Rodion. Inventaron toda una historia, según la cual Rascolnikof había sido enviado muy lejos, a un extremo de Rusia, con una misión que le produciría mucha honra y dinero.

Así continuaron hasta que Dunia comprendió que las mentiras eran contraproducentes y preferible guardar silencio respecto a ciertos puntos. Creía evidente que Pulqueria Alejandrovna sospechaba algo horrible. Dunia sabía —su hermano se lo había dicho— que su madre la había oído hablar en sueños, la noche que siguiera a su entrevista con Svidrigaylof. Las palabras que a la joven se le escaparon ¿no podían haber sido una clara luz en el cerebro de la anciana?

La sentencia fué dictada cinco meses después de la confesión hecha por el asesino a Ilia Petrovitch.

En cuanto fué posible, Razumikin se apresuró a ver al condenado en su prisión. Sonia también le hizo varias visitas.

Por fin llegó el momento de separarse. Dunia juró a su hermano que aquella separación no sería eterna. Razumikin habló en igual sentido. El vehemente joven tenía un proyecto: por espacio de tres o cuatro años juntarían algún dinero, y en seguida se trasladarían todos a Siberia, país en que tanta riqueza sólo espera, para ser puesta en circulación, el auxilio del capital y el esfuerzo de los brazos; fijarían su residencia donde estuviera Rodia, y... para todos empezaría una nueva vida.

Desde hacía algunos días, Rascolnikof se mostraba inquietísimo, preguntando sin cesar por su madre y preocupándose mucho de ella.

La excesiva inquietud de su hermano inspiraba temores a Dunia.

Cuando él se informó exactamente del estado de su madre, su estado de ánimo tornóse sombrío.

Con Sonia siempre estaba taciturno.

Provista del dinero que le diera Svidrigaylof, hacía mucho tiempo que la joven había decidido acompañar al convoy de presos de que Rascolnikof formara parte. Nunca se dijeron una palabra respecto a este propósito; pero ambos sabían que sería así.

En el momento de despedirse por última vez, el condenado sonrió extrañamente al oir que su hermana y Razumikin le hablaban en términos calurosos del próspero porvenir que para ellos se abría en cuanto saliera del presidio. Preveía que la enfermedad no tardaría en llevarse a su madre.

Por fin tuvo lugar la partida de Sonia y Rascolnikof.

Dos meses después, Dunetchka se casó con Razumikin.

Fué aquélla una boda tranquila y triste. Asistieron a ella, en calidad de invitados, Porfirio Petrovitch y Zosimof.

Desde hacía algún tiempo, todo denotaba en Razumikin al hombre que ha tomado una enérgica resolución. Dunia creía ciegamente que pondría en ejecución todos sus proyectos, y no podía dejar de creerlo, porque veía en él la más firme voluntad.

En efecto, Razumikin empezó por volver a la Universidad, a fin de concluir sus estudios. El

matrimonio no cesaba de formar planes para el porvenir: uno y otra tenían la intención de emigrar a Siberia dentro de cinco años. Mientras tanto, allí tenían a Sonia para reemplazarlos...

Pulqueria Alejandrovna fué feliz al dar la mano de su hija al amigo de Rodion; pero después de aquel matrimonio, su tristeza y su preocupación fueron en aumento.

Para procurarle un rato agradable, Razumikin le notificó la hermosa conducta de su hijo para con el estudiante pobre y su anciano padre; y también le refirió cómo, el año anterior, Rodia había expuesto su vida para salvar la de dos niños, con peligro de perecer en un incendio.

Estos relatos exaltaron en el más alto grado la mente, ya turbada, de la anciana. No volvió a hablar de otra cosa, y a todo el mundo contó aquellas proezas de su hijo. Hasta trató de ver a la madre de los niños salvados por Rascolnikof.

Su agitación llegó a los últimos límites. Tan pronto rompía a llorar de improviso, como sufría accesos de fiebre, durante los cuales deliraba.

Una mañana declaró formalmente que, según sus cálculos, Rodia debía volver pronto, porque cuando se despidió de ella le había anunciado su vuelta para dentro de nueve meses, a todo tardar. Y comenzó a prepararlo todo, como si realmente esperase a su hijo: le destinaba su propio aposento, que se puso a arreglar y a limpiarlo, fregándole el suelo, cambiándole las cortinas, etc., etc.

Dunia, la pobre, estaba apenadísima; pero nada decía, y hasta ayudaba a su madre en aquellos preparativos.

Después de un día de locas visiones, de suc-

fios alegres y de lágrimas, se apoderó de Pulqueria Alejandrovna una intensa calentura que la mató en un par de semanas.

Muchas palabras pronunciadas por la enferma en su delirio, hicieron comprender que había adivinado el horrible secreto que se le había querido ocultar.

Rascolnikof ignoró por mucho tiempo la muerte de su madre, aun cuando desde su llegada a Siberia recibiera regularmente noticias de ella por medio de Sonia. Todos los meses, la joven enviaba una carta a Razumikin y todos los meses también se le escribía de San Petersburgo.

Las cartas de Sonia no tardaron en parecer algo lacónicas e inexpresivas al joven matrimonio; pero, más adelante, comprendieron que era imposible escribirlas más a su gusto, teniendo en cuenta que en todas ellas les enviaban las noticias más completas y precisas respecto al estado del preso.

Sonia describía de un modo claro y sencillo la vida de Rascolnikof en la prisión. No hablaba de sus propias esperanzas, ni de sus conjeturas para el porvenir, ni de sus sentimientos personales. En vez de querer explicar el estado moral, la vida interior del condenado, se limitaba a hablar de sus hechos, a trasladar sus mismas palabras; daba detalladas noticias de su salud, transmitía algunos deseos por él manifestados, preguntas que hacía, encargos que le daba en sus entrevistas, etc., etc.

Pero todos aquellos datos, por circunstanciados que fuesen, no eran, sobre todo al principio, lo suficientemente consoladores.

Dunia y su esposo sabían, por las cartas de Sonia, que Rascolnikof estaba siempre triste y taciturno; que cuando la joven le daba noticias

de San Petersburgo, apenas prestaba atención; que en ocasiones preguntaba por su madre, y cuando Sonia, viendo que adivinaba la verdad, le anunció la muerte de su madre, notó, con gran sorpresa, que oyó la triste noticia poco menos que impasible.

«Aun cuando parezca completamente absorto en sí mismo y como extraño a cuanto le rodea —escribía Sonia— conoce su nueva vida, comprende su situación, no espera nada mejor para el porvenir, no tiene ningún deseo frívolo, no experimenta casi ninguna sorpresa en este medio, tan distinto del anterior... Su salud es satisfactoria. Va al trabajo sin repugnancia y sin deseo. Es casi indiferente a la comida; pero, salvo los domingos y los días de fiesta, esta comida es tan mala que por fin ha consentido en aceptarme dinero para procurarse té a diario. Por lo demás, me ruega que no me inquiete, porque, según asegura, le desagrada que se ocupen de él.»

«En la prisión —decía en otra carta— vive en común con los otros reos. No he visitado el interior de la fortaleza, pero me inclino a creer que se está muy mal, muy oprimido y en condiciones insalubres. Si rehusa cuanto podía hacer su existencia material menos dura y no tan miserable, no es de modo ninguno por prejuicio y en virtud de idea alguna preconcebida, sino sencillamente por apatía, por indiferencia.»

Sonia confesaba que, al principio, sus visitas, lejos de procurar placer a Rascolnikof, causábanle una especie de contrariedad: no salía de su mutismo, sino para decir insolencias a la joven. Más tarde, aquellas visitas se hicieron para él una costumbre, casi una necesidad; en cierta ocasión estuvo muy triste porque una ligera

enfermedad obligó a Sonia a suspender las entrevistas por algunos días.

Los de fiesta se veían, bien a la puerta de la prisión, o bien en el cuerpo de guardia, adonde acudía por algunos momentos el preso, cuando ella le hacía llamar. Los días ordinarios le veía en el trabajo: en los talleres, en los hornos de ladrillo, en las chozas establecidas a orillas del Irtych.

En lo que le concernía, Sonia decía que había sabido crearse relaciones en su nueva residencia, que era costurera y que, como la ciudad sólo poseía una modista, se había creado una buena parroquia. Lo que no decía era que había recabado para Rascolnikof las atenciones de la autoridad y que, gracias a ella, se le dispensaba de los trabajos más penosos.

Por último, Razumikin y Dunia recibieron aviso de que Rascolnikof se alejaba de todo el mundo, de que sus compañeros de cautiverio no le tenían cariño, de que guardaba silencio por espacio de días enteros, de que palidecía...

Ya Dunia había notado cierta intranquilidad en las cartas de Sonia.

Un día, ésta escribió que el condenado había caído gravemente enfermo y estaba en la enfermería de la prisión.

II

Sentíase mal hacía ya mucho tiempo; pero lo que debilitó sus fuerzas no fué ni el cautiverio con sus horrores, ni el trabajo, ni la mala alimentación, ni la vergüenza de verse con la cabeza rapada y de ir vestido de harapos. ¿Qué le importaban aquellas tribulaciones y miserias? Lejos de ello, le era grata su obligación de trabajar: la fatiga física le procuraba algunas horas de sueño tranquilo. ¿Y qué significaba para él la mala comida? En otro tiempo, cuando estudiaba, ¡cuántas veces se hubiera considerado feliz con aquella alimentación! En cuanto a la ropa, era apropiada al trabajo y a la vida que llevaba, y respecto a los grillos, ni aun sentía su peso. Quedaba la humillación de ir trasquilado al rape y de llevar el uniforme del presidiario.

Pero ¿ante quién se iba a avergonzar? ¿Ante Sonia? Ella le respetaba. ¿Cómo iba a ruborizarse ante ella?

Sin embargo, hasta ante Sonia sentía vergüenza; por eso se mostraba desviado y grosero en sus relaciones con la joven. Pero aquel sonrojo no provenía ni de su cabeza rapada ni de sus grillos, sino de su orgullo, herido cruelmente. Rascolnikof estaba enfermo de aquella herida. ¡Oh, cuán feliz hubiera sido pudiendo acusarse a sí propio! Todo lo habría entonces soportado; ¡hasta la vergüenza y la deshonra! Pero, aun cuando se examinaba severamente, su conciencia endurecida no hallaba en su pasado ninguna falta espantosa, sólo se reprochaba el haber *fracasado*,

cosa que podía ocurrirle a todo el mundo. Lo que le humillaba era verse perdido neciamente, y sin remedio, por una sentencia del ciego destino, y obligado a someterse, a resignarse a lo *absurdo* de aquella sentencia, si quería encontrar alguna tranquilidad.

Una inquietud sin motivo y sin objeto al presente, un sacrificio continuo y estéril para el provenir. He aquí lo que le quedaba sobre la tierra. Vano consuelo para él, era pensar que después de ocho años tendría treinta y dos, y que a tal edad aun podía volver a comenzar su vida. ¿Para qué vivir? ¿Con qué objeto? ¿Vivir por vivir? ¡El, que en todo tiempo hubiera dado la vida por una idea, por una esperanza, hasta por un capricho! Siempre había hecho poco caso de la existencia pura y sencilla; siempre quiso más. Acaso la fuerza de sus deseos le hubiese hecho creer en otros tiempos que era de aquellos hombres a quienes les está permitido más que a los otros.

Entonces, si el cielo le hubiera movido al arrepentimiento, al arrepentimiento que seca el el corazón, que espanta al sueño, al arrepentimiento cuyas torturas inducen al hombre a matarse para huir de él; ¡ah! entonces lo hubiese acogido con alegría. Sufrir y llorar es vivir. Pero él no se arrepentía de su crimen.

¡Si al menos hubiera podido recriminarse su necedad, como se había en otro tiempo reprochado las acciones torpes y odiosas que le llevaran al presidio! Pero ahora, que en el *ocio* del cautiverio reflexionaba nuevamente sobre toda su pasada conducta, no la encontraba tan odiosa ni tan torpe como le pareciera en aquellos tiempos.

—¿Por qué —pensaba— mi idea era más necia que las otras ideas y teorías que en el mundo combaten desde que el mundo existe? Basta mirar la cuestión desde un punto de vista amplio, independiente, exento de los prejuicios del día, para que mi idea no parezca tan... extraña. ¡Oh, espíritus mal llamados libres, filósofos de real y medio! ¿Por qué os detenéis a la mitad del camino?

¿Y por qué mi conducta os parece tan fea? —se decía—. ¿Porque es un crimen? ¿Qué significa la palabra crimen? Mi conciencia se halla tranquila. Sin duda que cometí un acto ilícito, que infringí la ley, que vertí sangre... Pues bien, ¡tomad mi cabeza, y todo habrá concluído! Cierto que, en tal caso, muchos de los bienhechores de la humanidad, de aquéllos que no ocupan el poder gracias a una herencia, sino que se apoderan de él a viva fuerza, debieran ir al cadalso. Pero tales gentes llegaron al fin, que es lo que los justifica, mientras que yo no supe alcanzarlo, razón por la cual no tuve derecho a principiar.

No se me acusaba más que de una culpa: la de haber sido débil, la de haber ido a delatarme.

Otro pensamiento le mortificaba.

¿Por qué no se había suicidado? ¿Por qué, antes que esto, había preferido denunciarse? ¿Era tan difícil de vencer el sentimiento del amor a la vida? ¡Sin embargo, Svidrigaylof había triunfado!

Se hacía dolorosamente la pregunta y no podía comprender que, cuando frente al Neva, pensaba en el suicidio, quizá descubriera, presintiera en sí y en sus convicciones un error profundo. No comprendía que aquel presentimiento podía contener en germen alguna nueva concepción de la vida, que podía ser el preludio de una revo-

lución en su existencia, la señal de su resurrección.

Admitía, más bien, que había entonces cedido por vileza y falta de carácter, a la fuerza brutal del instinto.

El espectáculo que ofrecían sus compañeros de prisión le admiraba. ¡Cómo amaban la vida! ¡Cómo la apreciaban! Hasta le pareció que aquel sentimiento era más vivo en el prisionero que en el hombre libre. ¡Qué atroces sufrimientos no soportaban algunos de aquellos desgraciados, los vagabundos, por ejemplo! ¿Era posible que un rayo de sol, un bosque sombrío, una fuente fresca, tuviesen para ellos tal valor? Cuanto más los observaba, más inexplicables hechos descubría.

En la prisión, en el medio que le rodeaba, muchas cosas pasaban inadvertidas para él; por otra parte, no quería fijar en nada su atención. Vivía, por decirlo así, con la vista baja, encontrando insoportable el mirar en derredor. Pero no dejaron de sorprenderle muchas circunstancias; y, a pesar suyo, en algún modo, comenzó a notar lo que antes no había sospechado. En general, lo que más le admiraba era el horrible abismo que existía entre él y aquellas gentes. Hubiérase dicho que pertenecían, ellos y él, a naciones distintas. Se miraban con desconfianza y hostilidad. El sabía y comprendía las causas de aquel fenómeno, pero, hasta entonces, nunca las había supuesto tan vivas, tan profundas. Independientes de los reos por delitos comunes, en la fortaleza había polacos enviados a Siberia por causas políticas. Estos consideraban a los otros como brutos, y para ellos sólo tenían desdén; pero Rascolnikof no podía participar de este modo de ver: notaba muy bien que, bajo muchos aspectos, aquellos brutos eran más in-

teligentes que los mismos polacos. Había también algunos rusos, un antiguo oficial y dos seminaristas, que despreciaban a sus compañeros. Rascolnikof notaba igualmente su error.

En cuanto a él, no se le quería, le huían todos. Hasta acabaron por odiarle. ¿Por qué? Lo ignoraba. Malhechores mil veces más culpables que él le despreciaban, se le burlaban; su crimen era objeto de sarcasmos.

—Tú eres un señorito —le decían—. ¿Cómo pudiste asesinar a hachazos? Esas no son cosas de gente fina.

En la segunda semana de Cuaresma, hubo de asistir, con sus compañeros, a los ejercicios religiosos. Fué a la iglesia y rezó como los demás.

Un día, sin que él mismo supiera por qué, poco faltó para que sus compañeros le diesen qué sentir. Se vió bruscamente asaltado.

—¡Eres un ateo! ¡No crees en Dios! —gritaban aquellos forajidos—. ¡Hay que matarle!

Nunca les había hablado ni de Dios ni de religión, y sin embargo querían matarle por ateo.

No respondió. Uno de los presos, en el colmo de la desesperación, arrojóse sobre él.

Rascolnikof, tranquilo y silencioso, le esperaba sin moverse, sin que ninguna línea de su rostro se alterara.

Alguien se interpuso súbitamente entre él y el agresor.

Un momento más y la sangre hubiera corrido.

Aun había una cuestión para él inexplicable. ¿Por qué todos querían tanto a Sonia?

Ella no trataba de conquistar el aprecio de nadie, no podían verla con frecuencia, sino sólo en la cantera o en el taller, cuando iba a verle un minuto. Y sin embargo todos la conocían, no ignoraban que le había seguido y sabían cómo

vivía y dónde. Sólo una vez, por Navidad, llevó un regalo para todos los de la prisión: pasteles y bollos. Pero, poco a poco, entre los presos y Sonia, se establecieron ciertas relaciones más íntimas: les escribía cartas para sus familias, y ella era la encargada de llevarlas al correo. Cuando sus parientes iban a la ciudad, en manos de Sonia ponían sus encargos para los presidiarios, cuyas mujeres y las queridas la conocían y visitaban. Cuando iba a ver a Rascolnikof en el momento en que éste se disponía a trabajar con los prisioneros, o cuando encontraba un grupo de éstos que se encaminaban hacia el lugar del trabajo, todos se descubrían, todos se inclinaban.

—*Batuchka*, Sofía Semenovna, eres nuestra querida y tierna madre—decían aquellos hombres brutales, a la pequeña y enfermiza criatura.

Ella los saludaba sonriendo y se volvían para seguirla con la vista cuando se marchaba.

No sabían ellos cómo elogiarla. Hasta la consultaban cuando estaban enfermos.

Rascolnikof pasó en la enfermería todo el resto de la Cuaresma y la semana de Pascua. Cuando recobró la salud, recordó todos los sueños que tuviera durante sus horas de delirio. Le pareció ver el mundo entero desolado por una calamidad terrible e inaudita que, viniendo de los extremos del Asia, había caído sobre Europa. Todos debían perecer, excepto un pequeño número de priviligiados. Triquinas de una especie desconocida, seres microscópicos que se introducían en el cuerpo de las personas. Pero aquellos seres eran espirituales, dotados de inteligencia y de voluntad. Los individuos en quienes se alojaban se volvían al momento locos furiosos. Sin embargo, cosa extraña, nunca los hombres se ha-

bían creído tan sabios, tan en posesión de la verdad como se creían aquellos infortunados. Nunca habían tenido tanta confianza en la infalibilidad de sus juicios, en la solidez de sus conclusiones científicas y de sus conocimientos morales. Pueblos, ciudades, naciones enteras perdían la razón. Todos se hallaban agitadísimos e incapaces de comprenderse los unos a los otros. Cada cual creía ser el dueño exclusivo de la verdad, y, contemplando a sus semejantes, se desolaba, se golpeaba el pecho, lloraba y se retorcía las manos. No se podían entender ni respecto al bien ni respeto al mal; no se sabía a quién condenar, a quién absolver. Se mataban unos a tros, a impulsos de una cólera absurda. Se reunían hasta formar grandes ejércitos, pero una vez comenzada la campaña, el desacuerdo relajaba a las tropas, rompíanse las filas, los guerreros se arrollaban unos sobre otros, se degollaban y se devoraban. En las ciudades no se cesaba de tocar a somatén. Pero, ¿por quién todo esto y a qué fin? Nadie lo sabía y todos estaban inquietos. Se abandonaban los oficios ordinarios, porque cada cual proponía sus ideas, sus reformas, y no lograban ponerse de acuerdo. Acá, y allá, las gentes se reunían en grupos, convenían en una acción común, juraban no separarse; pero un instante después olvidaban la resolución que habían tomado, comenzaban a acusarse unos a otros, a golpearse, a matarse. Los incendios y el hambre completaban tan triste cuadro. Hombres y cosas, todo perecía. La plaga se extendía más cada vez. En el mundo entero tan sólo se salvaban algunos hombres inocentes, destinados a restaurar el género humano, a renovar la vida y a purificar la tierra. Pero nadie veía a tales hom-

bres en ninguna parte, nadie oía sus palabras ni sus voces.

Aquellos sueños absurdos dejaron en el alma de Rascolnikof una impresión penosa que tardó mucho en borrarse.

Llegó la segunda semana de Pascua. En el transcurso de su enfermedad, Sonia no había podido hacerle más que dos visitas; necesitaba para ello obtener una autorización, y esto era difícil de alcanzar. Pero con frecuencia, sobre todo a la caída de la tarde, iba al patio de la enfermería y durante un minuto miraba hacia las ventanas.

Un día, próxima la noche, el prisionero, ya convaleciente, se había dormido. Cuando despertó, se acercó a la reja y reparó en Sonia que, de pie ante la puerta de la enfermería, parecía esperar algo. Sonia no fué al otro día ni al siguiente; y él lo sintió, pues la aguardaba con ansiedad.

Cuando volvió a la prisión, sus compañeros le dijeron que Sofía Semenovna estaba enferma.

Desde entonces estuvo inquietísimo. Envió a preguntar por la joven, y pronto supo que su enfermedad no era peligrosa. Sonia, viendo que su estado le preocupaba, le escribió una carta en la que le decía que estaba mucho mejor y que no tardaría en volver a verle. Leyendo aquella carta, el corazón de Rascolnikof latió con violencia.

El día era sereno y caluroso. A las seis de la mañana fué a trabajar a la orilla del río. Sólo halló a tres operarios. Uno de ellos, acompañado por el celador, fué a buscar una herramienta a la fortaleza; otro, se puso a calentar el horno.

Rascolnikof salió del cobertizo, sentóse sobre

un banco de madera y se puso a contemplar el río.

Desde donde se hallaba se descubría gran parte del país. A lo lejos, del otro lado del Irtych, repercutían canciones cuyo vago eco llegaba a los oídos del preso. Allí, en la inmensa estepa inundada de sol, aparecían como pequeños puntos negros, cabañas de nómadas. Allá estaba la libertad, allí vivían otros hombres que en nada se parecían a sus compañeros ni a él; allí dijérase que no había pasado ningún tiempo desde la época de Abraham y de sus rebaños.

Rascolnikof soñaba, fija la vista en aquella lejana visión; no pensaba en nada, pero le angustiaba una especie de temor.

De repente se halló en presencia de Sonia. Esta, acercándose poco a poco, había ido a sentarse junto a él.

Todavía se gozaba algo de la frescura de la mañana. Sonia iba modestamente vestida, y en su rostro pálido y macilento se leía su pasada enfermedad. Abordando al preso, sonrióle con aire amable y satisfecho; pero, como de costumbre, le ofreció la mano con timidez.

Siempre se la tendía con temor; en ocasiones ni aun se atrevía a ofrecérsela, temiendo que él se la rechazara. El parecía aceptarla siempre con repugnancia; siempre tenía cara de enfadado cuando llegaba la joven, y ésta no podía, en muchas ocasiones, arrancarle ni una sola palabra. Hubo días en que tembló ante él y tuvo que retirarse afligida. Pero, ahora, sus manos se fundieron en un estrecho apretón. Rascolnikof miró rápidamente a Sonia y sin proferir palabra bajó la vista.

Estaban solos, nadie los veía.

De repente, y sin que el preso supiese cómo

aquello sucedía, una fuerza invisible le arrojó a los pies de la joven y llorando abrazó sus rodillas. En el primer momento la joven quedó sorprendida y su rostro se tornó lívido.

Levantóse rápidamente, y, toda temblorosa, miró a Rascolnikof. Pero le bastó aquella mirada para comprenderlo todo. Una inmensa dicha se leyó en sus ojos radiantes; no le cabía duda de que aquel hombre la amaba, de que la amaba con amor infinito. Por fin, había llegado aquel instante...

Quisieron hablar, pero no pudieron. Los dos estaban pálidos y rendidos; pero en sus rostros enfermizos brillaba ya la aurora de una nueva vida, de un completo renacimiento. El amor los regeneraba: el corazón del uno encerraba un inagotable manantial de vida para el corazón del otro.

Resolvieron esperar, tener paciencia. Todavía les faltaban siete años para poder salir de Siberia. ¡Sufrimientos intolerables y dichas infinitas debían llenar aquel tiempo! Rascolnikof había resucitado. El lo sabía: lo sentía en todo su sér. Y Sonia... Sonia no vivía sino la vida de Rascolnikof.

Por la noche, al acostarse, el joven pensó en ella. Hasta le pareció que aquel día sus compañeros, sus antiguos enemigos, le habían mirado de otro modo. El les habló primeramente, y ellos le respondieron con afabilidad. Por otra parte, así debía ser. ¿Acaso no iba a cambiar todo?

Pensaba en ella. Pensaba en las penas que sin cesar le había causado; y en su mente volvía a ver aquella carita demacrada. Pero estos recuerdos apenas le producían el más pequeño re-

mordimiento: sabía con qué amor sin límites borraría lo que a Sonia la hiciera sufrir.

Y ¿qué eran aquellos misterios del pasado? En la primera alegría de su resurrección, todo, hasta su crimen, hasta su condena, se le aparecía como un hecho exterior, extraño; parecía casi dudar de que aquello hubiese ocurrido. Por otra parte, aquella noche sentíase incapaz de reflexionar extensamente, de concentrar su pensamiento en un objeto cualquiera, de resolver una cuestión con conocimiento de causa; no experimentaba otra cosa que sensaciones. La vida había reemplazado en él al razonamiento.

Bajo su almohada había unos Evangelios. Los abrió maquinalmente. El libro era de Sonia; era el volumen en que leyera en otro tiempo la resurrección de Lázaro.

Al principio de su cautiverio esperaba una persecución religiosa de la joven: creía que sin cesar le arrojaría a la cabeza el Evangelio. Mas, con gran admiración suya, Sonia no le habló ni una sola vez en tal sentido, ni le ofreció nunca el libro santo. El fué quien se lo pidió poco antes de caer enfermo; y ella se lo llevó sin decir nada. Hasta entonces no lo había leído.

Tampoco ahora lo leía: un pensamiento cruzó rápidamente por su cerebro.

—¿Pueden no ser mías sus convicciones? ¿Puedo yo tener otros sentimientos, otras tendencias que ella?

Durante todo aquel día, Sonia estuvo también agitada, y, por la noche, experimentó una recaída en su enfermedad. Pero era tan feliz, y aquella dicha ofrecía una sorpresa tan grande para ella, que hasta casi la asustaba. ¡Siete años, *sólo* siete años! En la felicidad de las primeras horas, poco faltó para que uno y otro considerasen

aquellos siete años como siete días. Rascolnikof ignoraba que la nueva vida no le sería dada gratis, sino que tenía que adquirirla a costa de penosos y prolongados esfuerzos.

Pero comienza aquí otra historia: la historia de la lenta renovación de un hombre, de su regeneración progresiva, de su paso gradual de un mundo a otro. Esto podría ser materia de otro relato. El que quisimos ofrecer al lector ha terminado.

FIN DE LA NOVELA

AGONIA

POR

GABRIEL D' ANNUNZIO

Cuando entró doña Leticia sosteniendo al enfermo entre sus bellos brazos carnosos con una actitud de misericordia lacrimosa, todas las hijas acudieron junto a ella, enternecidas, y exhalaron la dulce piedad de su alma en querellas gemebundas. Las voces femeninas resonaban en la estancia confusamente, entre los rumores que del tráfico de la calle penetraban por las ventanas abiertas; y a los lamentos de las niñas se mezclaban en aquel momento las interjecciones de un charlatán ensalzando las aguas angelicales y los polvos maravillosos.

El perro, en los brazos de la señora, tuvo un estremecimiento que le recorrió todo el dorso hasta la extremidad de la cola; trató de entornar los párpados, de dirigir hacia las caricias aquellos sus ojos enormes, llenos de gratitud. Meneaba la cabeza con penosos esfuerzos, como si las cuerdas del cuello se le hubiesen puesto rígidas; tenía la boca entreabierta, de entre la cual, un pedazo de lengua sostenida entre los

dientes, salía como una hoja encarnada surcada de venas violáceas. Y una baba filamentosa le humedecía la parte inferior del hocico donde la escasez de los pelos dejaba aparecer la piel rosada. Y la dificultad de la respiración, a veces se acentuaba, haciéndole exhalar como un ronquido sibilante, mientras las narices se iban secando más cada vez y tomaban el aspecto duro y áspero de una trufa.

—¡Oh Sancho, pobre Sancho! ¿Qué te han hecho? ¡Pobre *bibí!* ¡Pobre viejo mío!

La conmiseración de las niñas sensibles se hacía cada vez más tierna, acababa en un balbuceo infantil de palabras sin sentido, de sonidos lamentosos, de melindres acariciadores. Todas querían pasar la mano sobre la cabeza del animal, cogerle una patita, tocarle el hocico. Doña Leticia llevaba el dulce peso maternalmente; y sus dedos redondos y blancos, cuyas falanges parecían hinchadas por una enfermedad, sus dedos pasaban suavemente por el vientre de Sancho, se insinuaban entre el pelo. En la habitación entraba la luz vespertina y el aire fresco del mar a través de las cortinas verdosas. Ocho estampas en colores, en marcos negros, adornaban las paredes cubiertas de un papel con flores amarillas. Sobre una vieja cómoda del siglo XVII, con tapa de mármol rosado y broches de latón, había entre dos espejitos con sostén de plata, un ramo de flores de cera en una campana de cristal. Sobre el ábaco de la chimenea brillaba una pareja de candelabros dorados, con las bujías intactas. Un muñeco de cartón que figuraba un macaco vestido de moro, meditaba inmóvil en lo alto de una de esas mesitas incrustadas que vienen de Sorrento. Muchas sillas con viñetas de fábu-

las pastoriles en el respaldo, un sofá Imperio y dos butacas modernas concurrían a la discordia de las formas y de los colores.

* * *

Cuando el enfermo fué colocado en el fondo de una de las butacas, reinó en la estancia un momento de silencio. Sancho se levantó un instante temblando, dió varias vueltas buscando una postura menos dolorosa en la agitación del sufrimiento, probó apoyar la cabeza en uno de los brazos de la butaca, se arrolló sobre las patas traseras, y así permaneció al cabo, con los párpados entornados, respirando con fatiga, como dominado por una soñolencia imprevista. Sobre el ancho pecho la piel abundante le formaba con tres o cuatro arrugas una especie de papada; en el cogote las arrugas eran mayores y más redondas; la carne de los lados de la mandíbula superior le caía flojamente; y el pobre animal tenía entonces en la enfermedad el no sé qué de risible y de miserable unido, que tienen los hombres enanos oprimidos por la obesidad y por el asma.

Las niñas, ante aquel abatimiento, permanecían mudas, dominadas por un pesar inmenso, y por el presentimiento de la desventura, porque Sancho había sido por muchos años su preocupación amorosa, el objeto de sus caricias y de sus mimos, el desahogo inofensivo de sus delicadezas y de sus ternuras de adolescentes cloróticas.

Sancho había nacido y crecido en la casa, con aquellas formas toscas y pesadas de raza bas-

tardeada, con aquella redondez de bestia eunuca ociosa y golosa; y poco a poco había aparecido en sus ojos una mirada llena de humanidad y afecto. En las horas de contento solía agitar vivamente la cola, sosteniéndose sólo sobre tres patas y apelotonándose con un singular estremecimiento de la piel y trotando con la gracia de un conejito de Indias en medio de las hierbas primaverales.

Los gratos recuerdos invadían ahora las anímulas de las niñas.

—¿Y el médico cuándo viene?—preguntó con voz impaciente Teodolinda, la hija menor, que tenía una cara de simia joven, llena de polvos de arroz, y sobre la frente una ancha franja de cabellos rojos.

El enfermo a ratos lanzaba una especie de gemido débil abriendo los ojos y girando en torno la mirada suplicante, una mirada lenta y dulce, que hacían más humana el encrespamiento nervioso de los ángulos de los párpados y dos líneas obscuras que los humores que salían habían dibujado bajo las órbitas. Y como doña Leticia tratase de hacerle tomar una cucharada de sopa restauradora, el pobre animal agitaba fuera de la boca la lengua flexible en todos los sentidos, por los esfuerzos que hacía para tragar, sin que pudiese cerrar las mandíbulas rígidas.

Entonces se oyó en la antecámara la voz del doctor Zeuzuino que por fin había subido. Y entró en la habitación un señor de cara simpática y brillante de jovialidad y salud.

—¡Oh don Juan, cure usted a Sancho! ¡Está a punto de morir!—exclamó una voz débil.

El médico miró a su alrededor a toda aquella familia adolorida que él había nutrido con arsénico, con hierro, con aceite ferruginoso y agua

de Levico durante tantos años en vano, y bajo sus gafas de oro brilló en sus ojos como un relámpago de ironía. Después, fijándose en el enfermo con una curiosidad de hombre observador, dijo con gran lentitud:

—Creo que se trata de un caso de parálisis de la mandíbula y de las glándulas salivales. La enfermedad que sufre es a consecuencia de una alteración nerviosa central, probablemente de las meninges y que por su etiología puede depender de una causa hereditaria o parasitaria y de índole progresiva. El progreso que tiende a difundirse irá parcial y paulatinamente privando al cuerpo, órgano por órgano, de sus funciones, hasta que llegando en breve al centro de una de las vitales, ya sea la circulación, ya la respiración, producirá la muerte...

Las terribles palabras bárbaras dieron una angustia suprema a las anímulas endebles; y las mejillas floridas de doña Leticia quedaron pálidas en un momento.

—Creo que ha podido influir en el desarrollo de la enfermedad la alimentación—añadió don Juan, sin piedad.

Ante aquella especie de acusación, el remordimiento empezó a atormentar a las niñas, que siempre para la gula de Sancho habían sido excesivamente indulgentes, con una indulgencia culpable. Y Teodolinda, con un movimiento de desconsuelo inefable, preguntó:

—Pero, ¿no hay, pues, remedio?

—Probemos. Yo aconsejo la aplicación de un sinapismo vejigatorio en la nuca—contestó el doctor despidiéndose amablemente.

Sancho quería bajar de la butaca. Titubeaba en el borde, porque carecía de fuerzas para dar el salto, e imploraba la ayuda con los ojos amor-

tiguados que ya se velaban como dos granos de uva negra cubiertos por la escarcha plateada de la madurez. En su gordura el dolor poco a poco extendía sombras seniles; el color rosado del hocico, donde los pelos eran largos y escasos, parecía corromperse, transformándose en casi amarillo; las orejas cortadas, de tiempo en tiempo experimentaban un estremecimiento ligerísimo, y, al mismo tiempo, como un escalofrío pasaba visiblemente por el pelaje blanco.

Entonces Isabel, la más etérea de las cinco hermanas, que por crueldad de la suerte heredaba del padre la pía nariz borbónica y la frente angosta, se aproximó conmovida y cogió al enfermo con sus manos delicadas para dejarlo en el suelo.

Sancho, al principio, permaneció un instante firme, sin poder dar un paso, con el dorso arqueado y la cabeza levantada, oprimido por el afán de la respiración; después empezó a arrastrarse tambaleándose, con el andar doloroso de un animal herido en las dos patas traseras. Quizá tenía sed, porque cuando le aproximaron la escudilla trató de lamer con la lengua el líquido; pero como la parálisis creciente ya le impedía aquel movimiento también, después de esfuerzos inútiles, volvióse sentándose sobre el cuarto trasero, y con una de las patas de delante comenzó a golpearse la mandíbula, como si quisiera quitar de allí el obstáculo que tanto daño le hacía.

Y la actitud era tan vivamente humana y las pupilas estaban tan llenas de súplica y de desesperación humana, que de repente doña Leticia rompió a llorar.

—¡Oh pobre bibí! ¡Quién te lo había de decir, pobre bibí mío!

En todas las niñas la emoción llegó al grado

supremo. Teodolinda recogió al moribundo, lo condujo al canapé y cogió las tijeras. Era necesario un heroísmo; precisaba al fin experimentar el remedio a todo coste.

—¡Isabel, María, las tijeras! ¡Venid!

Temerosas y pálidas se inclinaron todas alrededor de Sancho, que de nuevo había entornado los párpados y enviaba el hálito ardiente a las manos de la caritativa operadora. Y ésta, vencida la primera repugnancia, empezó a cortar el pelo de la nuca del animal, despacio, deteniéndose de tanto en tanto, y soplando cada poco rato sobre la parte rasada. Una especie de tonsura clerical se iba ensanchando en la gordura del cogote; y el tonsurado tomaba de este modo un nuevo aspecto miserablemente bufonesco.

Las cortinas del balcón, impulsadas por la brisa, se hinchaban como dos velas. Los clamores de la calle ascendían confusamente vivos y alegres; una perspectiva de casas plebeyas se entrevía al fondo en el pálido dorado de la puesta del sol; y un mirlo silbaba.

Entonces bajó de las habitaciones superiores Natalia, la hermosa nuera de doña Leticia, con un niño en brazos, y entró en la estancia. Tenía el rostro ovalado, la piel fina y rosada, surcada de venas, los ojos clarísimos, las narices diáfanas; en suma, toda la dulzura de sangre de la mujer rubia en una negra rebelión de cabellos; y en su persona, en sus vestidos, en su andar, tenía esa negligencia sencilla, esa feliz placidez, casi diríase bovina, esa especie de frescura lacteada de las madres jóvenes que nutren con sus propios pechos a sus hijos.

Apenas vió al perro tonsurado la dominó un tal impulso de hilaridad tan espontáneo, que no pudo oponer a la risa el dique de los dientes.

—¡Ja, ja, ja, ja!

¡Cómo! ¿Natalia se atrevía a reir cuando el pobre Sancho se estaba muriendo?

Las doncellas sensibles dirigieron una mírada de reconvención y de indignación a la cuñada irreverente y cruel. Pero ésta, con una admirable despreocupación, se dispuso a acercar al niño hacia el animal. Y el niño, casi desnudo, agitaba las manitas inquietas, tratando de tocar, vibrando de natural contento y balbuciendo sonidos incomprensibles con la boca rociada todavía por la leche maternal. Y el animal, acostumbrado ya a someter la cabeza dócil a aquellas búsquedas, tenía aún en los miembros enfermos un temblor cariñoso, y en los ojos una suprema vislumbre de bondad consciente.

—¡Pobre Sancho Panza!—murmuró al fin Natalia, retirando al niño que estaba a punto de ensuciarse los dedos con las babas.

Y como la criatura hiciese ya pucheros para romper a llorar, dió la madre dos o tres vueltas por la habitación meciéndole y arrullándole; después, deteniéndose delante del macaco, le dió cuerda al mecanismo.

El macaco abrió la boca, batió los párpados, retorció la cola, como si se animase a los sones de una gavota que ejecutaban sus entrañas musicales. Aquella voluptuosa ondulación de danza hacía mover la cabeza de Natalia rítmicamente. La luz en la habitación era suave; el perfume de los claveles entraba de las macetas que había en el balcón abierto.

Sancho quizá no se daba cuenta de nada. Al sentir la quemadura cáustica del vejigatorio sobre la nuca, sacudía de vez en cuando el dorso e inclinaba la cabeza con un lamento débil. La lengua violácea, casi negra, sujeta entre los dientes,

había perdido toda facultad de movimiento. Los ojos cubiertos ya de una especie de membrana azulada y húmeda, no conservaban otra expresión de espasmo que la de la aparición rápida de un fragmento blanco en los ángulos de las órbitas. La baba salía más copiosa y más densa. La asfixia parecía inminente.

—¡Oh, Natalia, para! ¿No ves que Sancho se muere?—prorrumpió, con la voz llena de acritud y de lágrimas, Isabel.

La gavota no podía interrumpirse hasta que la cuerda de la máquina hubiese acabado.

Las notas continuaban lentas y perezosas acompañando la agonía del perro. Las sombras del crepúsculo, entre tanto, empezaban a penetrar en el interior, y las cortinas trepidaban a impulsos del fresco.

Entonces doña Leticia, sofocada por los sollozos, no pudiendo presenciar la catástrofe, salió. Todas sus hijas la siguieron, una a una, llorando, con sus tiernos pechos oprimidos por el dolor. Tan sólo Natalia, por curiosidad, se acercó al moribundo.

Y mientras el muñeco repetía la gavota, el buen Sancho expiró en medio de la música, como un héroe de ópera italiana.

FIN

BIBLIOTECA PÚBLICA
"RICARDO DE ORUETA"
MÁLAGA